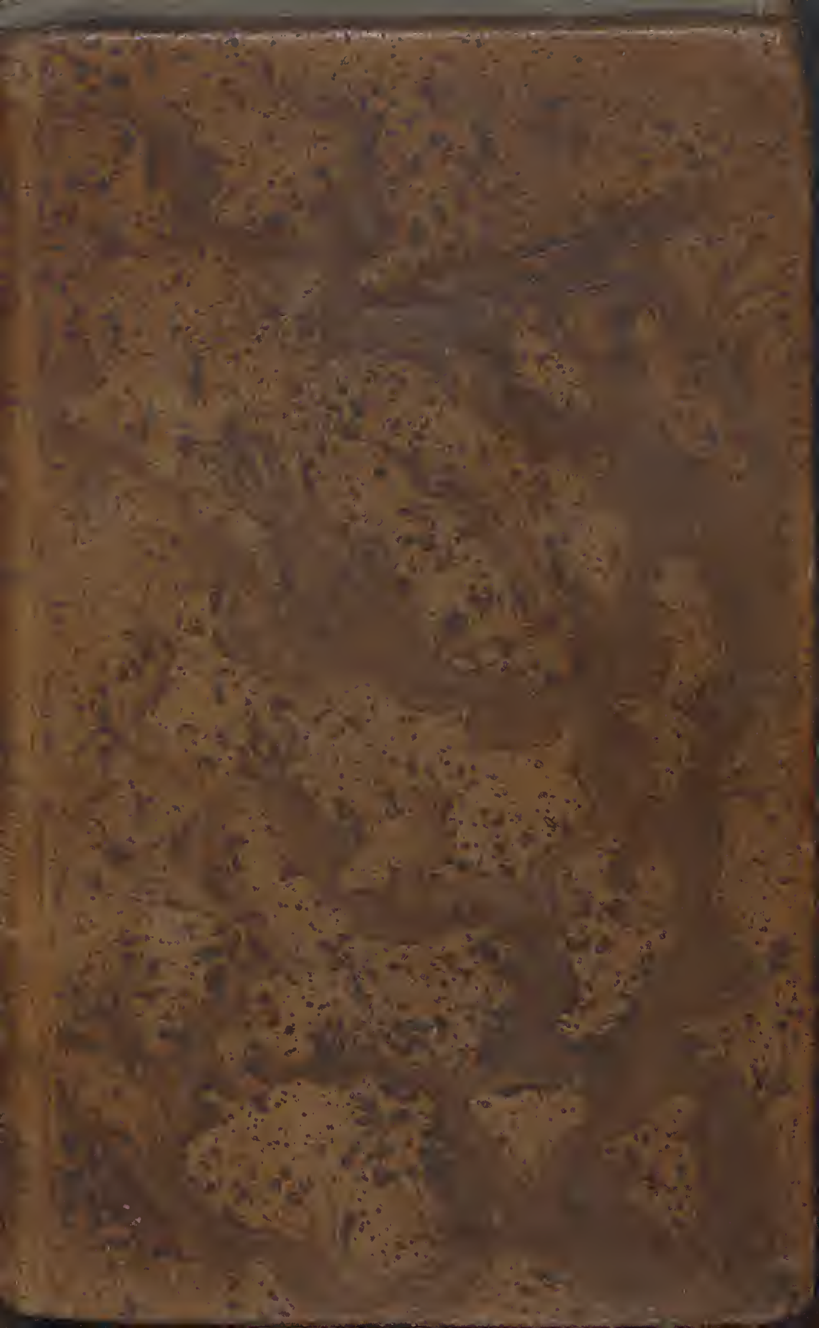
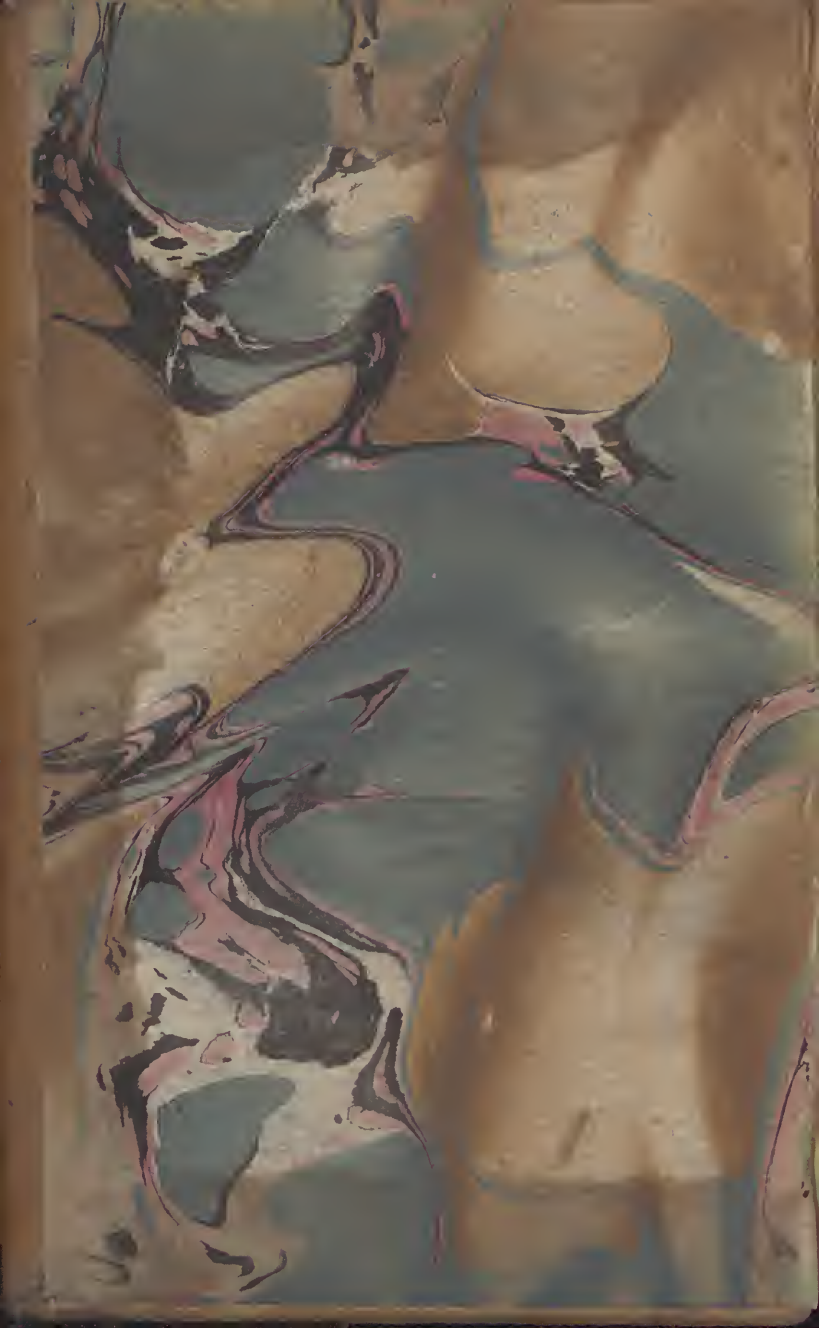






EL VIAGERO

UNIVERSAL.

QUADERNO LXXIII.

EL
VIAGERO UNIVERSAL,
Ó NOTICIA DEL MUNDO
ANTIGUO Y NUEVO.

OBRA RECOPILADA

DE LOS MEJORES VIAGEROS

POR D. P. E. P.

TOMO XXV.

MADRID.
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
1799.



EL VIAGERO UNIVERSAL, Ó NOTICIA DEL MUNDO ANTIGUO Y NUEVO.

CARTA CCCCLXV.

Viage á lo interior de Canadá.

Os he prometido varias veces daros noticias individuales de lo interior de esta parte de América, del modo con que se hace el tráfico de las peleterias, y de las costumbres de estos salvages. Para desempeñar todos estos objetos, he tenido la proporcion de encontrar á un Inglés llamado Mr. Long, que se ha ocupado por mas de diez y seis años en este tráfico, á quien voy á seguir en todas sus expediciones.

Quando los Españoles, que fueron los

primeros que descubrieron esta parte septentrional, pasaron el *Cabo Rosiers* á la entrada del rio San Lorenzo, las montañas que hoy se llaman *monts de notre Dame*, estaban cubiertas de nieve. Advirtieron lo mismo en el estío, y formando el concepto mas baxo de este pais desistieron de subir el rio, suponiendo muy esteril aquel terreno para recompensar prontamente sus fatigas, ó prometerles algunas ventajas para lo sucesivo. Con esta primera idea le dieron el nombre de *Cabo de Nada*, señalándole así en sus mapas, y por corrupcion del idioma se llama actualmente el Canadá. Otros dan á este nombre otra etimologia muy diferente, pero esta investigacion es de ninguna importancia.

El rio *San Lorenzo* tiene su origen en el lago *Nipiscin* al Nordeste del lago *superior* casi 2000 millas de *Quebec*: tiene 90 millas de ancho, y es navegable por cerca de 500.

La isla de Orleans, que se halla á corta distancia de la ciudad, es una hermosa porcion de tierra de unas 20 millas de largo y 6 de ancho. Lo fertil del terrreno la hace un jardin util y ameno, y así provee á la capital de granos y plantas con abundancia. La aldea de Beauport que está enfrente, da mayor realce á esta perspectiva, que es magestuosa y pintoresca.

El capitan de nuestra embarcacion que iba cargada para *Montreal y Quebec*, no me

permitió llegar á esta ciudad ; pero pasados algunos dias tuve la satisfacion de arribar á Montreal, lugar de nuestro ultimo destino.

Montreal, llamado antiguamente *Hochelaga*, no tiene en el dia cosa notable. En otro tiempo le hacia célebre una feria que duraba cerca de tres meses, y allí se juntaban los Indios que venian de largas distancias á permutar sus peleterias por mercancias inglesas.

Cerca de la ciudad de *Tres-Rios* hay una fundicion de hierro establecida por algunos particulares en el año de 1737, la qual despues cedieron al Rey. Al principio se fundian en ella cañones y morteros, pero en la actualidad solo sirve para fabricar calderas. La mina está á corta distancia de donde se trabaja, y por baxo de la fábrica pasa un rio que desagua en el de San Lorenzo, el qual proporciona á los propietarios la facilidad de enviar sus manufacturas en barcos á todo el pais de los contornos con poco gasto.

Esta ciudad tuvo antiguamente un comercio considerable de peleterias, y era la segunda feria de Canadá ; pero con el discurso del tiempo hallaron los habitantes de *Montreal* medio para atraerse casi todo aquel comercio, y aunque los de *Tres-Rios* comercian con los salvages, y fabrican canoas, sin embargo ha perdido esta ciudad la estimacion y opulencia que antes tenia. La ventaja de poseer una fundicion de hierro satisface de

algun modo el perjuicio insinuado, y finalmente viven tan felices como qualquier pueblo de Canadá. Los habitantes de *Tres-Rios* se vieron antiguamente muy incomodados de un excesivo número de pulgas, las quales segun las observaciones de *Lahontan*, les obligaban á estar en continuo movimiento, aun quando estaban en conversacion.

Quando llegué á Montreal me recomendaron á un mercader rico para instruirme en lo relativo al comercio que se hace con los salvages de lo interior del pais. Aprendí muy pronto el nombre de cada artículo del comercio en las lenguas salvages; y mi inclinacion á estos Indios fue motivo para que en poco tiempo hiciese progresos en su lengua con gran satisfaccion de mi patron. Se admiró éste de mi zelo, y deseando verme bastante instruido en el idioma Moahawk para que pudiese comerciar con los Indios en su ausencia, me envió á una aldea llamada *Cahnuaga ó Cooknawaga*, situada como á unas 9 millas de Montreal, al mediodia de S. Lorenzo, á casa de un xefe Indio llamado *Assenagether* para que me instruyese en la lengua, teniendo ya la ventaja de saber la Francesa. No se habla generalmente esta ultima lengua en Canadá; pero es tan necesario su conocimiento para el trato con los naturales del pais, que seria imposible á quien la ignorase disfrutar de la amistad de las familias

mas respetables, que por lo comun no saben la Inglesa.

Los salvages de esta nacion, llamados *Indios rezadores*, porque sus xefes llevan Crucifixos y andan por las calles de Montreal con sus rosarios en la mano pidiendo limosna, se separaron ya hace muchos años de los Indios Mohawks y de los del *Rio*: sin embargo continuaron largo tiempo un comercio fraudulento en *Albani y Montreal*. Contiene la aldea de Canuaga cerca de doscientas casas, que aunque de piedra, son de mal aspecto, sucias y miserables. Son casi ochocientos los habitantes, y se aumentan continuamente, lo que es contrario á las observaciones generales sobre la poblacion de los Indios. Es tenida por la mas respetable de todas las aldeas de Indios, y ha llegado á un grado eminente de civilizacion ó industria. Los naturales siembran trigo, y no se ven reducidos como otras naciones á subsistir de la caza; pero al mismo tiempo repugnan los trabajos penosos que en su opinion son propios de hombres menos libres. Lo poco que les queda de su valor é independencia primitiva, basta para que crean esclavitud toda ocupacion doméstica. Las tierras de caza de estos Indios estan en los Estados Unidos á una distancia considerable de la aldea en los contornos de *Fort-George*, *Ticonderago*, y de *Crown-Point*, en donde

matan castores y gamos, aunque en menos número que antes, por hallarse el pais mas habitado, y haber buscado las fieras sitios mas distantes y seguros despues del aumento de la poblacion. Regularmente llevan sus peleterias á Montreal, en donde las venden ó cambian por otras mercaderias; y es probable que dentro de poco tiempo no habrá entre ellos muchos cazadores buenos. Son en extremo inclinados al adorno, particularmente á los mas costosos. El producto que sacan de las tierras que arriendan á los Canadienses, les proporciona satisfacer su gusto á este luxo. Este contribuye á hacerlos mas perezosos; y como su indolencia y floxedad se aumenta á proporcion de su vanidad, es consiguiente que abandonen del todo la caza. Su religion es la Católica: tienen un Sacerdote Francés, llamado por los Indios Chipivais, *el hombre del arbitro de la vida*, quien los instruye, y oficia en lengua *Iroquesa*. Su devocion me edificó mucho, y me obliga á decir que sus misioneros merecen los mayores elogios. Con un zelo infatigable, con su exemplo y pláticas familiares han convertido de la idolatria al Christianísmo esta tribu de salvages, y su exemplar conducta aumenta el respeto de estos devotos Indios á ellos y á su culto. ¡Exemplo muy digno de ser imitado! y que prueba sin contradicion que la naturaleza, aun en el estado de su mayor corrupcion,

puede ser reformada por medio de esfuerzos sinceros, dulces costumbres, y una conducta dirigida constantemente por los mismos principios. Es de esperar y desear que su caracter salvage se dome aun mas con el tiempo; que su impetuosidad natural se sujete y reprima; y que lleguen por sí mismos á dexar el uso de los licores fuertes á que se entregan con facilidad, experimentando muchas veces los efectos mas tristes y funestos.

Voy á daros alguna noticia de los Indios de las cinco y las seis naciones, y de los motivos de esta denominacion, para que podais formar idea de su mérito en lo político, y del producto del comercio de pieles. La vecindad de las tierras Americanas desde la *Georgia* hasta la *Nueva-Inglaterra* proporciona á los Estados Unidos un inmenso poder, y una grande influencia. La ventaja de esta situacion los hace mas temibles que lo fueron los Franceses en la América en aquel tiempo, en que de comun consentimiento era tal su crédito entre los Salvages que no les daban estos otro nombre que el de padres. Aun hay vestigios de esta verdad, pues aman mucho á los comerciantes Franceses establecidos entre ellos.

En el año de 1603, época en que los Franceses se establecieron en Canadá, habitaban la Isla de Montreal algunos salvages

de las cinco y seis naciones, y estaban en guerra con los *Adirondacks*, que vivian en el *Vttawa* ó gran rio que va á Michilimakinac. Miraban estos á las cinco naciones como á unos enemigos debiles é incapaces de defenderse con vigor: los trataban con tanta mofa á los *Delawares*, á quienes llamaban *viejas*, como tambien á los Shawaneses, que habitaban en el rio Wabach, obligándolos por espacio de muchos años á usar vestido mugeril en señal del desprecio que hacian de su cobardia, y como una prueba de su abatimiento y floxedad. Pero como ningun pueblo tolera que se tenga por caracter nacional la debilidad y cobardia, determinaron los xefes resucitar el valor de los jóvenes excitándolos á recobrar su crédito, ó á adquirirle nuevamente: les inspiraron ideas de heroísmo, y los llevaron á la guerra contra los *Satanas* ó *Shaounous*, á quienes sujetaron sin dificultad. Este suceso animó sus espíritus abatidos; y olvidándose de que habian sido vencidos muchas veces por los *Adirondacks*; comenzaron contra ellos sus hostilidades.

Aprovechándose de la opinion poco honrosa que los enemigos tenian de su valor, los vencieron en muchos combates, y por último entraron triunfantes en lo interior de su pais obligando á sus antiguos vencedores á huir del lugar de su nacimiento,

y á buscar asilo en el territorio en que actualmente está situada Quebec.

Luego que los Franceses llegaron y se establecieron en Quebec, formaron una alianza con los *Adirondacks* contra las cinco naciones. La primera accion fue decisiva á favor de los Adirondacks, y la debieron al uso de las armas de fuego introducidas entre ellos por sus nuevos aliados, y jamas vistas por los indios *de las cinco naciones*. Lejos de sujetarlos ó desanimarlos esta alianza, ni la derrota expresada, se enardecieron mucho mas supliendo la intrepidez y la astucia la falta de conocimientos militares, y de armas propias para la defensa. Aunque los Franceses consiguieron sobre ellos muchas ventajas en el discurso de mas de quince años, se contentaron al fin con hacer la paz y terminar sus disensiones.

Todo esto prueba que es dificil sujetar á los salvages *de las cinco naciones*, y demuestra la necesidad de conservar su amistad el que haya de conservar la posesion de Canadá.

Los Indios que habitan al Norte de *Filadelfia* entre las Provincias de *Pensilvania* y los lagos, se reducen á tres confederaciones distintas: componen la primera los *Senekas*, los *Mohawks* y los *Onondagoes*, llamados los *Padres*: forman la segunda los *Oneidoes*, los *Cayugas*, los *Tuscororas*, *Conoys* y *Nanticokes*

que es una tribu; y á estas dos confederaciones llaman seis naciones. La tercera se compone de los *Wanamis*, *Chihokockis*, ó *Delawares*, *Mawhiccons*, *Munseys* y *Wapingers*, á los que pueden agregarse los *Mingoes*. Tambien tienen amistad con estos los *Cowetas* ó Indios *Creeks*.

Mr. *Colden* dice, que las naciones que están unidas por una confederacion ó liga, á semejanza de las Provincias unidas de Holanda, son conocidas baxo los nombres de *Mohawks*, *Oneidoes*, *Onondagoes*, *Cayugas*, y *Senecas*; que cada una de estas naciones está subdividida en tres tribus, las que se distinguen por los nombres de *Tortuga*, *Oso*, *Lobo*; y que los *Tuscororas* despues de la guerra que sostuvieron contra los habitantes de la Carolina, se retiraron al centro *de las cinco naciones*, y se incorporaron con ellas; de suerte que en la realidad componen seis, aunque siempre conservan el nombre de cinco; cuya reunion es tan antigua que apenas hay vestigios de su origen.

Lahontan pretende que los *Iroqueses* no son verdaderamente mas que una nacion dividida en cinco distritos, y los domina así: los *Tsonnonthouans*, los *Goyogans*, los *Onontangues*, los *Oneyouths*, y los *Agnies*, establecidos todos como unas treinta leguas los unos de los otros junto al gran lago *Frontenac*, llamado hoy dia el *Ontario*.

Los *Mohawks* ó *Maguas* son los mas belicosos *de las cinco naciones*, y cuentan cerca de 700 guerreros: los Franceses los llaman *Agnies* ó *annies*. En su origen se establecieron en el rio francés, ó rio grande que va á *Michillimakinac*, de donde se retiraron al rio *Mohawk* junto á *Schenectady* casi diez y seis millas de Albany en el Estado de Nueva-Yorck. Se separaron despues de la guerra de 1757, y una parte se fixó en el gran rio de *Niagara*, y el resto detras de la Bahia de *Quenti* ó *Kenty* como unas 48 millas mas arriba de *Cataraqui*, capital de los establecimientos realistas en el rio de San Lorenzo.

Cataraqui ó el *Fuerte Frontenac* está edificado junto al parage en donde desagua el Ontario en el rio San Lorenzo. Fue construido por el Conde *Frontenac* para contener á los Iroqueses, é interceptar el comercio de peleterias que tenia esta nacion con los habitantes de Nueva-Yorck. Estos las adquirian de los salvages en cambio de otras mercaderias, y con mas ventaja que podian haberlas de los Franceses.

El Fuerte *Cataraqui* estaba construido de madera y cespedes, y cercado de empalizadas muy altas. Durante la mision del Padre *Hennepin* se hizo una fortaleza de piedra baxo la direccion del caballero *de la Salle*.

La bahia en que estaba colocada, admi-

te muchas embarcaciones de un porte considerable. Hay en ella una corta guarnicion con su Comandante, la que registra quantos barcos pasan, sea para los nuevos establecimintos, sea para los puestos superiores.

Los *Oneydoes* ó *Onneyouths*, los *Onondagoes*, *Cayugas*, *Senekas*, ó *Tsonnonthouams*, y los *Tuscororas* que habitan con los *Oneidoes* y los *Onondagoes*, se hallan establecidos á distancia de treinta leguas los unos de los otros; y ninguna de estas naciones dista del rio *Mohawk* mas de 150 millas. Para expresar la paz usan de la metafora de un arbol, que, dicen *se elevará hasta el sol, y que sus ramas se extenderán á larga distancia, no solo para ser percibidas á lo lejos, sino tambien para que en su sombra se halle abrigo y reposo.*

Ocupan las 5 naciones toda la parte meridional del rio San Lorenzo hasta el *Ohio*, y mas abaxo de éste hasta el *Wabach*, al Oeste del Estado de Pensilvania, cerca de las fronteras de la Virginia: se extienden asimismo por el Oeste hasta los lagos *Ontario* y *Erie*, al rio *Miamys*, á los extremos orientales del lago *Champlain*, y á los Estados Unidos.

La fuerza de esta confederacion, su extension de terreno, el número de valientes guerreros que contiene, su valor indomable, y la astucia con que se distinguen en la guer-

ra tanto con los Europeos como con los salvages ; todo concurre para probar la utilidad que acarreará á los Ingleses la alianza con ellos. Es indispensable que en caso de guerra con los Americanos seria muy debil la resistencia de los puestos avanzados sin sus esfuerzos , y una vez privada de este Fuerte perderia la Inglaterra brevemente el comercio de pieles.

El primer puesto Inglés se llama *Oswegatche* en el rio San Lorenzo como 150 millas mas arriba de Montreal á la embocadura del *rio negro*. De tiempo en tiempo acuden á él 100 salvages , y se llaman Indios de *Oswegatche* , aunque son parte de las tribus *de las cinco naciones*. Los habitantes de la Nueva-Inglaterra pueden transportar facilmente sus mercaderias á este Fuerte para proveer á los *Mohawks* , *Cahnuagas* , *Connecedagas* , á los *Indios de S. Regis* , y á los *Messesawgers* que habitan junto al estrecho. Se las dan mucho mas baratas que los comerciantes de Quebec ó Montreal , y tienen gran venta del aguardiente entre estos salvages. Es este hoy dia un objeto esencial é indispensable en todo trato con estos pueblos. Antes se quejaban con frecuencia , como se ve por las arengas de sus xefes en los consejos , de que los traficantes introducian entre ellos licores fuertes , cuyo uso era peligroso á los jóvenes : sin embargo hasta ahora

no han tomado el partido de prohibirlos. Se han acostumbrado á ellos de tal suerte, y los creen tan necesarios, que en todo cambio tienen por indispensable la embriaguez, y se abandonan á sus efectos, como veremos mas adelante.

La Isla de *Carleton* se eleva aun mas sobre el rio, y por esta situacion logra mayores ventajas que Oswegatche. Tiene un buen puerto con fortificaciones respetables y una numerosa guarnicion: abastece á la marina de excelentes materiales, y baxo este respeto se la puede tener por el almacen general de Niagara y de otros puestos. Continuamente van embarcaciones de gran porte desde este parage á Niagara, Oswego, &c. y hay un commodoro de los lagos cuya residencia es en la Isla.

El Fuerte *Oswego* en el lago *Ontario*, llamado antes lago *Frontenac*, está bien fortificado, y admite 600 hombres. Este puesto es de la mayor importancia, y tenido por la llave de los Estados Unidos, como que domina al paso del rio del Norte ó de *Hudson.* Ademas protege el comercio con los Indios que habitan en las orillas del rio S. Lorenzo, y en toda la extension de la gran tabla de agua junto a la qual está situado, extension que se calcula tendra 80 leguas de largo, y de 25 á 30 de ancho en algunos parages.

Quando los Ingleses poseian las colonias, la Albany era dueña del comercio con los Indios. Todos convienen en que no habia otro lugar en la América que abasteciese de tan gran cantidad de pieles, ni aun los establecimientos de la Bahia de Hudson, cuyo comercio en lo mas remoto de su extension es muy inferior en el producto á la ganancia que de aquellas se hacia en Albany. Dichas pieles venian del Canadá; y los Indios que trataban con los comisionados de los comerciantes de *Albany*, las llevaban al Fuerte Oswego Ademas, las mercaderías de los Indios pueden ser transportadas de *Albany* á este Fuerte con mas equidad que de Montreal á los nuevos establecimientos en *Cataraqui*, y á lo alto de la Bahia de *Kenty*; y aun con menos riesgo por quanto la corriente del rio *Mohawk* no es tan fuerte como la del *Cataraqui* entre el lago y Montreal, y hay tambien menos despeñaderos.

El Fuerte Niagara está sobre el mismo lago, y tiene igualmente una buena guarnicion. Su origen es en el *Erie*, y despues de un curso de 30 leguas desagua en el *Ontario*. Casi quatro leguas antes de entrar en este lago es detenido por el gran despeñadero de que tratan diversos autores, que están discordes acerca de su elevacion. Pero despues de los cálculos mas exâctos, agregados á mis observaciones me inclino á adoptar el

dictamen del Capitan *Pierie* que da de altura á esta catarata 146 pies, y 1040 de ancho, lo que prueba la ninguna exâctitud de los cálculos de P. *Hennepin*, y de *la Salle*, que dan 600 pies á su altura perpendicular. Dista el Fuerte Niagara del Fuerte *Santwix* cerca de 180 millas por el pais de *Jenesee* que andube con mucha facilidad en el espacio de ocho dias. Este puesto es de la mayor importancia para proteger á los Indios aliados de la Inglaterra, y para asegurar las ventajas de su comercio, tanto mayores por quanto ninguna otra nacion tiene parte en ellas.

El *Estrècho* llamado así por una angostura entre los lagos *Erie* y *Huron*, es arbitro del comercio desde el *Ohio*, los Ilineses, el Misisipi, y los lagos superiores; á él concurren los *Vttawas*, los *Miamis*, los Indios de *Ohio*, de *Misisipi*, los *Delavares*, y tambien los *Messesawgas.*

Estos cinco puestos están situados detras de los tres Estados de *Nueva Inglaterra*, *Nueva-Yorch y Pensilvania*; á muy corta distancia de los establecimientos realistas.

El último puerto es *Michillimakinac*, situado entre los lagos *Huron* y *Michigan* en un isthmo que tiene cerca de 130 leguas de largo y 22 de ancho, y es el último Fuerte ácia el Noroeste. Esta porcion de tierra está al norte de los estrechos, por medio de los quales el lago de los Ilineses ó *Michigan*

de 300 leguas en circunferencia desemboca en el *Huron*, que es de igual extension. El Estrecho tiene cerca de tres leguas de largo y una de ancho, á distancia de media legua de la embocadura del lago de los Ilineses.

CARTA CCCLXVI.

Continuacion del viage.

Explicada la naturaleza é importancia de los Indios de las cinco y seis naciones, vuelvo á la relacion de mi situacion en Montreal.

Mi frecuente trato con los salvages aumentó mi deseo de internarme en sus paises. Conocia bien el modo de vivir de los salvages, y sin trabajo podia acomodarme á su regimen. Para viajar con mas seguridad me junté con una tropa de salvages que se dirigian al lago de las *dos montañas*, quince leguas mas arriba de Montreal en un lugar llamado *Connecedaga*. Mis compañeros llevaban una cabellera como trofeo de sus proezas.

El descabellar es un género de suplicio particular de los Indios de que ya he hablado en la Luisiana. Si la victima ha recibido un golpe de *tomawk* antes de arrancarle el pericraneo, es consiguiente una muerte pronta; pero si el enemigo se limita á arrancársele, sufre entonces el paciente muchos dolores, mas no siempre pierde la vida. Aun viven en

la América personas de ambos sexôs, que habiendo padecido esta operacion llevan un casquete de plata ó estaño sobre la cabeza para preservarla del frio, gozan ademas perfecta salud, y rara vez sienten dolores.

Quando un Indio hiere en la sien con el tomawk á su enemigo, cae éste al instante; le coge entonces con una mano por el pelo, envolviéndole todo junto con seguridad para separar la piel de la cabeza; y poniéndole una rodilla en el pecho, desambayna con la otra mano el fatal cuchillo, y corta la piel al rededor de la frente, valiéndose de los dientes para arrancarla. Como por lo general son diestros, no pasa la operacion de dos minutos. Extienden luego la cabellera sobre unos arillos, y secándola al sol, la pintan con bermellon. Alguna vez en tiempo de guerra en que los Ingleses pagan bien estas cabelleras, dividen cada una en cinco ó seis partes, y las llevan al puesto mas cercano con la esperanza de recibir un premio proporcionado al número.

Si á un salvage de su nacion le han quitado el pericraneo de este modo, sacan partido de su cadaver: le visten y pintan con bermellon, y le arriman á un arbol con las armas en la mano para hacer creer á otros Indios que es un enemigo en centinela. Ponen estacas al rededor del cadaver en la superficie de la tierra de manera que no se conozcan.

Los Indios viendo á un hombre junto á un arbol se apresuran á hacerle prisionero, y ciegos de codicia se precipitan en las puntas de las estacas, quedando prisioneros. Por conclusion de esta materia referiré una anécdota curiosa de dos salvages de diferentes naciones que me contó Mr. Johnson.

Un Indio *Mohawk* llamado *Scunionsa* ó el *Gamo*, y un *Chippeway* llamado *Cark-Carn* ó la *Corneja*, se hallaban juntos en un consejo de guerra cerca de *Crown-point* en el año de 1757, y cada uno ensalzaba su propio mérito, blasonando de superioridad en el arte de descabellar á sus enemigos. Decia el Mohawk que él arrancaria un pericraneo mas considerable que el que podria quitar el guerrero Chipeway. Se dió éste por sentido, y pidió se procediese á la prueba. Cada uno tomó diverso rumbo despues de haberse convenido en juntarse en un lugar y dia señalado, en donde habia de formarse un consejo. En efecto, el dia señalado se presentaron en el parage convenido, y mostró el Mohawk el resultado de su expedicion, que era la piel de la cabeza y cuello de un hombre, rellena de musgo, conservados los ojos, y cosida con nervio de gamo. Manifestaron los xefes su aprobacion, y le proclamaron por gran guerrero. Se levantó entonces el Chippeway, y mirando con ceño al Mohawk, le dixo que su expedicion era hazaña de una

vieja, lo que se tiene por gran injuria. Inmediatamente mandó á su hijo que presentase el resultado de la suya, y era la piel entera de un hombre rellena de plumas y cosida primorosamente con nervios de gamo. Colmaronle de elogios los xefes, y declararon unanimes, que semejante hazaña le hacia superior al guerrero Mohawk; salió éste del consejo lleno de cólera y meditando la venganza; luego que vió salir al Chippeway, le siguió, y hallando un momento favorable, le mató á golpes de tomahawk, satifecho de desembarazarse por medio de este vil asesinato de un rival que le habia vencido.

Los salvages Connecedagas son de la nacion Chippeway, y hablan una lengua compuesta de Chippeway é Iroqués. Fueron echados de la parte superior del pais en tiempo de la gran guerra de los Indios por el año de 1720, y se establecieron en el lago de las *dos montañas.* Son muy industriosos, y cultivan la tierra al modo de los *Calimagas*: crian ganados, y tienen un grado de civilizacion desconocido en la mayor parte de las tribus Chippewais. Hay ademas una aldea cerca del lago *Erie* en los limites de los Estados Unidos, en la qual habitan casi 1500 hombres de esta nacion.

Despues de su establecimiento hicieron alianza los *Connecedagas* con los Indios *Cahnuagas* de *St. Regis*, y los *Mohawks*, por

cuya razon es menos pura su lengua, aunque algunos hablan la original: en mi frecuente trato con los Chippewais mas allá de Michilimakinac observé que la entendian perfectamente. Entre estos Indios adquirí los primeros principios de una lengua que con el continuo uso se me ha hecho mas familiar que la mia propia.

Los *Connecedagas* pasan por valientes guerreros; y mi opinion fundada en la larga experiencia de su conducta y valor, se conforma con la que tienen de ellos los Ingleses por mera relacion. Ninguna nacion es tan afecta á los Ingleses; ni aun los *Mohawks*, cuya fidelidad ha pasado á proverbio. Durante la guerra de América abandonaron sus familias y negocios domésticos por defender el partido de los Ingleses, lo que los *Cahnuagas* (aunque descendientes de los *Mohawks* y *Munseys*, ó Indios *Mawhicons* llamados comunmente *Indios del rio*) no han hecho con tanto zelo.

Acaso seria la causa de esta ligera repugnancia su enemistad con los Delawares antes de la rebelion de éstos, á quienes solian los Indios llamar por desprecio *pobres viejas*: como quiera que fuese, su frialdad para con los Ingleses duró poco con gran perjuicio de la humanidad, y para perpetua ignominia de la nacion Inglesa. ¡Qué atrocidad! Valerse para exterminar á los pacificos

habitantes de los campos del auxîlio de estas naciones feroces y sanguinarias! Con el favor de estos salvages lograron quemar pueblos enteros, asolar infinidad de haciendas, y asesinar á infinitos labradores con todas sus familias. ¿Y qué utilidad sacaron de estas victorias tan funestas? Hacerse abominar aun de los indiferentes, y dexar una mancha indeleble en su fama. Los salvages que acompañaron al general Burgoyne, lograron sí asolar todas las haciendas y aldeas que encontraron al paso; pero no pudieron impedir su vergonzosa entrega al exercito Americano, en lo que acreditó que la crueldad casi siempre es compañera de la cobardia.

Es indispensable mucha penetracion y un perfecto conocimiento del caracter de los Indios para moverlos á que confien enteramente en sus xefes Europeos ó Americanos. A esto se debe añadir un respeto, por lo menos aparente á sus opiniones, esfuerzos para condescender con sus deseos, y particular atencion para no empeñarse en ningun proyecto defensivo ú ofensivo quando es contrario á su dictamen. El desgraciado fin del general Braddock es una triste prueba de los funestos efectos que pueden resultar de una conducta opuesta á su voluntad. Sus groseros modales y la tenacidad en sostener un plan que habia formado, y era del todo opuesto al dictamen de los xefes experimentados, le

hicieron perder su amistad, y murió sin que manifestasen el menor sentimiento, confirmándolos en la opinion que antes habian declarado varias veces, á saber, que no tenia prudencia ni habilidad en la guerra. El gran Washington fue tambien censurado por su conducta, y dió motivo á que un xefe Indio llamado *Thanacriston*, de la tribu de los Senekas que le juzgaba con conocimiento, dixese que era *un buen hombre, pero sin experiencia.*

El hombre de buena fe no necesita muchas pruebas para convencerse de la superioridad de los Indios sobre nosotros en sus bosques. Estan en ellos (permitaseme esta expresion) como en su elemento natural; y un arbol, un rio, cuya idea local jamas los engaña, los dirige hasta lo mas secreto de un bosque espeso, sea para buscar un asilo seguro, sea para armar emboscadas. Estrañé al principio notablemente que no atendiesen al nacimiento del sol ni á su ocaso, y no comprendia yo cómo podian ir de un lugar á otro sin errar; pero me informaron que lo hacian sin dificultad guiándose por el moho de los arboles que siempre se conserva por el lado que mira al norte, y por el lado del mediodia está seco y perece. Observan asimismo que las ramas son mas grandes y tienen mas hojas ácia el mediodia que al norte del arbol. La porcion mas instruida

del género humano no pudiera juzgar con mas seguridad, ni observar con mas atencion las obras de la naturaleza.

Para mayor prueba de que los Indios poseen muchos conocimientos naturales, y que son capaces de hacer grandes progresos por medio del estudio, referiré una anécdota que me contó un sabio viagero.

Un viejo salvage Americano se halló en una hosteria en New-Yorck con una persona, que le dió algunos vasos de licor: con la alegria que le infundió dixo que se atrevia á leer y á escribir en Inglés; y pareciendo al Europeo que le agradaria si le presentaban ocasion de manifestar sus conocimientos, le suplicó que le permitiese hacerle una pregunta, en lo que consintió el salvage. Entonces le preguntó el Inglés quién habia sido el primer circuncidado? y respondió el Indio al instante: nuestro Padre Abraham. En seguida preguntó al Inglés quién habia sido el primer *Quaker*? y le contextó que no habia cosa mas incierta por la diversidad de opiniones. Viendo el Indio que aquel no podia resolver la pregunta, se metió los dedos en la boca en señal de sorpresa, y mirándole atentamente, le dixo: que *Mardocheo* habia sido el primero, porque habia rehusado quitarse el sombrero delante de *Aman*.

Los *Cherokees* son muy inclinados á po-

ner apodos: á un hombre de piernas largas y de aspecto estúpido le llaman pabo: al de mal caracter abispa: á un hablador langosta: al de voz ronca toro: finalmente, á un interprete de trato y costumbres obscenas le llaman *interprete de la camisa de las mugeres.*

Los Indios son naturalmente de caracter feroz, y tienen mucho amor propio: se creen los mas sabios de los hombres, y se disgustan mucho quando se desprecia su dictamen. Las hazañas de sus antepasados cuya memoria se grava en sus corazones porque las repiten continuamente, les dan las mas altas ideas de su valor y poder; y aunque solo son un puñado de hombres, hablando comparativamente, se atreven á creer que pueden, si quieren, destruir juntamente á los Franceses é Ingleses. Estos últimos, dicen, son locos: levantan sus fusiles hasta la mitad de la altura de un hombre, y disparan á la suerte: por el contrario, nosotros apuntamos y rara vez erramos; lo que, añaden, debe ser el único objeto de los que van á la guerra.

Estas ideas exâltadas de su mérito son mas particulares de las cinco naciones, y de aquí es que se distinguen con especialidad en esta parte; aunque á ninguna de las demas falta este orgullo y vanidad. Estas mismas ideas han granjeado á los Iroqueses el respeto de las otras naciones que temen su valor y

la superioridad de su inteligencia : ademas una secreta ambicion les hace extender su reputacion. Aunque cada dia se disminuye su número, no se extinguirá entre ellos la sed de gloria mientras haya corazones para conservarla ; jamas huyen del peligro, quando media el honor.

Los Iroqueses se rien quando les hablan de obedecer á los xefes, y no pueden conciliar la idea de sumision con la dignidad del hombre. Entre ellos cada individuo en su opinion es un soberano ; y con la idea que su libertad solo depende del Espíritu grande, jamas se podria reducirlos á reconocer otra autoridad ni mando.

Son con exceso envidiosos, y con facilidad se dan por ofendidos : en llegando á formar una sospecha, es dificil desimpresionarlos, y guardan el rencor hasta la muerte dexandole en la herencia á sus hijos.

Los que han vivido con ellos, al paso que admiran su valor heroico en la guerra, su resignacion en los mas crueles tormentos, y la constancia de su afecto, no pueden menos de llorar los terribles efectos de su rencor inextinguible. Esta violencia de caracter, por lo general extremado, los hace tan dificiles de sujetar, y tan peligrosos si se irritan ; la mucha suavidad la atribuyen á temor ; y el rigor produce en ellos deseo de venganza.

Las naciones Europeas que se han aliado con ellos, han procurado destruir estas preocupaciones tan arraigadas, y que á pesar de la inclinacion natural del corazon humano á conservarlas, no hubieran sido tan funestas á la sociedad, sino fuesen fortificadas con los consejos y exemplos de los viejos. Han procurado suavizar sus costumbres introduciendo entre ellos la religion Christiana, cuyos Divinos preceptos son tan propios para destruir toda pasion sanguinaria y para la mayor felicidad del género humano. Si se ha de mirar como prueba de una mudanza sincera la reforma que se advierte exteriormente, puede decirse que los Franceses han logrado completamente esta loable empresa: como lo acredita la sabia conducta de los habitantes de muchas aldeas de Canadá. Al contrario los Ingleses no se han cuidado de instruir á los salvages en la religion, y aun han perseguido y muerto á algunos Misioneros Jesuitas con el abominable pretexto de que sus instrucciones apartaban de la amistad de su nacion á los salvages del Norte.

Esta falsa acusacion no tiene mas fundamento que el haber experimentado los Ingleses la heroica constancia con que los Indios convertidos á la verdadera religion se han resistido á cooperar á sus ideas sanguinarias, y el grande afecto que tenian á la

nacion, cuyos individuos les habian anunciado las verdades evangélicas, que les proporcionaban su felicidad en este mundo, y la esperanza de la eterna. Los Ingleses no han considerado á estos salvages sino como unos instrumentos de sus sangrientas venganzas en sus guerras contra los Franceses y Americanos, y como unos proveedores de caza y de peleteria en tiempo de paz. Los Misioneros católicos al contrario en vez de exîgir de ellos ningun servicio ni interes, les han dado los medios para tener una vida mas cómoda y tranquila por medio de la agricultura, y al mismo tiempo los han civilizado é instruido en lo mas importante para ser felices. Los salvages saben muy bien hacer distincion entre los motivos porque unos y otros procuran su amistad; y no es estraño que amen tanto á los Misioneros y á su nacion, como aborrecen á los Ingleses.

Para que se conozca con mas evidencia la verdad de esta observacion, veamos lo que dice el autor Inglés, que me sirve de guia en este viage.

„En quanto á los Indios que se han acostumbrado al trato de los comerciantes y de los predicadores Ingleses, debo confesar con dolor, que sus ideas y costumbres son muy diferentes de los convertidos á la religion Católica: se han pervertido y degenerado, añadiendo á la violencia de las pasiones que

la razon no puede vencer, la mentira y los juramentos, vicios que adquieren de nosotros. Esto se comprueba con el testimonio de M. Serjean, ciudadano de la nueva Inglaterra. Refiere que en un viage á los Indios Shawaneses, aliados que forman parte dè las seis naciones, y á algunas otras tribus, despreciaban aquellos la proposicion que les hizo de instrüirlos en la religion Christiana, improperándole su culto, y diciéndole que los traficantes no tenian otro objeto que engañar, abusar y corromper sus hijas jóvenes, y aun làs mugeres casadas mientras que sus maridos estaban fuera de casa; añadiendo al mismo tiempo que los Senekas, quando les cedieron el pais, los habian obligado á prometer que nunca recibirian el Christianismo de los Ingleses.

»Aun añadiré otra prueba. El gobernador *Hunter* presentó á los Indios por orden de la Reyna Ana vestidos y otras cosas muy de su agrado; y dirigiéndose á ellos en un consejo que habia en Albany, les dixo: »que la Reyna, su buena madre, no solo se habia propuesto adornar su cuerpo con los vestidos, sino tambien sus almas con la predicacion Evangélica, y que les embiaria ministros para instruirlos." Luego que el Gobernador concluyó su discurso, se levantó el mas viejo de los xefes, y contextó: »que en nombre de todos los Indios daba gra-

cias á la Reyna, su buena madre, por los preciosos vestidos que les habia enviado; pero en quanto á los ministros, debia decir que ya tenian algunos que en vez de predicarles el Evangelio, los enseñaban á beber con exceso, á engañarse y á reñir unos con otros." Suplicó tambien al Gobernador que les quitase estos predicadores y muchos Europeos que habia entre ellos, expresando, „que antes de su venida eran los Indios unos hombres honrados, sobrios y puros; que en el dia los mas eran malos; que antes temian á Dios, y ahora apenas creian su exîstencia."

„Para disminuir en lo posible estas acusaciones contra los Ingleses, conviene advertir, que en gran parte deben atribuirse tales vicios y la inmoralidad insinuada á los traficantes que acostumbran alquilar hombres viciosos é infames para transportar sus mercancias á los Indios. Muchos de éstos huian de las casas de sus amos para unirse con los salvages, y su detestable conducta perjudicó notablemente á los Ingleses en la opinion de los Indios, inspirándoles un odio que solo podrán terminar el tiempo y los esfuerzos." Hasta aquí Mr. Long.

CARTA CCCCLXVII.

Continuacion del mismo asunto.

Deseando instruirme mas en las costumbres y caracter de estas naciones, volví al lago de las dos montañas despues de algun tiempo, y continué perfeccionándome en las lenguas Indias, con particularidad en la de los *Chippeways*, con el objeto de acomodarme con un mercader para ir al Noroeste en la primera ocasion. Me dediqué tambien con esmero á adquirir un conocimiento exâcto de sus costumbres y usos, mezclándome con esta mira en sus diversiones; y en breve tiempo fui reputado por gran baylarin, á cuya qualidad se agregaba la ventaja de conocer tan perfectamente como un salvage los diferentes gritos de guerra. Acomodandome á sus costumbres, y tomando parte en sus placeres, me grangeé su afecto, y quando me separé de ellos, me costó no poco sentimiento.

Son muchas y varias las danzas de los Indios, y cada una tiene su nombre particular.

1.ª La danza del calumet.
2.ª La danza de guerra.
3.ª La danza de los xefes.

4.ª La danza de la partida.
5.ª La danza de descabellar.
6.ª La danza de muerte.
7.ª La danza del prisionero.
8.ª La danza de la vuelta.
9.ª La danza del madero.
10. La danza del matrimonio.
11. La danza del sacrificio.

En todas estas danzas me hallaba perfectamente instruido, y era muchas veces su director, sin que ningun estrangero que casualmente se presentase, pudiese distinguirme de los Indios, á no darme yo á conocer.

Confiado en mi aspecto de salvage baxaba algunas veces á Montreal, y pasaba los puestos como un Indio. Gustaba á veces distinguirme en dar una cencerrada, uso adoptado en diferentes partes de Canadá: se reduce esto á juntarse muchos con vasijas viejas, calderos &c., y romperlas á las puertas de los casados quando el hombre es mas viejo que la muger ó han sido casados dos veces. En semejantes casos los Indios dan grandes gritos hasta que obligan al esposo á pagar su silencio con un sacrificio pecuniario, ó tiene que sufrir dicterios y cosas indecentes.

No me limité á instruirme solo en sus diversiones: tambien aprendí á construir una

canoa, á arrancar para este efecto la corteza de un arbol, y en una palabra á hacer esta obra igualmente que los naturales del pais. Hice asimismo *makissins* ó zapatos Indios de piel de gamo, la que se prepara y pasa por el humo para suavizarla, y se guarnecen de puas de puerco espin, adornándolos con cuentas de vidrio y otras cosas. Los que hacen los mohawks en el rio grande cerca de Niagara, son los preferidos así por lo bien trabajado, como por su buen gusto. Por lo comun cuestan quatro *dollars*, pero sin adorno se venden en uno. Son mas comodos que los zapatos europeos: en verano conservan el pie fresco, y en invierno con motivo de hacerse muy anchos admiten gruesos escarpines que impiden el frio. En sus danzas de guerra usan los Indios de campanillas y pedacitos de estaño para que su ruido les sirva de compás. En uno de estos bayles en que me hallé, el que guiaba la danza se ató un cencerro de mula, de que resultaba un estruendo como en un concierto Holandés.

Los salvages son reputados por muy agiles y veloces en correr: admitiendo esta opinion que generalmente merecen, no es menos cierto que los Europeos corren mas pronto una corta distancia. El gran mérito de los salvages consiste á mi entender en la fuerza que tienen para aguantar una carrera larga,

lo qual los hace muy utiles para atravesar los bosques en clase de correos. Duermen poco, se mantienen con algunas raices, y el agua que cogen de paso, por decirlo así: son ademas buenos nadadores, y no temen las mayores corrientes. Quando huyen del enemigo, ó quando los envian con algun mensage, son capaces de correr todo un dia sin descansar.

En quanto á la fuerza los exceden otros muchos hombres, y aun en la caza se igualan con ellos los de la Virginia, que en concepto de todos tiran con mucho acierto. Me acuerdo que vi un dia algunos Americanos disparando á un *lumme*, que es un páxaro del tamaño de un ganso. Este páxaro es notable por el modo que tiene de sumergirse en el agua, y regularmente sale á algunas varas de distancia del sitio en donde se sumergió. Le dispararon varios tiros á la distancia de ciento y cincuenta varas sin acertarle. Un Indio que se hallaba presente se burló de ellos, tratándolos de *pobres viejas*: convidaronle entonces á que probase su habilidad, y consintió al punto: tomó el fusil, y apoyándolo en un arbol, disparó y atravesó el cuello al páxaro. Confieso que jamas he visto un tiro mas acertado, ni que tanto me agradase: por otra parte tuve mucha complacencia en que hiciese formar á los Americanos gran concepto de los sal-

vages, á quienes yo amaba sobre manera.

El *lumme* es un páxaro muy notable por la conformacion de sus pies, pues apenas puede andar, por lo que se le ve rara vez en tierra. En el buen tiempo sale del agua con mucho trabajo, y vuela como impelido del viento, del que al parecer necesita. El método regular de los Indios para matarle, es poner una gran rama delante de la canoa para esconderse detras de ella hasta llegar ocultamente al lugar donde se halla; y á una distancia proporcionada le disparan, las mas veces sin efecto. Su piel es muy dura, y despues de secarla se sirven de ella para preservar sus fusiles de la humedad.

Las canoas se construyen en el parage llamado *Tres-Rios*, y por lo general tienen ocho brazas de largo, y una y media de ancho: estan cubiertas de corteza de álamo y sus junturas estan como cosidas con raices muy fibrosas. Siendo de este tamaño admiten el peso de tres hombres; y por la primavera, quando el tiempo lo permite, las conducen á la China, aldea distante unas nueve millas de Montreal.

La China debe su nombre al suceso siguiente. Mr. de *la Salle*, asesinado en 1686 en Canadá por dos hombres de su comitiva, trabajaba en descubrir un camino mas corto para ir á la China que el conocido

hasta entonces. Un accidente detuvo su proyecto, obligándole á volverse al Este; y los Canadienses por burla llamaron á este lugar la *China*, por cuyo nombre fue conocido despues.

En esta aldea están depositadas con mucho cuidado las mercaderias Indianas, las secas en fardos de cerca de 80 libras de peso; el rum, la pólvora y armas de caza en pequeñas barricas. Es muy penoso y desagradable el viage á la China desde Tres-Rios, pues es preciso vencer una corriente sumamente fuerte, y seria imposible abanzar sin el auxîlio de un viento fresco.

Quando está baxa el agua, es indispensable que vayan delante las canoas con palos muy largos, y al mismo tiempo algunos hombres entrando en ella hasta las rodillas, tiran de aquellas contra la corriente con cordeles. Es este un trabajo que fatiga mas de lo que puede imaginarse; pero la costumbre ha hecho á los Canadienses muy diestros, y debo decir, que luchan contra estos obstáculos con una complacencia nada comun.

Desde la China á Michillimakinac hay unas 900 millas, cuyo viage en tiempo favorable se hace regularmente en un mes. Es indispensable mucho cuidado para gobernar las canoas en las corrientes rápidas, y ademas gran destreza y trabajo para conducirlas rectamente é impedir que tropiecen en las

piedras, porque son muy delgadas, y faciles de hacerse pedazos. Quando reciben algun golpe, que es cosa harto freqüente, se cierra el agujero con masa de goma y carbon, la qual se endurece prontamente de tal modo que resiste la impresion del agua. Si el agujero es muy grande, se tapa con corteza de álamo blanco molida y mojada como argamasa; se cubre con algunos trapos, y se tapan sólidamente los extremos con goma.

En mi viage á lo interior del pais llegué al parage llamado la Barriere enfrente del gran salto, ó despeñadero, paso muy peligroso por la extremada rapidez de la corriente. Hay allí establecidos algunos traficantes que no son considerables ni por la extension de su comercio, ni por la utilidad que sacan de las peleterias que acopian. Los salvages en este pais conocen bien el valor de las pieles para que sean engañados, á no embriagarlos primero, como sucede comunmente.

Desde aquí fuimos hasta el lago de las dos montañas, en donde hay una aldea perteneciente á los Indios Connecedagas de quienes he hablado. Me mantuve allí un mes con mis antiguos amigos, que era el único tiempo que podia detenerme. Este ramo de comercio exîge que el traficante llegue temprano á la tierra en donde se ha propuesto pasar el invierno, y de esta diligen-

cia dependen esencialmente sus intereses.

Llegué ácia el Uttawa ó gran rio, costeando hasta arribar al lago Nipisin, en el que tiene su origen el rio San Lorenzo. Entramos entonces en el rio francés que conduce al lago Huron, y con viento muy favorable llegamos á Michillimakinac por el mes de Junio.

Abunda este pais por todas partes de animales salvages. En él se encuentran el oso, el reno, el castor, el lince, el zorro, la ardilla, la nutria, el gato montés, el raton, el lobo, &c. No se encuentran mas habitantes que algunos salvages errantes de un lugar á otro en busca de su subsistencia, y se mantienen de los animales que matan, á excepcion del hediondo, el que jamas comen á no ser en un extremo de hambre.

La Salle dice, que en su viage á los bancos de Missisipi vió entre los Oumnas, que habitan junto á un rio del mismo nombre, un animal muy extraordinario parecido al lobo y al leon: en la cabeza y cuerpo se parecia al primero, y su cola y uñas eran como las del segundo. Afirma que este animal embiste á todos los demas; pero que nunca se dixo que hubiese hecho mal al hombre; que algunas veces lleva la presa sobre la espalda, y satisfecho su apetito oculta el resto baxo de hojas ú otra qualquiera cosa; que todos los animales le temen en tanto

grado que no tocarán á la presa que hubiese dexado; y finalmente que los Indios le llaman Michibichi, animal de la especie del tigre, pero mas pequeño y menos manchado, conocido hoy dia por la pantera.

La carne del castor es muy buena, ya sea cocida, ya asada, y lo mejor es la cola. Hablando de manjares gustosos debo añadir que el hocico del reno es tambien muy estimado. No es temible animal alguno de la América Septentrional á excepcion del oso pardo que se mantiene por lo comun en los climas de mayor calor que puede: por donde quiera que pasa, hace horribles estragos, destruyendo á los hombres, y no pocas veces familias enteras.

Durante mi detencion en Michillimakinac me refirieron un lance notable de valentia y generosidad, cuya relacion no os será desagradable.

Un Indio de quince años de edad se hallaba á alguna distancia del Fuerte, quando un salvage tiró un escopetazo matando por desgracia á un Inglés. Adelantándose el salvage distinguió á este jóven arrimado á un arbol, y por no ser de su nacion se propuso hacerle prisionero: no penetrando las intenciones del jóven se acercó á él, y le cogió por el brazo: retiróse éste con destreza, é hirió en la cara al salvage, quien se irritó tanto que ya habia levantado la mano para

darle con el tomawk quando llegó un Indio y le preguntó ¿quién le habia herido? contestó que el jóven; y entonces se opuso á su bárbaro proyecto diciéndole que él defendería de la muerte á un jóven, y tan valiente; y le llevó al Fuerte en donde le compró el Comandante para impedir que le diese muerte el Indio á quien habia herido.

CARTA CCCCLXVIII.

Viage al lago superior.

Despues de haber hecho mi provision de maiz y de grasa endurecida, alimento que llevan todos los traficantes al pais superior; habiéndo tambien cambiado nuestras grandes canoas por otras mas cómodas para el transporte y navegacion para aquellos parages, abanzamos hasta los despeñaderos de Santa Maria, golfo llamado así, formado por dos brazos que se separan el uno del otro en la punta mas apartada del lago. Hay allí un fortin guarnecido de una estacada, construido por los Indios; y al rededor diez chozas de troncos de árboles para habitacion de los traficantes Ingleses y Franceses. La nacion de los Saltadores estaba antiguamente establecida al pie de los despeñaderos, y los Jesuitas tenian junto á ellos una casa. En

este lugar hay pescado con abundancia, particularmente sollo, trucha, y un pescado blanco de un tamaño extraordinario. Desde aquí continuamos nuestro viage al lago superior, llamado antes el lago Tracy, en honor de Mr. Tracy que fue nombrado Virey de America por el Rey de Francia en 1665. Se dice que tiene 600 leguas de circunferencia, y ademas muchas islas grandes y chicas por la parte de arriba. A la entrada de este lago hay un peñasco elevado casi de forma humana, al que llaman los Indios Chippeways Kitchi-Manitú, *ó el Señor de la vida del hombre*. En él se paran todos para hacer sus ofrendas, arrojando al agua tabaco y otras cosas: con esto creen hacer un homenage de agradecimiento al Sér supremo, que se imaginan representado por aquel peñasco, sacrificándole con gusto sus adornos, y lo que mas aprecian. Exemplo digno de admiracion, que manifiesta en la criatura el deseo de honrar al Criador.

Hay en esta roca muchas excavaciones de cerca de una milla de largo, y de unos veinte pies de ancho, cuya cima está en forma de arco. El lago se hiela solamente junto á la ribera; regularmente están muy alborotadas sus olas, y se elevan muchas veces á lo alto de las montañas, lo que no parecerá estraño, atendida la grande extension y profundidad de este lago.

En tiempo de calma se ven á corta distancia de la ribera los peces en el fondo del agua. Los bosques son sumamente espesos. La palma, el álamo blanco, el fresno y el cedro crecen hasta una gran altura. La compañia del Noroeste establecida en Montreal tiene un navio en el lago para transportar sus mercaderias desde Michillimakinac al gran portazgo del lado del Noroeste, y para conducir las peleterias acopiadas en lo interior de las tierras.

El dia 4 de Julio llegamos al pais llano al lado Noroeste del lago en donde desliamos nuestras mercaderias, é hicimos los fardos mas pequeños, porque habia que andar, segun cálculo de los Indios, 108 parages de transporte para llegar al lugar donde me habia propuesto pasar el invierno. Mientras estuvimos en tierra descubrimos varios Indios á alguna distancia, cuyo número pasaba de 150. Muchos de ellos eran de las tribus Chippeways, y los demas de la nacion de los Wasses. Habiéndome acercado á ellos, me dieron pescado, carne seca y peleterias; y en cambio les hice algunos regalos de poca consideracion. El xefe, llamado Matchi-Quiwish tuvo un consejo, y viendo que yo comprendia su lengua, propuso en él que se me adoptase como hermano y compañero de armas. Aunque yo no habia hecho prueba personal de esta ceremonia, no ignoraba lo

principal de ella, habiendo sabido por otros traficantes lo mucho que habian padecido en esta adopcion, que declaraban haber sido para ellos el favor mas señalado. Me determiné no obstante á la prueba porque no se atribuyese á temor el que yo renunciase un honor de que me juzgaban digno, y perdiese por lo mismo la estimacion de aquellos Indios de quienes esperaba sacar grandes ventajas, y con quienes estaba precisado á tratar por algun tiempo.

La ceremonia de la adopcion se hace del modo siguiente.

Se dispone un banquete de carne de perro cocida en grasa de oso con semillas del pais; se supone que cada uno tomará con gusto una buena porcion de aquella comida. Luego que se acaba se canta la cancion de guerra en los términos siguientes.

»Señor de la vida, miradnos con ojos benéficos: nosotros recibimos un hermano de armas que al parecer tiene entendimiento, muestra fuerza en su brazo, y no teme exponer su cuerpo á los golpes del enemigo."

Despues de esta cancion, si el que ha de ser admitido no da ninguna señal de temor, le tratan con respeto y estimacion, por ser el valor, en opinion de los salvages, no solamente indispensable sino tambien la recomendacion mas ventajosa. Luego le sientan sobre una piel de castor, y le presentan la

pipa de guerra para que fume, poniéndole despues de esto al cuello un collar de Wampum.

El calumet ó pipa India mucho mas grande que la que comunmente usan los Indios, es de marmol, piedra ó arcilla roxa, blanca ó negra, segun la costumbre de la nacion; la roxa es la mas estimada. El mango tiene cerca de quatro pies y medio de largo, y le adornan con plumas de varios colores y con cierto número de cordones de cabellos de muger entretexidos de varias maneras. La cabeza está pulimentada con primor, y añaden en ella dos alas que la hacen parecerse á un Caducéo. Este calumet es el símbolo de la paz, y los salvages le miran con tanto respeto, que creerian atraerse las mayores desgracias si violasen un tratado, que se hubiese hecho con la intervencion de esta pipa respetable y sagrada.

El *Wampum* ó collar es de varios colores; pero usan con especialidad del blanco y azul ó negro. Estos collares son unas listas ó vandas de dos ó tres pies de largo y de seis pulgadas de ancho, guarnecidas de cuentas ó bolitas que hacen de unas conchas que se encuentran á la orilla del mar entre New-Yorck y la Virginia. Estas cuentas son del grueso de un guisante pequeño, y del largo de dos granos de trigo. Las agujerean como las perlas para poder ensartarlas en hilos, puestos unos junto á otros.

Los traficantes que van bien provistos de estas cuentas de concha, logran el mejor despacho y ganancias; pues como los salvages no hacen aprecio del oro ni de la plata, equivalen estas cuentas á una moneda preciosa. Estan destinados estos collares para varios usos. Quando hay consejo, los distribuyen proporcionados en el tamaño y variedad de clases á la idea que forman los Indios de la importancia del congreso, y son por lo regular de dos colores. Los que fueron dados á Sir William Johnson, de inmortal memoria entre los Indios, eran de varias clases, negros por los lados y blancos por el medio. Este color colocado en el centro expresaba la paz: en medio del collar habia la figura de un diamante hecho de wampun blanco. Los Indios le llaman el fuego del consejo.

Son tambien estos collares los fastos ó archivos de los tratados antiguos; y como estan trabajados de un modo particular, los descifran facilmente los Indios, y los consultan en cada tratado con los Blancos. Quando se devuelve un collar de wampun, es señal de que el tratado propuesto no se acepta, y que está rota la negociacion.

Volviendo de esta digresion á mi asunto, luego que la pipa ha girado de mano en mano fumando todos, se dispone una cabaña para los *sudores*. Clavan en tierra para este

efecto seis palos largos, reuniéndose todos en punta por lo alto, y cubren la parte superior con pieles y mantas para que no pueda entrar ayre: en lo interior no deben caber mas que tres personas. El que ha de ser adoptado entra del todo desnudo en esta cabaña con dos xefes. Traen allí dos grandes piedras, las que calientan hasta que se ponen encendidas como brasas: tienen prevenida agua en una batéa, y con ramos de cedro van rociando las piedras encendidas. El vapor que despiden, proporciona al paciente la transpiracion mas abundante, y prepara sus poros para lo restante de la ceremonia.

Luego que la transpiracion llega á su mayor grado, el que ha de ser admitido sale de la cabaña y se arroja al agua: al punto que sale de ella le cubren con una manta, y le conducen á la cabaña del xefe, en donde se entrega á la prueba siguiente. Tendido boca arriba, delinea el xefe en su cuerpo con un palo puntiagudo y mojado en agua con polvora disuelta, la figura que quiere representar: le pica despues las partes delineadas con diez agujas mojadas en vermellon y unidas á un pedacito de madera, haciendo incision en la carne con un pedernal quando encuentra mucha resistencia; con pólvora estrega los espacios intactos, y cauteriza las heridas con made-

ra podrida para impedir la supuracion.

Hay intervalos en esta operacion, la qual dura dos ó tres dias. Cada mañana laban la parte picada con agua fria, en que echan una infusion de una yerba llamada *pockquisegan*, que los salvages mezclan con el tabaco para disminuir su fuerza. Durante la operacion cantan canciones de guerra acompañadas con un instrumento llamado *chessaqueoy*, del que estan pendientes algunas campanillas, las que mueven continuamente para sufocar los gritos consiguientes á semejantes dolores. Acabada la ceremonia, dan nombre á la persona adoptada, y á mí me pusieron el de *Amik* ó *Castor*.

En cambio de los regalos que me habia hecho Matchi Quivisc, yo al principio no le habia dado mas que algunas vagatelas; pero queriendo manifestarle con nuevos dones mi agradecimiento por el honor que me habia hecho, llevé á los xefes al lugar donde habia prevenido á mi gente que tuviesen los objetos destinados al efecto; y les di cuchillos de descabellar, tomahawks, vermellon, tabaco, sartas de cuentas y rum, objeto tan necesario, que en su defecto me hubiera conciliado su enemistad por mas regalos que les hiciese. Luego que se dispusieron nuestras canoas y se pusieron en lugar seguro nuestras mercaderias, mandé á mis Canadienses que de dia y noche estuviesen con

cuidado durante nuestro acampamento, precaucion indispensable, porque los Indios en la embriaguez se arrojan á todo género de excesos. Nos fue muy util esta vigilancia, porque los salvages estuvieron embriagados por tres dias con sus noches con el rum que les habiamos dado, y en la embriaguez mataron quatro compañeros, entre ellos un xefe ilustre, que fue quemado por su propio hijo. Como habia sido un famoso guerrero, le enterraron con los honores que acostumbran los salvages, es decir, un cuchillo de descabellar, un tomahawk, collares, vermellon &c., algunos pedazos de madera para encender fuego, y una copa de madera para beber durante su viage al otro mundo.

El 21 nos embarcamos, dexando á esta tribu de Indios muy satisfecha de nuestra conducta, y nos demostraron su gratitud en los términos mas expresivos. Siendo costumbre tomar prácticos para ir de un lago á otro, enganché á veinte de estos Chippeways para que me acompañasen en el camino por tierra á la gran costa de la Roca. Tienen que tomar este camino todos los traficantes, á causa de la gran *Catarata*, cuya altura se regula de seiscientos pies á la entrada del rio Nipegon. Este camino es en extremo penoso para los que llevan á hombros los fardos, pues tienen que trepar por una montaña muy escarpada, por lo que es cos-

tumbre detenerse dos ó tres dias para cobrar fuerzas.

Pasada felizmente esta cuesta de la Roca continuamos nuestro viage hasta el lago *Alemipigon*, en donde hallamos otra quadrilla de salvages de la misma nacion. Hubo un consejo, y nos hicimos mutuos regalos. Permanecimos acampados diez dias al lado del lago, y durante nuestra detencion hubo una pendencia entre los Indios, cuyo exceso y desorden ocasionado por los funestos efectos del rum, terminó con la muerte de tres de ellos.

El lago *Alemipigon* ó *Nipegon* tiene cerca de cien millas de largo, y suministra á los salvages gran cantidad de pescado. El pais produce con abundancia raices silvestres, y es muy considerable el número de animales. Mas de trescientos Indios cazan en él, y son notables por su mucha barbarie y supersticion.

Salimos de aquí el dia primero de Agosto con quince Indios destinados no solo á servirnos de guia, sino tambien para ayudarnos á trasportar las cargas. Nos alimentabamos de animales y de raices, reservando el maiz y la grasa para el invierno. Por la tarde nos acampabamos al ponerse el sol, y por la mañana al rayar el dia entrabamos en nuestras canoas, y así continuamos nuestro viage hasta el lago *Esturion*; pero

no nos detuvimos bastante tiempo para hacer su descripcion.

El 25 de Septiembre llegamos al lago de la *Muerte*, situado al Noroeste del *Alemipigon*, el qual tiene cerca de sesenta millas de circunferencia: la tierra es baxa y pantanosa, y el agua muy desagradable al gusto. Ha sido al parecer muy frecuentado de los Indios, pues mientras estuvimos en él descubrí como unas treinta sendas diferentes de casi tres pies de ancho, que salian de los bosques hasta el lago. Es abundante de pescado, y se hiela por el invierno, permaneciendo así hasta el mes de Abril. Los Indios que concurren á él son buenos cazadores, pero muy salvages. Los *Chippeways* no son tan apasionados á los adornos como otros salvages, particularmente las tribus que viven distantes de *Michillimakinac*: y esto procede de que como los lagos se mantienen helados hasta el ultimo mes de nuestra primavera, y el invierno comienza en los primeros dias de Octubre, emplean los intervalos que median entre estas dos épocas, en construir y reparar canoas, hacer algunas salidas para adquirir víveres, en nadar y otros pasatiempos acostumbrados de los salvages. Los hombres, cuyas necesidades continuas, aun la de su diaria subsistencia, exîgen los mayores esfuerzos, y que no tie-

nen bastante provision para juntar víveres para el invierno, no ponen mucho esmero en el luxo del vestido. Los Indios desde el mas salvage hasta el mas civilizado, son generalmente muy indolentes, y se precian de este caracter, porque consideran el trabajo como afrentoso á la dignidad de un guerrero, y miran los cuidados y ocupaciones domésticas, como el destino peculiar de las mugeres. Esta aversion al trabajo no procede en ellos de temor ni de odio á la fatiga; al contrario, ninguna nacion la aguanta con mas gusto, especialmente en sus diversiones, que son varias y las mas violentas y penosas. Su objeto es robustecerse y hacerse agiles por medio de la transpiracion abundante que se procuran, á fin de poder cazar con mas facilidad y ligereza.

Su diversion favorita, aunque molesta, es el juego de pelota. Es esta del grueso de las nuestras, hecha de piel de gamo y de cerda: la despiden con unos palos de casi dos pies de largo, y anchos por un estremo, trabajados á manera de una raqueta, pero con espacios mas anchos. Como éstas se hacen de nervios de gamo, tienen mucha elasticidad, y despiden la pelota á larga distancia. Se juega entre dos: la habilidad consiste en impedir el uno al otro tocar la pelota, y en arrojarla hasta el extremo del trinquete. Al extremo hay dos maderos separados, y el que

logra meter la pelota por entre los dos, gana la partida. Gastan los Indios por lo comun buen humor en el juego; y aunque suceda que en el calor del juego el uno hiera al otro con su raqueta, el herido no conserva ningun resentimiento; pero ponen cuidado en evitar semejantes accidentes, porque la violencia del golpe basta para romper un brazo ó una pierna.

Athergain es otra diversion favorita en la que entran las mugeres. Se hace este juego con cierto número de habas secas negras y blancas, una de las quales está señalada con varias manchas, y la llaman el *ras*: las meten en un globo de madera, y sentados todos en tierra, cada uno le mueve á su voluntad: el que tiene la destreza de hacer saltar fuera del globo la haba manchada, recibe del que está enfrente tantas habas como manchas tiene aquella.

CARTA CCCCLXIX.

Continuacion del mismo asunto.

Las fatigas que habian padecido mis Canadienses, exîgian nos dispusiesemos para invernar, y esto me obligó á establecerme en el lago de la muerte: el tiempo ademas se iba poniendo frio con aparatos de ser éste riguroso, que era otro nuevo motivo. Despues de haber descansado y asegurado nuestras canoas, pasé con dos Indios á buscar un parage en que pudiese edificar, y nos fixamos en un lado del lago en el qual construimos de troncos de arboles una choza de treinta pies de largo, y veinte de ancho, con dos piezas separadas, donde colocamos nuestras mercaderias. Fue nuestro primer cuidado ocultar las canoas en el bosque, y el rum debaxo de tierra, á excepcion de una corta porcion reservada para nuestro gasto ordinario. Conocia yo por experiencia la necesidad de guardarlo de los Indios, y por otra parte nuestra conservacion personal dependia esencialmente de esta precaucion.

Arregladas las cosas domésticas, hicimos prevencion de leña para el invierno, por ser dificil traerla á la habitacion en tiempo riguroso. En los ratos desocupados cazabamos

para aumentar nuestras provisiones, las quales no hubieran bastado para la subsistencia de nuestra gente, y no queriamos exponernos á depender de la venida incierta de los salvages, que suelen traer á veces á los traficantes carnes de varios animales. Como empezaba á nevar con exceso, nos hallamos imposibilitados de hacer largas correrias por falta del calzado propio para andar por la nieve.

En el espacio de 15 dias cazamos con mucha felicidad, y cogimos cierta porcion de animales pequeños con que haciamos el gasto ordinario. Este socorro fué muy oportuno, y nos ahorró el gàsto del maiz y de la grasa. Ya hacia tres semanas que nos habiamos establecido, quando llegó una quadrilla considerable de salvages. Como no tenia conmigo mas que ocho Canadienses, les supliqué que se conduxesen con la mayor precaucion: eramos en el número muy inferioá aquellos, y en caso de qualquier exceso de embriaguez de su parte, robarian nuestras mercaderias, y nos matarian.

Por fortuna mis Canadienses eran hombres fuertes y muy familiarizados con los Indios del Noroeste. Hicimos nuestro tráfico con los salvages, porque ningun otro traficante habia pasado el invierno en este parage. El xefe principal llamado Kesconeck me regaló peleterias, carne seca, pescado y

granos silvestres; á cuyo obsequio correspondí inmediatamente, y de modo que me pareció habia quedado muy satisfecho. Vinieron entonces los demas salvages á mi choza uno por uno, lo que se llama fila india, danzando y cantando canciones de guerra; y todos se sentaron en el suelo, sino el xefe que manteniéndose en pie con gran magestad en medio de la tribu, nos dirigió el siguiente discurso.

»A la verdad, padre, que yo y mi gente somos felices por haberte visto: y puesto que el Señor de la vida ha enviado un traficante que se compadeciese de nosotros, emplearemos todo nuestro esfuerzo en cazar, y traerte pieles y carne de animales en recompensa."

Se dirigia este discurso á constituirme en la obligacion de hacerles nuevos regalos. Correspondí á su esperanza dándoles dos barriles de rum que cada uno contenia ocho azumbres de este licor modificado con agua, segun costumbre de todos los traficantes, cinco rollos de tabaco, cincuenta cuchillos de descabellar, pedernales, pólvora, balas, &c. Di tambien á las mugeres sartas, cuentas y otras frioleras; y á cada uno de los ocho xefes que habia en la quadrilla, un fusil del Noroeste, una camisa India, un cuchillo de descabellar del mejor temple, y municiones, cuyos dones recibieron con

aplausos repetidos, y demostraciones de contento.

Las mugeres, esclavas en todo de sus maridos, recibieron órden de hacer chozas de corteza de arbol, las que concluyeron en el espacio de una hora, y todo se dispuso prontamente para una borrachera. Luego que hice llevar el rum á su vigwaum ó choza portatil, empezaron á beber: este banquete duró quatro dias con quatro noches, y á pesar de todas nuestras precauciones, pues habiamos ocultado sus fusiles, cuchillos y tomahawks, fueron muertos dos jóvenes, y heridos seis hombres por tres mugeres Indias: tambien fue asesinado uno de los xefes, lo que me precisó á darles muchas cosas para enterrarlos con él, á fin de completar la ceremonia ordinaria de sus funerales. Son muy perjudiciales estas borracheras á todos los partidos, y obligan al traficante á unos gastos considerables, á los que no puede negarse sin mucho riesgo. En el quinto dia estuvieron muy sóbrios, y manifestaron gran sentimiento de su conducta, llorando amargamente la pérdida de sus amigos.

El 20 de Octubre salieron á cazar con gran placer nuestro, pues apenas habiamos descansado mientras estuvieron con nosotros: al embarcarse en sus canoas, cantaron la cancion de guerra de sus muertos.

»Señor de la vida, miradme con ojos

benignos : tu me has dado valor para abrir mis venas."

Despues de haber juntado una hacina de leña para el invierno á una distancia regular de nuestra habitacion, para evitar un incendio, preparamos las redes para la pesca. El hielo tenia tres pies de grueso, y la nieve estaba muy profunda, por lo que nos fue indispensable desembarazar enteramente el terreno para hacer los agujeros en donde debiamos colocarlas. En el espacio de dos meses tuvimos gran felicidad, pues cogimos 180 libras de pescado, que pusimos á helar colgándolo de unos palos, y luego le encerramos en el almacen de nuestras provisiones. Fue esto gran fortuna para nosotros por ser muy incierta la pesca en medio del invierno, y no menos dudosa la vuelta de los Indios para socorrer nuestras necesidades.

Los pescadores en el estio discurren por los lagos y los rios, y por lo general su pesca es abundante al pie de una corriente profunda, ó á la embocadura de un rio; pero luego que entra el invierno, tienden sus redes en unas aberturas que hacen rompiendo el hielo. En medio del invierno hacen agujeros en el hielo, y pescan en ellos con sedal. La pesca es en invierno la ocupacion diaria de la mitad de los hombres, aunque en el tiempo riguroso es muy penosa.

A principios de Enero se hallaban casi apuradas nuestras provisiones, y solo nos quedaba pescado fresco, el que comiamos cocido en agua. Lo riguroso del tiempo no nos permitia salir á registrar nuestras redes; y á pesar de la afliccion que ocasionaba la falta de mejor alimento, nos vimos obligados á estarnos metidos en la choza, manteniendo un gran fuego, y estando casi siempre envueltos en nuestras mantas, lo que nos debilitaba demasiado. Permanecimos por algun tiempo en este estado de inaccion; pero como el hambre nos apurase, propuse á mí gente que pusiesen trampas para cazar martas, á lo que se dispusieron con gran zelo. Concluida una porcion de ellas, las pusieron en los bosques á la distancia de casi dos millas de nuestra choza, y entre tanto me quedé yo solo en ella por si llegaban salvages. En el primer dia fue afortunada mi gente, y y vineron con dos ratones, tres liebres y quatro ratas, de lo qual hicimos nuestra comida en el siguiente; y aunque no nos gustaron, fue este socorro muy del caso, y nos excitó á continuar con mas ánimo la empresa que habiamos comenzado, esperando con impaciencia mejor tiempo.

Muy en breve nos vimos sin provision alguna, y como mi gente empezaba á desmayar, me determiné á proponer un viage al lago Manontoye, en donde sabiamos que

habia pasado el invierno Mr. Shaw, uno de nuestros compañeros traficantes, para adquirir arroz silvestre, que segun los Indios se criaba en aquel parage hasta en las lagunas. Aprobaron los Canadienses mi proyecto, y antes de partir nos fue forzoso matar un perro muy estimado que nos era muy util. La mañana del dia siguiente me puse los zapatos de invierno, y propuse á dos salvages, marido y muger, que me acompañasen, y les daria rum en recompensa: se convinieron, y me alegré no poco, porque no hubiera yo podido hallar el camino sin alguno que me dirigiese.

Caminamos quatro dias sin haber muerto cosa alguna. No obstante esta desgracia, pudimos subsistir con la corta provision que llevabamos con nosotros. Al quarto dia, casi una hora antes de ponerse el sol, nos detuvimos junto á un rio demasiado profundo para vadearlo; y mientras que el Indio me ayudaba á hacer una balsa para pasarle, advertí que no parecia su muger. Me afligió en extremo su falta porque el sol iba á ponerse, y yo estaba impaciente por llegar á la ribera opuesta antes que entrase la noche. Preguntando al Indio qué habia sido de ella, me dixo sonriéndose, que estaria en los bosques ocupada en armar lazos á perdices. Pasada una hora vino la muger con un niño en los brazos recien nacido, y acercándose

á mí me dixo, he aquí un jóven guerrero. Se dice que las mugeres Indias apenas tienen dolores en sus partos; pero yo afirmo que es un error. Verdad es que son fuertes y animosas, y que sufren los dolores hasta el momento de parir; mas esto no prueba que estén exêntas de sentir los que son comunes á todo el sexô en lance tan crítico. Me contaron que una jóven de la nacion de los Ratas estuvo penando con los dolores de parto un dia y una noche sin haberse quejado una sola vez. La fuerza del exemplo, excitando la vanidad, no permite á estas infelices manifestar la menor debilidad, ó expresar el dolor que sienten, temiendo sin duda que el marido no las mire en lo sucesivo como indignas de su atencion, y menosprecie igualmente á la madre y al hijo: siempre que se enojase con ella, la improperaria, que su hijo no seria buen guerrero; y si era hembra, que tendria un corazon cobarde, y que la naturaleza no la habia destinado para la vida salvage.

Creo no se negará á las mugeres Indias un amor tan tierno á los hijos como el que se precian tener las de los pueblos mas civilizados, de lo qual pudiera citar mil pruebas. La madre da el pecho á sus hijos hasta que tienen quatro ó cinco años, y alguna vez seis ó siete: desde la niñez procuran inspirarles ideas de independencia: jamas los casti-

gan ni reprenden : temen debilitar aquellas inclinaciones marciales que deben ser algun dia el ornamento de su vida y de su caracter : en todas las ocasiones evitan tratarlos con rigor, á fin de dexarlos en toda aquella libertad con que desean se porten en todas sus acciones. Si mueren, lloran su pérdida con un dolor sincero; y durante mucho tiempo despues de su muerte derraman lágrimas sobre su sepulcro.

La nacion llamada los Biscatonges ó llorones, lamentan mas el nacimiento de un hijo que su muerte: á ésta la miran como un viage del qual ha de volver; y dicen que al nacer se entra en una carrera de peligros y desgracias. ¿Qué dirian estos salvages, si viviesen en los pueblos donde el hombre es el juguete de la ambicion, de la avaricia, de la calumnia, de la envidia, pasiones que ellos no conocen?

Luego que nace un hijo, si es en el estio, su madre se mete en el agua, y le baña sumergiéndole; despues le envuelve en un pedazo de tela, y le ata sobre una tabla, llena de musco seco, de la figura de una cesta, con una cubierta por la cabeza para preservarla de las injurias del tiempo. En invierno le envuelve en pieles; y en los calores del estío le cubre con algun paño para preservarle de los mosquitos que son muy incomodos en los bosques. La tabla en que

va atado el niño, se asegura en la frente de la madre con un cinturon de lana, y así le llevan colgado sobre la espalda.

Quando los Franceses tomaron posesion del Canadá, las mugeres no tenian lienzos ni mantillas; la envoltura de los niños se reducia á una especie de cubo lleno de madera podrida, tan suave como la mejor pluma, para que se embebiesen las humedades que expeliese la criatura. Ponianla cubierta de ricas pieles, y atada por debaxo con fuertes correas. El serrin se renovaba siempre que habia necesidad, hasta que se destetaba al niño.

Entre los Indios algo civilizados las mugeres alimentan á sus hijos con una papilla de maiz y leche, si pueden conseguirla; pero en las partes mas septentrionales y distantes de los Europeos substituyen el arroz y semillas silvestres, moliéndolas entre dos piedras, y cociéndolas en agua con azucar de erable. Este alimento es muy nutritivo; y añadiendo á esto la substancia de carne de animales y pescado, que con facilidad adquieren, es preciso que los niños se crien muy fuertes y robustos.

Muchas tribus de Indios hacen una especie de puches, que llaman sagamite, con una raiz llamada toquo: la muelen despues de lavarla y secarla; y hacen una masa, que cocida al horno es gustosa, pero ads-

tringente, y es su pan ordinario. Esta raiz de toquo debe de ser lo que en la América meridional llaman yuca.

Como hacia mal temporal quando llegamos al lago Esturion, estuvimos acampados tres dias, lo que me proporcionó hacer en él algunas observaciones.

Segun los Indios tiene el lago Esturion cinco dias de camino por agua: su anchura en algunos parages es de unas treinta millas. Hay en él gran número de islotes que abundan en libres, perdices y aves silvestres. Los Indios que le frecuentan, son los Hawoyzask, ó los Musquash que hablan la lengua Chippeway, y permanecen mas tiempo en un mismo parage que los otros Chippeways; rara vez abandonan el pais, y son excelentes cazadores. Mr. Carver señala en su mapa una aldea junto al rio de Santa Cruz, la qual, dice, pertenece á los Chippeways errantes; pero yo creo, que casi toda la nacion se puede llamar errante, tomada esta palabra en el mas riguroso sentido.

El primer dia de nuestro acampamento matamos una liebre; y del hueso de la pierna hizimos anzuelos y les pusimos cebo de carne: los sedales eran de corteza de una especie de mimbres dividida en listas delgadas y bien entretegidas: tuvimos la fortuna de pescar no solo lo necesario por enton-

ces, sino tambien para lo restante del viage hasta el lago Manontoye.

El dia antes de nuestra llegada matamos dos nutrias, las que me propuse regalar á Mr. Shaw, no dudando que estimaria mucho la carne de qualquier animal á causa de la inclemencia del tiempo, y creyendo fuese su situacion tan lastimosa como la nuestra, exceptuando su provision de granos silvestres. Al llegar como á unas seis millas del lago, encontramos una corta quadrilla de Indios, que nos amedrentaron refiriendo un horrible desorden sucedido con motivo de la muerte que los salvages de la bahia de Hudson habian dado á tres de ellos. Nos dixeron que creian hubiese sido Mr. Shaw víctima de su furor, pues los habian oido consultar sobre la muerte de este traficante. Lloraban amargamente su imposibilidad de socorrerle, hallándose sin fuerzas para vengar sus injurias personales, y prometieron acompañarme todo el camino hasta acercarse á la habitacion de Mr. Shaw, en quanto pudiesen hacerlo con seguridad.

Seguimos nuestro camino hasta dos millas de la casa. Tuvieron entonces por conveniente el separarse, y deseandome feliz suceso se retiraron á los bosques por un camino diferente para no ser descubiertos, y ofrecieron permanecer allí hasta mi regreso. Mi

Indio y su muger tampoco quisieron pasar adelante, temiendo igualmente á los salvages de la bahía de Hudson. Confieso que mi situacion era muy peligrosa, y discurria entre mí qué medio tomaria para socorrer á aquel traficante, mi compañero, y librarme al mismo tiempo de toda desgrácia. Confiado en el feliz éxîto que habia tenido otras veces en contener semejantes desordenes, efectos de la embriaguez, y conociendo, qual ninguno, el caracter de los Indios entregados á la funesta influencia de los licores fuertes, no dudaba que aunque fuesen inutiles mis esfuerzos para sacar á Mr. Shaw de su peligrosa situacion, saldria yo libre de todo peligro: y como una idea feliz suele acarrear otras, y serenar el ánimo, inspirando confianza, ya me parecia ver libertado á Mr. Shaw. Animado con estos pensamientos determiné hacer los esfuerzos mas extraordinarios, y continué mi caminó sin mas dilacion. Quando llegué á distancia de un quarto de milla de la escena de la discordia, oí una fuerte griteria de las que llaman los salvages grito de guerra; y aunque acostumbrado á tales clamores, me estremecí y empecé á vacilar, sabiendo que no tiene límites el furor de los Indios embriagados, siendo ademas muy dificil separarlos del concepto que hubiesen formado del hombre á quien profesaban aversion. Sostenido sin embargo con la

esperanza de conducirme como guerrero valiente, y acordándome del tiempo en que habia sufrido la ceremonia de la adopcion, me parecia que era impropio de hombres de valor atemorizarse del peligro; y penetrando por el bosque descubrí bien pronto á aquellas furias infernales, pues no se les puede dar otro nombre.

Estuve acechando oculto algunos minutos, y oí á uno de ellos gritar, *yo no aprue-bo que se mate al gato*, nombre dado por los Indios á Mr. Shaw por lo debil de su voz; lo que me dió á entender que aun estaba vivo, aunque en el mas inminente riesgo. Dime la mayor prisa por llegar á su choza, y hallé á los salvages, hombres y mugeres, en el estado mas absoluto de embriaguez. Las chozas habian sido derribadas, las canoas fluctuaban á arbittio de la corriente, y todo presentaba la escena del desorden mas horrible que jamas habia visto. Ví tendidos sobre la nieve los cadaveres de un Indio y una muger, que despues supe ser su madre, que habian sido muertos por los suyos. Hice varios esfuerzos para entrar en la casa, y me lo impidieron los salvages, abrazándome y diciendome que me amaban, pero que no convenia que yo emprendiese socorrer al gato. Logré por último persuadirles que me acompañasen, empresa que hubiera sido muy peligrosa en otro que no conociese á fondo

la lengua y caracter de los salvages, y que no tuviese bastante serenidad y prudencia para oir sus desatinos con paciencia y moderacion.

Me dirigí entonces al mas sóbrio de los xefes, y preguntándole quál habia sido el motivo de la disputa, me contestó que Mr. Shaw en lugar de ser un gato era un perro, porque les habia negado rum; y aunque él y toda la tribu tenian gusto en verme, por hallarse informados de mi afecto á los salvages, no debia yo intentar el socorrer á este traficante; que ellos eran los dueños del Wigwaum, y no él, y que estaban resueltos á conseguir, antes que amaneciese, todo el rum que tenia.

Con razon se podria dar el nombre de fortaleza á la casa de Mr. Shaw, pues estaba defendida con una alta estacada, que hacia dificil su acceso; y habia tenido ademas la precaucion de asegurar con maderos la puerta por dentro y por fuera. Dixe al xefe que no era mi intencion mezclarme en el asunto; que pasaba casualmente para el lago Roxo, y que solo debia detenerme á descansar. Esta promesa le agradó mucho, porque sabia que Mr. Shaw solo tenia un hombre consigo, habiéndo ido los demas con el interprete en busca de provisiones, y que despues de mi partida no tendria fuerzas suficientes para impedirles la execucion de su intento.

Los vi tan resueltos á executar su proyecto, que si hubiera manifestado la menor intencion de socorrer á aquel infeliz, probablemente me hubieran muerto sin detencion.

El rum que habian bebido, los tenia tan fuera de sí, que para contentarlos, hubiera sido preciso entregarles toda la provision; y creo, que aunque en esta demanda hubiese perecido la mitad de ellos, los restantes hubieran arriesgado sin reparo sus vidas por lograrlo. Queriendo yo evitar toda sospecha, me separé del xefe aguardando un momento favorable para volverme sin ser descubierto. Por fortuna no habian bebido todo el rum que Mr. Shaw les habia dado; y el xefe, luego que nos separamos, se fue á beber mas, y á contar lo ocurrido, pues el resto de la quadrilla se habia retirado quando principiamos nuestra conferencia. Viendo yo que el sitio estaba desembarazado, marché sin que me sintiesen, hasta el fuerte, y pronuncié algunas palabras en Francés y en Inglés: al oirme Mr. Shaw y su compañero, me conocieron por la voz, y se llenaron del mayor regocijo, con particularidad el segundo, que era un Canadiense, y tenia gran miedo por ser el primer invierno que pasaba con los salvages. Al acercarme le oí exclamar: »gracias á Dios, ya ha llegado el amigo, y á no ser por él seriamos asesinados. Mi

querido compañero, cuento seguramente con que luego quedaremos libres." Abrió al instante la puerta, y entré precipitadamente, felicitándolos con la esperanza que tenia de librarlos de los salvages á todo riesgo ó morir con ellos. Mr. Shaw me agradeció las pruebas que le daba de amistad, y me dixo que los Indios de la bahia de Hudson habian venido á buscarle con algunas pieles, y que despues del ajuste les habia dado mucho mas rum que el que debian esperar; que en lugar de contentarse habian exîgido mas, y que con la fuerza de la embriaguez habian muerto á un Indio y á su madre, é intentado poner fuego á su casa con madera podrida, la qual lanzaban contra ella despues de encenderla, uniéndola á la punta de sus flechas. Oida su historia, le animé, advirtiéndole que quando viniesen los Indios á poner en execucion su proyecto, aparentase despreciar sus amenazas.

En esto descubrí muy cerca de la casa á tres xefes hablando entre sí, y no dudé que estuviesen discurriendo el modo de realizar sus designios. Los convidé á que entrasen en la casa, y vinieron uno á uno manifestando en su aspecto y miradas la atrocidad del delito que habian resuelto. Yo les hablé con mucho denuedo aparentando la mayor serenidad, y les pregunté si se les habia pasado la embriaguez. Antes que me

diesen la respuesta, llegó á la puerta el resto de la quadrilla, pero no entró: el xefe principal me dixo que ya estaban en su juicio, manifestando arrepentimiento de su pasada conducta, y asegurándome que á esta sazon en que ya se les habia pasado la fuerza del rum, conocian su locura, pero que estaban ciertos que el espirtu maligno habia dexado ya sus corazones. Dixeles que el *Señor de la vida* estaba irritado contra ellos, y que no merecian buen suceso en la caza por su mal modo de proceder con un traficante, que como padre tierno habia aliviado sus necesidades: les presenté al mismo tiempo tabaco para que fumasen en su consejo ó junta, y lo recibieron con gusto; mirando entonces con ferocidad al xefe, les hablé así.

»Vosotros, xefes y demas miembros de la tribu, que teneis ya los ojos abiertos, espero que dareis oidos á las palabras de mi boca. El *Señor de la vida* ha abierto mi cerebro, y hace que mi pecho arroje palabras amistosas. Mi corazon está lleno de afecto ácia vosotros, vuestras mugeres y vuestros hijos; y quanto ahora os digo, procede de los sentimientos de mi amigo que reclama su casa, y me ha dicho que estaba abierto su corazon para vosotros quando llegasteis, y que á pesar de su bondad, el espiritu maligno se habia apoderado de vo-

sotros, lo que ha causado su infelicidad; pero que esperaba que el *Señor de la vida* mudaria vuestras disposiciones, y os haria buenos Indios, como acostumbrais serlo." A este discurso contestó así uno de los xefes.

"A la verdad, Castor, que tienes gran entendimiento, el qual suaviza las palabras que nos diriges, y todos las entendemos: sabemos tambien que la verdad abre tus labios. Es muy dificil para nosotros, que carecemos del entendimiento de los Blancos, el conocer quándo bebemos lo bastante de esta agua tan ardiente; pero esperamos que el *Gato* apartará la piel de encima de su corazon, para que se vea claro como los nuestros; esperamos tambien que abrirá otra vez su corazon para darnos otra botella de esta agua, y beberla á la salud de nuestro hermano y hermana, á quienes hemos enviado á las regiones lejanas, y haciéndolo así, nos marcharémos mañana al amanecer."

Aconsejado por mí Mr. Shaw ofreció darles lo que pedian, con condicion de que serian fieles á sus promesas, y que no probarian el rum mientras estuviesen en tierra. Con esta promesa se retiraron á sus chozas, dexándonos en pacifica posesion de la casa.

Permanecieron tranquilos los salvages

toda la noche, lo que me hizo creer que la promesa del rum habia producido el efecto deseado; pero me engañé, y la tempestad iba á llegar al mas alto grado de violencia.

Al rayar el alva se juntaron y pidieron el rum, que les fue dado inmediatamente: salieron de sus canoas, y las dexaron sin enterrar los dos cadaveres. Siendo esto contrario á sus usos, me causó algun temor, por no haber otra nacion mas exâcta en cumplir con semejantes deberes; y sospeché que aun estaban poseidos del espiritu maligno, y que solo se habian alejado á corta distancia para beber el rum. Nos dispusimos para el ataque, cargando veinte y ocho fusiles y dos pistolas, y esperamos juntos su venida. Al cabo de una hora volvieron mucho mas embriagados, cantando sus canciones de los muertos en la guerra, y tiznados todos de pies á cabeza. A proporcion que se iban acercando á la casa en orden de fila India, repetia cada uno las siguientes palabras.

»Nosotros no queremos dar muerte al *Gato*, sino solamente reclamar esta casa fuerte y quanto hay dentro.»

Mientras cantaban, preveniamos nuestros fusiles, y los pusimos de modo que en caso necesario pudiesemos servirnos de ellos al instante, resueltos á hacer una vi-

gorosa resistencia, sin embargo de que estabamos solos Mr. Shaw y yo, pues el Canadiense se habia huido á los bosques.

Me constituí por comandante en xefe, y supliqué á Mr. Shaw me obedeciese en todo, y no disparase hasta que yo le diese la señal, pues sabia muy bien que la muerte de solo un salvage irritaria de tal suerte á los demas, que nos seria imposible librarnos de su furor. Como nuestra situacion era tan critica, obrabamos con toda la serenidad que cabia en unos hombres resignados á morir. Ocurrióme un pensamiento feliz que puse luego en execucion: entré en el almacen, del qual saqué un barril de polvora, que coloqué en la pieza exterior con la boca ácia afuera: apenas habia concluido, quando llegaron los salvages, y acercándose á la puerta armados de palos y tomahawks, se decian unos á otros: anda tú el primero.

Nos dispusimos á recibirlos, y yo les di á entender que no les teniamos miedo. Entró uno de ellos en la casa, y en tono fuerte le dixe: ¿quál de vosotros, pobres viejas, es un guerrero valiente? y apoyando mi pistola sobre el barril de polvora, exclamé en voz muy alta: hoy pereceremos todos. Luego que oyeron estas palabras, huyeron gritando, el *Señor de la vida* ha dado al *Castor* mucha fuerza y valor.

Las mugeres huyeron con mayor precipitacion, echaron sus canoas al agua, y se pusieron en salvo lo mas pronto que pudieron. Los hombres que poco antes se hallaban sumergidos en la embriaguez, recobraron el juicio de repente, y con la mayor velocidad posible bogaron ácia una isla del lado opuesto á la casa. Poco tiempo despues llegó cerca de la orilla una canoa, en la que venian seis de sus mugeres con el encargo de arreglar la desavenencia; pero no consentí en reconciliacion alguna, diciéndoles que debieran haberme conocido antes; que me llamaba *Castor*, que todos los Indios me conocian por un guerrero valiente, y que era duro de corazon. Se volvieron al punto las mugeres, llevando consigo los cadaveres, con lo qual quedé contento conceptuando que no pensaban en inquietarnos mas. De este modo nuestra serenidad de animo nos libertó de una muerte casi inevitable, que probablemente nos hubieran dado con los mas crueles tormentos. Esto hace conocer quánto necesita un traficante de tener valor y presencia de animo en semejantes ocasiones, pero sin precipitacion, ni temeridad. Los Indios son grandes observadores del espiritu humano, y disciernen facilmente el valor verdadero del aparente por medio de la tranquilidad que distingue al uno del otro. Es constante que

ninguna nacion del mundo prueba mas rigurosamente el valor, ni observa con curiosidad mas bárbara en el suplicio de sus enemigos los efectos del tormento que les hacen padecer. Las mugeres mismas saltan de gozo á proporcion de la flaqueza que muestra el infeliz paciente. Sin embargo, sucede muchas veces por efecto de este mismo espiritu, igual en unos y otros, que los mas dolorosos tormentos no arranquen á los sacrificados ni un solo suspiro. Uno ó dos exemplos escogidos de la historia de los Indios de la America por *Mr. Adair* hará conocer toda la firmeza de un salvage, y probará sin contradiccion que no son exâgeradas mis aserciones.

Hace algunos años que los Indios *Shawaneses* viéndose obligados á dexar sus habitaciones, hicieron prisionero en el camino á un guerrero *Muskohge*, conocido por el nombre de *el viejo Scrany*: despues de haberle apaleado le condenaron al fuego. Sufrió mucho tiempo sin manifestar el menor dolor, y con tanta serenidad como si nada padeciese. Dixo á sus verdugos con tono amenazador, que él era un valeroso guerrero, que habia adquirido la principal parte de este renombre á costa de sus enemigos los Shwaneses, y que en el momento de su muerte deseaba acreditarles que tenia sobre ellos tanta superioridad, como quando con-

ducia contra ellos á sus valientes compañeros; que aunque habia caido en sus manos y perdido la proteccion del Señor de la vida por alguna impureza ú otra ofensa, llevando el arca santa de la guerra contra enemigos jurados, tenia sin embargo bastante valor para castigarse á sí mismo de un modo mas raro del que podia pensar aquella turba vil é ignorante; lo que executaria si le dexaban libre y le daban un cañon de fusil bien encendido. Esta proposicion les pareció tan atrevida y rara, que no dudaron consentir. Cogiendo entonces el cañon encendido por uno de sus extremos, y sacudiendo con él á todos lados, se abrió paso por medio de aquella multitud armada, pero sorprendida; tiróse al rio desde un alto peñasco, y sumergiéndose fue nadando hasta la otra parte á pesar de las muchas balas; y aunque sus enemigos le iban á los alcances, se metió en un zarzal, por medio del qual atravesó y llegó á su pais con todo el cuerpo lastimado de las espinas.

Los mismos *Shawaneses* habiendo cogido un guerrero de la nacion *Anantoocah* le ataron á un madero segun sus crueles preparativos. Sufrió sin quejarse los mas crueles tormentos, y les dixo con desprecio que no sabian atormentar á un enemigo de consideracion, y que él les enseñaria y se lo haria ver como le proporcionasen los medios. Pidió

le diesen una pipa y tabaco, lo que se executó: despues de haberla encendido, se sentó desnudo, como estaba, sobre los tizones encendidos de las mugeres que le rodeaban, y continuó fumando sin la menor alteracion. Al ver esto, dixo uno de los principales guerreros: tú eres guerrero valeroso, pues no te atemoriza la muerte, y no te quitaria la vida á no estar medio consumido con el fuego; pero no obstante que eres un enemigo muy peligroso y tu nacion pérfida, verás que sabemos honrar el valor de un hombre, cuyas *rayas de guerra* manifiestan haber sido el matador de nuestros amados parientes: y entonces, como por favor especial, le dieron muerte amistosa con un golpe de *tomahawk*. Aunque este sangriento instrumento estuvo amenazándole algunos minutos antes de dar el golpe, me aseguraron que no se habia advertido la menor alteracion en el semblante de la victima.

La muerte en muchas ocasiones es mas apetecida que temible para los Indios, particularmente en su edad avanzada, quando les faltan fuerzas y actividad para la caza. El padre solicita entonces mudar de clima, y el hijo se apresura á ser el executor quitando la vida al autor de sus dias.

Entre los Chippewais septentrionales quando el padre de una familia repugna conformarse con la costumbre, y es molesta su

vida á él y á sus amigos, viéndose los hijos obligados á sostenerle con el trabajo de sus manos, le proponen la alternativa, ó dexarle en la ribera de alguna isla con una pequeña canoa, remos, arcos, flechas, y una hortera para beber, corriendo así peligro de morir de hambre, ó sufrir animosamente la muerte segun las leyes del pais. Rara vez sucede que no admitan este ultimo partido, por lo que referiré la ceremonia que se practica en tal caso.

Se dispone una choza para los sudores en la misma forma que para la ceremonia de la adopcion; y mientras que el viejo pasa por esta prueba preparatoria, se felicitan mutuamente los de la familia, porque el *Señor de la vida* les ha comunicado el discernimiento necesario para disponer de los viejos y enfermos, y enviarlos al otro mundo en donde serán renovados, y cazarán de nuevo con todo el vigor de la juventud. Fuman luego la pipa de paz, y hacen su banquete de carne de perro. Cantan asimismo la cancion del *gran remedio* en estos términos: „*El Señor de la vida* dá valor: todos los Indios saben que nos ama, por lo que le enviamos hoy á nuestro padre para que pueda volverse joven en el otro mundo, y ponerse en estado de cazar."

Se repiten las danzas y las canciones, y el hijo mayor mata á su padre de un golpe

de *tomahawk*; despues pintan el cadaver lo mejor que pueden: le entierran con armas de guerra, y forman una choza de corteza de arbol, con la que cubren la sepultura para impedir que las fieras vengan á incomodarle.

Me mantuve con Mr. Shaw hasta el regreso de mis gentes, y cargué un barco de arroz silvestre y de carne seca, haciendo me acompañasen dos de sus Canadienses.

Mi Indio y su muger que me esperaban en el camino, se admiraron al verme. Quando llegué al lago de la *muerte*, hallé á toda mi gente buena y en buen estado. Durante mi ausencia los habian provisto abundantemente los salvages, y aumentado mi almacen de peleterias por medio del cambio.

CARTA CCCCLXX.

Continuacion del mismo asunto.

El lago Monontoye donde habia invernado Mr. Shaw, no es de tanta extension como el lago Esturion. Abunda de excelente pescado y de aves silvestres: el arroz, la avena y otras semillas nacen sin cultivo en las tierras humedas. Son muy pocas las islas de este lago, y hay en él como unos 300 Indios de la nacion Chippeway, que son muy feroces, se complacen en la guerra, y la hacen algunas veces contra los Sioux en el Misisipi. Están ausentes de sus familias á veces quince meses, y rara vez vuelven sin un prisionero ó una cabellera.

Es cosa muy de estrañar que la sed de sangre pueda mover á un hombre á atravesar tan grande extension de tierras, sufriendo fatigas inexplicables, con la incertidumbre del suceso, por satisfacer una pasion que solo el espíritu infernal puede inspirar: no lo es menos que al volver entre los suyos, despues de haber recogido el fruto de sus trabajos, refiera los sucesos de su viage con las demostraciones del mayor regocijo, y se complazca de los tormentos que ha hecho padecer. Los mas terribles excesos de un frenético no igualan a una crueldad semejan-

te : ¡felices aquellos que gozan de los beneficios de una sociedad, cuya civilizacion y leyes los preservan de tan exêcrables atentados!

Antes de partir para la guerra, el xefe principal llama á consejo : tiene cada xefe un collar de Wampum y una pipa de guerra : el collar, para acordarse de los antiguos sucesos relativos á la nacion contra la que se proponen las hostilidades; la pipa para fumar al fuego del Consejo. Luego que resuelven hacer la guerra, envian collares y pipas á sus enemigos; y si estos observan la misma ceremonia, se preparan inmediatamente con la mas firme resolucion para la efusion de sangre.

Un Misionero me contó sobre este particular un hecho que no puede oirse sin horror. Una India, que estaba con él durante su mision, daba de comer á sus hijos, á tiempo que la presentó su marido un Inglés que habia hecho prisionero. Al punto le cortó un brazo, y dió á beber á sus hijos la sangre que salia de la herida. El Misionero la reconvino con la crueldad de esta accion, y mirándole ella con ferocidad, quiero, dixo, que mis hijos sean guerreros, y debo por lo mismo alimentarlos con carne humana.

Durante mi mansion en Cataraqui, capital de los establecimientos realistas en el Canadá, dos quadrillas, la una de Mohawks,

y la otra de Messesawgers se encontraron casualmente. Cambiaron sus peleterias con los traficantes, y se detuvieron á beber el rum que les habian dado por sus mercaderias. Apenas el licor empezó á producir su efecto, la imaginacion acalorada les recordó, que eran de naciones diferentes, y como los Mohawks pretenden siempre la superioridad, la embriaguez excitó su orgullo: al fin se suscitó una disputa y fue muerto un Indio Messesawger: arrancaronle el corazon, y querian asarle los Mohawks; pero se lo impidió un Europeo que pasaba entonces junto á la cabaña, y consiguió de ellos que se le cediesen.

Los salvages, asi hombres como mugeres, ponen el mayor cuidado en inculcar á sus hijos ideas de este heroísmo, que son las mas contrarias á la razon y á la justicia. Es horrible el ver que no tienen otro objeto en todas sus acciones sino el satisfacer su rencor, vengándose de las ofensas que les hayan hecho, y que esta pasion sea la regla de su conducta: sin embargo hay algunas excepciones. Puede citarse entre otras su proceder con los traficantes, que se ven precisados á castigarlos rigurosamente quando la embriaguez los arrebata á los mayores excesos. Debo confesar, en honor suyo, que en casos semejantes jamas los he visto demostrar resentimiento despues de haberse serenado. La

única reflexîon que suelen hacer es la siguiente: »amigo, tu me has castigado la noche pasada con rigor; pero no conservo rencor, porque supongo que lo merecia: el licor me arrastró á ofenderte." Si acaso conservan algun resentimiento, con un vaso de rum quedan tranquílos. El castigo, quando no están enteramente embriagados, seria muy peligroso, y es preciso evitarlo con mucha precaucion.

Aunque manifiestan muchas veces esta inclinacion sanguinaria, y la satisfacen con facilidad, demuestran sin embargo en algunas ocasiones prudencia y moderacion.

Quando me hallaba en la falda de Pymitiscotyan sobre el lago Ontario, tenia conmigo un perro de presa para defender mi persona y mercaderias. Entró un Indio, ya embriagado, á pedirme rum, y sin duda iba á herir al animal: éste al punto le asió de una pantorrilla y le lastimó bastante. Volvióse el salvage á su choza, y no se quejó hasta el dia siguiente, dando á entender deseaba hablar conmigo. Fuí á buscarle, y me enseñó la herida diciéndome esperaba que yo le diese un par de medias en vez de las que el perro le habia roto; que por lo tocante á la pierna no pasaba cuidado, porque sabia que en breve estaria sana. Le concedí inmediatamente lo que me pedia, y ademas una botella de rum, que me pareció le habia dexado

muy contento, y despues no le oí volver á hablar del asunto.

Volviendo á su modo de marchar para la guerra, las mugeres y los niños van delante en sus canoas cantando canciones de guerra, y se acampan por las tardes al ponerse el sol, porque tienen mucha aversion á caminar de noche. Distribuyen en quatro divisiones quarenta y ocho jóvenes guerreros para hacer la centinela; y les dan fusiles, arcos, flechas y scoté-wigwas ó corteza, para encender lumbre en caso de una sorpresa repentina.

En sus viages de guerra marchan siempre en fila: quatro ó cinco de los mejores guerreros van delante á un quarto de legua de distancia para hacer la descubierta, y avisar de todo lo que observen. Quando se acampan al anochecer, se tienden al rededor de una grande hoguera con sus armas al lado; y antes de hacer alto, envian unos veinte guerreros á registrar el pais á media legua en contorno para evitar las sorpresas. Luego que han cenado, apagan todos los fuegos para no ser descubiertos; el xefe encarga la vigilancia, y señala el parage en que se han de reunir en caso de que sean atacados y obligados á huir por la noche.

Estas cortezas de que he hablado, son de álamo blanco, las que hacen secar los Indios, y las emplean para alumbrarse en la

pesca: la atan á un palo de siete pies de largo el qual está colocado en la proa de la canoa, ó le lleva el que acompaña al que pesca, y tiene asimismo el cuidado de gobernar la canoa.

Al rayar el dia se ponen en marcha, y sin hacer caso del mal tiempo, siguen su camino hasta llegar al pais enemigo, despues de haber tomado todas las precauciones que puede inspirar la prudencia humana.

Quando hacen la guerra contra los Indios del Misisipi, procuran matar hombres y mugeres, y se llevan sus hijos para comerciar con los traficantes, quienes los envian á Montreal en donde los emplean en el servicio doméstico. No es tan facil sujetar á esto á los varones como á las hembras: aquellos son mas tercos, y nacen con horror natural á la idea de esclavitud: ademas son orgullosos y vengativos, y no dudarian dar muerte á sus amos quando se creen maltratados. Las hembras son mas dociles y se civilizan prontamente. El no estar acostumbradas á la vida doméstica las hace enfermizas y languidas; pero se familiarizan luego con la mudanza, y la prefieren á la vida grosera en que habian sido educadas.

Algunos dias despues de mi regreso al lago de la Muerte, vino del lago Roxo una quadrilla de salvages, llamados Misqui Sakie-

gan, y algunos otros del lago Shabeechevan, ó lago de yerbas silvestres, que dista cinco dias de camino del Manontoye. El lago Roxo se llama así por una aventura notable acaecida á dos famosos guerreros de la nacion Chippeway. Cazaban estos junto al lago; y buscando caza distinguieron á cierta distancia un monstruoso animal que les pareció mucho mas grande que los que habian visto hasta entonces, el qual caminaba lentamente, y se mantenia á la orilla del agua. Persiguiéronle resueltos á matarle á todo riesgo: y acercándose á él notaron que su cuerpo estaba cubierto de una especie de musgo, con lo que se aumentó su admiracion.

Despues de haber consultado lo que debian hacer, se acercaron mas y le tiraron un escopetazo sin que al parecer le hiciese la menor lesion. Repitieron los tiros con igual desgracia; y entonces se retiraron á cierta distancia, y sentándose empezaron á cantar canciones de guerra dirigiéndolas *al Señor de la vida*, pidiéndole su socorro para acabar con aquel monstruo, que era Matchi Manitu ó el espíritu malo baxo aquella figura. Se levantaron luego, y le persiguieron disparando los dos á un tiempo: fue feliz el tiro, y el animal dió varias vueltas al rededor obligándoles á repetir los tiros, hasta que se tiró al agua, y le perdieron de vista. La mucha sangre que derramó puso

roxas las aguas del lago , y de aqui le quedó el nombre del lago Roxo.

Es muy abundante en pescado , y en los parages humedos se cria mucho arroz silvestre. Tambien hay en aquel pais animales de toda especie , varios rios y cascadas del lado del Noroeste. Los Indios gustan de cazar allí por el invierno , teniendo por lo general buen suceso aun en tiempo riguroso. El lago de la Sal es muy pequeño , tiene poca agua y turbia : tendrá unas tres millas de largo. No se halla en él pescado á no ser anguila, gato de mar y sollo ; pero hay muchas ratas de almizcle , y aves silvestres. Desde este lago al Caribú ó de los Renos hay ocho dias de camino.

El lago Caribú , en lengua India Atique, tiene cerca de treinta millas de largo y muchos islotes , parecidos á las mil-Islas en el rio de San Lorenzo mas arriba de Montreal. El agua es profunda y clara , y el suelo muy peligroso. Abunda en grandes truchas, y otros varios pescados ; rodeale una cordillera de altas montañas. Años pasados se habia establecido allí un traficante Francés, pero despues quedó desierto aquel parage. Los Indios cuentan diez dias de camino desde este lago hasta el de Schabeechevan. De el lago Schabeechevan al Arbitibis hay tres lagos.

El lago Arbitibis es de muy grande ex-

tension. Las tierras de alrededor estan llenas de rocas y montañas. Este lago provee á los Indios de pescado y aves silvestres. Las especies aquatiles abundan en esta parte de la América : la naturaleza sin duda lo ha dispuesto así para alimentar las numerosas tribus de salvages que se ven precisadas á venir á estos lagos en busca de su alimento. En su extremidad septentrional hay una gran cascada que sale de un rio de rápida corriente por casi veinte millas de largo. Hay tambien en este rio otras corrientes , cuya rapidez no es menos violenta: la tierra en estos bancos es baxa y arenosa. Desde el lago Arbitibis al del Nido de la Corneja , llamado por los Indios *Cark Sakiegan* , hay una corta distancia. La circunferencia de éste apenas pasa de dos leguas en su mayor extension , y solo es notable por una pequeña isla en el medio, y unas quarenta palmas elevadas , en donde las cornejas hacen sus nidos , por lo que le llaman *Carû Cark Minnesey*. Nada tiene de particular el pescado de este lago; la mayor parte es de la especie del *emperador*, del qual rara vez comen los Indios. Al extremo del parage hay un rio llamado *Cark Seepi ó rio de la Corneja* de rápida corriente por el espacio de veinte millas desde *Neeshshemaince Sakiegan* al lago de *las dos Hermanas* , llamado así por encontrarse dos

corrientes que forman un desagüe considerable en el lago. Los Indios de la bahia de Hudson cazan allí con mucho suceso. Los Indios quando suben este rio, se preparan en lo posible para resistir la violencia de su corriente. Dicho rio proporciona gran cantidad de peleterias á la Compañia de la bahia de Hudson.

Siendo la descripcion de este pais, tan poco conocido hasta ahora, una parte principal del objeto que me he propuesto en esta carta, la he emprendido despues de mis conocimientos personales, y de las noticias mas autenticas que pude adquirir de los salvages.

Aunque los Indios son muy diestros para delinear paises en cortezas de arbol por medio del carbon mezclado con grasa de oso, conviene advertir que no puede determinarse lo largo del camino de un dia, y por consiguiente sus relaciones no suministran una exâctitud qual se necesita para formar un mapa geográfico.

Lo que anda un Indio desde que el sol sale hasta que se pone, sea navegando á corriente, ó contra ella, se llama la jornada de un dia. Este vago modo de calcular hace muy dificil al que navega el determinar otra cosa mas que las distancias señaladas por los Indios de un lago á otro.

CARTA CCCCLXXI.

Continuacion del mismo asunto.

Despues de haber descrito los lagos, rios &c. desde el lago de la *Muerte*, paso á continuar la relacion de mi viage desde mi regreso del lago *Manontoye*.

Poco tiempo despues de la aventura de Mr. Shaw llegó una quadrilla de salvages con peleterias y algunas provisiones. Estuvieron conmigo dos dias, y celebraron su banquete con el rum que pude proporcionarles, sin cometer exceso alguno, y retirándose en paz. Poco despues vino otra compuesta de unas ochenta personas entre hombres, mugeres y niños: traian carne seca, semillas y grasa de oso, y ademas ocho lios de pieles de castor, todo lo qual les compré dándoles el rum acostumbrado, con el que se embriagaron: en esta orgia fue muerta una muger y quemado cruelmente un muchacho. Al tercer dia se fueron satisfechos de mi buen trato, habiéndome dexado muchas provisiones. Mejorado el temporal envié á mis gentes al lago para que buscasen las redes que estaban puestas debaxo del hielo, cuyo registro no habia permitido hasta entonces el rigor de la estacion: con gran dolor nuestro las hallaron casi podridas, y ningun

pez en ellas; pero sabiendo hacerlas tambien como yo uno de los Canadienses, pudimos repararnos de esta desgracia, cogiendo bastante pescado para nuestra subsistencia hasta el mes de Abril.

La estacion fue mas cruel para Mr. James Clark, tambien traficante, pues se le murieron cinco hombres de hambre en el lago Savan, de muy mal pescado, á trescientas cincuenta millas del parage donde yo habia invernado. Los Indios se veian precisados á ir á cazar á tanta distancia, que no podian darles socorro alguno; y segun las noticias de los traficantes del Noroeste y de los salvages, habia sido este el invierno mas riguroso de que hacian memoria.

Por este tiempo llegó una gran quadrilla de Chippeways; comerciaron conmigo con su caza, y su embriaguez no acarreó ninguna desgracia. Mientras estuvimos juntos sucedió una cosa notable, que os referiré porque contribuye mucho para conocer el caracter de estos Indios.

Una de las supersticiones de estos salvages consiste en que cada uno de ellos tiene su *Totam* ó espiritu favorable, que cree vela sobre él, y se le representan en la forma de alguna fiera, por lo que no matan ni comen el animal cuya figura ha tomado su *totam* en su concepto.

Aquí vemos que la supersticion trastorna

á todos los infelices que carecen de la luz de la verdadera religion, sin mas variedad que en los nombres de los objetos de su necedad. En la costa occidental del Africa hemos visto los *fetiches*, en la Luisiana los *manitus*, y en otros paises iguales delirios, como este del *totam*.

La tarde anterior á su partida, uno de ellos, cuyo *totam* era un oso, soñó que si iba á cierta laguna al pie de una alta montaña á cinco dias de camino con corta diferencia de mi *Wigwaum*, encontraria un gran rebaño de dantas, gamos y otros animales; pero que era preciso que á lo menos le acompañasen diez cazadores buenos. Luego que despertó, comunicó el sueño á sus compañeros, y les suplicó que fuesen con él: lo reusaron, diciendo no querian torcer su camino, y que sus tierrás de caza estaban mas cerca; respetando el Indio supersticiosamente su sueño, porque estos salvages dan el mayor crédito á quanto sueñan, se creyó obligado á obrar en consecuencia, y partió solo. Cerca ya del parage señalado encontró algunos animales de los que habia visto en sueños: disparó al instante un tiro y mató un oso. Como este animal era su *totam*, se llenó del mayor terror, y temiendo la ira *del Señor de la vida*, á quien juzgaba habia ofendido gravemente, se postró en tierra y permaneció algun tiempo como muerto. Vuelto en sí se levantó y

ya habia andado la mayor parte del camino ácia mi habitacion, quando encontró un oso enorme que le maltrató bastante. Quando este Indio volvió, me refirió lo acaecido, y añadió con su natural ignorancia y preocupacion, que el oso le habia preguntado por qué habia muerto á su totam; á lo que habia contestado que ignoraba estuviese entre los otros animales quando disparó el tiro contra todos; que le pesaba mucho de esta casualidad, y que esperaba se compadeciese de él: que el oso le habia dexado marchar encargándole fuese mas circunspecto en lo sucesivo, y que informase á todos los Indios de esta aventura, para que sus *totams* estuviesen mas seguros, y *el Señor de la vida* no se irritase contra ellos. Al entrar en mi choza me miró con aspecto muy dolorido, y pronunció estas palabras: »Castor, mi fe se ha perdido; mi *totam* está irritado contra mí, y ya no podré cazar.

Esta idea tan absurda del *totamismo*, por mas extraordinaria que nos parezca, no es peculiar solamente de los salvages. La historia suministra muchos exemplos que prueban la fuerza de estas preocupaciones supersticiosas, aun en hombres que se podian mirar como instruidos y cultos, de lo que solamente referiré un exemplo. Se lee en la historia de la vida privada de Luis XV, entre otras particularidades de la vida de Samuel Ber-

nard, judio y banquero de la Corte de Francia, que era supersticioso como todos los de su nacion, y que tenia una gallina negra, de la que creia estaba pendiente su destino: que cuidaba de ella con el mayor esmero; y habiendo muerto este animal, pudo tanto en su imaginacion aquella preocupacion absurda, que poco tiempo despues murió.

Los Indios tienen particular cuidado de los sueños, y algunas veces se valen sagazmente del respeto á éstos para lograr lo que desean, sobre lo qual referiré un lance gracioso.

Hallándose Sir William Johnson en un consejo con una quadrilla de Mohawks, le dixo el xefe principal, que la noche anterior habia soñado que Johnson le habia dado un hermoso vestido galoneado, y que creia fuese el mismo que traia. Sonrióse Johnson, y le preguntó si realmente lo habia soñado, y al instante respondió el Indio que sí: pues bien, le dixo Johnson, será tuyo; se desnudó inmediatamente, obligando al xefe á que lo hiciese igualmente, y le puso su vestido. El Indio se admiró de esta conducta, y concluido el consejo, partió muy contento y gritando ho, ho, ah! que es como expresan su regocijo.

En otro consejo que hubo, dixo Sir William al mismo xefe, que aunque no acostumbraba soñar, habia tenido un sueño muy

estraño despues de la ultima junta. Quiso saber el Indio quál era, y resistiéndose él por algun tiempo, le dixo habia soñado que el mismo xefe le habia dado una porcion de terreno sobre el rio Mohawk para construir una casa y hacer un establecimiento, cuyo terreno se extendia como nueve millas á lo largo. Se sonrió el xefe; y mirando con viveza á Sir William, le dixo que si realmente habia sido este su sueño, tendria lo que habia soñado, pero que él se guardaria de soñar otra vez, pues no habia ganado en ello mas que un buen vestido, siendo así que Sir William le pedia una gran cama, sobre la que habian dormido muchas veces sus antepasados. Johnson tomó posesion de la tierra en virtud de un acto Indio firmado de los xefes, y les dió algunas botellas de rum para concluir el tratado. En el dia es un estado considerable; pero despues de la guerra le han despojado de él los Americanos, y tambien de todos los edificios, que son de mucho valor. Está situado sobre la rivera opuesta á las llanuras Alemanas, cuyo terreno es de los mejores para el cultivo de quantas hay en la America.

Para daros alguna idea de lo zelosos que son estos Indios, os referiré lo que me pasó en esta ocasion con uno que tenia en mi compañia.

Hallándome escaso de provisiones, y

no teniendo conmigo mas que un solo Canadiense, y al Indio y su muger, obligué á éste á que hiciese cierta porcion de trampas para coger martas. Despues que acabó unas doscientas y que las puso en los bosques con el cebo de cabezas de pescado, que es el mejor para estos animales, vino, y le di rum por su trabajo. Todos los dias pasaba mucho tiempo en registrarlas; y quando caian martas se lo recompensaba de modo que quedase contento. Nada cogió en muchos dias, y reconviniéndole que se empleaba en otra cosa que en registrar las trampas, no me dió respuesta. Comuniqué mis recelos al Canadiense, previniéndole que espiase al salvage; y habiéndolo hecho al dia siguiente, le vió en los bosques asando algunas perdices, por lo que á su vuelta por la tarde le negué el rum que me pidió, diciéndole que no lo merecia. No le agradó la respuesta; y mirándome con ceño, me contextó que yo le trataba mal, pues á pesar del poco suceso de las trampas, habia puesto en ello el mismo cuidado, y las hallaba regularmente descompuestas, por lo qual ocupaba todo el dia en armarlas. Esta excusa no me hizo mudar de concepto, y le dixe que estaba muy malo el tiempo para darle rum. Conoció entonces que yo tenia sospecha de él, y que no ignoraba su inaccion; y al instante me manifestó su corazon, confesándome francamente que estaba zeloso

de mí, y que el motivo de no ir á registrar las trampas era para evitar toda comunicacion con su muger, la que facilmente se habria verificado si él se hubiera alejado de casa; que por esta razon se habia quedado cerca de ella con el objeto de velar, pues sabia que su muger me tenia mucha inclinacion; pero que si yo le daba rum para desterrar al espiritu malo, procuraria olvidar la injusticia que le habia hecho.

Me pareció conveniente desvanecer sus sospechas, y le di dos frascos de rum, un rollo de tabaco, una camisa, un cuchillo de descabellar, y algunas otras cosas para su muger. Llamó á ésta luego que recibió el regalo para que bebiese con él, y manifestase su reconocimiento á mi generosidad. Luego que empezó á calentarse con el rum, se puso á cantar, repitiendo estas palabras: »No me da cuidado que el Castor ame á mi muger." Me desagradó este lenguage conociendo que sus zelos se aumentarian á proporcion del licor que bebiese, por lo que me valí de todas las precauciones necesarias, escondiendo sus armas para evitar qualquier exceso. Oyéndole su muger repetir dichas palabras, se irritó, le cogió del cabello, y le maltrató en el rostro. Parecióme entonces que esta era la ocasion de manifestarle mi disgusto, y le dixe que era un loco en ser zeloso; que yo le habia dado rum para apartar de él

al espiritu malo, pero que habia producido efectos del todo contrarios; que jamas habia necesitado de su muger sino para hacerme ó componerme el calzado de invierno, y que siempre la habia pagado su trabajo. „Sí, exclamó la muger, es un loco, Castor, y yo le castigaré. Lo executó así inmediatamente rompiéndole la cabeza con una botella de vidrio, y al ver esto los separé.

Muy en breve empezó á repetir su cantinela, continuándola hasta que se le pasó la embriaguez: levantóse entonces, y acercándose á mí, me dixo: „Castor, he visto en sueños al espiritu malo que me advirtió que el traficante me habia robado." Irritado de sus expresiones, le contexté que jamas habia hablado verdad, y que estaba loco; mas persuadido de que convenia reprimir un exceso semejante, le castigué fuertemente. Vuelto en sí, me dixo: „Castor, tienes razon, aunque hayas profanado mi cuerpo." Le manifesté entonces la locura de sus zelos; pero como estaba encaprichado, no me dió respuesta alguna. Llamó á su muger, que estaba durmiendo, y no habiéndole oido, la llamó segunda vez, y pidió su fusil, su tomahawk y su cuchillo de descabellar. Como tampoco le respondiese, se irritó mucho mas; y tirándose en tierra, la llamó por tercera vez. Vino ella, y notando su mal humor, le dixo que no tuviese resentimiento alguno con-

tra Castor, pues era buen guerrero y de generoso corazon para con ellos. La mandó traerle una hortera llena de agua, y ponerla en tierra con cuidado entre mis piernas. Mientras ella fue á buscar el agua, me dixo: "Acercate, Castor, y te diré la verdad." Vino la muger y puso la taza llena de agua en el sitio que su marido deseaba: luego me dixo; "Castor, mete un dedo en el agua, y tenle metido en ella hasta que yo te mande sacarle." Le obedecí prontamente y al cabo de algunos minutos retiré el dedo quando me lo mandó. Entonces me dixo: Castor, sabes que el marido se llama así porque es el protector de la debilidad, por cuya razon debe defender á su muger, y al mismo tiempo tu no debes insultarme; mas para no acusarte injustamente, voy á probarte por mis propios pensamientos. Mira, Castor, á mi muger, mira tambien al agua, y dime el lugar fixo donde has metido el dedo: si es que no puedes decirmelo, seguramente me has agraviado. Señalé entonces el lugar; y mirándonos fixamente á mí y á su muger, no, me dixo, así como tú no puedes asegurar que en este mismo sitio has metido el dedo la vez primera, tampoco yo puedo afirmar que me hayas robado, aunque lo creo tan firmemente como tú crees haber puesto el dedo en donde antes. Confieso que me admiró su incredulidad; mas no queriendo

irritarle, le dixe que me incomodaba me tuviese por tan malo que le hiciese semejante injuria, y despues de haberle regalado, los despedí encargándole el buen tratamiento de su muger en atencion á su inocencia. Al partir me dixo sonriéndose: "Castor, en adelante asegurate del que envies á registrar los lazos de las martas."

El adulterio entre los salvages del Norte es castigado generalmente sin forma de proceso por el mismo marido, ya dando de golpes á su muger, ya arrancándola la nariz con los dientes. Es sumamente perjudicial á un traficante el hacerse sospechoso de este delito; porque quando el marido llega á embriagarse, se cambian sus zelos en rabia, y siempre es de temer una cruel venganza, sea el delito cierto ó incierto. Quando un Indio se halla preocupado de alguna sospecha, su resentimiento se aumenta á proporcion del rum que bebe, porque tienen la sagacidad de disimular quando están en su acuerdo. Tales son los funestos efectos del rum, que pone en movimiento todas sus ideas de zelos, en las que subsisten hasta que ó bien se rinden á la embriaguez, ó recobran la razon perdida.

Poco tiempo despues llegó á nuestro alojamiento una quadrilla grande de Indios con su provision de caza de invierno que ellos llaman Kitchi Aztawway; y componian unas

treinta familias, cada una de veinte personas. El que tiene mas mugeres, es reputado por el mejor cazador, por quanto está obligado á cuidar de su subsistencia con su industria. Los Indios se rien de que los Europeos tengan solo una muger y de por vida: dicen que el buen espíritu los ha formado para ser felices, y no para continuar viviendo juntos, no habiéndo entre ellos una perfecta conformidad de caracter y de genios; brutalidad muy propia de salvages, como hemos visto en otras muchas naciones, igualmente faltas de la luz de la verdadera religion.

Despues de haberles dado varios géneros en cambio de sus peleterias, me pidieron rum, y les dixe que solo tenia una barrica la qual les daria al tiempo de su partida, con lo que quedaron satisfechos; y quando estaban dispuestos á embarcarse, mandé á mi Canadiense que la llevase á la canoa del xefe.

En esto llevé la mira de evitar se embriagasen en tierra, pues como era tan crecido su número, debia recelar algunos grandes excesos, que quizá hubieran parado en acabar con nosotros para robarnos nuestras mercaderias. De esto hay muchos exemplares, y los traficantes que van á invernar á estos desiertos, están continuamente expuestos á ser muertos y robados, como hubiera sucedido á Mr. Shaw, si yo no le hubiese

socorrido. Pero la avaricia de los Ingleses y Franceses no escarmienta con las repetidas desgracias de esta naturaleza, porque las grandes ganancias de este tráfico les hacen despreciar todos los rigores de la estacion, y hasta la misma muerte.

Ya preparadas todas mis mercancias á excepcion de algunos géneros y una corta porcion de rum que reservaba para los cambios con los Indios que podia encontrar en mi regreso al pais llano, enfardamos nuestras peleterias, y el 23 de Mayo salimos del lago de la muerte con quatro canoas chicas de álamo blanco, cargadas de pieles de castores, nutrias, lobos cervales, zorras, osos, &c.

Antes de continuar la relacion de las particularidades de mi viage, diré como cazan los Indios el oso blanco, y el búfalo. El gran oso blanco, llamado comunmente el oso terrible, es un animal muy temible. Quando salen los Indios á cazarle, van seis ú ocho en quadrilla: luego que le avistan, procuran rodearle formando un gran cerco: si es que huye, le tiran, mas por lo regular en el invierno le hallan ocupado en chuparse las manos, y en este caso se acercan mas, y forman un cerco doble para que el animal no se escape. Sale fuera de la linea uno de los cazadores para dispararle, y regularmente le hiere: viendose herido el animal persi-

gue al Indio que anda por medio de las filas, y el resto de la quadrilla descarga sobre él, y le mata prontamente.

En quanto al búfalo no es necesario hacer su descripcion : se sabe que es un animal de fuerza extraordinaria: los Indios dicen que su cabeza resiste á las balas, y siempre le tiran al cuerpo, dirigiéndose al corazon. Quando van en su seguimiento, construyen en varios parages pequeñas cuebas de nieve á los dos lados del camino. En cada una de ellas se pone un Indio armado con arco y flechas para tirar al animal quando pase. Prefieren este medio á la pólvora y balas, por no espantar la demas caza. La nieve impide que el búfalo sienta al Indio, sin embargo de que tiene un olfato muy delicado: luego que el animal cae, le acaban á golpes de tomahawk.

Ademas de los diez y seis Canadienses se habia aumentado considerablemente mi comitiva con unos veinte Indios de los lagos Esturion y Nipegon que nos acompañaban segun su costumbre de seguir al traficante, para ayudarle en los parages en que es menester transportar á hombro las cargas. La vispera de nuestra partida se nos juntaron algunos traficantes, y se detuvierón tambien para acamparse. Nos informaron que una quadrilla de Indios enemigos de los Nipegones estaba cerca de nosotros, desean-

do que yo lo noticiase á los salvages. Antes de su llegada se habian despedido de nosotros los Indios del lago Esturion, y los otros deseaban tambien marcharse, pero diciéndoles yo que los necesitaba para ayudarme en el viage, consintieron en quedarse aunque con disgusto.

Descubrimos bien pronto muchas canoas, y al cabo de media hora saltaron en tierra los Indios. Eran estos de la nacion de los Wasses, que siempre están en guerra con nuestros salvages. Forman nacion á parte; se asocian rara vez con otras tribus; cazan continuamente y solo se dexan ver en la primavera y en el otoño. Los recibimos con mucha cordialidad, y despues de los cumplimientos de estilo nos regalamos mutuamente. Me dixeron que habian oido hablar de mí á algunos Indios del lago de la muerte, y que habian querido verme antes de mi regreso á Tecodondoraghie.

Conocí en breve que no estaban tranquílos mis Indios, y procuré tenerlos separados unos de otros; pero fueron inutiles mis precauciones, pues su odio reciproco dió lugar á una terrible catastrofe antes de mi partida.

Hicieron nuestros Indios sus chozas, y comenzaron á cantar canciones de medicina para obligar á los Wasses á que admitiesen el convite que querian darles con el objeto

de impedir toda riña entre ellos : pero como yo sabia que los Nipegones no tenian mas provisiones que las que yo llevaba , sospeché que sus intenciones eran muy contrarias de lo que fingian : por esta razon pregunté á un jóven de la quadrilla , que á que fin disponian banquete faltándoles las necesarias provisiones : me respondió , que los Wasses les habian regalado algunas carnes secas , y que con ellas y algunas semillas que tenian pensaban obsequiar á los que los visitaban. Esta respuesta confirmó mis sospechas , porque jamas se acostumbra entre ellos dar un banquete en prueba de amistad , sin convidar al traficante , y como nada me habian prevenido sobre el particular , temi las conseqüencias mas funestas.

Quando yo estaba pensando en lo que debia hacer para evitar toda desgracia, interrumpió mis reflexîones un salvage que vino á darme aviso de un plan proyectado para matar á los Indios Nipegones, lo qual habia sabido por una vieja de la quadrilla de los Wasses.

Al cabo de una hora estaban las chozas de los Nipegones en estado de recibir á sus convidados , que se habian acampado en una hondonada rodeada de cedros y matorrales junto al lago. Determinados los Nipegones á descomponer el proyecto de sus pérfidos huespedes , y á castigar la traicion que me-

ditaban, abrieron agujeros en la corteza de sus chozas, y pusieron en ellos fusiles cargados con balas. Cada qual tomó su puesto, y los Wasses en número de diez y ocho cutrepaban por la montaña prevenidos de cuchillos y horteras para disfrutar del convite, y matar á los Nipegones á cierta señal; pero se engañaron cruelmente, pues quando se hallaban á proporcionada distancia de las habitaciones hicieron fuego contra ellos, y dexaron muerta toda la quadrilla, á excepcion de una joven de catorce años. Esta, aunque herida de peligro, se adelantó con un fusil, que habia quitado á un Indio, y le disparó á la cabeza de uno de ellos: inmediatamente fue muerta á golpes de tomahawk por un Nipegon de su edad, el qual la arrancó la cabellera, y mostró en su tierna edad la ferocidad que caracteriza á los xefes mas animosos.

Tal fue la recompensa de una perfidia; y aunque interiormente no podia yo menos de aprobar la conducta de los Nipegones, recelaba sin embargo fiarme de estos salvages, y ya habia resuelto despedirme de ellos quando vino á buscarme su xefe para decirme que sentia mucho no poder acompañarme con su quadrilla hasta mas lejos, pues temia la venganza de la nacion de los Wasses, quando llegase á su noticia lo ocurrido, aunque nada mas habian hecho que defen-

derse, por lo qual pensaban en marcharse. Poco despues se embarcaron en sus canoas, separándose de nosotros, lo que me causó particular complacencia. Encontramos al dia siguiente una quadrilla de Indios; y habiéndolos informado de la desgracia, se afligieron mucho, y me dixeron que los Nipegones se arrepentirian de su imprudente conducta, sin embargo de que conocian que habian hecho bien en precaverse contra los designios de los Wasses. Me preguntaron si habia comprado á éstos sus pieles, porque habian hecho una gran caceria, y traian gran porcion de ellas, lo que me causó mucho sentimiento, pues á no ser por la referida casualidad, sin duda alguna se hubiera aumentado mi carga. Los Nipegones habian recogido catorce fardos de carne seca, y los llevaron consigo: sus peleterias las habian ocultado en los bosques, y no he sabido si despues volvieron por ellas.

Seguimos nuestro viage hasta el lago Esturicn, en donde luego que tomamos tierra matamos muchos páxaros silvestres y pescamos gran porcion de peces. Hallamos ademas unos cincuenta salvages Hawoyrark ó Indios de la nacion de los Ratas, con quienes hicimos algunos cambios; lo mas importante que les di fue rum, porque ya habia consumido todos los demas objetos de este comercio.

Para satisfacer mi curiosidad tuve por conveniente detenerme algunos dias. Cayó enferma una joven India, y se empeñó el xefe en que yo fuese testigo de los asombrosos efectos de sus remedios. Como su enfermedad fuese grave y faltase el pronto socorro, me dixo que era preciso *que ella mudase de clima*, es decir, que se moriria. El médico que la asistia afirmó que *matchei manitoú*, ó el espiritu malo la habia clavado las uñas de oso, de las que la libraria con sus remedios. Se preparó una choza, y fue despojada la joven de todos los vestidos, á excepcion de su *matcheecoaty* ó saya. La pintaron luego con bermellon, hollin y unto de oso, y haciéndola sudar mucho, principió el mal á disminuirse. Durante la operacion el médico imploraba el auxîlio del Señor de la vida, dándole gracias por haberle comunicado los conocimientos necesarios para restaurar la salud: recetó á la enferma un cocimiento de raices, y la curó perfectamente. No pude menos de admirar su destreza, aunque atribuí la cura á la abundante transpiracion de la enferma, causada por los sudores.

Antes de nuestra partida, parió una de sus mugeres un niño, y me causó mucha complacencia el ver la ternura de la madre al darle de mamar, lo qual llaman en su lengua dar la substancia del pecho humano,

expresion que me agradó mucho. El marido estaba tambien muy afanado, y cumplia por su parte con los deberes de un padre tierno, lo que me movió á darle rum para alegrarle, haciéndole beber á mi salud.

Se mostró muy agradecido á mi obsequio; y dirigiéndose al *Espíritu grande* le daba gracias por el feliz parto de su amada Mentimoye. Mirándome luego con agrado, me aseguró quedaba muy agradecido por el consejo que le habia dado, y que me tenia por un guerrero valiente segun mi generosidad con él y su esposa en el momento mas crítico de sus necesidades. Quando el niño lloraba, decia, que aquello era una expresion del niño para manifestarme su agradecimiento por mis obsequios á sus padres. Al entrar en mi canoa me dixo: „buen animo, Castor, siempre tendrás el paso franco entre los Indios Nipegones. Vuelve lo mas pronto que puedas: entre tanto no dexaré de informar á todos los Indios de tu bondad, y espero que quando nos veamos, tendrémos recogida mucha caza, y podrémos corresponder con varias pieles á tus generosas acciones."

Le contesté que siempre habia amado á los Indios; que los Chippeways me habian adoptado, y que me consideraba como de su tribu: que volveria quanto antes pudiese, bien provisto de mercaderias para sus familias, y que estaba muy agradecido á su afec-

to para conmigo. Al partir les dí un vaso de licor ; y despidiéndome de ambos seguí mi camino.

Esta sencilla relacion manifiesta, que los salvages son capaces de todos los afectos mas tiernos de la naturaleza , aunque algunos los pintan mas feroces que las mismas fieras. No hay duda que en sus venganzas son unos monstruos ; pero en lo demas se dexa ver en ellos mucha sensibilidad y ternura.

El 10 de Agosto llegamos al pais llano, en donde encontré otros traficantes que habian estado invernando en varias partes de lo interior de aquellas tierras , particularmente en las del Noroeste. Esperamos allí nuevas mercaderias de nuestros corresponsales , y nos aprovechamos de las provisiones que nos habian quedado , las que reunimos en un almacen comun. En medio de la escasez no dexamos de regalarnos, contándonos mutuamente nuestras aventuras ; pero ninguno habia padecido tantos trabajos como yo, sino Mr. Shaw á quien libré de la muerte.

Poco despues de nuestra llegada nos enviaron nuestros corresponsales sus comisionados con un nuevo surtido de mercaderias y provisiones , lo que nos causó mucha alegria , pues habiamos estado largo tiempo sin trigo y grasa , y ausentes de Michillimakinac por espacio de catorce meses. Entregué

mi provision de pieles, que consistia en cerca de ciento y cincuenta fardos; cargué las cánoas de nuevas mercaderias; y despidiéndome de mis compañeros dispuse mi partida para lo interior de las tierras con intencion de pasar otro invierno entre los Nipegones. Mas antes de continuar la relacion de mis aventuras, no puedo prescindir de hacer algunas observaciones sobre las penalidades de este género de vida de los traficantes.

Mi salario se reducia á ciento y cincuenta libras esterlinas cada año, las que eran bien ganadas si se atiende á mis conocimientos en la lengua de los Chippeways.

Iba á lo interior de las tierras solo con trigo y grasa, y sin poder contar con otras provisiones, pues estas dependian de la casual venida de los salvages. Aunque generalmente era afortunado en la pesca, y recibia ademas frecuentes socorros de los Indios, esta subsistencia era muy precaria, y en el lago de la muerte pasé muchos trabajos.

Tenia conmigo diez y seis hombres, y por casualidad un Indio y su muger á quienes alimentaba y gobernaba, pues de su conservacion pendia en gran parte mi exîstencia. Era de mi obligacion estar siempre alerta, como el único que podia hablar con los salvages quando llegaban. Me faltaba tiempo para cazar, y me era forzoso observar si los Canadienses hacian su deber.

Estaba por lo mismo en continuo movimiento, y deseaba con impaciencia llegase la primavera á darme libertad.

Si se atiende al sumo cuidado que exîgen las mercaderias para impedir que las hurten; á la inquietud y temor de ser asesinado por una quadrilla de beodos siempre dispuestos al insulto, sin que yo me atraviese á manifestar resentimiento; y á los disgustos que era preciso sufrir despues de un cambio ventajoso de todas las mercaderias hasta poner el fruto de mi trabajo en poder de aquellos por cuya cuenta traficaba; todos dirán que no puede haber situacion mas triste que la de este empleo. Muchas veces me sorprendia al pensar en la obligacion en que me habia constituido, la qual me hacia sacrificar la edad mas florida en un trafico, para cuyas fatigas y peligros no habia premio que fuese bastante. Estoy persuadido de que solo continuaba en un estado tan penoso y dificil por la idea lisonjera de mi superioridad á los demas como interprete.

CARTA CCCCLXXI.

Expedicion segunda á lo interior del pais.

Creo no os será desagradable la relacion de los sucesos que me han ocurrido en mis expediciones á lo interior de estos paises, pues no solo aprendereis el modo con que se hace el trafico con los salvages, sino tambien el caracter y costumbres de estas naciones. Nunca os haré perder el tiempo en particularidades que nada instruyan; pero no omitiré ninguna de aquellas circunstancias que darán mas clara idea de los pueblos por donde viajo, que las descripciones mas prolixas de sus usos y costumbres. Ademas causa mayor placer el ver obrar y hablar á los mismos hombres puestos en la escena, que el oir una relacion de lo que piensan y practican. Esto supuesto, proseguiré la relacion de mi segundo viage, en que me sucedieron cosas notables.

Salí del pais llano el dia 13 de Agosto con quatro canoas, y la misma gente que habia invernado conmigo en el lago de la Muerte. Llegué al rio Brochet que va al lago Superior, y hace muchos giros en el espacio de siete millas: es muy profundo y abundante de pescado con particularidad de sollo,

del qual toma el nombre. Mientras estuvimos en tierra, encontramos una numerosa quadrilla de Chippeways, y algunos salvages de la nacion de los Ratas, los quales nos dispusieron un convite de carnes secas, pescado, &c. Habia entre ellos un Indio llamado Ogasby ó Caballo, tenido por perverso aun entre los de su tribu, lo qué me hizo andar cuidadoso durante nuestro acampamento. Les compré sus pieles, y les di rum, con lo que tuvieron una orgia que duró tres dias y tres noches. Fueron muertos en ella cinco hombres, y quemada cruelmente una muger. Luego que se disiparon los efectos del licor, comenzaron segun costumbre á reflexîonar sobre su extravagante conducta, y todos se manifestaban arrepentidos sino Ogasby, que parecia alegrarse de la desgracia sucedida; y me informaron antes de partir que habia pensado en matarme y robarme. Para frustrar su intento procuré acariciarle, y le hize dormir en mi choza, favor que apreció; y creo que por algun tiempo le hizo desistir de su intento. Aunque no me inquietaba su compañia, tuve por conveniente no perder de vista á mi enemigo: por la mañana le di un vaso de rum, y lè prometí una botella de dos azumbres, con el objeto, segun expresion de los Indios, de ahuyentar de su corazon al espíritu malo. Quando toda mi gente estaba dispuesta á

embarcarse, di el licor al xefe de la quadrilla, y á Ogasby sin noticia de los otros una botella mas de lo ofrecido, en la qual habia echado yo una infusion considerable de láudano. No sospechando cosa alguna, se la echó á pechos y apretándome la mano me dixo: „amigo mio, á tu salud; é inmediatamente quedó sepultado en un profundo sueño, que le duró, segun supe despues, doce horas, imposibilitándole para hacer daño. Poco tiempo despues un Indio que le aborrecia, y buscaba ocasion de vengarse, le mató á golpes de tomahawk. El mayor de sus hijos le quemó y colocó sus huesos en la punta de un madero alto, por ser el principal xefe de la tribu.

Continuando nuestro viage, llegamos á un parage de transporte de poca extension, llamado le Portage la Rame, en donde el viento nos hizo detenernos nueve dias, y hallamos allí varios Indios detenidos por la misma causa.

Luego que pudo pasarse con seguridad el lago Superior, seguimos nuestra ruta por medio de rápidas y peligrosas corrientes que nos impedian caminar, y nos causaron grandes dolores en todo el cuerpo. En semejantes ocasiones que exîgen los mayores esfuerzos, no hay distincion alguna de amos á criados: aquellos deben trabajar igualmente que

éstos para obligarlos al mejor desempeño de su obligacion sin dar motivo á quejas.

Con viento favorable viajamos hasta el lago Cramberris, llamado así por la abundancia de semillas de este nombre que hay en los pantanos.

Nos detuvimos allí dos dias para descansar del trabajo que habiamos tenido en luchar contra las corrientes. Luego pasamos adelante hasta un pequeño paso de transporte, junto á la entrada del rio Nipegon, y es un conjunto de peñascos, que es preciso pasar para evitar la gran catarata de que hablé en mi primer viage. En esta época teniamos muy poca caza; pero por fortuna matamos tres osos, con los que nos mantuvimos algunos dias, pudiendo conservar de este modo alguna carne seca que llevabamos.

Desde aquí fuimos al lago llamado el Nido del cuerbo, que tiene cerca de doscientas millas de circunferencia. Hay en él muchas islas que proveen á los Indios de infinidad de páxaros silvestres: tambien se hallan osos y castores; y los Chippeways sacan de allí mucha caza.

Durante nuestra mansion vino del lago *Arbitibys* una quadrilla de Indios, que no estaban satisfechos del traficante con quien habian tratado, y se proponian ir á Michillimakinac; pero advirtiendo que yo entendia

su lengua, hicieron cambios conmigo, y me regalaron carne y pescado. Sucedió entonces un lance que me fue muy util, porque me hizo andar con cautela en mis tratos con los salvages.

Deseando algunos xefes ver mis fusiles, me fue forzoso para que pudiesen exâminarlos, abrir las caxas de cada uno contra toda mi voluntad por estar el tiempo bueno, y ser ya tarde para llegar á la tierra en donde debia invernar antes que cayese mucha nieve. Habiéndolos mostrado, cargaron quatro para probarlos. Mientras que ellos se empleaban en esto, estaba yo ocupado en coordinar las mercancias que habia descompuesto para complacerlos. Luego que concluí, cogí los fusiles sin advertir que estaban cargados, solté el gatillo, y el tiro hirió por desgracia en la oreja á uno de los xefes, abrasándome la polvora el rostro, de suerte que creí perder la vista. Fue tan pronta la descarga, que pareciendo al xefe premeditada, me reconvino con el daño que le habia hecho, amenazándome con la venganza. Sin embargo, pude persuadirle que habia sido casualidad, y le consolé de la pérdida de su oreja, que era grande y hermosa, lo que la hacia mas apreciable en su opinion. Fue fortuna el no haberle muerto, pues sin duda hubieramos sido víctimas del resentimiento de sus compañeros.

Los Indios tienen gran vanidad en las orejas grandes y anchas, y esto los expone muchas veces á que se las arranquen. Es muy comun entre ellos perderlas en las riñas que suceden en sus embriagueces: quando no han hecho mas que rasgarselas, vuelven á coser los pedazos con nervios de gamo, y facilmente las reunen.

Al otro dia nos despedimos y seguimos nuestro camino hasta Shecarke Sakiegan, ó el lago Hediondo, cuya corriente es muy violenta, y en él hay muchos patos y anades. Cazamos allí un dia con gran suceso, y al amanecer del siguiente nos embarcamos con viento favorable hasta que llegamos al lago Sihabeechcvan, ó de las yerbas silvestres. Tiene éste cerca de ciento y ochenta millas de circunferencia; se compone de muchas islas, abunda de pescado y de las semillas que se hallan en el Cramberry; está seis jornadas del lago de la Muerte. Hay al extremo un despeñadero de agua que sale de un rio del mismo nombre, y se comunica directamente con las aguas que van desde el fuerte Albany á las tierras fronterizas de la bahia de Hudson: tiene casi treinta dias de camino, que es muy embarazoso para los traficantes. Los Indios se exponen á las corrientes mas violentas sin el menor recelo: rara vez padecen desgracia alguna, y concluyen su viage en una tercera parte menos de tiempo sin

detrimento alguno en sus canoas, bien que á veces quedan inservibles. En tal caso se ven precisados á hacerlas nuevas para poder continuar; pero como tienen mucha corteza de alamo y superior destreza, les bastan tres dias para hacer una capaz para tres personas y las provisiones necesarias, con un camarote para guardar las peleterias. Habitan en este lago doscientos cincuenta cazadores buenos, que cogen gran porcion de pieles de castor, por lo que nos establecimos en él, movidos tambien de la abundancia de pescado, arroz y semillas, que en el invierno son socorros muy apreciables.

Despues de haber asegurado mis canoas y dado de comer á mi gente, marché con dos Indios á buscar un parage á proposito para hacer una casa. Luego que le hallé, hice construir un edificio de cincuenta pies de largo y veinte de ancho con dos separaciones, una para las mercaderias, y otra para nuestra habitacion. Despues de esconder el rum en los bosques, y de poner todas las cosas en buen estado, preparamos lo necesario para la pesca; y como el lago empezaba á helarse, dividí mi gente en dos quadrillas, para que se empleasen, la una en la caza, y la otra (á excepcion de uno que siempre quedada en casa) en hacer la provision de leña para el invierno. En el espacio de tres semanas juntaron la leña suficiente, y luego fueron

los leñadores á juntarse con la otra quadrilla ocupada en la pesca. Esta fue tan feliz, que no teniendo por qué temer el hambre, vivimos mas tranquilos que el año anterior.

Pasados unos diez dias llegó con caza una gran quadrilla de Indios, de los quales no conocí á ninguno, por no haber invernado antes tan lejos en lo interior de las tierras. Manifestaron placer de ver un traficante establecido entre ellos, y mucho mayor en que yo hablase su lengua; pero se aumentó su gozo quando les informé que yo era guerrero como ellos, y les hice ver en mi cuerpo las señales de mi adopcion. Inmediatamente mandaron á sus mugeres que preparasen las chozas y dispusiesen un banquete. Mientras tanto los Indios vinieron uno á uno á mi casa, y sentándose en el suelo, comenzaron á fumar y mirarme con gran complacencia. Luego que les dí tabaco y otros géneros, el xefe viejo llamado *Mattoyash* ó la *Tierra*, me abrazó por el cuello, y habiéndome besado en una mexilla, me habló así.

»Doy gracias al Señor de la vida porque nos ama y nos envia un traficante que abrirá su corazon para conmigo y mi gente. Buen animo, jóvenes, no permitais que se entristezcan vuestros corazones: alejad de vosotros al espiritu malo. Nosotros amamos á todos los traficantes, porque hemos oido hablar de su humanidad para con los salvages: cree-

mos que tienen el corazon abierto, y que sus venas corren tan claras como el sol. Es verdad que nosotros los Indios perdemos el conocimiento quando estamos embriagados, pero esperamos que no harás caso de esto, y si te quedas en nuestra compañia, nos esmeraremos en cazar para vosotros con ardor."

Concluido su discurso se levantaron todos, y cógiéndome por la mano, me llevaron á su cabaña. Apenas habia entrado en ella, uno de los guerreros me cubrió con un gran manto de piel de castor que estaba preparado para mí, me puso un collar de wampum, y no cesó de cantar canciones al Señor de la vida mientras comimos el xefe y yo. Acabada la comida llevé á mi casa dos de estos Indios, y les dí dos barricas de rum y diez rollos de tabaco, con otras varias cosas, por lo qual me entregaron toda su peleteria. Tuvieron despues su banquete, que duró tres dias y tres noches sin mas desgracia que haber deslomado una madre á su hijo. Tambien les dí una porcion de municiones para la caza de invierno; y se fueron muy contentos de la acogida que habian hallado. No puedo menos de referir el medio que tomé por precision para tranquilizar á una vieja India, mas incomoda que el resto de la quadrilla, la qual me atormentaba incesantemente porque la diese licor. Puse en un vaso

de rum quarenta gotas de infusion de cantaridas y otras tantas de laudano, y quando vino á importunarme la dí la dosis que tenia dispuesta. La bebió sin reparo, y como ya estaba algo embriagada, comenzó á cantar: aun no contenta me pidió mas; y repitiendo la misma dosis cayó en tierra privada de sentido. Dí òrden á mi Canadiense para que la llevase fuera de casa y la pusiese junto á su wigwaum, donde estuvo diez horas en un profundo sueño con no poca satisfaccion mia. He hallado el láudano por muy util, y se debe tener generalmente por un artículo esencial para el comercio con los Indios, por ser el unico medio para salir bien de sus embriagueces, evitando los excesos á que se abandonan.

Poco tiempo despues vino á buscarme una quadrilla de quarenta Indios con algunas peleterias, gran cantidad de carne seca, y grasa de oso, todo lo qual compré por un poco de rum. Les aconsejé que lo llevasen para el camino, y se conformaron con mis deseos, embarcándose en un estado de sobriedad perfecta.

Siempre procuré persuadirles que llevasen consigo el rum; pero rara vez lo conseguí. Es incomprensible el trabajo que cuesta el velar sobre ellos quando este licor obra, ademas del peligro de la vida y de los bienes.

Despues de su partida, me mantuve cerca de un mes con un solo hombre, por estar los demas ocupados en la pesca y en registrar los lazos de martas. Una y otra expedicion fueron felices, sobre todo la primera, pues me traxeron cerca de ocho mil peces, que colgamos segun costumbre para que se helasen. Quando el tiempo está riguroso, cada uno sale dos veces al dia á cumplir con lo que le está encomendado, aunque haya abundancia de provisiones.

A principios de Diciembre llegaron dos Indios recien casados, á quienes dimos un vaso de rum, con que se alegraron mucho. Viendo yo que la muger estaba contenta, la supliqué que me cantase una cancion amorosa, lo que executó así al punto.

Cancion.

„Verdaderamente amo á aquel, cuyo corazon es semejante al dulce jugo de la caña de azucar, y es hermano de la hoja del trebol, que siempre está verde y brillante."

Agradecí este obsequio, dando á su marido una botella de rum para que gozasen de las dulzuras del amor, no temiendo desgracia alguna por ser poco el licor para embriagarlos. Tampoco temia los zelos del marido: tenia muy presente la aventura del lago de la

Muerte, de la que habia librado felizmente. Por la mañana se fueron, dexándome en recompensa pieles de castor, de oso, y de nutria.

Fin del Quaderno LXXIII.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO SETENTA Y QUATRO.

CARTA CCCCLXXII.

Segundo viage á lo interior de Canadá.

Pasado algun tiempo, llegó un Indio con sus dos mugeres y tres hijos: dirigiéronse al punto á mi casa, y se sentaron junto al fuego. En la fisonomia del Indio me pareció advertir alguna mala intencion, y procuré observarle atentamente. Le pregunté cómo le habia ido en la caza; y me respondió que creia que el Señor de la vida estaba irritado contra él, pues aunque habia tirado á muchos animales y gastado toda su municion, no habia muerto ninguno. Este es un modo figurado de explicarse, que no me dexó duda de que era un perezoso, y que por consiguiente no debia tener ninguna confianza en él. Añadió que su familia habia estado algunos dias sin provisiones, y que esperaba animase yo sus corazones, y le franquease mi amistad. Mandé que cociesen pescado, que

comieron con gran apetito, particularmente las mugeres y los niños.

Le hice varias preguntas acerca de las tierras en donde cazaba, y me contextó que era de la bahia de Hudson, y que venia de tan lejos por haber tenido noticia del establecimiento de algunos traficantes en el lago Hediondo; y que sabiendo que habia en él mucha caza, habia creido que recogeria muchas pieles. Vi palpablemente la falsedad de quanto me decia, y le consideré como un vago, pues no vendria de tan lejos á no haber desagradado su conducta á los empleados en los fuertes de la Compañia, haciéndose indigno de su confianza. Mirándome con mucha osadia, me pidió un fusil, una manta y municiones: yo se lo negué, lo que sintió mucho. Salió de la casa, y habló en voz baxa con una de sus mugeres. Presumí que esto seria una liga contra mí, y me puse alerta. Pasados algunos minutos volvió á renovar su solicitud, diciéndome: ,,rezelas fiarme quarenta pieles? yo te las pagaré en la primavera." Le respondí que solo fiaba á los buenos cazadores, y que estaba cierto de que él era un holgazan, que vivia sin industria; que le aconsejaba volviese á la tribu de su origen, y solicitase socorro de aquellos que le conocian mejor que yo. Esta reprension de su negligencia (de que me arrepentí despues) despertó en su corazon al espiritu malo: me de-

xó baxo el poder de su *matchi manitu*, y se fue á su canoa hablando seriamente con sus mugeres.

Mi compañero que los observaba, espió su conducta con cuidado, y vió que el Indio se esforzaba en cortar su fusil con una lima para ocultarle mejor baxo el manto. Luego que lo consiguió, le cargó y volvió con él escondido. Siendo esto una prueba convincente de sus perversas intenciones, previne á mi compañero que se pusiese á un lado de la puerta, y yo me puse al otro esperando el momento de su entrada en la casa. Al pasar por el umbral le derribé en tierra de un garrotazo, y quitándole el fusil, le dí tantos golpes, que nos fue forzoso llevarle á su canoa, en donde le aguardaba toda su familia; y mandé á todos que dexasen la tierra, amenazándolos con hacer pedazos la canoa y abandonarlos á la corriente. Al parecer se afligieron mucho mugeres y niños, y obedecieron mi orden con repugnancia; por cuyo medio salí victorioso de estos bárbaros, y esto me libró de un gran peligro, como vamos á ver.

Algunos dias despues de su partida llegó un Indio, y me dixo que otro traficante como yo, establecido en el lago de *la Sal*, habia sido muerto por un salvage, cuyas señas me dió. No dudé que fuese el mismo que habia proyectado matarme, y enteré al Indio

de todo lo ocurrido. Me dió la enhorabuena de mi felicidad en haberme librado de él, por estar reconocido este salvage en toda su tribu por un perverso, que habia muerto á su hermano y á una de sus mugeres en la ultima caza, por cuyo motivo los de su quadrilla le habian echado de ella. Deseando saber individualmente este suceso, le supliqué me refiriese todas sus particularidades. Me dixo que las sabia de un salvage que habia encontrado casualmente, y á quien las habia contado el matador; que el Indio, frustados sus proyectos contra mí, habia continuado su viage con el espiritu malo en su corazon, y habia llegado á la casa del otro traficante, en la que pidió rum y tabaco, que le fue dado; pero que advirtiendo el traficante que nada traia para cambiar, habia entrado en sospechas contra él; que estando fumando, el Indio le habia pedido fiado, lo que reusó el traficante, diciéndole que no solo era mal cazador, sino que tenia corazon de plomo: que esta imprudente respuesta habia irritado al Indio, quien viendo que estaba solo en casa el traficante (los demas habian ido á la pesca) esperó el momento favorable; y quando el traficante se baxó para encender su pipa, le dió un golpe en la cabeza, robó algunas cosas de casa, y se marchó.

Con esta noticia despaché seis Indios

con uno de mi confiánza, para que procurasen salvar las mercaderias: llegaron con felicidad, cogieron todas las peleterias, y trajeron consigo á los criados del traficante asesinado, á los que emplee en mi servicio. Cerca de seis semanas despues, un salvage de la tribu, á la qual el Indio habia ofendido, y que habia oido hablar de su reciente traicion, despues de haberle improperado muchas veces su detestable baxeza, le mató á golpes de tomahawk, le cortó la cabeza, y la llevó á mi casa para enseñarla á mis Indios.

La infeliz suerte de este traficante presenta un triste exemplo de la situacion peligrosa de todos los que se emplean en este tráfico, y una leccion util para los que tengan relaciones de comercio con los salvages: y de aquí se podrá inferir que es mas prudente disimular con ellos que manifestarse quejosos, ó intentar tomar satisfaccion de sus agravios.

A fines de Enero llegó una quadrilla de Indios de la nacion de los Ratas de Sehekarkistergoan ó del lago Cabeza del Hediondo, que está entre los lagos Nipegon y Manontoye. Traian provisiones y pieles por las que les dí rum segun costumbre, del qual bebieron á discrecion sin hacerse ningun daño. Despues de su partida nos hallamos escasos de provisiones por serme preciso cuidar de

una familia mas numerosa, pues habia agregado á mi servicio la gente del traficante asesinado. Nos vimos reducidos á algunos pescados y á una corta cantidad de arroz silvestre para la subsistencia de diez y ocho personas, siendo la racion de cada uno como dos libras entre arroz y pescado.

Me he admirado muchas veces de que el caldo de pescado no estuviese mas recibido siendo tan bueno; pero me falta instruccion en la medicina para decidir si es saludable. El caldo de esturion es delicioso, y dexa un gusto agradable; mas como tambien aumenta demasiado el apetito, segun he experimentado, solo se debe tomar quando hay caza con abundancia. Es muy comun este pescado en Albany, se llama baca de Albany.

Continuaban los hielos, y no venian los Indios á aliviar nuestras necesidades: por esta razon nos fue forzoso quitar el pelo á las pieles de castor, y cocer estos cueros que tienen el gusto de tocino.

Despues de sufrir los mayores apuros, aconsejé á mi gente que hiciese lazos para cazar martas, y los colocàse en los bosques como lo habia hecho el invierno anterior en el lago de la Muerte, con lo que nos mantuvimos algun tiempo; pero no era lo suficiente para nuestras necesidades. Llegó por fin una quadrilla de Indios con diez barcos cargados de carnes y pieles, lo que nos hizo

recobrar nuestro ánimo y valor. Mis criados los habian descubierto á cierta distancia, y aunque débiles por la cruel hambre, se pusieron sus raquetas ó zapatos de invierno para salir á recibirlos.

Es de admirar el esfuerzo de la naturaleza en sostener los trabajos, y el valor que recobra quando se le presenta algun alivio: se borra entonces de la memoria todo lo pasado, y parece que corre nueva sangre por las venas. Las personas acostumbradas á la vida tranquila y regalada no conocen el placer de un socorro inesperado, ni el de ponerse á comer en un desierto. El hambre no necesita de salsas, y no hay manjar tan desabrido que no lo sazone la necesidad.

Conociendo los Indios nuestra miseria en los semblantes flacos y macilentos, nos dieron todas sus provisiones que consistian en carnes de oso, de ratas y ratones. Se puso inmediatamente una caldera al fuego, y comimos con gran apetito. Esta comida nos fue refocilando, y los Indios entre tanto se complacian de haber aliviado nuestra necesidad.

Los salvages, aunque feroces, poseen algunas virtudes que hacen honor á la naturaleza humana; y dan tales pruebas de bondad y nobleza, que los hombres mas benéficos apenas podrán igualarles. No conocen aquellas ideas viles y abatidas, que deshon-

ran á muchos ricos, que se tienen por ilustres y civilizados: el conocimiento que tengo de su caracter me hace creer, que mirarian con horror la conducta poco generosa de aquellos á quienes la Providencia ha colmado de beneficios. Es muy loable la generosidad de los salvages en medio de su pobreza: quando se visitan unos á otros, se hacen regalos mutuamente, y lo mismo executan quando llega á sus aduares algun extrangero. Exercen la hospitalidad con el mayor desinterés, como hemos visto ya en muchas ocasiones.

Concluida la comida, el xefe que hasta entonces no habia querido incomodarnos, me pidió tabaco, y habiéndo fumado algun tiempo, me dixo que tenia que comunicarme malas noticias, recibidas por medio de algunos Indios acerca de Mr. Fulton que estaba entonces en Shekarkistergoan, cuya relacion le era muy dolorosa, porque él mismo estaba muy afligido del caso. Le supliqué que acabase la pipa, y bebiese un vaso de rum antes de comenzar la historia. Al mismo tiempo le manifesté mi admiracion, por no haber sabido nada de esto, habiéndo traficado durante algunos dias con una quadrilla de salvages de la nacion de los Ratas, que venian de aquel lago. Respondióme, que habia encontrado á estos salvages, y les habia contado lo ocurrido con admiracion suya; pero como los criados de Fulton no habian

vuelto de la pesca, quando ellos se habian marchado del lago, no se habia tenido noticia del suceso hasta despues de su partida.

Mr. Fulton se vió precisado á repartir su gente en dos quadrillas, la una para cazar y pescar, y la otra para quedarse con él. Componian la primera Cárlos Janvier, Francisco St. Ange y Luis Dufresne, todos naturales del Canadá, quienes marcharon equipados de hachas, cuchillos y de todo lo demas que necesitaban para la pesca. En el espacio de ocho dias llegaron á un lugar á propósito en donde hicieron una choza, en la qual vivieron cómodamente por algun tiempo: mas habiéndoles faltado pescado y caza se vieron atormentados del hambre; en cuya situacion, me dixo este xefe, que el espíritu malo se habia apoderado de Janvier, quien como mas fuerte resistió el hambre mejor que sus compañeros, y trató de efectuar el proyecto diabolico que habia formado de dar muerte al primer Indio que se le presentase, lo qual habia comunicado á sus compañeros. Se hallaban en el mayor apuro, quando Janvier distinguió á cierta distancia un salvage, y volviendo á su choza informó á los compañeros del socorro que se acercaba: se levantaron al momento á pesar de su mucha debilidad: llegó el Indio y descargó su fardo que se componia de dos nutrias, y dos liebres que entregó á Janvier, quien las

recibió con gran satisfaccion, y las hizo cocer sin limpiarlas, tanta era su hambre. Devoraron muy pronto este oportuno socorro, y segun el gusto con que habia comido Janvier, y la satisfaccion que manifestaba en su semblante quando miraba al salvage, esperaban los compañeros que desistiese de su proyecto. A la mañana siguiente les dixo el Indio, que sentia no poder serles util por mas tiempo á causa de faltarle municiones, pero que iba á proveerse á donde estaba Mr. Fulton.

Janvier, cuyo corazon se mantenia insensible al buen proceder del salvage, suplicó á éste que le ayudase á arrimar al fuego un gran leño por estar sus compañeros imposibilitados de hacerlo. Condescendió el Indio, y al baxarse para cogerlo, le mató Mr. Janvier de un hachazo, le arrastró hasta la puerta de la choza, le dividió en pedazos, y movido de su feroz barbarie puso en una caldera la porcion de carne que le pareció necesaria para una comida. Cocida ésta, precisó á Francisco St. Ange, y á Luis Dufresne á que tomasen su parte, y besasen la cruz que traia colgada al pecho jurando por todos los santos que no revelarian lo que acababa de suceder, y amenazándolos con igual suerte si se atrevian á decirlo. Intimidados con la amenaza, y no dudando que asi lo efectuase, le prometieron secreto. Ven-

cida, pues, la primera repugnancia, y movidos del hambre que padecian, comieron con exceso de tan horrible manjar, y cayeron enfermos inmediatamente sintiendo los dolores mas violentos. Entonces se quexaron entre sí de que su mal procedia de haber comido la carne del Indio; y oyéndolo Janvier los trató de locos y picaros, y les preguntó con un escarnio insolente, qué parte del hombre les habia parecido mejor. Los infelices se contentaron con responder, que se sentian enfermos sin poder indicar la causa. Como no tenian otras provisiones, en pocos dias dieron fin del Indio, y determinó Janvier comer carne humana, sino podia adquirir otra. Con este fin buscó pretexto de reñir con St. Ange, bien cierto de que Dufresne no se mezclaria en nada. Queriendo sin embargo justificarse con éste, dilató el manifestarse hasta que pretextando que no podia contener su cólera, preguntó á Dufresne si no merecia St. Ange la misma suerte del Indio, por haberse atrevido á decir que habia de revelar el secreto que solemnemente habia jurado ocultar. Temiendo Dufresne malas resultas si le contradecia, le respondió que hallaba reprehensible á St. Ange: al oir esto descargó Janvier un hachazo sobre St. Ange, y le dexó muerto: luego le hizo pedazos, y coció una porcion de su carne, obligando á Dufresne á comer de ella, sin

que éste se atreviese á mostrar la menor repugnancia. Por fortuna de Dufresne se mejoró el tiempo, cogieron pescado con abundancia, y determinaron volverse adonde estaba su patron. Janvier lleno de orgullo con sus ideas de superioridad, precisó á Dufresne á llevarle en una embarcacion india hasta la casa de Mr. Fulton: ¡cruel obligacion! ley afrentosa para un infeliz casi aniquilado! La resistencia era inutil, y por lo mismo hizo de la necesidad virtud, y obedeció á su tirano con apariencia de buena voluntad. Durante el viage, le recordó Janvier muchas veces su juramento y las funestas consecuencias que resultarian si revelaba el secreto, asegurándole que una muerte pronta seria su castigo.

Agradó su vuelta á Mr. Fulton, porque necesitaba de toda su gente, pues los Indios venian diariamente á traerle su caza. Luego que llegaron, preguntó por St. Ange, pero no le contestaron. Se dirigió entonces á Janvier, el que respondió que habia ido á caza con un xefe llamado Onnemay, y que no tárdaria en volver. Le desmintió uno de los Canadienses diciendo, que no podia esto ser verdad, por haber marchado Onnemay de la casa de Mr. Fulton el dia anterior: á lo que replicó Janvier que quizá se habria engañado en el nombre de este xefe, por no serle familiar la lengua India; y temiendo

Dufresne que todo se descubriese, mudó de conversacion para complacer á Janvier.

Pasaronse algunos dias, y no parecia St. Ange, por lo que preguntado nuevamente Janvier, llamó á Dufresne para que confirmase sus aserciones, como lo hizo movido de temor. No satisfecho Mr. Fulton, los exâminó separadamente: nada pudo sacar de Janvier; Dufresne despues de algunos rodeos concluyó con declarar que habia jurado no revelar cosa alguna, pero que St. Ange no volveria jamas. Procuró Mr. Fulton persuadirle que no era delito el violar un juramento semejante. Llegó por ultimo á convencer á este Canadiense, que lejos de ser obligatorio este juramento delante de Dios, era por el contrario un pecado odioso la ocultacion de la verdad; que no debia temer la venganza de Janvier; y que Fulton se obligaba á ponerle en salvo de todas las resultas de su declaracion. Así convencido y animado Dufresne, lo descubrió todo, suplicando á Mr. Fulton que le guardase secreto, lo que éste le prometió hasta que se renovase la conversacion, para cuyo tiempo quedó Dufresne en referir todas las particularidades en presencia de Janvier. Se vió éste acosado muchas veces por la gente de Mr. Fulton para que les diese algunas luces acerca de la ausencia de St. Ange, pero siempre observó un obstinado silencio; algunos de

ellos llegaron á acusarle de que bien lo sabia todo, y recibió estos ataques con indiferencia.

Recogió Mr. Fulton todas sus mercaderias, y se dispuso á dexar la tierra donde habia invernado, de la que salió luego que todo estuvo arreglado. La primera noche despues de su partida cargó Mr. Fulton un par de pistolas: instruyó asimismo á su gente de lo que le habia descubierto Dufresne, y del castigo que pensaba dar al asesino por una atrocidad semejante. Salió despues de su tienda, y se vino junto al fuego al rededor del qual estaban sentados los Canadienses. Se tocó de intento la conversacion de S. Ange, y dixo Mr. Fulton que habia sido crueldad dexarle en los bosques, culpando principalmente á Janvier, que como xefe era el mas responsable. Irritóse éste viendo tocar este punto, y contestó que el St. Ange era hombre para guardarse á sí mismo, y que no habia sido encargado á su cuidado. Entonces acusó Fulton á Dufresne, quien segun lo concertado declaró todo lo que habia pasado, refiriendo por menor la conducta de Janvier. El malvado intentó vengarse inmediatamente de esta calumnia, como él la llamaba, y negó con el mayor descaro y los mas solemnes juramentos la acusacion que se le hacia. Creyendo Fulton que ya era tiempo de quitarse la mascara, le preguntó para confundirle, *quál*

era en el hombre la parte mas sabrosa? respondió Janvier con la mayor prontitud y osadia, que esto lo sabrian los que hubiesen comido carne humana; pero acosado y reducido en fin á la imposibilidad de defenderse, dixo con cólera que eran los *pies*; animado su acusador con esta confesion, le apuró mas y mas hasta que confesó los hechos de que se le acusaba, declarando que en igual situacion hubiera muerto á su propio hermano.

Mr. Fulton no pudo contener por mas tiempo su indignacion, y dixo á Janvier que era un perverso por haber muerto á un inocente Indio que habia tenido la generosidad de aliviar sus necesidades, por haber comido su carne como un Caribe, y finalmente, porque ademas de esta accion tan atroz habia aumentado sus delitos, dando muerte deliberada á un hombre sin defensa, su compañero y amigo; que era el oprobio de la naturaleza humana, que no debia estar por mas tiempo entre los vivientes, y sin dexarle replicar, le tiró un pistoletazo á la cabeza. Mandó á sus criados que le enterrasen, y por la mañana siguió su viage hasta Michillimakinac. Luego que llegó se presentó al Comandante, quien despues de haber exâminado el asunto, le dió por absuelto; pero le previno que no se arriesgase á volver á aquel pais donde habia sido

muerto el Indio, por si los salvages habian oido hablar de esta aventura, y conservaban algun resentimiento de la muerte de un hombre de su tribu, lo que exponia á los inocentes á sufrir por los culpados.

En el mes de Febrero vino á visitarme un traficante vestido de cuero: le acompañaban tres Indios, y habia salido cinco dias antes del fuerte Albany. La curiosidad de verme, me dixo, habia sido el motivo de su viage, pues jamas habia oido que otro se hubiese internado para invernar, á no ser los empleados en la Compañia de la bahia de Hudson. A la sazon me hallaba yo con pocas provisiones, y me era preciso mantener ocho hombres ademas de los Canadienses del traficante asesinado.

Luego que le hice la pintura de mi modo de vivir, se admiró de los trabajos que habiamos pasado. Le llevé á mi almacen, y le manifesté los fardos de pieles de castor que habia juntado, con lo que se aumentó su sorpresa, pues no concebia cómo habia sido posible transportar una suficiente porcion de mercaderias que igualase al valor de aquellas peleterias.

Al amanecer se despidió de mí, deseándome el pronto arribo de algunos Indios que pudiesen sacarme de una necesidad tan grande, surtiéndome con abundancia de los comestibles mas nutritivos y gustosos.

Poco despues de haber partido el traficante, vino á buscarnos una quadrilla de unos cien Indios. Por mi desgracia tenia poca provision de rum, siendo éste de la mayor importancia para el comercio con los salvages. Luego que llegaron quisieron beber, pero yo les dixe que hiciesemos antes el cambio de todas sus peleterias. Concluido el trato insistieron nuevamente, y habiéndoles dado el rum que habia podido reservar, se embarcaron muy contentos.

En el mes de Abril llegó la ultima quadrilla, y no sabia qué hacerme, porque no tenia mas que una corta porcion de rum: vime precisado á aumentarla, mezclando tanta agua con el rum, que me resultó una cantidad quadruplicada, pero muy floxo: fraude muy comun entre los traficantes. Diles ademas algunas ropas en cambio de sus peleterias, y antes de embarcarme, les hice el discurso siguiente: "Buen animo, amigos migos, no os inquieteis; siempre os he manifestado un buen corazon, y bien sabeis que os amo tiernamente, y lo mismo á vuestras mugeres é hijos. Por tanto vivid tranquilos si tardo mucho en volver. Espero que el Señor de la vida me dará fuerza y valor para volver entre vosotros, y traeros mercaderias. Ahora, como sabeis, que no tengo azucar en mis labios, ni punta en la lengua, y que mis orejas no estan cerradas, ni mi corazon ofus-

cado, espero por lo mismo que me entregueis vuestros cuchillos, fusiles y tomahawks, y que no mostrareis mal corazon antes de empezar á beber, de modo que yo pueda hallaros en buen estado á mi regreso. Yo hablaré con resolucion al gran xefe Inglés en Michillimakinak, y él os abrirá su corazon."

Concluido este discurso, recogieron sus armas y me las entregaron. Les di entonces una gran porcion de rum, devolviéndoles sus armas para convencerlos de la buena opinion que me merecian, y de que no dudaba procederian segun mis consejos. Inmediatamente me embarqué en mi canoa, y quando empezamos á bogar, me hicieron una salva con sus fusiles, á la que contesté con otra.

Continuamos nuestro viage sin novedad particular hasta llegar al rio del Hediondo, en donde yo habia herido casualmente la oreja á un xefe, como he dicho antes. Encontré allí á dos jóvenes recien casados, y algunos salvages de la misma quadrilla que tanto me habian divertido con sus canciones amorosas en el mes de Diciembre anterior. Deseando adquirir un conocimiento perfecto de sus usos y costumbres, les hice varias preguntas, y entre otras cosas me instruyeron en las formalidades que observan los Chippewais en sus galanteos, cuya

relacion me parece no os será desagradable.

Quando un Indio desea casarse y tiene ya hecha la eleccion en su corazon, acude al padre de la novia, y le pide su consentimiento en los términos siguientes: „Padre mio, yo amo á vuestra hija: ¿ quereis concedermela para que las tiernas raices de su corazon puédan unirse con las del mio, de modo que el viento mas impetuoso jamas pueda separarlas"?

Si el padre consiente, conciertan una junta, para la que se prepara el novio por medio de sudores. Se presenta en fin delante de su dama, se sienta en tierra, y fuma una pipa: mientras está fumando se ocupa en tirar á la novia cien pedacitos de madera del largo de una pulgada, uno á uno; y quantos coga en una hortera de corteza, tantos regalos tiene que hacer el amante á su padre, y éste los considera como precio de su hija. Luego da el joven guerrero una comida á toda la familia, y concluida danzan y cantan canciones de guerra. Despues de esta fiesta y de los mutuos regalos entre el novio y los parientes de la dama, el padre cubre á entrambos con una piel de castor, les da un fusil nuevo y una canoa de corteza, con lo que finaliza la ceremonia.

Al tiempo que los Franceses se hicieron dueños del Canadá era muy èstraña la cere-

monia del matrimonio entre los salvages. Quando deseaba un amante declarar su pasion á su novia, procuraba visitarla por la noche, y en presencia de algunos de sus amigos, lo que se executaba del modo siguiente.

Entraba en el wigvaum, cuya puerta por lo comun era un cuero, y se acercaba al hogar en que habia fuego. Encendia en él la punta de un palo, y acercándose á la novia la tiraba tres veces de la nariz para despertarla. Todo esto se hacia con decencia; y como era costumbre, no se espantaba ella de semejante libertad. Esta ceremonia por ridícula que parezca, se continuaba de tiempo en tiempo por espacio de dos meses, portándose los amantes con la mayor honestidad.

La muger renuncia su libertad en el momento en que se casa. Es una esclava dedicada á su esposo, que no pierde de vista sus prerrogativas por un solo instante. Adonde quiera que vaya debe seguirle, sin atreverse á irritarle con la menor negativa, pues seria castigada con rigor, y á veces con la pena de muerte. La mayor libertad que le concede se reduce á baylar y cantar en su compañia: por lo regular no hace el marido mas caso de su muger que si fuese una persona estraña é indiferente; quando ella por el contrario está obligada á dedicarse

á todos los cuidados de la casa, lo que hace con toda resignacion por habito ó insensibilidad absoluta.

Sobre este particular me contaron el siguiente suceso. En un lugar llamado la *Crique du castor*, como unas veinte y cinco millas del fuerte *Pitt*, una India viendo á unos Blancos que llevaban leña acuestas, tomó su hácha, y les llevó en muy poco tiempo una gran carga de leña. Habiéndola puesto junto al fuego, les dixo que lo hacia esto no solo por compasion, sino porque miraba como un escandalo que los hombres se ocupasen en los oficios de las mugeres.

Los hombres consideran á las mugeres como unicamente destinadas para parir y sufrir todas las penalidades de la vida domestica: en quanto á los hijos, prefieren los varones á las hembras, porque esperan que sean guerreros valerosos. Por la misma razon que tratan á la mugeres como verdaderas esclavas, hacen poco caso de sus hijas, á quienes, á lo mas, juzgan dignas de servir á los guerreros, y de trabajar en las obras que deshonrarian á los hombres.

Continuamos nuestro viage al lago del Nido del Cuervo, en donde matamos algunos patos y anades, que en esta estacion del año saben á pescado. Nos detuvimos allí diez dias para ponernos en estado de seguir

lo restante del viage con mas vigor. Nos embarcamos al amanecer del tercer dia, y llegamos á la *grande costa de la Roca*, en donde fuimos tan afortunados que matamos dos osos, comida muy delicada; y habiendo tenido algunos momentos desocupados para condimentar su carne, nos regalamos como si estuviesemos en una ciudad.

Llegamos hasta el lago Cramberry, en el que cogimos pescado y quantos granos pudimos llevar. De aquí pasamos á *Portage la Rame*, en donde nos precisó el viento á detenernos algunos dias; pero en todo este tiempo no nos incomodó visita alguna. Por ultimo, con viento favorable nos dirigimos ácia el rio *la Pique*. A la llegada me acordé de los peligros en que me habia puesto el salvage Ogasby en el año anterior, pero me tranquilizó la memoria de su muerte, y el saber que ya no era el terror de los traficantes.

En esta ocasion experimenté, como en otras muchas, que quando oprimen al corazon tristes memorias ó ideas aflictivas, la Divina Providencia nos envia los alivios que no podiamos esperar. Este transito repentino de un estado á otro lo solemos atribuir á nuestra prudencia, como tambien la felicidad de haber salido de los peligros que nos amenazaban. Los Indios piensan mejor: dicen que el Señor de la vida es quien nos da aquella serenidad de animo que nos saca

del peligro, y quien nos procura el alivio. Hasta en sus necesidades diarias recurre el Indio al Señor de la vida: á él atribuye sus victorias y sucesos; y quando se ve vencido y atado á un palo, le tributa gracias por el valor que le da para abrir sus venas. Con esta confianza sufre tranquilo los mas crueles tormentos, y en medio de los dolores mas fuertes provoca la barbara ferocidad de sus enemigos.

Aunque los Chippeways, y la mayor parte de las naciones Indias de la América Septentrional tienen iguales ideas, es preciso confesar que no es general esta opinion. Los Mattaugwesawacks, se dice, que no reconocen un Ser supremo; y si tienen felicidad en la guerra, atribuyen todo el mérito de la victoria á su valor y destreza. Pero aunque no creen en el Señor de la vida, no por esto dexan de tener algunas ideas supersticiosas. Están persuadidos á que hay ciertos lugares frecuentados por los espíritus malos, cuyo poder temen; y por la impresion que hacen en ellos dichas ideas, huyen de estos lugares. Otra prueba de su supersticion es que si alguno de ellos muere casualmente, conservan un pie ó una mano: le salan, y secándole se sirven de esto como de preservativo contra toda desgracia: de lo que resulta que aunque no reconocen el poder de un espíritu bueno, temen sin embargo el del malo. Continuamos

nuestro viage al pais llano, en donde nos detuvimos algun tiempo en compañia de los traficantes que habian pasado como nosotros el invierno en estas islas, y en la de otros muchos que llegaban con mercaderia para surtir á los que debian volverse. Concluido mi contrato me volví á Michillimakinac, y despues de haber visitado al Comandante, y dado cuenta de mi comision, me retiré al cabo Chippeway, en un sitio fuera del fuerte, en donde viví con una familia India que me habia enseñado á hacer los mackissins, ó zapatos de raqueta para caminar por la nieve.

CARTA CCCCLXXIII.

Continuacion del mismo asunto.

Durante mi mansion en el cabo Chippeway, los Oficiales me convidaron muchas veces á dormir en sus quarteles en el Fuerte; pero acostumbrado á hacerlo en los bosques, preferia por lo regular este género de vida.

Unos traficantes que venian del Misisipi me refirieron la historia de un tal Ramsay, que con un hermano suyo habia tenido la fortuna de librarse de una tribu de la nacion de los Poes. Estos son muy enemigos de los Ingleses, á quienes hacen todo el daño posible quando van ó vienen del Fuerte San Josef, en el que están establecidos con anuencia suya varios traficantes Franceses.

Parece que los Canadienses fueron convidados por los salvages á desembarcar, y creyendo Mr. Ramsay que querian cambiar algunas pieles, mandó á su gente que fuesen ácia la ribera. Hallándose éste en pie en su canoa se le acercaron tres guerreros de dicha nacion que estaban ocultos en el agua, le sacaron con violencia y le llevaron á la ribera. Las gentes de Ramsay saltaron en tierra inmediatamente y se disponian á seguir á su amo; pero viendo junto á sí once Indios, y sospechando mala intencion en

los xefes, se volvieron á sus canoas dexando la de Mr. Ramsay y su hijo, y navegaron ácia una isla vecina, esperando las resultas del peligro que amenazaba á sus amos con una próxîma muerte.

Ataron los Indios á un arbol á Mr. Ramsay custodiando á su hijo con cuidado: despues pasaron á la canoa de la que sacaron todo el rum que podian beber: comenzaron luego sus canciones de guerra, y encendiendo una grande hoguera al rededor del tronco á que estaba atado Mr. Ramsay, empezaron á insultarle tratándole de vieja cobarde, y precisaron á su hermano á que los acompañase en decirle improperios. El modo que tienen estos salvages de matar á sus prisioneros es el siguiente.

Quando prenden un guerrero, le llevan á una choza, y despues de atarle á un tronco le ponen en la mano un instrumento con cascabeles llamado Chessaguoi, el que tiene que tocar cantando la cancion de guerra de los muertos »Señor de la vida, miradme como un valiente guerrero; yo he expuesto mi cuerpo contra el espíritu malo."

Concluida esta cancion desatan al prisionero, y le hacen correr baquetas por medio de dos filas de mugeres armadas con varas delgadas. Despues de este tormento se dispone una comida de carne de perro con sebo de oso y semillas, de la qual tiene que comer

la victima. Le vuelven luego á atar al tronco al rededor del qual amontonan leña : las mugeres la encienden, y el prisionero quemándose canta su cancion de guerra. Recojen despues sus huesos, y los atan al estandarte de guerra que es un palo largo pintado con vermellon.

Se cuenta que los de la nacion de los Followens ó avenas silvestres, matan á sus mugeres é hijos antes de ir á la guerra, para que en caso de ser vencidos, no tengan los enemigos prisioneros de su nacion.

Luego que los Poes empezaron á experimentar los efectos del rum, registraron las ataduras que eran de corteza de mimbres, é hicieron poner leña al rededor del tronco, con el fin de que todo estuviese pronto para quando gustasen quemar al prisionero. Poco despues le desataron, y le llevaron á la caldera de guerra, para que hiciese su comida de muerte, que consistia en carne de perro y de gato montés con grasa de oso y semillas silvestres. Conociendo Mr. Ramsay el caracter de los Indios, lo hizo al parecer con resignacion, y les dixo que le gustaba. Le llevaron al lugar del suplicio, y atado al tronco les pidió con serenidad permiso para echarles una arenga antes de mudar de clima, en lo que condescendieron y les habló así.

„A la verdad, el Señor de la vida me ha enviado á estos Indios, cuyos corazones re-

bosan sangre envenenada ; mas ya que se proponen hacerme mudar de clima , iré con valor á un pais mas favorable para el tráfico, en donde hallaré Indios buenos. Siempre me han conocido por hombre lleno de ternura para ellos , sus mugeres é hijos , desde que soy traficante : saben que les he abierto mi corazon en todas las ocasiones , pero hoy el espíritu malo ha cerrado sus corazones para hacerme mudar de clima de lo que me alegro , porque soy mas conocido en el pais adonde voy , y por mayores guerreros que estos. Ya miro á todos los xefes como á unas cobardes viejas ; y siendo yo el Peshshekey, ó búfalo , voy á beber mi último trago con ellos , y llevaré estas noticias á los guerreros que hallaré en otro clima."

Habiendo oido su discurso con mucha atencion se dispusieron á matarle. Advirtió Mr. Ramsay su intencion , y dixo á su hermano que no se acobardase , porque esperaba librarse de su furor. Le suplicó que les diese rum , y que tuviese constantemente llenas de carne sus calderas. Siguió su hermano sus instrucciones , y les distribuyó rum con abundancia. Luego que Mr. Ramsay los vió tan embriagados que no habia porque temer daño alguno de ellos , dixo á su hermano que le desatase. Ya libre , se ocuparon los dos hermanos en echarles rum en las bocas hasta privarlos enteramente de sentido. Ar-

rebatado entonces de indignacion, acordándose de su bárbaro intento de matarle, y ayudado de su hermano, los degolló á todos, cargó en su canoa lo que le habian robado, y se alexó de la ribera con la mayor prontitud posible. Sus gentes se le juntaron á alguna distancia, y se aturdieron al verle sano y salvo. Despues de haber compuesto sus cargas, siguieron su viage por varios caminos; pero Mr. Ramsay no se atrevió á volver por aquel pais.

Por este tiempo formaron los traficantes Indios una compañia de milicias, á la que me agregué en clase de Ayudante y Teniente. Por el mes de Junio de 1780 nos llegó de Misisipi la noticia de que los traficantes habian depositado sus pieles en la praderia de los perros en donde hay una poblacion considerable construida al modo Indio, baxo la guardia de Mr. Longlad, Interprete del Rey.

El Oficial que mandaba en Michillimakinac, me rogó que acompañase á una partida de Indios y Canadienses hasta el Misisipi, en lo que convine gustoso. Marchamos con treinta y seis Indios meridionales de la nacion de los Outigaumies, y de la de los Sioux, y con veinte Canadienses en nueve canoas grandes cargadas de regalos.

Al quarto dia nos acampamos en el lago de los Hediondos, llamado así, á mi entender, porque los Indios que habitan estas costas,

son naturalmente muy sucios. Hallamos en él muchos gamos, osos, maiz, melones y otras producciones. Los Indios meridionales tienen muchas aldeas, y están mas civilizados que los del Norte: el clima es muy cálido, y la naturaleza mas fecunda, lo qual les proporciona sacar frutos de la tierra con poco trabajo. Sus casas están cubiertas de corteza de álamo, y adornadas de arcos, flechas y otras armas de guerra: sus camas son de corteza y esteras de juncos.

Continuamos nuestro camino ácia el hermoso rio Onisconsin, que tiene una rápida corriente de seis leguas, la que anduvieron en dia y medio nuestras canoas. Vimos en él muchas ánades, patos y otros páxaros de agua. Acampamos en los bancos de arena, y nos propusimos partir al rayar el alva; pero fue mordido uno de los Indios por una serpiente de cascabel.

Mr. Beatty refiere que predicando un dia á los Indios y otras personas en una casilla junto al rio Juniata, se introduxo en el auditorio una serpiente de cascabel, la que mataron sin desgracia. Añade que antes de volver en sí la gente del susto, se advirtió en el concurso otra serpiente de diversa especie, la que tambien mataron sin mas resultas que la turbacion de los que allí se hallaban, lo que le sorprendió mucho; y en efecto es cosa estraña que estos reptiles hu-

biesen podido entrar sin que nadie los encontrase.

Los Indios dicen que quando una muger está de parto, la ayuda á parir con facilidad el tener en la mano la cola de una serpiente de cascabel: como quiera que esto sea, lo cierto es que los Indios llevan consigo la bolsa en donde se encierra el veneno de este reptil, quando van á la guerra.

Esta casualidad dilató nuestro viage hasta aliviarse el infeliz paciente, lo que consiguió cortándose la parte herida, aplicando sal y pólvora, y poniendo encima hojas de bejuco roxo. Se puso en breve en estado de poder seguir su camino, sufriendo sus dolores con el valor propio de los salvages. Al amanecer del dia siguiente acampamos junto al rio: llovia con abundancia, y nos hicieron algunas cabañas de corteza. Paseándose uno de ellos por los bosques á alguna distancia, descubrió una pequeña choza de troncos, en la qual halló un cadaver de un Blanco, con los brazos cortados. Conjeturamos que se habria establecido allí, y que le habria muerto algun Indio perverso, poco tiempo antes, pues aun no estaba corrompido: antes de partir le dimos sepultura.

Al otro dia llegamos al sitio llamado las Horcas de Missisipi, en donde hallamos doscientos Indios á caballo, de la nacion de los Zorras, armados con arcos y

flechas. Parecióme que no les agradaba nuestra vista, como me lo advirtió Warbishar, xefe de nuestra quadrilla. Quando ibamos á tomar tierra, desmontaron de sus caballos, y estaban observándonos. Los Sioux me preguntaron si tenia miedo; y les contexté que estaba acostumbrado á ver mayor número de salvages, mas temibles que ninguno de los Indios meridionales. Dió orden Warbishar para tomar tierra, y al punto que lo hicimos, los Zorras dieron las manos á nuestros Indios y los convidaron á ir á su campo. Al cabo de una hora dispusieron un banquete que se reducia á cinco perros Indios, osos, castor, gamo y raton, cocidos con grasa de oso, y mezclados con semillas. Los Indios despues de haber comido cantaron y danzaron: hubo en seguida un consejo, y el xefe de los Zorras habló á Warbishar en estos términos.

»Hermanos, nosotros somos dichosos en haberos visto, y no tenemos un corazon mal intencionado ácia vosotros. Aunque nos diferenciamos en el lenguaje, nuestros corazones son los mismos: todos somos Indios, y nos tenemos por felices en saber que nuestro gran Padre comun tiene piedad de nosotros, nos envia con que vestirnos, y nos da fuerzas para cazar."

A este discurso contestó así Warbishar. »Verdad es, hijos mios, que nuestro

Padre comun me ha enviado por este camino á recoger las pieles que hay en la Praderia de los Perros, baxo la guardia del Capitan Longlad, para que los *Cuchillos grandes* (los Americanos) no vengan á robarlas: he venido con el *Blanco* (hablando por mí) para daros con qué vestiros, y municiones para la caza."

Finalizado este discurso, distribuimos los regalos, echamos las canoas al agua, y nos separamos de los Zorras del modo mas amigable y fraternal.

Despues de siete dias de viage llegamos á la Praderia de los Perros, en donde hallamos las mercaderias enfardadas en una choza de troncos de arboles, custodiadas por el Capitan Longlad y algunos Indios que se admiraron al vernos. Nos detuvimos algun tiempo, tomamos cerca de trescientos fardos de las mejores peleterias, y llenamos con ellas las canoas: seis que sobraron, los quemamos porque no los cogiese el enemigo, ya que no podiamos llevarlas, y seguimos nuestra vuelta á Michillimakinac. A los cinco dias de haber partido, nos informaron que los Americanos venian á atacarnos; pero á pesar suyo estabamos enteramente libres del alcance. A los diez y siete de haber salido de la Praderia de los Perros llegamos al lago de los Hediondos, en el que estaba acampada una partida de

Indios. Nos embarcamos al dia siguiente, y llegamos á Michillimakinac despues de ochenta dias de ausencia.

Habiéndome surtido de mercaderias salí de Quebec para Tadoussac, que está al extremo del rio Saquenay, junto al de San Lorenzo. Como á unas nueve leguas de Quebec hay una aldea, en la que habitan los Indios de Loreto, que son de la nacion de los Hurones. Abrazaron el Christianismo por medio de los Jesuitas, y siguen la religion Católica. Sus mugeres tienen excelente voz, y con la mayor gracia cantan hymnos en su lengua. Cultivan la tierra, y llevan sus producciones al mercado. Sus casas son firmes y bien construidas al modo de las de los Canadienses. Al revés de la mayor parte de los Indios, rara vez beben licores espirituosos. Son muy altos, robustos y bien hechos: llevan el pelo muy corto por delante, y no gastan gorros ni sombreros. Por lo que hace á la barba, aunque apenas se distingue, es á semejanza de la de otros salvages; pero tienen cuidado de arrancar todos los pelos de la mandíbula superior, y de la barbilla con un hilo de alambre que enroscan en forma de espinzas, y por esta razon todos los traficantes llevan consigo este objeto del comercio para surtirlos.

Lahontan se engañó sin duda, quando hablando de los salvages dice que no tienen

barba. El Lord Kaims padece el mismo error: y asegura que no se halla un pelo en el cuerpo de un Indio, á excepcion de las pestañas, las cejas, y el pelo de la cabeza.

Advierte Mr. Adair que esta observacion carece de fundamento, como pueden asegurarlo quantos han comunicado con salvages: y Roberto Rogers, que conocia mejor que otro alguno á los Indios, dice que hacen desaparecer enteramente su barba, lo que acredita sin duda que naturalmente no son desbarbados.

Me ha movido á estas observaciones la lectura de los ensayos del Lord Kaims sobre la Historia del Hombre, en donde no solo sostiene que los Indios no tienen barba, sino que esta hypotesis le sirve de fundamento para imaginar una creacion particular del pais, error absurdo.

Tadousac está al lado del mar, al Norte del rio de San Lorenzo. Habitan dicho lugar algunos Indios, llamados Montañeses, que se alimentan principalmente de pescado.

Hay en él un Sacerdote Francés, y una Iglesia para los Indios, que todos son Católicos. Pasé en esta aldea unos quince dias, en cuyo tiempo no dexaron de cruzar por los alrededores los corsarios Americanos. Una mañana, sin embargo de la niebla, pudimos distinguir un navio á corta distancia.

El Sacerdote y los Indios se asustaron: un traficante Inglés se unió conmigo para solicitar que los Indios no dexasen su tierra, á lo que se opuso el Sacerdote; insistí en que fuesen conmigo algunos Indios á reconocer aquel navio, si era posible, bien que sospechaba fuese un corsario Americano. Seguimos á lo largo de la ribera sin poder distinguir los cañones que traia; nos volvimos á nuestro campo, y en virtud de mi súplica me acompañaron los Indios para atacarle. Nos embarcamos en las canoas, y quando estabamos cerca, advertimos que habia anclado, y que era una embarcacion poco temible. Habiendo yo subido por medio de un cordel al navio, se asustó el Capitan, y se aumentaron sus temores al verse rodeado de canoas llenas de salvages, y armados todos de fusiles y tomawks. Sin embargo, se acercó á mí, y me preguntó qué necesitaba? á lo que no contexté. Volvió á preguntarme si queria algun bizcocho? y habiéndole respondido que no, entraron á bordo los Indios; y no teniendo el Capitan mas que siete hombres, quando los nuestros llegaban á quarenta bien armados, dudaba lo que debia hacer. En fin, queriendo sin duda alguna complacerme, dió orden á su gente para que traxesen rum y bizcocho. Mientras que fueron por ello los marineros, supe

que era un navio de mi nacion, con lo que me alegré mucho, y quedamos todos muy amigos.

Al dia siguiente enfermaron los Indios de una fiebre epidemica que les privó del uso de sus miembros, causándoles un gran delirio. Tambien á mí me acometió con mucha fuerza; pero gracias á los beneficos socorros del Sacerdote Francés que tenia una caxa de medicamentos, me restablecí en el espacio de tres semanas.

Como se aproxîmase el invierno, me fue forzoso continuar el viage. Caminamos veinte y un dias por entre mucha nieve, y anduvimos unas cien leguas por el pais Saquenay, lo que nos fatigó demasiado, hasta que por ultimo llegamos á un lugar llamado Checootimy. A medio camino rio arriba donde está este puerto, corre un arroyo de agua salada. Residen allí algunos Indios y un traficante, con quien pasé el invierno cazando y matando muchos animales, y me despedí de él al entrar la primavera, siguiendo mi camino hasta el lágo San Juan de la parte de allá del rio Panebacash ó lágo Schaboomoochoine, situado al Noroeste del Arbitibis, del que dista unas siete jornadas.

Me acampé junto á las caidas del rio Panebacash, y á fuerza de subir, llegué hasta una alta montaña para registrar un grande

abismo de cerca de veinte toesas de profundidad, y de tres de ancho en la boca. Cogí allí un pedazo de mineral de tres pulgadas en quadro, cuya corteza era negra y delgada, y rompiéndola parecia amarilla. Lo llevé á Quebec, y se me perdió casualmente, lo que sentí no poco, pues algunos amigos que lo habian visto, creian que era de mucho precio.

En este viage me adelanté por lo interior de las tierras cerca de ochenta leguas mas que ningun traficante. El unico establecimiento que se halla en esta parte del Canadá, es en el lago San Pedro, en el què habia antiguamente una casa francesa en donde residia un traficante Inglés.

Llegué al lago Schaboomoochoine el dia 26 de Mayo de 1781. Solo me proponia pasar en él algunos dias; pero llegando unos Indios me aseguraron que era muy aproposito para invernar, prometiéndome al mismo tiempo surtirme de pescado y pieles, con lo que resolví quedarme en él: hice una casa, y tomé á mi servicio dos Indios con sus mugeres, á los que encargué cazasen; y habiendo echado nuestras redes, en pocas horas cogimos muchos peces: como por otra parte abundaba el pais de aves, siempre teniamos dos principios para comer.

El 17 de Junio llegó una quadrilla de Indios, quienes se admiraron al ver un tra-

ficante en donde ningun otro se habia establecido anteriormente; pero aun se sorprendieron mas al oirme hablar en su lengua.

Mientras estuve junto á este lago, vi gran número de serpientes. Paseándome un dia por los bosques, descubrí una entre la yerba: inmediatamente cogí un palo largo, y toqué con él ligeramente en su cabeza, con lo que se movió al instante, y pude oir sus cascabeles. Entre tanto que yo observaba lo brillante de sus colores, que excede á toda expresion, se enroscaba para tirarse á mí, lo qual me avisó el peligro en que me hallaba: dila un golpe muy fuerte que la dexó aturdida, y repitiendo los golpes la maté. Midiéndola hallé que tenia cinco pies y medio de largo y quatro pulgadas de grueso. Tenia en la cola nueve cascabeles, lo que segun la opinion general indica otros tantos años; mas no creo que esto sea muy cierto, pues no se sabe á punto fixo á qué tiempo empiezan á nacer los cascabeles. Es muy gustosa la carne de este reptil, la que he comido varias veces con gran placer. Tambien he visto á los Indios matarla con zumo de tabaco.

La serpiente gallineta es mas grande que la de cascabel: tiene unas listas sobre la espalda, una punta al remate de la cola encorvada como una ancora, y dos ordenes de dientes en cada quijada. Toma el nombre de su modo de cantar semejante al cacareo

de una gallina de agua. En el Mississipi se alimenta del arroz que se cria entre las yerbas altas. Por lo comun siempre lleva recta la cabeza, cacarea como la gallineta para atraerla; y quando está cerca la hiere con su cola, y la coge facilmente.

Los Indios usan de la serpiente negra quando van á la guerra. La arrancan los dientes, hacen un nudo con ella atándosela al rededor del cuerpo, con lo que la matan prontamente. Por la noche se la quitan, y vuelven á ponersela por la mañana.

Caminando por el rio San Lorenzo hasta la falda de Pymitiscotyam vi una de estas serpientes que nadaba con un pescado en la boca: tuve la felicidad de acertarle un escopetazo, y librar por este medio á la victima de la muerte que la amenazaba.

No habian quedado en mi compañia mas que dos Blancos, dos Indios y sus mugeres. Pasabamos el tiempo en cazar y pescar; y como habia cerca de nosotros muchas islas, haciamos frecuentes salidas para cazar aves aquatiles, con las que nos regalabamos. En una de estas islas descubrimos dos chozas Indias que manifestaban no haber sido habitadas ya hacia tiempo. Como á una media milla de distancia vimos un madero alto pintado de vermellon: tenia en el extremo tres craneos humanos, y los huesos estaban colgados al rededor.

El 24 de Junio llegó del lago Arbitibis una quadrilla de Indios con gran porcion de excelentes peleterias y carnes secas, é hicimos nuestros cambios. Luego les di rum segun costumbre, del qual bebieron con exceso por haber yo excedido de la medida regular, pues ademas de merecerlo su carga, siempre me he inclinado á ser generoso con ellos.

El 16 de Julio llegaron cincuenta salvages con su caza de primavera, por la que les dí asimismo varias cosas. Aunque sus pieles eran inferiores á las del invierno, como yo trataba de aumentar mi comercio en el mejor modo posible procuré aprovechar aquella ocasion.

A fines del mes llegó la quadrilla que me habia ofrecido volver, y cumplió su palabra trayendome gran cantidad de pieles; cuya provision y la que habia hecho en su ausencia era quanto podian llevar mis canoas: los mismos me noticiaron que la compañia de la bahia de Hudson habia perdido todas sus pieles por haberselas apresado los Franceses.

En los primeros dias de Agosto me embarqué para Quebec, á donde llegué al cabo de seis semanas.

En el mes de Mayo siguiente hice un viage al Fuerte Jorge, situado sobre el lago del mismo nombre, al qual llaman los Franceses el lago del Santísimo Sacramento, en el qual estuve con algunos Mohawks que se-

hallaban allí acampados. Al principio de la guerra entre los Franceses y los Indios en 1757, uno de estos salvages dió un exemplo memorable de resolucion, valor y serenidad, con motivo de haber sentenciado á un soldado á sesenta baquetas por haberse embriagado. Un Indio conocido con el nombre de talones de plata por su agilidad y admirable destreza en el arte de la guerra, y que él solo habia muerto mas enemigos que ninguno de las tribus aliadas de Inglaterra, vino casualmente al Fuerte á la sazon misma que dicho soldado iba á sufrir su castigo, y manifestó disgusto de que se humillase á un hombre hasta un abatimiento tan grande. Se acercó al Comandante y le preguntó ¿ qué delito habia cometido aquel soldado: picado el Oficial de esta pregunta, dió órden para separar de allí á talones de plata, y prevenirle que no se necesitaba la compañia de los Indios en casos semejantes: ho! ho! respondió el salvage, por qué está así este guerrero? por haberme embriagado, contestó el soldado. „Y no hay mas que eso? dixo talones de plata: en tal caso merece tu Oficial lo mismo, porque se embriaga dos veces cada dia." Marchose del Fuerte, diciendo al soldado que luego volveria para oponerse con todo esfuerzo á su suplicio; y ya iban á hacer seña los tambores, quando llegó talones de plata, y acercándose al Oficial con un tomahawk

y su cuchillo de descabellar, le dixo: »padre mio, crees que eres guerrero? si eres valiente, no permitirás que los tuyos castiguen á este soldado mientras yo esté en el Fuerte. Te aconsejo que no derrames la sangre de un Inglés de quien necesitaremos mañana contra el enemigo." = El Oficial le respondió con indignacion, que el soldado habia violado las leyes, y que era necesario castigarle. = Pues bien, replicó talones de plata, atrevete el primero, y veremos si eres tan valiente como un Indio.

Dos dias despues se paseaba el Oficial á caballo á alguna distancia del Fuerte, en donde estaba talones de plata tendido en tierra boca abaxo segun su costumbre, quando quieren sorprender al enemigo. Pasaba el Oficial sin advertirlo, quando levantándose el salvage precipitadamente y asiendo la brida del caballo, mandó al Oficial que desmontase y riñese con él. No teniendo este por conveniente arriesgar su vida contra un salvage, se negó á ello, y espoleó al caballo para escaparse; pero conociendo talones de plata su intencion, mató al caballo de un golpe de tomahawk, y el Oficial cayó en tierra sin hacerse daño: »ahora, le dixo talones de plata, son nuestras fuerzas iguales; y teniendo tú dos pistolas y una espada, no puedes oponerme razon alguna para no reñir conmigo." Como

el Oficial se resistiese, le dixo el salvage, que se creia gran guerrero quando habia resuelto castigar á uno de sus esclavos blancos por haber quebrantado las leyes militares; pero que en aquel momento olvidaba él su caracter, pues de otra suerte no reusaria reñir con él; y mirandole con severidad, añadió que tenia gran deseo de hacerle mudar de clima; pero que exponiéndose en proceder así á peligrar entre sus hermanos de armas, bien podia si queria volverse á su casa, y que al dia siguiente por la mañana pasaria él al Fuerte con la crin del caballo y contaria la aventura. El Oficial quedó muy satisfecho de haber salido tan felizmente, aunque por otra parte se veia obligado á andar á pie tres leguas.

Al otro dia por la mañana llegó talones de plata, y quiso ver al Oficial quien reusó presentarse. Salieron algunos Oficiales sus compañeros, y le preguntaron qué queria: los informó de todo lo ocurrido entre él y el Oficial, y les mostró su trofeo, añadiendo que se proponia ir á la guerra, y que procuraria hacer prisionera una vieja para embiarla á mandar en el Fuerte, pues su xefe solo era bueno para reñir con su gato ó su perro. En seguida pidió rum, y habiéndoselo dado marchó del Fuerte para ir á cumplir su palabra: poco despues fue muerto en una ac-

cion combatiendo valerosamente al frente de una partida de Mohawks junto al estanque de sangre en el camino de Albany.

Algunos dias antes que empezase á helar, volví á Montreal y visité á mis antiguos amigos de Cahnuaga con quienes me divertí mucho, habiendo preferido siempre su sociedad á la de los Canadienses. Son estos muy apasionados al bayle desde el mayor hasta el mas infimo. Para refrescar en semejantes ocasiones tienen vino tinto de España, muy agrio, llamado cuero negro, el que es conceptuado allí por el mejor para obsequiar á los amigos.

CARTA CCCCLXXIV.

De otros salvages del Canadá.

En las cartas precedentes os he dado noticia de tantas naciones salvages de esta parte de América, que parece no quedaba mas que saber; pero son tan inmensos estos paises, y tanta la variedad de sus habitantes, que aun queda mucho qué decir, aunque procuraré ser lo mas conciso que pueda. En el pais llamado tierra del Labrador se halla la nacion de los Esquimales, la mas feroz, horrible é inhumana que se conoce. Su sociedad se reduce á vivir cada familia aislada, y habitan en cavernas ó chozas muy imperfectas: son los mas feos y contrahechos de todos los salvages de América, y jamas se ha logrado amansar su ferocidad. Los Dinamarqueses fueron los primeros que descubrieron este pais, el qual está lleno de puertos, bahias y ensenadas adonde van los barcos de Quebec á comprar pieles de lobos marinos á estos salvages. Luego que estas barcas dan fondo, estos salvages acuden en barquillas de pieles de lobos marinos, en forma de lanzadera de texedor, en medio de las quales hay un agujero, como el de una bolsa, y allí van metidos sentados sobre los talones. Sujetan la boca de esta especie de bolsa con cordeles,

y van remando con unas palas pequeñas ya á derecha ya á izquierda, sin inclinar el cuerpo por no trastornar su canoa. Luego que llegan cerca de la barca, muestran sus peleterias, y al mismo tiempo piden los géneros que necesitan, como cuchillos, fusiles, municiones, &c. concluido el contrato, entregan sus pieles, y reciben los géneros en cambio de ellas, todo en la punta de un palo. Son tan maliciosos y desconfiados, que jamas quieren entrar en los navios; pero igualmente los Europeos cuidan de no dexar acercarse gran cantidad de canoas, porque ha sucedido llevarse consigo las embarcaciones pequeñas, mientras los marineros estaban ocupados en registrar las peleterias. Es preciso estar muy alerta por la noche, porque tienen grandes piraguas, en que caben treinta ó quarenta de ellos, y navegan con la mayor velocidad: sin esta precaucion hay peligro de que sorprendan en tierra á las tripulaciones, las maten, y se lleven los navios, como ha sucedido muchas veces. Es muy crecido su número, pero son tan cobardes, que quinientos Clistinos de la bahia de Hudson han solido derrotar cinco ó seis mil de ellos.

Junto á esta tierra del Labrador está la bahia de Hudson, que se extiende desde los cincuenta y dos grados de latitud septentrional hasta los sesenta y tres. Esta bahia tomó

su nombre de un capitan Inglés llamado Enrique Hudson, que consiguió de la Holanda un navio para ir á la China por un estrecho que imaginaba habia al Norte de la Américrica. En vista de las memorias de un piloto Dinamarques, amigo suyo, abandonó el primer designio que habia formado de tomar su rumbo por la Nueva Zembla: éste, que se llamaba Federico Anschild, habia partido de Noruega algunos años antes con ánimo de hallar un paso para el Japon por el estrecho de Davis, que es el estrecho imaginario de que he hablado. La primera tierra que descubrió, fue la bahia salvage, situada en la costa septentrional de la tierra del Labrador: de allí siguiendo esta costa, entró en un estrecho que despues se llamó el estrecho de Hudson. Despues navegando siempre ácia el Oeste, llegó á ciertas costas situadas Norte Sur: de allí se dirigió al Norte, creyendo hallar paso para el mar de Jesso; pero despues de haber llegado hasta la altura del circulo polar, corriendo mil veces riesgo de perecer en los hielos, y sin hallar ningun paso, se vió precisado á retroceder. Pero como la estacion estaba ya muy adelantada, y los hielos iban cubriendo la superficie del mar, tuvo que entrar en la bahia de Hudson, y pasar el invierno en un puerto, donde varios salvages le proveyeron de víveres y de bellas peleterias. Luego que

pudo hacerse á la vela, se volvió á Dinamarca.

Habiéndole conocido despues Hudson, emprendió pasar al Japon por el estrecho de Davis; pero no tuvo efecto su empresa, como tampoco la de otros muchos que han buscado despues este pretendido paso. Sin embargo, Hudson entró en la bahia que injustamente tiene su nombre, pues como he dicho, la descubrió Anschild, y allí recibió de los salvages gran cantidad de pieles preciosas. En vista de las memorias de Hudson emprendieron despues los Ingleses el comercio de peleteria formando para este trafico una compañia: para este efecto dieron navios al capitan Nelson, que despues de haber perdido algunos, entró en la bahia, y se estableció en la desembocadura de un gran rio, donde estableció un fuerte defendido con algunos cañones. Al cabo de tres ó quatro años los Ingleses construyeron algunos otros fortines en las cercanias de este rio, lo que ocasionó gran perjuicio al comercio de los Franceses del lago Superior, pues ya no encontraban los salvages con quienes solian comerciar. Dos Franceses encontraron por casualidad en este gran lago algunos Clistinos, quienes los conduxeron al fondo de la bahia adonde los Ingleses aun no habian podido penetrar, y que ofrecia proporcion para establecimientos muy ventajo-

jos. Estos Franceses con semejante noticia pretendieron por mucho tiempo que el gobierno Frances les diese los auxîlios necesarios para estos establecimientos, pero todas sus instancias y representaciones fueron despreciadas. El Embaxador de Inglaterra les persuadió que fuesen á Londres, donde fueron bien recibidos, y les dieron algunos navios, con los quales llegaron á la bahia, y establecieron varios fuertes muy ventajosos para el comercio. Arrepentido entonces el gobierno Francés de no haber hecho caso de sus representaciones, trató de arrojar á los Ingleses de aquellos establecimientos á viva fuerza, lo que ocasionó una guerra, cuyo remate al cabo de muchos años fue ser echados los Franceses de toda aquella parte de América.

Este pais es tan frio por espacio de siete ú ocho meses, que el hielo en el mar tiene diez pies de grueso, los arboles se rajan, las mismas piedras se hienden, y caen diez ó doce pies de nieve que cubre la tierra por mas de seis meses, y durante este tiempo nadie puede exponerse al ayre sin temor de que se le hiele alguna parte del cuerpo. La navegacion es tan dificil y peligrosa desde la Europa á aquel pais, que es precisa la ceguedad que inspira la codicia para emprender tan detestable viage.

Pasando de la bahia de Hudson al *lago*

Superior, es preciso subir por el rio Machakandibi por espacio de casi cien leguas, el qual es tan rápido y lleno de cataratas, que apenas se puede andar en treinta ó treinta y cinco dias. En el nacimiento de este rio se halla un pequeño lago del mismo nombre, desde donde es preciso llevar por tierra las embarcaciones por espacio de siete leguas para llegar al rio Michipitkoton, y en este hay muchas cataratas. Por fin se llega al *lago Superior* que tendrá unas quinientas leguas de circunferencia, comprendiendo las vueltas de las ensenadas y golfos. Este mar de agua dulce está bastante tranquílo desde principios de Mayo hasta fines de Septiembre: el lado del Sur es el mas seguro para la navegacion de las canoas por la gran cantidad de bahias y de rios, en que se pueden meter en caso de tempestad. Durante el buen tiempo acuden á sus orillas muchas naciones salvages del Norte á cazar y pescar, y á cambiar sus peleterias y provisiones con los traficantes que se establecen en aquellos parages por el invierno. Junto á este lago hay minas de cobre muy puro: en él se ven muchas islas considerables, llenas de dantas y otros animales, pero muy pocos se atreven á ir á cazarlos por el sumo riesgo de la travesia. Abunda tambien el lago en varias especies de pescados: el frio es excesivo por espacio de seis

meses, y el hielo suele extenderse hasta diez ó doce leguas de ancho.

Del lago Superior pasamos al de los Hurones, que tendrá unas quatrocientas leguas de circunferencia: la parte del Norte es de mejor navegacion para las canoas por la gran cantidad de islas en que pueden abrigarse en caso de mal tiempo. Los Iroqueses han destruido muchos pueblos de Hurones que habia junto á este lago.

El lago Erié, al qual los Franceses dieron el nombre de Conti que no ha conservado, es seguramente el mas bello que hay en el mundo. Tendrá unas doscientas y treinta leguas de circuito; todas sus orillas están cubiertas de arboles frondosos, y el terreno es sumamente llano, de lo que resulta un pais de los mas amenos y deliciosos. En estos bosques se encuentra gran cantidad de animales silvestres, de pabos, y otras aves: el lago abunda tambien en pesca. No tiene peñascos ni bancos de arena: su profundidad es de catorce á quince brazas de agua. Sus orillas son freqüentadas de varias naciones salvages, y los Iroqueses han destruido varios pueblos de diferentes naciones que estaban establecidos en sus cercanias.

Cerca del lago Erie está el de Frontenac, que tendrá unas ciento y ochenta leguas de circunferencia; su figura es oval, y su pro-

fundidad de veinte á veinte y cinco brazas: desaguan en él varios rios: sus orillas están cubiertas de arboles muy elevados, y el terreno es llano.

Paso en silencio otra gran multitud de lagos, que en comparacion de los ya mencionados son de poca consideracion, pero que serian mirados en Europa como otros tantos mares de agua dulce. Este crecido número de lagos, en que desaguan rios caudalosos, y que dan origen á otros de la primera magnitud, me ha inspirado la idea de que quizá toda esta parte de América ha estado cubierta por muchos siglos de agua, hasta que ésta rompiendo los diques naturales que la oponian las montañas, se han abierto paso para el mar, y han dexado muchos terrenos descubiertos. Esta conjetura se hace mucho mas verosimil al considerar la infinidad de cataratas, saltos y despeñaderos que tienen todos estos rios, los quales pasos se ve evidentemente que han sido abiertos por la fuerza natural de las aguas; y considerado el inmenso volumen de estas, que van á parar al mar por unos rios tan inmensos como el de San Lorenzo y otros, es preciso inferir que antes de que se abriesen paso para desaguar en el mar, cubririan espacios inmensos de tierra. Esta inmensa cantidad de aguas, contenidas en los lagos y rios, sirve para explicar la gran diferencia del frio que se

observa en el Norte de la América respecto del de Europa, diferencia tan notable, que no hallo otra ninguna causa á que atribuirla, sino á esta superabundancia de aguas, que cubren la mayor parte de la superficie de este Continente.

Añadiré aquí la noticia de algunos animales que se hallan en esta parte de América, y de que no he hablado en mis cartas anteriores. El *Michibichi* es una especie de tigre, pero mas pequeño y menos manchado; huye de los hombres, y trepa ligeramente sobre los arboles. Acomete á todos los animales, y raro es el que se le escapa. Lo mas particular que tiene es que, quando los salvages van persiguiendo á algun animal, él tambien le sigue, sin duda por usurparles la presa; pero ellos creen que por ayudarles á cazarla, y le tienen por *Manitú* tan respetable, que jamas quieren matar á ninguno.

Los Castores blancos son muy estimados, porque son tan raros como los perfectamente negros, sin embargo de que su pelo no es tan fino como el de los ordinarios.

Los osos roxos son muy feroces, y acometen á los hombres; en vez de que los negros huyen: los roxos son mas pequeños y mas ágiles que los negros. Los osos blancos son monstruosos y extraordinariamente largos: su cabeza es horrible, el pelo muy lar-

go y muy espeso. Son tan feroces que vienen á nado á atacar á una chalupa en el mar, aunque tenga siete ú ocho hombres; dicen, que nadan seis ó siete leguas sin cansarse. Se mantienen de pescado y marisco á las orillas del mar, de donde rara vez se apartan: no he visto mas que uno de estos, y estuve á pique de ser devorado por él, si no hubiese tenido cerca donde refugiarme.

La ardilla volante es del tamaño de una rata grande, de color gris claro; son tan torpes, como ágiles son las otras especies. Llámanse volantes, porque efectivamente vuelan de un arbol á otro por medio de una membrana que les coge desde los pies á las manos, la qual despliegan para estos cortos vuelos.

Las liebres en estos paises son enteramente blancas por el invierno, pero desde la primavera empiezan á mudar de color hasta que adquieren el de las de Europa que conservan hasta el fin del otoño. No hablo de los bisones, y otros animales de que ya he hecho mencion en otra cartas.

Hay aquí una multitud de especies de aves, diferentes de las de Europa, pero muchas de ellas tienen los mismos nombres que las nuestras por alguna semejanza que tienen con ellas. Entre los reptiles merece particular mencion la *rana bramadora*, porque hace un ruido semejante al bramido de

un toro : son de un tamaño dos veces mayor que las de Europa.

Como ya os he dado noticia de varias naciones salvages de esta parte Septentrional de la America, no haré mencion aquí mas que de los Iroqueses, que como ya insinué en otra parte, son los mas feroces de todas estas naciones. Generalmente son bien hechos, de buena estatura, mas altos que los demas salvages de estos paises, pero no tan agiles ni tan diestros en la guerra y en la caza, á las quales expediciones van siempre en gran número. Su color es bazo, las facciones regulares, y no se ven entre ellos personas contrahechas : tienen los ojos grandes y negros, como tambien el cabello; carecen enteramente de barba y de pelo en todo lo demas del cuerpo, ya porque la naturaleza les ha escaseado esta superfluidad, ya porque tienen sumo cuidado de arrancarse todo pelo que no sea de la cabeza. Tienen la dentadura muy blanca, y el aliento muy puro, aunque casi jamas comen pan, lo que es contrario á la idea comun, que á los carnivoros les huele mal el aliento. No son tan fuertes y vigorosos como los Europeos para llevar cargas pesadas, ni para levantar mucho peso, porque no se acostumbran á esto; pero son infatigables en la carrera, estan endurecidos contra todo género de incomodidades,

y no los detiene el calor ni el frio. Como estan en continuo exercicio, ya cazando, ya corriendo por los bosques, ya danzando ó jugando á la pelota, son en extremo ágiles.

Las mugeres son de mediana estatura, de facciones bastante bellas, pero tan mal hechas, tan gordas y pesadas, que solo pueden agradar á un salvage. Llevan el pelo atado en coleta con una especie de cinta que las llega hasta la cintura: jamas se lo cortan, dexándolo crecer todo quanto puede, en vez de que los hombres se lo cortan todos los meses. Las mugeres llevan cubierto todo el cuerpo desde el cuello hasta mas abaxo de las rodillas, y cruzan las piernas quando se sientan en el suelo. Las madres ponen á los niños sobre unas tablas forradas de algodon, y los sujetan á ellas con unas faxas que van asegurando en unos agujeros que tiene la tabla: en el un extremo la hacen otro agujero para colgar á sus hijos de las ramas de los arboles quando tienen que trabajar. Los viejos y los casados llevan una pieza de tela que les cubre hasta la mitad de los muslos; pero los jóvenes andan enteramente desnudos, bien que unos y otros llevan al hombro una piel de animal ó algun pedazo de tela, quando salen de sus chozas para hacer alguna visita en la aldea. Quando van á la guerra ó á caza, llevan unos ponchos para defenderse en el invierno del frio, y

en el verano de los mosquitos y tabanos: en estas ocasiones usan unos bonetes en forma de sombreros, y botas de piel de ciervo que les llegan hasta media pierna. Sus aldeas estan fortificadas con una empalizada doble de madera dura, de unos quince pies de alto con algunas troneras quadradas enmedio de las cortinas. Sus cabañas tienen ordinariamente ochenta pies de largo, veinte y cinco ó treinta de ancho, y veinte de alto: estan cubiertas con cortezas de arboles: levantan dos poyos, uno á izquierda y otro á derecha, de nueve pies de ancho y uno de alto, entre los quales encienden el fuego, y el humo sale por unas aberturas que dexan en el techo de las chozas. A lo largo de estos poyos ponen sus camas, que tendrán un pie de alto: suelen vivir en una misma choza tres ó quatro familias.

Estos salvages carecen de la mayor parte de nuestras enfermedades, y solo padecen las viruelas y las pleuresias de que mueren muchos: quando alguno muere á los sesenta años, dicen que ha muerto joven, porque regularmente viven de ochenta á cien años, y yo he visto muchos que pasaban de esta edad. Sin embargo, son pocos los que llegan á viejos, porque se destruyen unos á otros con la guerra y las embriagueces, y tambien suelen envenenarse.

Sus bienes son casi comunes, y no conocen las funestas palabras de *mio y tuyo*: quando un salvage ha sido desgraciado en la caza de castores, sus compañeros le socorren sin que él les pida nada: quando se rebienta á alguno el fusil (lo que sucede con frecuencia, porque los Ingleses se los venden de la peor calidad) cada uno de sus compañeros se apresura á proporcionarle otro. Si alguno pierde sus hijos en la guerra, le dan quantos esclavos necesita para subsistir. Solamente los salvages que tienen trato seguido con los Européos, hacen uso de la moneda; los demas la aborrecen como una cosa pestifera. Se burlan de nuestras costumbres no menos que nosotros de las suyas: se rien quando ven á los Europeos pasearse sin objeto, y nos tienen por locos al vernos andar de una parte á otra solo por hacer exercicio ó divertirse; porque ellos quando se ponen en movimiento, es para algun fin necesario; lo demas del tiempo lo emplean en reposar, alternando el exercicio violento de la caza ó la pesca con la inaccion mas absoluta. Estrañan mucho en los Europeos que los unos tengan mas bienes que los otros; y sobre todo se escandalizan en extremo quando ven que los Europeos mas ociosos, debiles, cobardes é ineptos tienen excesivas riquezas, al paso que los mas fuertes é industriosos suelen carecer aun de lo necesa-

rio para subsistir, y tienen que servir á los otros. Por mas razones que les daba para hacerles conocer las grandes ventajas del derecho de propiedad, siempre se mantenian en su error de que esto es un trastorno de la razon y del buen orden.

Jamas riñen entre sí, excepto quando estan embriagados, y entonces atribuyen sus excesos al aguardiente que les hizo *perder el espiritu*: no se ven entre ellos hurtos, aunque viven á puerta abierta. Desprecian nuestras artes y ciencias, y dicen que aunque los excedemos en sagacidad para ciertas cosas, ellos solos son los *verdaderos hombres*, y que nosotros somos unos esclavos y *pobres viejas*. Dicen que la independencia y serenidad con que viven, valen mas que todas nuestras riquezas y comodidades: que las riquezas suplen por todo entre nosotros, pero que entre ellos no se tiene por hombre al que no tiene un valor superior á todas las fatigas, tormentos, y hasta la misma muerte, que no sepa con perfeccion cazar, pescar, hacer la guerra, manejar con destreza el arco, el fusil, el tomahawk, fabricar una canoa, conducirla por los parages mas dificiles, construir una choza, caminar ciento ó doscientas leguas por los mas espesos bosques, sin mas guia que sus propias observaciones, sin mas provision que sus armas. Estas son, añadian, las ciencias y artes de un verdadero

hombre; no las vuestras, que consisten en engañarse unos á otros, como lo haceis con nosotros, dándonos en cambio de nuestras peleterias aguardiente que nos trastorna la razon, y fusiles falsos, que rebentándose nos estropean y matan.

Comen las carnes y pescados asados ó cocidos, pero sin ningun condimento, y no pueden sufrir el gusto de la sal, ni de la especeria: beben mucho caldo de carne y pescado. Ordinariamente comen juntos en quadrillas de quarenta ó cincuenta, y á veces se juntan hasta trescientos: el preludio es una danza de dos horas antes de comer, cantando cada qual sus proezas y las de sus antepasados: uno solo danza, y los demas sentados en cuclillas acompañan el compas repitiendo *hé*, *hé*, *hé*; luego van danzando los demas por su turno.

Los guerreros no emprenden ninguna expedicion sin haberla consultado en el consejo compuesto de todos los ancianos de la nacion, que pasen de sesenta años. Un pregonero les avisa de que hay consejo, gritando por toda la aldea: los ancianos concurren á una gran choza destinada para este efecto, donde se van sentando en el suelo formando un quadrado. Luego que se ha resuelto lo que conviene hacer, el orador sale de la choza, y los jóvenes forman un circulo para escuchar de éste lo que han resuelto los

ancianos : al fin de cada una de sus proposiciones gritan *está muy bien.* Estos salvages tienen las mismas danzas de que ya he hablado tratando de los del Missisipi, y son igualmente vengativos, aunque mucho mas crueles que aquellos. Solamente muestran energia en la guerra, en la caza y en la pesca; en todo lo demas son en extremo indolentes : su sociedad es maquinal; á cada tribu y nacion las reune el interés de la propia defensa, pero sin leyes ni subordinacion á ningun xefe, sino para ir á la guerra, y esta es muy limitada. Como son de temperamento flematico, son inclinados á la gravedad, la qual observan en todas sus acciones y palabras : su caracter habitual es un medio entre la alegria y la tristeza, y les incomoda mucho la viveza de algunos Europeos.

Vi varias veces venir á algunos salvages de expediciones muy lejanas en que habian tardado mucho tiempo : su unico cumplimiento era decir : *ya he vuelto, os deseo á todos mucho honor.* Sentabanse despues en el suelo, fumaban su pipa con mucha tranquilidad, y concluida decian : *escuchad, parientes; he estado en tal parage, he hecho tal cosa* &c. Quando se les hace alguna pregunta, responden con la mayor concision, y á veces por monosilabos, excepto quando estan en el consejo : en las demas oca-

siones contextan á lo que se les dice con estas expresiones : *bien está* : *no importa* : *eso es admirable* : *eso es justo* : *eso es de valor*. Quando participan á un padre que sus hijos han hecho proezas contra el enemigo, responden friamente *bien está*, sin informarse de las circunstancias : si le dicen que sus hijos han sido muertos, dice con la misma indiferencia, *no importa* : quando los Misioneros les predican los augustos misterios y doctrina de nuestra religion, se contentan con decir, *eso es admirable* : quando se les habla de nuestras leyes y de la recta administracion de la justicia, repiten *eso es justo y razonable* : si se les habla de alguna empresa dificil y peligrosa, contextan *eso es de valor*. Sin embargo, quando estan con sus amigos y con gentes de quienes no tengan desconfianza, hablan con mucho desembrazo, y con una elocuencia que me causaba admiracion.

Quando se va á visitar á uno de estos salvages, al entrar en su choza se dice: *vengo á ver á fulano* : entonces todas las demas personas de la familia se retiran á las extremidades de la choza, y nadie interrumpe la conversacion : la costumbre es ofrecer al punto de comer y beber al huesped, y como no gustan de cumplimientos, se usa de la mayor libertad.

Ninguna cosa me sorprendió tanto como el ver el modo de terminarse las dispu-

tas en los juegos de los niños: quando se picaba uno contra otro, se retiraban á tres ó quatro pasos de distancia, y se decian: tú eres un tonto ó un perverso, ó cosa tal: los compañeros que los rodeaban formando un cerco, los escuchaban sin tomar parte en la disputa; pero si querian llegar á las manos, se dividian en dos quadrillas, y cada una llevaba á uno y á otro á sus chozas.

Aunque estos salvages no saben geografia, ni otra ciencia alguna, hacen los mapas topográficos y chorograficos mas exâctos que se puede imaginar, sin que les falte mas que las longitudes y latitudes. Señalan el Norte por la estrella polar, y no queda lago, rio, puerto, montaña, bosque, prado, &c. que no designen con puntualidad, contando las distancias por jornadas y medias jornadas de guerreros; cada jornada equivale á cinco leguas, bien que en esta parte no puede haber la mayor exâctitud. Pintan estos mapas sobre cortezas de arboles, y quando los ancianos tienen consejo para expediciones de guerra ó de caza, tienen gran cuidado de consultarlos.

La mayor parte de estas naciones cuentan el año por lunas, y se compone de doce, y al cabo de treinta lunas dexan pasar una supernumeraria, que llaman *la luna perdida*. Todos estos meses lunares tienen sus nombres propios: el que llamamos Marzo, se llama

entre ellos *la luna de los gusanos*, porque en dicho mes acostumbran á salir estos insectos de los huecos de los arboles: el de Abril, se llama la luna *de las plantas*, porque entonces empieza la vegetacion; el de Mayo, la luna *de las golondrinas* porque entonces pasan vandadas inmensas de ellas, que cubren el cielo. Esta idea ha sido adoptada en el nuevo kalendario Francés, designando los meses por lo que en ellos sucede ordinariamente; pero entre otros inconvenientes tiene el de no poder extenderse á todos los paises, pues ni las operaciones de la agricultura, ni el calor, ni el frio, ni las lluvias, vientos, nieves, &c. se verifican en todas partes en los mismos tiempos que en Francia.

Tampoco cuentan por semanas ni por horas; dividen el dia y la noche en quarto, medio quarto, mitad, tres quartos, sol naciente, sol poniente, aurora y tarde; pero sus prolijas y atentas observaciones les hacen adquirir un tino muy seguro para distinguir las horas del dia y de la noche, aunque el cielo esté nublado, y aunque caminen por los bosques mas espesos.

Admiran mucho nuestros reloxes y máquinas para medir alturas, &c. y creen que tienen un espíritu que los anima. Prefieren los espejitos convexôs de dos pulgadas de diámetro á todos los demas, porque en ellos no se distinguen con tanta claridad las manchas

y señales que tienen en el rostro. Acuerdome que estando en Michilimakinac un traficante trajo un espejo cóncavo bastante grande, el qual por consiguiente hacia parecer disformes los rostros: todos los salvages lo tuvieron por cosa milagrosa; y lo mas gracioso fue que una Hurona que se hallaba presente, dixo al traficante, que si su espejo tuviese la virtud de hacer los objetos tan grandes como los representaba, sus compañeros le darian por él tantas pieles de castor, que bastarian para hacerle rico.

He observado en estas naciones una memoria de las mas felices: tienen muy presente todo lo que han contratado con ellos los Europeos aunque hayan pasado treinta ó quarenta años; y quando les proponen cosas contrarias á lo que se estipuló antiguamente, los tratan de fraudulentos y pérfidos, porque quieren quebrantar los antiguos tratados; y para comprobar su asercion, hacen traer los collares de *whampun*, de que hablé en otra carta, que equivalen á nuestros documentos escritos.

Tienen mucho respeto á la ancianidad; hijo he visto que se reia de los consejos de su padre, y temblaba delante de su abuelo. Oyen á los viejos como á oraculos: quando un padre dice á su hijo, que es tiempo de casarse, de ir á la guerra, á la caza, &c. suele responder, *esto es de valor*; *pensaré en*

ello; pero si se lo dice su abuelo, responde *está muy bien, lo haré al punto.* Quando los jóvenes tienen buen suceso en sus cacerias ó pescas, cuidan de guardar las piezas mas regaladas para sus parientes mas ancianos.

Pasan estos hombres la vida sin afanes ni cuidados: no tratan mas que de comer, dormir, descansar: no tienen horas determinadas para sus comidas: comen quando tienen apetito, y siempre en compañia de otros: las mugeres hacen lo mismo unas con otras, sin poder mezclarse con los hombres. Sus juegos son la pelota, y otros de que ya hecho mencion en otras cartas.

CARTA CCCCLXXV.

Otras costumbres de estos salvages.

Como ya he hablado largamente en otras cartas de la creencia de estas naciones de la América Septentrional en órden á la religion, no tengo que añadir aquí, sino que se observan los mismos errores y supersticiones en todos los salvages que habitan en lo interior de estos paises. Los Misioneros, principalmente los Jesuitas, lograron convertir á varias tribus de ellos, como lo vereis en algunas cartas suyas que insertaré mas adelante; pero la nacion Iroquesa ha sido hasta ahora la mas opuesta á la verdadera religion.

Estos salvages no sacrifican criaturas vivas á *Kitchi Manitú*, que es el *buen Espíritu*, término con que expresan al Sér Supremo, como ya he dicho en otra parte: lo que regularmente le ofrecen en sacrificio es parte de las mercaderias que adquieren de los Europeos en cambio de sus peleterias, las quales queman en una grande hoguera. Para hacer este sacrificio es necesario que el dia esté claro y sereno, despejado de nubes todo el cielo, y no corra ningun viento: entonces cada salvage pone su oblacion sobre la hoguera; y quando el sol está en el zenit, los muchachos rodean la hoguera con teas

ardiendo para encenderla, y los guerreros están cantando y danzando al rededor hasta que todo esté consumido: al mismo tiempo los ancianos hacen sus harengas al *Kitchi Manitú*, presentando de rato en rato pipas de tabaco encendidas al sol. Las canciones, danzas y arengas duran hasta ponerse el sol, bien que descansan á ratos, sentándose y fumando sus pipas.

He aquí una muestra de sus arengas y de las canciones de los guerreros.

»Grande Espíritu, Señor de nuestras vidas: grande Espíritu, Señor de todas las cosas: grande Espíritu, Señor de los demas espíritus buenos y malos: manda á los buenos que sean favorables á tus hijos los Iroqueses; manda á los malos que se alejen de ellos. Grande Espíritu, conserva las fuerzas y el valor de nuestros guerreros para resistir al furor de nuestros enemigos. Conserva á los ancianos, que aun no tienen consumido el cuerpo, para que den consejos á la juventud. Conserva nuestros hijos, aumenta su número, líbralos de los malos espíritus, y de las manos de los hombres perversos, para que en nuestra vejez nos alimenten y diviertan. Conserva nuestros sembrados, y danos abundante caza para que no perezcamos de hambre. Guarda nuestras aldeas, y á nuestros cazadores en sus cacerias. Libranos de las funestas sorpresas en el tiempo en que

cesas de darnos la luz del sol. Avisanos por el espíritu de los sueños todo lo que quieras que hagamos ó dexemos de hacer. Quando fuere de tu agrado que tengan fin nuestras vidas, envianos al gran pais de las almas, en donde exîsten las de nuestros mayores. O grande Espíritu, escucha la voz de la nacion, escucha á tus hijos, y acuerdate siempre de ellos."

Al mismo tiempo los guerreros cantan lo siguiente. "Buen ánimo, valor: el grande Espíritu nos envia un dia tan sereno; valor, hermanos mios. ¡Qué grandes son sus obras! ¡qué bello es este dia! El grande Espíritu es bueno; él es quien todo lo mueve y produce: es el Señor de todas las cosas: se complace en oirnos. Valor, hermanos mios; nosotros venceremos á nuestros enemigos; nuestros campos producirán maiz, haremos grandes cacerias: todos estarémos buenos: los ancianos se regocijarán: nuestros hijos se aumentarán: la nacion prosperará. El grande Espíritu nos ama: pero el sol se ha retirado: basta, basta: el grande Espíritu está contento: valor, hermanos mios."

Las mugeres hacen tambien sus harengas al sol quando sale, y le presentan sus hijos; pero no hay tiempo señalado para estos sacrificios, ni para las danzas en obsequio del grande Espíritu.

Sobre sus casamientos y amores he ha-

blado ya en otras cartas, y aquí solo añadiré algunas observaciones nuevas que he hecho. Las mugeres de estos salvages son tan sensibles al amor, como indiferentes y frios son los hombres, los quales tienen puesta toda su aficion en la guerra y la caza. No suelen casarse estos salvages hasta los treinta años, porque dicen que antes de este tiempo los debilita mucho el comercio con las mugeres. No he conocido entre los salvages la pasion del amor; en ellos está limitada á lo fisico, como en los brutos. Las mugeres no permiten que se las hable de amor durante el dia, y huyen del que en este tiempo las hace la menor insinuacion amorosa; por la noche se abandonan libremente á todos sus desordenes.

Quando un salvage, que se ha distinguido ya en la caza y en la guerra, quiere casarse, elige á la que mejor le parece, y en estando de acuerdo con ella, se dirige á los padres de la novia, que sin dificultad le dan su consentimiento. Señalan dia para celebrar el banquete de la boda: hay gran profusion de todo género de los manjares que usan; el concurso es numeroso, cantan, danzan y se divierten á su modo. Concluido el banquete y las diversiones, todos los parientes del novio se retiran á excepcion de los quatro mas ancianos: despues la novia se presenta á la puerta de la choza en que se ha

celebrado el banquete, acompañada de sus quatro parientas mas ancianas: el mas viejo de los parientes del novio sale á recibirla, la presenta al novio; uno y otro se ponen de pie sobre una estera, teniendo asida cada qual por un extremo una vara: los viejos les echan sus arengas, los novios manteniéndose en la misma postura se arengan uno á otro; cantan y danzan sin soltar la vara, la qual rompen al fin en tantos pedazos quantos son los testigos, dando uno á cada qual de ellos. Concluida esta ceremonia, sacan á la novia de la choza, á cuya puerta la esperan las jóvenes para conducirla á la habitacion de su padre, adonde debe ir á tratarla el novio, y no sale de ella la muger hasta tener un hijo: entonces ella hace llevar su ajuar á la casa del marido, en donde permanece hasta que muere ó se disuelve el matrimonio.

Estos salvages, asi como otros muchos de que ya he hablado, se divorcian con la mayor facilidad quando se les antoja: algunas veces se avisan uno á otro algunos dias antes, pero lo regular es separarse sin prevenirlo antes. Quando llega este caso, llevan los pedacitos de la vara que se distribuyeron entre los parientes ancianos, á la choza en que se hizo la ceremonia del casamiento, para quemarlos en su presencia. Estas separaciones se executan sin altercaciones ni con-

tradiccion, y las mugeres tienen igual facultad que los hombres para volver á casarse. Quando se separan, reparten entre sí igualmente los hijos, porque éstos son el tesoro de los salvages, y si el número es desigual, la mayor parte es para la muger.

Sin embargo de esta facilidad para divorciarse, he conocido salvages que toda su vida se han mantenido con una misma muger. Se guardan mutuamente fidelidad inviolable, y luego que la muger se siente embarazada, guardan continencia absoluta hasta pasados treinta dias despues del parto. Quando llega el momento de parir, la muger se separa á algun parage retirado, y sin auxîlio de nadie se desembarazan de la carga con mucha facilidad, y sin dar muestras de dolor. Bañan al punto á sus hijos, y los sujetan á una tabla, como he dicho antes.

La viudez no dura entre ellos mas que seis meses; si en este espacio de tiempo el consorte que queda en vida, sueña en el difunto por dos noches seguidas, se mata con veneno para ir á acompañarle. Las que enviudan siendo ya viejas, no encuentran con quien casarse, y tienen que adoptar por marido á algun esclavo, quando cogen muchos en alguna expedicion. Algunas mugeres no quieren casarse nunca, y andan libremente por los bosques prostituyéndose como bestias.

Sus enfermedades y método de curarse

son lo mismo que entre los salvages del Misisipi, de que ya he hablado; los que tienen facilidad para adquirir rum, beben tanto, que los va aniquilando la salud, lo mismo que el opio á los Asiáticos. El mal venereo es muy comun entre ellos, pero no les causa tantos dolores, ni son tan funestos sus efectos como en los Europeos. Procuran sudar con frecuencia, ya esten enfermos ó sanos, con el método que he dicho en otra parte: jamas usan de baños calientes, ni han querido adoptar nuestros remedios por mas que se les recomienden.

Quando muere un salvage, le visten lo mas pronto que pueden: sus parientes, aun los mas cercanos no dan ninguna muestra de dolor, porque dicen que ha pasado al pais de los espiritus, y que allí es mas feliz que en este mundo. Luego que le han vestido, le sientan sobre una estera como quando estaba vivo: sus parientes sentándose al rededor de él, le van echando arengas por su orden, refiriendo todas sus proezas y las de sus mayores. El orador que habla el ultimo, se explica en estos terminos.

»Fulano, tú estas sentado como nosotros, tienes la misma figura que nosotros, no te falta ningun brazo ni pierna, ni la cabeza. Sin embargo, tú has cesado de vivir, y te vas evaporando como el humo de esta pipa ¿Quién nos hablaba ayer? Sin duda no eras

tú, porque ya no hablas: era tu alma, la qual ahora está en el pais de los espiritus con las de nuestra nacion. Tú nada sientes, nada conoces, porque ya eres nada: sin embargo, por el amor que te teniamos, respetamos tu cuerpo, como de un hermano y amigo."

Concluidas estas arengas, se retiran de la choza los hombres para que entren las mugeres á hacerle los mismos cumplimientos: despues le meten por espacio de veinte horas en la choza de los muertos, y durante este tiempo se emplean en danzar y cantar de un modo nada lúgubre. Concluido esto, le llevan á un parage donde le colocan sobre unos palos de diez pies de alto, envuelto en una especie de atahud de corteza, en el qual encierran sus armas, pipa, tabaco y maiz. Los salvages del *rio Largo* queman los cadaveres.

La crueldad de los Iroqueses para con sus enemigos es la mayor que se conoce entre todos los salvages del mundo, y de ellos han tomado las demas naciones el uso barbaro de quemar y atormentar á los prisioneros que cogen en la guerra. Esta crueldad es la mayor prueba de su falta de valor, y en efecto ninguna otra nacion salvage es mas cobarde que ésta. Jamas acometen cara á cara, ni en campo raso á sus enemigos; su guerra se reduce á emboscadas para sor-

prender incautamente á sus enemigos, y siempre en número muy superior al de éstos. Lo que los hace tan temibles á las demas naciones es su crecido número, y su destreza en manejar las armas de fuego que les facilitan los Ingleses, enseñándoles su uso para que les provean de abundancia de pieles. Son enemigos de todas las demas naciones de este continente, y no han querido dar oidos á la predicacion del Evangelio, martirizando á muchos zelosos Misioneros que se han arriesgado en varios tiempos á internarse en sus paises.

Quando los Iroqueses vuelven de alguna expedicion de guerra, al acercarse á su aldea, dan tantos gritos de muerte como hombres han perdido: acercándose mas, dan otra especie de gritos con que indican el número de enemigos que han muerto, y el de los prisioneros que traen. Con este aviso los muchachos que pasen de doce años y no hayan cumplido los diez y seis, salen al camino armados de palos, y formándose en dos filas hacen pasar baquetas á los infelices prisioneros. Los guerreros entran en la aldea, llevando en triunfo sobre unos palos los pericraneos que han arrancado á los enemigos muertos.

Al dia siguiente se juntan los ancianos para la distribucion de los prisioneros entre las mugeres que han perdido maridos,

hijos ó hermanos en la guerra : hecha la reparticion, tres ó quatro jóvenes llevan á cada prisionero á la choza de la muger para quien le han destinado. Si ésta dice que su marido, hijo ó hermano no tiene esclavos en el pais de los espiritus, y que es menester que el prisionero vaya á servirle, los jóvenes le llevan al lugar del suplicio, en donde encienden hogueras, y le hacen padecer los tormentos mas horribles, como vereis en la carta de un Jesuita que insertaré mas adelante. Si la muger quiere salvar al prisionero que la ha tocado, lo que sucede con frecuencia, le coge por la mano, y haciéndole entrar en su choza, le quita las prisiones, le viste, le provee de armas, y le da de comer y de fumar. Regularmente adoptan á estos prisioneros, y desde entonces son considerados como individuos de la nacion. Las mugeres prisioneras se reparten entre los guerreros, los quales nunca las matan, y las conservan por esclavas. Jamas hay cambio de prisioneros entre estas naciones; luego que caen en poder de los enemigos, se consideran como muertos, y nadie vuelve á acordarse de ellos.

Concluiré esta carta refiriendoos el modo con que estos salvages se obsequian unos á otros con banquetes. Quando un salvage quiere tratar con otro algun asunto, por poco importante que sea, le convida a comer,

porque este es un requisito que precede á todas sus cosas : el convidado no puede excusarse, porque esto se tendria por una afrenta digna de la mayor venganza. Llegados los convidados á la choza del que da el banquete , ponen la caldera al fuego ; grande ó pequeña , segun el número de los convidados: quando está medio cocida la carne ó pescado , los mandan acercarse, y cada qual viene con su *uragan* y su *micoine*: el uragan es una escudilla ó plato de corteza de arbol , y la micoine es una cuchara de la misma materia. Se sientan al rededor sobre unas esteras; los hombres en la parte superior, y las mugeres con los muchachos algo mas abaxo. Reunidos ya todos , no se permite que éntre ninguna otra persona , aunque estuviese convidada , porque lo tendrian por mal agüero si despues de pronunciada la palabra del banquete , que es *neguarré* , *la caldera está cocida*, se aumentase el número de los del banquete. Esta palabra la pronuncia en alta voz el que convida, ó alguna otra persona á quien da sus veces : todos responden gritando *hó*, y dan golpes en el suelo con los puños cerrados : á esto se sigue el ultimo grito , en que dice *gañenoyuri* , *el perro está cocido* , ó las otras especies de carne que haya en la caldera , y á todos sus gritos corresponden con las mismas demonstraciones de *hó* , y puñadas en el suelo. Despues el dueño de

la choza va tomando los platos de cada uno de los convidados, y llenándolos de carne con un gran cucharon, y se repite el llenarlos hasta que la caldera está vacia. Cada qual tiene precision de comerse todo lo que les echen en los platos, porque el dexar algo se tiene por afrenta del que da el banquete; solo en caso de que no pueda absolutamente concluirlo todo, tiene que hacer algun regalo al que convida para que le dispense de esta dura necesidad.

De todos los animales cuyas carnes se emplean en estos banquetes, siempre se presenta la cabeza al xefe principal para honrar su valor. Es tambien costumbre que el que da el banquete no coma, sino que cuide de obsequiar á sus convidados, cantando sus hazañas ó las de sus mayores. Concluida la comida se retiran todos sin beber, porque á nadie se le presenta bebida ninguna, ni nadie la pide: en esto son diametralmente contrarios á los salvages de otros paises de que ya he hablado, cuyos banquetes se reducen unicamente á beber, comiendo muy poco. Pero todo salvage, quando tiene proporcion de adquirir licores fuertes como el rum, bebe hasta apurar todo lo que tiene, sin reservar nada para otra ocasion; y de estas embriagueces resultan riñas y muertes como ya os he referido en otras cartas.

CARTA CCCCLXXVI.

Misiones de estos paises.

Para completar la relacion de esta parte de la America septentrional, y al mismo tiempo para dar idea de los trabajos y operaciones de los Misioneros Apostólicos en la conversion de aquellos salvages, extractaré algunas cartas que han escrito á Europa, empezando por la que el P. Sebastian Rasles, de la extinguida Compañia, escribió en 1722, que dice así.

Estoy en un Canton de la vasta extension de tierra que hay entre la Acadia y la Nueva Inglaterra. Estan empleados otros dos Misioneros con los salvages Abnakis; pero estamos muy lejos los unos de los otros. Los Abnakis, sin contar las dos poblaciones que tienen enmedio de la colonia Francesa, tienen otros lugares considerables, situados cada uno en la orilla de su rio, y todos tres desaguan en el mar al Mediodia de Canadá, entre la Nueva Inglaterra y la Acadia.

El pueblo en que resido se llama Nanransovak: está situado en la ribera de un rio que entra en el mar treinta leguas mas abaxo. Fabriqué allí una iglesia decente, y está bien adornada. He formado una pequeña

clerecia, como de quarenta jóvenes, que asisten al servicio Divino con sotanas y sobrepellices. Tiene cada uno su oficio, sirviendo al Santo Sacrificio de la Misa, ó cantando el Oficio Divino, asistiendo á la bendicion del Santisimo Sacramento y á las procesiones, que se hacen con gran concurso, porque vienen de muy lejos los salvages para acompañarlas. Es de mucha edificacion el buen orden que se guarda, y la devocion de esta pobre gente.

A trescientos pasos del lugar se han edificado dos capillas; la una está dedicada á Maria Santisima, cuya efigie está de relieve. Esta capilla está rio arriba, y la otra dedicada al Angel de la Guarda, está rio abaxo. Como estan en el camino por donde se va á los bosques ó á los campos, nunca pasan por allí los salvages sin entrar á hacer oracion. Reyna una santa emulacion entre las mugeres del lugar sobre quién adornará mejor la capilla quando va á ella la procesion. Emplean en hermosearla sus alajas, piezas de seda indiana y otras cosas de esta calidad.

No contribuyen poco al adorno de la iglesia y de las capillas las muchas luces que se encienden. Nos abastece el pais de tanta abundancia de cera, que no hay motivo para escasearla. Estan las islas del mar cubiertas de laureles silvestres, y éstos en

el otoño llevan unos granos semejantes á los del enebro. Se llena de ellos unas calderas, en las quales cuecen con agua. Conforme va hirviendo el agua, sobrenada la cera verde y se mantiene encima. De una como media fanega de frutilla se sacan casi quatro libras de cera: es muy pura y hermosa, pero no es suave ni manejable. Con varias experiencias he hallado que mezclando tanto sebo de baca, carnero, ó de *tasugo*, como de cera, se hacen unas velas hermosas, firmes, y de mucho uso. Con veinte y quatro libras de cera, y otras tantas de sebo se harán doscientas bugias de mas de un pie comun de largo. Son muchisimos los laureles en las islas y en las playas del mar. Puede uno solo coger sin mucho trabajo dos fanegas de este grano al dia: cuelga de las ramas de los arboles en racimos. Envié una rama á Quebec con un pan de cera, y lo han hallado excelente.

Van sin falta dos veces al dia mis Neofitos á la iglesia muy temprano por la mañana á oir Misa, y al ponerse el sol á rezar varias oraciones. Como son muy faciles en domesticarse los salvages, para fixar su imaginacion, he compuesto algunas oraciones que los instruyen en el misterio del augusto sacrificio del altar, y las cantan ó rezan en alta voz durante la Misa. Ademas

de las pláticas que les hago los domingos y fiestas, no dexo pasar dia sin hacerles alguna exôrtacion para inspirarles horror á los vicios á que son mas propensos, ó para fortificarlos en el exercicio de alguna virtud.

Acabada la Misa explico el catecismo á los niños y mozos; asisten muchos de mayor edad, y responden con modestia á las preguntas que les hago. Lo demas de la mañana hasta mediodia está destinado á oir á los que tienen que hablarme. Vienen de tropel á comunicarme sus penas, inquietudes y quejas, ó á consultarme sobre sus matrimonios y negocios domesticos. Instruyo á los unos, consuelo á los otros, restablezco la paz en las familias desunidas, calmo las conciencias turbadas, reprendo á otros con suavidad, y en fin, en quanto me es posible, los despido á todos contentos y satisfechos.

Por la tarde visito á los enfermos, y me entro por las chozas de los que necesitan de alguna enseñanza particular. Si tienen consejo, lo que sucede con frecuencia entre los salvages, me diputan algunos de los principales de la junta para que asista á sus deliberaciones. Al punto voy á la casa donde la tienen: si toman una determinacion prudente, la apruebo; y al contrario, sino es buena, les propongo mi parecer, apoyado con alguna razon solida, y se conforman, porque mi consejo fixa siempre sus

irresoluciones. Aun á sus festines me convidan siempre. Todos los convidados traen consigo un plato de madera ó de corteza de arbol; bendigo la comida, y se pone en cada plato un pedazo de lo que está prevenido: acabada la mesa doy gracias á Dios, y cada uno se retira; tal es el orden y modo de sus banquetes.

Con tan continuas ocupaciones pasan los dias casi sin sentir. Por algun tiempo no solia tener lugar, sino con dificultad, para decir el Oficio, y tomar algun descanso de noche, porque los salvages son muy importunos: pero de algunos años á esta parte no hablo á nadie desde la oracion de la noche hasta despues de la Misa de la mañana siguiente: les he mandado que no me interrumpan en todo este tiempo, sino ocurriendo algun motivo importante, como asistir á algun enfermo, ó por alguna otra cosa que no se pueda dilatar, y lo empleo en encomendarme á Dios y en descansar de las fatigas del dia.

Quando se van los salvages al mar á cazar anades, abutardas y otras aves que se hallan con abundancia, construyen en alguna isla una capilla, la cubren con cortezas de arboles, y cerca de ella me hacen una pequeña choza. Tengo cuidado de llevar conmigo los ornamentos necesarios, y se hace el servicio Divino allí con la misma

decencia y constante concurso como si estuvieramos en el lugar.

Estas son mis ocupaciones. En quanto toca á mi persona, ni veo, ni entiendo, ni hablo sinò como salvage. Mis alimentos son simples y ligeros. No me he podido hacer á la carne y pescado ahumado de estas gentes : me alimento de maiz machacado , y cociéndolo hago de ello una especie de puches. Tal vez mezclo un poco de azucar , que no falta en estos bosques para corregir su insipidez. En la primavera los arboles llamados erables contienen un licor semejante al de las cañas de las islas. Quando destila, se emplean las mugeres en recogerlo en unos vasos de corteza, lo cuecen , y sacan de ello un azucar no malo. El primero que sale es siempre el mejor.

Toda la nacion Abnakisa es Christiana y celosa de la religion. Su fidelidad á la Fe Católica ha sido hasta ahora el motivo por qué ha preferido nuestra amistad á la de los Ingleses sus vecinos , siendo de mucho interes las ventajas que podia sacar de éstos , por la facilidad que tienen de comerciar con ellos , porque estan los salvages á dos jornadas de sus tierras : el camino es comodo, y compran muy barato todo lo que han menester : nada podia ser de mas atractivo para ellos. Al contrario, tienen que gastar mas de quince dias para llegar á Quebec,

tienen que proveerse de viveres para el viage, hallan en el camino muchos rios, y con frecuencia tienen que transportar sus canoas, cargando con ellas de un rio á otro, y no suele haber poca distancia entre ellos. Sienten estas incomodidades, y no miran con indiferencia sus propios intereses; pero su fe los anima y los hace vencerlo todo, porque conocen que si dexaran de ser nuestros aliados se verian presto sin Misioneros, sin Sacramentos, sin Sacrificio, sin exercicio alguno de Religion, y en un peligro manifiesto de recaer en su primera infelicidad. Todo lo dicho los une estrechamente con los Franceses. En vano se ha procurado romper esta union, ó tendiendo lazos á su sencillez, ó con acciones que no pueden menos de irritar una nacion muy celosa de sus derechos y de su libertad. No dexan de causarme cüidado estos principios de mala inteligencia, y me hacen temer la dispersion del rebaño que tantos años ha confió la Providencia á mi direccion, y por el qual sacrificaré de buena gana los dias que me quedan de vida. Algunos de los artificios de que se han valido para desprenderlos de nuestra amistad, son los siguientes.

Envió algunos años ha el Gobernador General de la Nueva Inglaterra á la parte inferior de nuestro rio el mas habil de los Predicantes de Boston para que abriese es-

cuela, instruyese á los hijos de los salvages, y los mantuviese á expensas del Gobierno. Como se habia de aumentar su pension á proporcion del número de sus discipulos, nada omitia para ganar á muchos : los iba á buscar, los acariciaba, les hacia regalillos, les rogaba que le visitasen, y en fin, por dos meses practicó las diligencias mas exquisitas sin poder ganar un solo niño. No se acobardó, porque despreciaban sus caricias y convites. Se valió de los mismos salvages, les hizo varias preguntas sobre su creencia, y procuró hacer ridículas sus respuestas sobre los Sacramentos, el purgatorio, la invocacion de los Santos, el rosario, las cruces, las imagenes, las luces de nuestras iglesias, y todos los demas exercicios piadosos, tan santamente observados en la Religion Católica.

No habiendo surtido efecto esta primera tentativa, se valieron de otro artificio. Pidió un Inglés licencia á los salvages para construir en la orilla de su rio una especie de almacen para comerciar con ellos, dándoles palabra de venderles sus géneros mas baratos que en Boston. Ellos, mirando á su interes y á que se ahorraban los trabajos del viage á Boston, dieron de buena gana su consentimiento. Poco despues pidió otro Inglés la misma licencia, ofreciendo condiciones mas ventajosas : tambien le fue concedida.

Animó á los Ingleses esta condescendencia de los salvages, y se establecieron á lo largo del rio sin pedir mas licencias: edificaron cinco fuertes, de los quales tres eran de piedra.

Les fue al principio de mucho gusto esta vecindad de los Ingleses, porque no conocian el lazo que se les armaba, ni atendian mas que al gusto de hallar en las casas de sus huespedes todo lo que podian desear: pero en fin, viéndose insensiblemente rodeados de casas inglesas, comenzaron á abrir los ojos y á entrar en desconfianza. Preguntaron á los Ingleses con qué derecho se establecian en sus tierras y edificaban fortalezas? La respuesta fue que habia cedido el Rey de Francia su pais al de Inglaterra. Esto los consternó mucho, porque no hay nacion alguna salvage que no lleve con grande impaciencia que los tengan por vasallos de alguna Potencia: se llamará su aliada, pero nada mas. Diputaron, pues, al punto algunos de los suyos al Marqués de Vaudrevil, Gobernador general de la Nueva Francia, para informarse si en efecto habia el Rey dispuesto de un pais que no era suyo. No fue dificil calmar su inquietud: se les leyeron los artículos del tratado de Utrecht tocantes á los salvages, y se dieron por satisfechos.

Acia el mismo tiempo entraron unos veinte de ellos en una de las habitaciones

Inglesas, ó para comerciar ó para descansar. A poco tiempo vieron embestida de repente la casa por una tropa de mas de doscientos hombres armados. Perdidos somos, exclamó uno de ellos, vendamos bien caras nuestras vidas. Iban ya á arrojarse sobre la tropa, quando conociendo los Ingleses su resolucion, y sabiendo por otra parte lo que puede un salvage en los primeros accesos de su furor, procuraron apaciguarlos asegurandoles que nada se intentaba contra ellos, y solamente se venia á combidar algunos á que pasasen á Boston para conferenciar con el Gobernador sobre los medios de mantener la paz y la buena inteligencia entre las dos naciones. Los salvages, demasiadamente credulos, diputaron quatro de los suyos; pero luego que llegaron á Boston, en lugar de llamarlos á la conferencia, fueron hechos prisioneros. Se estrañará, sin duda, que un puñado de salvages haya pretendido hacer frente á una tropa tan numerosa de Ingleses; pero sus proezas son aun mas atrevidas. Por una sola que voy á referir, se podrá hacer juicio de las otras.

En las últimas guerras volvia una partida de treinta salvages de una expedicion militar contra los Ingleses. Como no entienden de emboscadas ni de guardarse de sorpresas, se durmieron desde la primera noche sin poner siquiera una centinela. Siguiólos una partida de doscientos Ingleses man-

dados por un coronel hasta el parage donde habian de pasar la noche. Hallándolos en un profundo sueño los rodeó con su tropa muy fiado que ninguno de ellos se le escaparia. Despertó uno de los salvages, y viendo las tropas Inglesas avisó á sus compañeros dando voces y diciendo segun su estilo: perdidos somos, vendamos bien caras nuestras vidas: formaron al punto seis pequeños piquetes de cinco hombres cada uno con la hacha en una mano y el cuchillo en la otra: se arrojaron sobre los Ingleses con tanto ímpetu y furor, que habiendo muerto mas de sesenta hombres, entre los quales se contaba el coronel, hicieron huir á los demas.

Apenas supieron los Abnakis el mal tratamiento de sus compañeros en Boston, dieron amargas quejas de que en tiempo de paz se rompiese de esta manera el derecho de las gentes. Respondieron los Ingleses que los detenian prisioneros como en rehenes por el daño que les habian hecho matando algun ganado suyo; que luego que resarciesen el daño, que subia á doscientas libras de castor, serian puestos los prisioneros en libertad. No reconocian los Abnakis el pretendido engaño; sin embargo, porque no pareciese que por tan poca cosa abandonaban á sus hermanos pagaron las doscientas libras de castor. Habiéndose pagado con fe y testimonio la deuda, se negaron los Ingleses á darles libertad.

Temiendo el Gobernador que llegarian los salvages á alguna ruidosa accion, propuso tratar el negocio amigablemente en una conferencia. Señalose dia y lugar : pasaron allá los salvages con el padre Rasles, su Misionero, y con el padre de la Chasse, Superior General de las Misiones, que por entonces se halló allí de visita ; pero no pareció el Gobernador. Tomaron á mal los salvages su ausencia, resolvieron darle á conocer su enfado en una carta escrita en su lengua, en Inglés y en latin, y el padre superior que poseia las tres lenguas se encargó de escribirla. Parecia inutil valerse de otra lengua que de la Inglesa ; pero queria el padre que conociesen los salvages que no escribia mas de lo que ellos mismos le dictaban ; y que por otra parte no pudiesen dudar los Ingleses que era exâcta la traduccicion en su lengua. Se reducia el contenido de la carta á decirles, que no podian comprehender por qué guardaban á sus paisanos en la carcel despues de la palabra que se les habia dado de entregarlos, luego que se les pagasen las doscientas libras de castor : que no estrañaban menos que se apoderasen de su pais sin consentimiento suyo : que saliesen quanto antes los Ingleses de su tierra, y pusiesen en libertad á los prisioneros : que esperaban la respuesta dentro de dos meses ; y si en este tiempo no

se les daba satisfaccion, se harian justicia á sí mismos.

En el mes de Julio de 1721 fue llevada esta carta á Boston por algunos Ingleses que habian asistido á la conferencia. Pasaronse los dos meses sin tener respuesta, y por otra parte cesaron los Ingleses de venderles pólvora, plomo y viveres como antes solian. Dispusieronse, pues, los salvages á usar de represalias, y fue menester toda la autoridad del Marques de Vaudebril para que suspendiesen por algun tiempo las hostilidades.

Pero dos acciones que exercieron los Ingleses á fines de Diciembre de 1721 y á principios de 1722 apuraron su paciencia. La primera fue la prision del Señor San Casteins, Teniente de las tropas Francesas: su madre era Abnakisa, y habia siempre vivido con los salvages y merecido á tal punto su estimacion y confianza que le eligieron por su Comandante general. En esta calidad no podia dispensarse de asistir á la conferencia en que se trataba de arreglar los intereses de los Abnakis sus paisanos. Se lo imputaron á delito los Ingleses, y despacharon un pequeño baxel ácia el parage donde vivia. Tuvo cuidado el Capitan de ocultar su gente, dexando solamente dos ó tres hombres sobre el puente del navio. Combidó á su conocido el Señor San Casteins á ir á bordo para tomar

algun refresco. Como no tenia motivo de desconfiar, fue solo y sin séquito; pero luego que entró, levó el baxel y le llevó á Boston. Allí le sentaron en el banquillo y le interrogaron como reo. Entre otras cosas le preguntaron, por qué y en qué calidad habia asistido á la conferencia que se habia tenido con los salvages? ¿Qué queria decir el vestido de uniforme que llevaba, y si habia sido diputado á la junta por el Gobernador de Canadá? Respondió el Oficial que porque su madre era Abnakisa, vivia entre los salvages, que como paisanos le habian elegido por Xefe de su nacion, y que debia entrar en sus juntas para defender sus intereses: que en esta calidad habia asistido á la última conferencia: y finalmente, que el vestido que traia no era uniforme como ellos se imaginaban: que era decente y bien guarnecido; pero que no desdecia de su condicion, independientemente de la honra que tenia de ser Oficial de nuestras tropas.

Llegando la noticia de la prision del Oficial á nuestro Gobernador, escribió al instante al de Boston dandole muchas quejas. No recibió respuesta. Pero en el tiempo que podia esperar el Gobernador Inglés otra segunda carta, dió libertad al prisionero despues de haberle tenido encarcelado por cinco meses.

El segundo acto de hostilidad, y lo que echó el colmo á la cólera de la nacion Abna-

kisa fue lo que emprendieron contra mi. No puede menos un Misionero de incurrir en el odio de los Ingleses. El amor á la religion que procura gravar en el corazon de los salvages, contiene á estos en nuestra amistad, y los aparta de los Ingleses. Por esta razon me miraron como un obstáculo invencible al designio que tienen formado de extenderse sobre las tierras de los Abnakis, y de apoderarse poco á poco del Continente que está entre la Nueva-Inglaterra y la Acadia. Muchas veces procuraron cogerme, y mas de una pusieron á precio mi cabeza. Al fin de Enero de 1722 hicieron una nueva tentativa; pero sin mas efecto que el de mostrar su mala voluntad.

Habia yo quedado solo en el lugar con unos pocos viejos y enfermos, entretanto que habian ido los otros á caza. Les pareció buena ocasion para sorprenderme: con este animo enviaron un destacamento de doscientos hombres. Dos jóvenes Abnakis que cazaban en la orilla del mar, conocieron que habian los Ingleses entrado en el rio. Los fueron siguiendo para observar su marcha, y viendolos á diez leguas del lugar, se adelantaron atravesando los campos para darme aviso y retirar á toda priesa á los viejos, mugeres y niños. Tuve el tiempo preciso para consumir las sagradas formas, encerrar los vasos sagrados en un pequeño cofre, y salvarme en los

bosques. Llegaron los Ingleses al lugar cerca de anochecer, y no habiéndome encontrado volvieron á buscarme el dia siguiente hasta el parage donde nos habiamos retirado. Estaban á un tiro de fusil quando los descubrimos, y todo lo que pude hacer fue entrarme precipitadamente por los bosques; pero como no tenia lugar de tomar conmigo mis muletas, y estaban aun muy flacas las piernas por una caida en que se me quebraron el muslo y una pierna, no pude ir muy lejos, y me fue preciso ocultarme detras de un arbol. Recorrieron todas las sendas por donde andan los salvages quando van á cortar leña, y llegaron á ocho pasos de mí sin echarme de ver, bien que naturalmente debian, estando los arboles despójados de sus hojas; no obstante, como si los apartase de allí una mano invisible, se volvieron atras, y tomaron el camino del lugar.

De esta manera, por una proteccion particular de Dios, me libré de sus manos. Saquearon mi Iglesia y mi choza; y me reduxeron enmedio de los bosques casi á perecer de hambre. Luego que se supo en Quebec lo que me habia pasado, me enviaron provisiones, pero llegaron muy tarde; y en todo este intervalo estuve falto de socorros y en extrema necesidad.

Tales insultos repetidos persuadierón á los salvages que no tenian que esperar res-

puesta, que era tiempo de rechazar la fuerza con la fuerza, y que tomasen las armas en lugar de las negociaciones pacificas. Habiendo vuelto de la caza y sembrado sus tierras, tomaron la determinacion de demoler las casas Inglesas nuevamente construidas, y alejar de sí unos huespedes tan inquietos y temibles, que poco á poco usurpaban sus tierras y pensaban hacerlos esclavos. Diputaron algunos salvages á varias poblaciones para empeñarlas en su partido, y á enviarles socorros en la necesidad en que estaban de defenderse. Declaróse la guerra en los Hurones de Loreto, y en todos los lugares de la nacion Abnakisa. Señalaron á Nanrantsovak por lugar de reseña, para concertar allí el plan de la guerra. Entretanto baxaron por el rio los del mencionado lugar, y llegando á su embocadura tomaron tres ó quatro baxeles pequeños de los Ingleses. Despues, subiendo por el mismo rio, saquearon y quemaron las casas nuevas que habian los Ingleses fabricado. Sin embargo se abstuvieron de toda violencia ácia los vecinos, les dieron licencia para retirarse, guardando solamente cinco en rehenes hasta que se entregasen sus paisanos los prisioneros de Boston. No tuvo la moderacion de los salvages el efecto que se deseaba; antes bien, habiéndo una partida Inglesa hallado diez y seis Abnakis dormidos en una isla, hizo una descarga general

sobre ellos mató á cinco y dexó heridos otros tres.

Es nueva señal de la guerra que está para encenderse entre los Ingleses y los salvages: no esperan éstos socorros de los Franceses por la paz que reina entre las dos naciones; pero están seguros que las otras naciones salvages tomarán partido en su defensa. Mis Neófitos, cuidadosos y lastimados del peligro á que estoy expuesto en su lugar, me instan á que me retire por un poco de tiempo á Quebec. ¿Pero qué será del ganado si le falta pastor? La muerte sola me podrá separar de ellos. En vano me representan que si caigo en manos de los enemigos, el menor mal que me sucederá será el de pasar los dias de mi vida en una dura carcel. Los obligo á callar con las palabras del Apostol, que imprimió Dios altamente en mi corazon. No os dé pena, les digo, no temo las amenazas de los que me aborrecen sin haber merecido su mala voluntad: y no hago mas caso de mi vida que de mí mismo, con tal que acabe mi carrera y el ministerio de la palabra que me ha sido confiado por mi Señor Jesu-Christo.

CARTA CCCCLXXVII.

Continuacion del mismo asunto.

En otra carta que el mismo Misionero escribió el año de 1723, dice así.

Fui á vivir en un pueblo de la nacion Abnakisa, situado en un bosque, á tres leguas de Quebec. Está habitado el lugar por doscientos salvages, casi todos Christianos. Sus chozas estaban tan bien ordenadas como las casas en las ciudades. Un recinto de estacas altas y espesas formaban una especie de muralla, que los defendia de las invasiones de sus enemigos. En poco tiempo edifican sus cabañas: plantan algunas varas largas, las atan en lo alto, y las revisten con grandes cortezas. El hogar está enmedio; tienden al rededor esteras de junco, sobre las quales se sientan entre dia, y toman su descanso por la noche.

El vestido de los hombres consiste en una casaca de pieles, ó en una pieza de tela colorada ó azul. El de las mugeres es una manta que las cuelga desde el cuello hasta media pierna, y la ajustan con bastante decencia: tienen otra para cubrirse la cabeza, y baxa hasta los pies, sirviendolas de capa. Sus medias cogen desde la rodilla hasta el tobillo; y sus escarpines hechos de piel de alce, y

bien guarnecidos por dentro de pelo ó de lana, les sirven de zapatos: este calzado les es preciso para ajustar bien sus raquetas, con que marchan cómodamente sobre la nieve. Son estos zapatos de figura romboidal, tienen mas de dos pies de largo, y de ancho pie y medio. No creia poder jamas andar con tales máquinas: quando hice mi primer ensayo, me hallé tan habil, que no podian creer los salvages que no los hubiese usado antes. La invencion de este calzado es muy util á los salvages, no solamente para correr sobre la nieve, con que está mucha parte del año cubierta la tierra, sino tambien para ir á caza de animales, principalmente del tasugo. Es este mas grande que los mayores bueyes, y andan con trabajo sobre la nieve. Los salvages los alcanzan sin dificultad, y muchas veces con un cuchillo atado á un palo los matan, se alimentan de su carne, y habiendo curtido bien su pellejo, en lo qual son diestros, trafican con ellos con los Ingleses y Franceses, que en cambio les dan casacas, mantas, calderas, fusiles, hachas y cuchillos.

Para que formeis idea de un salvage, figuraos un hombre alto, fuerte, ágil, moreno, sin barba, con cabellos negros, y dientes mas blancos que el marfil. Si quereis conocerle por sus vestidos, no le hallareis otro adorno sino una especie de sartas de conchas

ó de piedras, á modo de pequeñas cuentas, las unas blancas, las otras negras; y se ensartan de tal manera, que representan diferentes figuras regulares, que no dexan de tener gracia. Con este adorno atan y trenzan sus cabellos sobre las orejas y espaldas: hacen pendientes, collares, ligas, cingulos de cinco ó seis pulgadas de ancho; y tienen mas vanidad que un Europeo, con todo el oro y perlas de las Indias. Se emplean los hombres en la caza ó en la guerra: las mugeres se quedan en el lugar para hacer con cortezas cestillos, sacos, caxas, escudillas, platos, &c. Cosen la corteza con raices, y hacen de ella diferentes muebles muy bien trabajados. Sus canoas tambien se hacen de cortezas, pero en las mas grandes no caben mas de seis ó siete personas.

Con estas canoas de corteza, que no es mas gruesa que un real de á ocho, pasan brazos de mar, y navegan sobre los mas peligrosos rios, y sobre lagunas de quatrocientas ó quinientas leguas de circunferencia. Muchos viages he hecho sin haber jamas corrido riesgo. Una vez me sucedió, que atravesando el gran rio de San Lorenzo, me ví de repente rodeado de montes de hielo de enorme grandeza, y abrieron la canoa; clamaron al instante los dos salvages que me conducian: perdidos somos, aquí morimos. No obstante saltaron sobre uno de los tém-

panos flotantes, hice como ellos, y habiéndo subido la canoa, la llevamos al cabo del monton del hielo: volvimos á tomar la canoa para trepar sobre otro; y saltando de monton en monton, llegamos en fin á la orilla, sin otra incomodidad que habernos mojado bien, y padecido mucho frio. Nada iguala á la ternura que tienen los salvages á sus hijos. Luego que nacen los ponen sobre el cabo de una tabla cubierta de tela, los rodean en una piel de oso, y les sirve de cuna. Las madres los llevan sobre las espaldas de un modo cómodo para los niños y para sí. Luego que empiezan los niños á andar, se exercitan en tirar el arco, y se hacen tan diestros que en la edad de diez ó doce años no yerran el tiro aun contra un páxaro. Me ha pasmado mas de una vez, y si no lo hubiera visto, no lo hubiera creido.

Lo que mas asco me daba quando comenzé á vivir con los salvages, fue verme precisado á comer con ellos: es cosa muy asquerosa. Habiéndo llenado de carne su caldera, la hacen cocer quando mas tres quartos de hora: luego la apartan de la lumbre, la sirven en escudillas de corteza, y la reparten entre los presentes: muerde cada uno en la carne, como si fuera un pedazo de pan: no me daba mucha gana de comer, y conocieron presto mi repugnancia. ¿Por qué no comes, me dixeron? Les respondí, que no

estaba acostumbrado á comer carne sin pan. Véncete, me replicaron: ¿es cosa dificil á un patriarca, que sabe orar con perfeccion? Nos hemos vencido nosotros para creer lo que no vemos. En tales lances no hay que deliberar, es preciso hacerse á sus modales y usos, para merecer su confianza, y ganarlos á Jesu-Christo. No tienen horas regladas para comer: viven para el dia en que están, y teniendo que comer, se aprovechan de ello, sin tomar pena de lo que será en los dias siguientes. Son muy apasionados al tabaco: hombres, mugeres, niños y niñas, todos fuman, y casi continuamente. Darles un pedazo de tabaco, es hacerles mas gusto que si se les diera un pedazo de oro.

En el principio de Junio estando la nieve casi derretida, siembran el maiz, haciendo con los dedos, ó con un palito diferentes agujeros en la tierra, y echando en cada uno ocho ó nueve granos, que cubren con la misma tierra que sacaron; hacen su cosecha al fin de Agosto. En medio de estos pueblos que son tenidos por los menos groseros entre los salvages, tuve mi noviciado de Misionero. Mi principal ocupacion fue el estudio de su lengua, la qual es muy dificultosa de aprender, no teniendo mas maestros que los salvages. Tienen muchos caractéres que no expresan sino con la garganta, sin dar movimiento alguno á los labios: *v* es de este

número, y así lo escribimos con el número ocho para distinguirlo de los otros caractéres. Pasaba una parte del dia en sus chozas para oirlos hablar: tenia que estar con la mayor atencion para combinar lo que decian, y congeturar su significacion; unas veces acertaba, otras me engañaba, porque no entendia el uso que hacen de las letras guturales: repetia la mitad solamente de la palabra por esta misma razon, y los hacia reir.

En fin, despues de cinco meses de continua aplicacion, logré entender todos sus términos, pero no era bastante para explicarme á su gusto. Mucho camino me quedaba que ándar, para saber el giro, rodeos y genio de su lengua, del todo diferente de las de Europa. Para ganar tiempo, y ponerme quanto antes en estado de exercitar los ministerios, escogí algunos salvages, que parecian los mas habiles, y que hablaban mejor su lengua. Les decia toscamente algunos artículos del catecismo, y ellos me los ponian con toda la delicadeza de su lengua: los escribia luego, y por este medio en poco tiempo formé un diccionario y un catecismo que contenia los principios y misterios de la religion. No se puede negar que tiene la lengua de los salvages verdadera hermosura, y no sé qué energia en el rodeo y modo de explicarse. Daré un exemplo: si te preguntára, ¿para qué Dios te ha criado? me dirias, que

para conocerle, amarle, servirle, y por este medio conseguir la gloria eterna. Si hago la misma pregunta á un salvage, me responderá, segun el estilo de su lengua, de esta manera: el gran Genio ha pensado en nosotros: que me conozcan, que me amen, que me honren, que me obedezcan: entonces los haré entrar en mi ilustre felicidad. Si quisiera decirte en su estilo, que tendrias mucha dificultad en aprender la lengua de los salvages, tendria que explicarme de esta manera: pienso de tí, hermano mio, que tendrá dificultad en aprender la lengua de los salvages.

La lèngua de los Hurones es la lengua matriz; y poseyéndola se hará qualquiera entender de las cinco naciones Iroquesas, en menos de tres meses. Es la mas magestuosa, y mas dificil de todas las lenguas de este pais. La dificultad nace de sus letras guturales, y mucho mas de la diversidad de sus acentos; porque muchas veces dos palabras compuestas de los mismos caractéres y letras, tienen significaciones opuestas. El padre Chaumont que vivió cincuenta años entre los Hurones, compuso una gramática muy util á los recien llegados á la mision. No obstante, no hace poco el Misionero que con todo este socorro y diez años de un trabajo continuo, se explica con elegancia en esta lengua. Cada nacion salvage tiene su lengua particular: y así los Abnakis, Hurones, Iro-

queses, Algonkinos, Ilineses, Miamis, &c. tienen su lengua propia. No tenemos libros para aprender estas lenguas, y aunque los tuvieramos fueran inutiles: sola la práctica puede enseñarlas. Como he trabajado en quatro misiones diferentes, es á saber, entre los Abnakis, Algonkinos, Hurones é Ilineses, he tenido que aprender estas diferentes lenguas.

Habia casi dos años que vivia entre los Abnakis quando fui llamado por mis superiores, y señalado para la mision de los Ilineses, que acababan de perder su Misionero. Pasé, pues, á Quebec, donde habiéndome aplicado por tres meses al estudio de la lengua Algonkina, me embarqué el dia 13 de Agosto para el pais de los Ilineses, distante de Quebec mas de ochocientas leguas. Bien ves que tan largo viage en estas tierras barbaras no puede hacerse sin grandes riesgos é incomodidades. Tuve que atravesar lagunas de inmensa extension, donde las tempestades son tan frecuentes como en alta mar. Teniamos el alivio de ir todas las noches á tierra, y por gran regalo encontrar una roca algo lisa para descansar. Quando llovia, trastornabamos la canoa, y nos poniamos debaxo para no mojarnos. En los rios corriamos grandes peligros, principalmente en los parages donde es rápida la corriente. Vuela entonces la canoa

como una saeta, y si toca en alguna de las muchas rocas que suele haber, se hace mil pedazos. Sucedió esta desgracia á algunos que me acompañaban en otras canoas, y por proteccion singular de Dios no experimenté la misma suerte, porque dió muchas veces la mia contra las rocas, pero sin recibir daño alguno.

En fin, se corre riesgo de padecer una hambre canina, porque lo largo y lo dificil de tales viages no nos permite proveernos sino de un saco de maiz. Se supone que la caza dará lo demas; pero si falta, nos expone á ayunar por muchos dias. No hay mas refugio en tales lances sino buscar unas hojas, que los Franceses llaman *tripas de roca*; se parecen á la voleza en la figura, pero son mas anchas. Se comen ó cocidas ó tostadas: éstas son menos desabridas. No padecí mucha hambre hasta el lago de los Hurones; pero mis compañeros no tuvieron tanta fortuna, porque el mal tiempo separó sus canoas, y no me pudieron alcanzar. Llegué á Missilimakinak, de donde les envié viveres, sin los quales hubieran muerto de hambre. Habian pasado siete dias, sin mas alimento que la carne de un cuervo que mataron, mas por acaso que por habilidad, porque estaban sin fuerzas para tirar. Estaba el tiempo muy adelantado para poder continuar hasta el pais de los Ilineses, de

donde distaba todavia mas de quatrocientas leguas; y así tuve que quedarme en este lugar, donde tenemos dos Misioneros, uno entre los Hurones, y otro entre los Outavaks. Son estos ultimos muy supersticiosos y aficionados á sus charlatanes. Se atribuyen un origen tan necio como ridículo. Pretenden descender de tres familias, cada una de las quales se compone de quinientas personas.

Los unos son de la familia de Michabu, esto es, de la Liebre grande, la que pretenden haber sido un hombre de prodigiosa estatura, que tendia sus redes en diez y ocho brazadas de agua, y no le llegaba el agua á los hombros: que en el diluvio envió el castor á descubrir tierra; pero viendo que no volvia, despachó á la nutria, que le traxo un pedazo de tierra cubierta de espuma: que pasó á la laguna donde se habia hallado la tierra que formaba una isla: que andubo en el agua al rededor de la isla, la qual creció extraordinariamente. Por esta razon le atribuyen la creacion de la tierra; y añaden que despues de acabada su obra, voló al cielo, su habitacion ordinaria; pero que antes de dexar la tierra mandó que muriendo sus descendientes, fuesen quemados sus cuerpos, y echadas sus cenizas al ayre para que mas facilmente subiesen ácia el cielo: que si en esto faltaban, tendrian siem-

pre la nieve sobre la tierra, estarian siempre elados sus lagos y rios, y no pudiendo pescar para alimentarse, moririan todos en la primavera.

En efecto, pocos años ha duró el invierno mucho mas de lo que acostumbra, y causó una consternacion general en toda la familia del gran liebre. Se valieron de sus charlatanerias ordinarias: se juntaron muchas veces para deliberar sobre los medios de disipar la funesta nieve que se obstinaba en permanecer sobre la tierra, quando acercándose á ellos una vieja, les dixo: hijos mios, no teneis entendimiento, sabeis las ordenes que nos dexó el gran liebre de quemar los cuerpos muertos y echar sus cenizas al viento para que vuelen mas velozmente á su patria el cielo: habeis sido descuidados en cumplir estas ordenes, dexando á algunas jornadas de aquí un hombre muerto sin quemarle, como sino fuera de la familia del gran liebre. Reparad al punto vuestra falta, quemad el cuerpo, si quereis que se disipe la nieve. Razon tienes, madre, respondieron ellos: mas entendida eres que nosotros: tu consejo nos ha vuelto de la muerte á la vida. Diputaron luego veinte y cinco hombres á quemar el cuerpo, gastaron quince dias en el viage, y en este tiempo vino la blandura y deshizo la nieve. Colmaron de elogios y regalos á la vieja que

habia dado el consejo: y este acaso siendo tan natural, sirvió mucho para mantenerlos en su loca y supersticiosa creencia.

La segunda familia de los Outavaks pretende deber su origen á la carpa. Dicen, que habiendo una carpa puesto sus huevos sobre la orilla de un rio, y flechado el sol sus rayos sobre ellos, se formó una muger, de la qual son descendientes, y así se llaman la familia de la carpa. La tercera familia atribuye su origen al oso, y se llama la familia del oso, pero sin explicar cómo fueron engendrados. Quando matan alguno de estos animales le hacen un banquete con su propia carne, y le hablan de esta manera: »No nos quieras mal, porque te hemos muerto: tienes entendimiento, conoces que nuestros hijos padecen hambre: ellos te aman, y quieren entrarte en sus propios cuerpos: ¿no es de mucha honra para tí ser comido por hijos de capitan? Sola la familia del gran liebre quema los cadaveres: las otras dos los entierran. Quando muere algun capitan, se dispone un atahud muy grande, le visten de sus mejores vestidos, encierran con él su manto, fusil, provision de polvora y balas, su arco, flechas, caldera, plato, viveres, macana, pipa, caxa de vermellon, espejo, collares de porcelana, y los regalos que se acostumbran hacer al muerto. Imaginan que con todo este equipage ha-

rá mas felizmente su viage al otro mundo, y que será mejor recibido de los grandes capitanes de la nacion, que le llevarán consigo al lugar de las delicias.

Entretanto que todo se dispone, y se coloca en el atahud, asisten los parientes del difunto á la ceremonia, llorando á su modo, ó por mejor decir, cantando con un tono lúgubre, y meneando con cadencia un palo, á que atan muchas campanillas. En lo que mas aparece la extravagante supersticion de estos pueblos, es en el culto que dan á lo que llaman su *Manitu*. Como no conocen sino las bestias, con las quales viven en los bosques, imaginan en ellas, ó mas verosimilmente en sus pieles ó en su plumage, si son aves, una especie de genio que gobierna todas las cosas, y es el arbitro de la vida y de la muerte. Segun ellos, hay Manitus comunes á toda la nacion, y particulares á cada persona. *Oussakita*, dicen, es el gran Manitu de todas las bestias que andan sobre la tierra ó que vuelan en los ayres: él es quien las gobierna; y así quando van á caza le ofrecen tabaco, polvora, balas y pieles bien trabajadas, que atan á una vara larga que levantan en el ayre, y le dicen: nosotros te damos con qué fumar, te ofrecemos con qué matar las bestias: dignate de admitir nuestros regalos y no permitas que se escapen de nuestros

tiros : dexanos matar muchas y las mas gordas, para que no falten vestidos ni alimento á nuestros hijos.

Llaman Michihichi al Manitu de las aguas y de los pescados, y le hacen un sacrificio semejante quando van á pescar ó emprenden algun viage. Consiste el sacrificio en echar en el agua tabaco, viveres y calderas, pidiéndole que corran pacificamente las aguas del rio, que no rompan sus canoas las rocas, y les conceda una pesca abundante. Ademas de los Manitus comunes, cada uno tiene el suyo, que suele ser un oso, un castor, abutarda, ú otro animal semejante. Llevan consigo su piel á la guerra, á la caza, y en los viages, muy persuadidos que los preservará de todo peligro, y que les saldrán bien sus empresas. Queriendo un salvage elegirse un Manitu, el primer animal que se presenta en sueños á su imaginacion, es el que elige. Mata otro de su especie, se cubre con su piel, ó con sus plumas, si es ave, y en el lugar mas decente de su choza previene un banquete en honra suya; y durante la comida le hace una harenga en los términos mas respetuosos, y es reconocido el animal por su Manitu.

Luego que vi llegar la primavera, partí de Missilimakinac para el pais de los Ilineses. Hallé en el camino muchas naciones salvages, y entre ellas los pueblos llamados

Maskutigns, Jakis, Omikues, Iripeguanos, Outagamis &c. Todas estas naciones tienen su lengua particular; pero en quanto á las costumbres, en nada se diferencian de los Outavaks. Un Misionero que vive en la bahia de los Hediondos, entra de quando en quando en su pais para instruirlos en las verdades de la Religion. Despues de quarenta dias de marcha entré en el rio de los Ilineses, y habiendo abanzado cincuenta leguas, llegué á su primer pueblo, que era de trescientas cabañas, cada una de quatro ó cinco hogares: cada hogar es siempre para dos familias. Tienen once lugares de su nacion. El dia despues de mi llegada, fui convidado á comer por el xefe de su nacion á un gran banquete que daba á los mas distinguidos del pueblo. Habia hecho á este fin matar muchos perros: los salvages los tienen por una comida magnifica, y así se llama el banquete de los capitanes. Entre todas estas naciones se guardan en ellos las mismas ceremonias, y comunmente en ellas determinan los negocios mas importantes, como si han de hacer la guerra á sus vecinos, ó si les han de enviar proposiciones de paz.

Luego que llegaron los convidados, se pusieron en círculo al rededor de la choza, sentándose unos sobre la tierra desnuda, y otros sobre esteras. Se puso entonces

el xefe en pie, y comenzó su harenga. Admiré su afluencia de palabras, la fuerza de las razones que expuso, la circunlocucion elocuente que las dió, y la delicada eleccion de las expresiones con que adornó su discurso. Estoy persuadido que si hubiera yo escrito lo que dixo el salvage de repente y sin prevencion, convendriais conmigo que los mas habiles de Europa, despues de mucha reflexîon y estudio, no podian componer un discurso mas sólido, ni mas fino. Acabada la harenga, dos salvages que servian á la mesa, distribuyeron los platos á los convidados, un plato entre dos. Comieron conversando sobre cosas indiferentes, y acabada la mesa se retiraron, llevando consigo, segun costumbre, lo que habia quedado en los platos. No acostumbran los Ilineses tener los banquetes que estan en uso entre muchas otras naciones salvages, en los quales tiene cada uno que comer lo que le fue servido, aunque rebiente. Quando alguno en esta nacion no puede observar esta ley tan ridícula, se vale de algun convidado de mejor estomago, y le dice: hermano, ten lastima de mí: me muero sino me das la vida: come lo que me queda en el plato, y te daré tal cosa. Es este el unico camino que tienen para salir del embarazo.

No se cubren los Ilineses sino ácia la cintura, lo demas del cuerpo queda desnudo.

Varios repartimientos de todo género de figuras que gravan en el cuerpo de un modo que no se puedan borrar, les sirven de vestidos. Quando hacen visitas, ó asisten á la iglesia, rodean el cuerpo con una piel, que secan en el verano, y sin pelo; y en el invierno con una piel que tiene su pelo para que les sirva de mas abrigo. Adornan la cabeza con plumas de diferentes colores, y hacen guirnaldas y coronas muy vistosas. Tienen gran cuidado de pintarse la cara con varios colores, pero principalmente con vermellon: llevan collares y pendientes, que hacen con piedrecitas, en punta de diamante: unas son azules, otras coloradas y otras blancas como el marfil, y siempre termina el collar en una como plancha de porcelana. Se persuaden que estos ridículos adornos les dan bello ayre, y les grangean respeto. Quando no se ocupan en la guerra ó en la caza, pasan el tiempo en juegos, banquetes ó danzas. Tienen dos diferencias de danzas: las unas se hacen en señal de regocijo, y á ellas convidan á las mugeres y doncellas mas distinguidas; las otras se hacen para mostrar su sentimiento en la muerte de los mas principales de la nacion: con ellas pretenden honrar al difunto, y enjugar las lagrimas de sus parientes. Todos tienen derecho de hacer que se llore la muerte de sus parientes, con tal que regalen; y

duran mas ó menos tiempo las danzas, á proporcion del valor de los regalos que despues se distribuyen á los danzantes. No acostumbran enterrar los muertos; pero los rodean con pieles, y los atan por los pies y por la cabeza á lo mas alto de los arboles.

Fuera de los tiempos de juegos, banquetes y danzas se estan los hombres quietos y sentados sobre sus esteras, y pasan la vida durmiendo ó haciendo arcos, flechas y otras cosas de esta naturaleza. Las mugeres trabajan como esclavas desde la mañana hasta la noche: cultivan la tierra, y en el verano siembran el maiz. Se ocupan en el invierno en hacer esteras, en curtir las pieles, y en muchas otras obras, porque tienen que proveer la choza de todas las cosas necesarias. Entre las naciones del Canadá, la de los Ilineses vive con mas abundancia de lo necesario: se cubren sus rios de cisnes, abutardas, anades y cercetas. Apenas se camina una legua sin encontrar una multitud prodigiosa de pabos, que suelen andar juntos, y tal vez en número de doscientos: son mas grandes que los de Europa: tuve la curiosidad de pesar algunos, y cada uno era de treinta y seis libras. En el cuello tienen una especie de barba de crines, larga como medio pie.

Es mucha la abundancia de osos y venados, y mayor la de los toros salvages y

cabras monteses. No se dexa año alguno de matar mas de mil cabras, y mas de dos mil toros: éstos se llaman bisones, en otras partes cibolos y tasugos. En los prados, que son interminables, se ven pacer quatro ó cinco mil de ellos. Tienen una corcoba sobre la espalda, y la cabeza muy gruesa. Su pelo, exceptuando el de la cabeza, es crespo y suave como la lana. Su carne es naturalmente salada, y tan ligera, que aunque se coma cruda no causa indigestion. Si les parece demasiado flaco el toro que mataron, se contentan con tomar la lengua, y van á matar otro. Las flechas son sus principales armas: las arman con una piedra labrada y afilada en punta; y por falta de cuchillos se sirven de las mismas piedras para desquartizar los animales que matan. Son tan diestros en disparar el arco, que casi nunca yerran el tiro; y son tan ligeros en esto, que tirarán cien flechas antes que otro cargue su fusil. Poco cuidado tienen de hacer redes para pescar en los rios, porque teniendo tanta abundancia de caza miran con indiferencia los pescados. No obstante, quando quieren pescar, toman su canoa, sus arcos y flechas: se ponen en pie para mejor descubrir el pez, y al punto le flechan.

Entre los Ilineses, como entre los demas salvages, el unico medio de merecer la es-

timacion y veneracion pública, es adquirir la reputacion de habil cazador y buen guerrero. En estas dos cosas consiste todo su mérito, y como ellos se explican, el ser verdaderamente hombres. Son tan apasionados á esta gloria que emprenden viages de quatrocientas leguas por medio de los bosques para hacer un esclavo, ó para quitar el pericraneo de los que matan. No hacen caso ni de las fatigas, ni del largo ayuno que tienen que sufrir, quando se acercan á las tierras enemigas; porque entonces no se atreven á cazar, por miedo que los animales, no estando mas que heridos, huyan con la flecha en el cuerpo, y avisen á los enemigos á ponerse en defensa, porque su modo de pelear es por sorpresa. A este fin envian espias á observar su número y su marcha, y á ver si hacen buena centinela; y segun su relacion, ó se ponen en embos-cada, ó hacen irrupcion en las cabañas con su chuzo en la mano, y nunca dexan de matar algunos, antes que puedan defenderse. Se sirven de un chuzo hecho de asta de ciervo, ó de un palo hecho en forma de alfange, que termina en una bola bastante grande. Llevan en una mano el chuzo, y en la otra un cuchillo. Dado el golpe sobre la cabeza del enemigo, le arrancan el pericraneo con una ligereza estraña.

Quando vuelve un salvage á su pais car-

mugado de tales despojos, es recibido con mucha honra; pero si trae consigo prisioneros vivos, se le aumenta mucho la gloria. Luego que está cerca, sale todo el lugar á su encuentro, y se pone en fila sobre el camino por donde han de pasar los prisioneros. El recibimiento es cruel y barbaro: los unos les arrancan las uñas, los otros les cortan los dedos ó las orejas, y algunos les dan muchos palos. Despues se juntan los ancianos para deliberar si les han de otorgar la vida, ó les han de dar la muerte. Si hay que resucitar algun muerto, quiero decir, si perdió la vida alguno de sus guerreros, y hacen juicio que debe ser reemplazado en su cabaña, ponen en ella á uno de los prisioneros, y esto llaman resucitar al muerto.

Si es condenado á muerte el prisionero, plantan luego en tierra una estaca granda, y le atan por ambas manos: le mandan cantar la cancion de muerte, y estando sentados los salvages al rededor de la estaca, se enciende á algunos pasos de allí un gran fuego, en que ponen las hachas, los cañones de sus fusiles y otras herramientas. Luego, unos despues de otros, los aplican sobre diferentes partes del cuerpo del paciente: otros los queman con carbones encendidos: algunos les hacen varias cortaduras con sus cuchillos; éstos les cortan un

pedazo de carne ya tostada, y la comen en su presencia; aquellos llenan sus heridas de polvora, y con ella les friegan todo el cuerpo, y luego les pegan fuego. En fin, cada uno los atormenta como quiere, y suele durar tan cruel carniceria por quatro ó cinco horas, y tal vez por dos ó tres dias. Quanto mas agudos y penetrantes son los gritos que les arranca la violencia de los tormentos, tanto mas divertido y agradable es el espectáculo para los bárbaros. Los Iroqueses fueron los inventores de tan terrible género de muerte; y por derecho de represalias tratan los Ilineses á sus prisioneros Iroqueses con la misma crueldad.

Lo que entendemos por esta palabra *Christianismo*, entienden los salvages con este nombre *oracion*. Y así, el decir que tal nacion ha abrazado la oracion, equivale á que se ha hecho christiana, ó que se dispone á hacerse: mucho menos trabajo hubiera en la conversacion de los Ilineses, si les permitiera la oracion la poligamia. Confiesan que la oracion es buena, y se alegran que se enseñe á sus hijos, y á sus mugeres; pero hablando á ellos mismos de recibirla, se experimenta quán dificultoso es fixar su inconstancia natural, y persuadirles á que se contenten con una muger, y la guarden por toda su vida. Todos van á la capilla á las horas de oracion de la mañana y de la noche. Los mayores

charlatanes que son los mas declarados enemigos de la religion, envian sus hijos á ser instruidos y bautizados. Es este el mayor fruto, y el mas seguro que se hace desde luego entre los salvages; porque de los muchos niños que son bautizados, no pasa año sin que mueran muchos antes de llegar al uso de la razon; y entre los adultos suelen los mas ser tan fervorosos y afectos á la oracion, que padecerian la muerte mas cruel, antes que abandonarla.

Mucha fortuna es de los Ilineses el estar su pais tan sumamente distante de Quebec, que no se les puede llevar aguardiente. Es esta bebida el mayor estorvo en los salvages para el christianismo, y el manantial de infinitos delitos de los mas enormes. Se sabe que no lo compran sino para embriagarse furiosamente, y que los desordenes y muertes funestas que vemos cada dia, deberian hacer mas impresion en corazones Christianos que la ganancia que sacan del comercio de un licor tan fatal. Habia dos años que vivia con los Ilineses, quando fui llamado á dedicar los dias que me quedan de vida, con la nacion Abnakisa. Habia sido la primera mision á que fui señalado, luego que llegué á Canadá; y segun pienso, será la última, y en la qual acabaré mi vida. Tuve pues que pasar á Quebec, para ir desde allí á juntarme con mis amados salvages. Ya tengo hablado de lo lar-

go y dificultoso del viage, y referiré solamente una aventura de mucho consuelo, que me sucedió á quarenta leguas de Quebec. Me hallaba en una especie de lugar, donde hay veinte y cinco casas Francesas, y un Cura. Cerca del lugar se veia una choza de Salvages, en que habia una doncella de edad de diez y seis años, reducida a la extremidad por una enfermedad de muchos años. El Cura que no entendia la lengua de los salvages, me rogó que fuese á confesar á la enferma, y me conduxo él mismo a la choza. En la conversacion que tuve con ella, conocí que habia sido muy bien instruida por uno de nuestros Misioneros, pero que no habia sido aun bautizada. Habiendo gastado dos dias en hacerla las preguntas propias para asegurarme de su disposicion, ella me dixo: te suplico que no me niegues la gracia del bautismo que te pido: ves quan oprimido tengo el pecho, y que me queda poco tiempo de vida: ¿qué desdicha seria para mí, y qué reprension no te harias á tí mismo, si me muriera sin recibir el bautismo?

La respondí que se preparase para el dia siguiente, y me retiré. El gozo que la causó mi respuesta, hizo tan repentina mudanza, que pudo pasar muy temprano á la capilla. Estrañé mucho encontrarla allí, y al punto la administré solemnemente el bautismo. Se volvió luego la bautizada á su choza, y no

cesó de dar gracias á Dios por tan gran beneficio, y de suspirar por aquel dichoso instante que la habia de unir con su Criador por toda la eternidad. Fueron oidos sus deseos, y tuve la fortuna de asistirla en su muerte. ¡Qué providencia tan amable para esta pobre doncella! ¡Y qué consuelo para mí, de haber sido el instrumento, de quien se sirvió Dios para ponerla en el cielo!

Mis ocupaciones son continuas: el Misionero es todo su refugio, y en él tienen puesta toda su confianza. No me basta cumplir con mis ministerios espirituales en la santificacion de sus almas: tengo que tomar parte en sus negocios temporales, estar siempre pronto á consolarlos en sus consultas, cuidarlos en sus enfermedades, sangrarlos, darles medicinas, &c. Mis dias son tan llenos, que tengo que encerrarme, para hallar tiempo de encomendarme á Dios, y decir mi oficio. Mucho se asustó mi zelo sabiendo que una nacion de Amalinganos acababa de establecerse á una jornada de mi lugar. Debia temer, que las imposturas de sus charlatanes, los sacrificios que hacen al demonio, y los desordenes que son su comun efecto, hiciesen impresion en mis recientes neófitos; pero gracias á la Divina Misericordia, se disiparon en breve mis temores, de la manera que ovy á referir.

Uno de nuestros capitanes, célebre en el

pais por su valor , fue muerto por los Ingleses que están en nuestra vecindad. Diputaron los Amalinganos á muchos de su nacion á nuestro pueblo , para enjugar las lágrimas de los parientes del famoso difunto , ó como ya tengo dicho , á visitarlos , hacerles regalos , y manifestar con sus danzas la parte que tomaban en su afliccion. Llegaron la víspera del Corpus , tiempo en que estaba ocupado en oir las confesiones de los salvages, que duraron todo aquel dia y noche , y la mañana siguiente hasta mediodia que comenzó la procesion del Santísimo Sacramento. Esta se hizo con mucha orden y devocion, y aunque en medio de los bosques , con mas pompa y magnificencia de la que se puede imaginar. Este espectáculo que era nuevo para los Amalinganos, los enterneció y llenó de admiracion. Pensé que debia aprovecharme de las favorables disposiciones en que los veia; y habiéndolos juntado , les hice en su propio estilo el discurso siguiente.

»Mucho tiempo ha , hijos mios , que deseo veros: ahora que logro esta fortuna , poco falta para que rebiente mi corazon. Pensad en el gozo que tiene un padre , que tiernamente ama á sus hijos , quando los vuelve á ver despues de una larga ausencia , en que corrieron los mayores peligros , y concebireis una parte de mi alegria ; porque aun no comunicando vosotros en nuestra oracion,

no dexo de miraros como hijos mios, y teneros el cariño de padre, porque sois hijos del gran Genio, que os ha dado el sér, como lo ha dado á los que oran: que ha hecho el cielo para vosotros como para ellos: que piensa en vosotros, como piensa en ellos y en mí, para que gozen de una felicidad eterna. Lo que me da pena, y disminuye la alegria que tengo de veros, es la reflexîon que estoy haciendo, que llegará el dia en que estaré separado de una parte de mis hijos, cuya suerte será eternamente malaventurada, porque no oran; y al contrario los que oran, estarán para siempre en la Bienaventuranza. Quando pienso en esta triste separacion, ¿cómo puedo tener alegre el corazon? No me da tanto gozo la dicha de los unos, como me causa afliccion la desdicha de los otros. Si tuvierais estorvos invencibles para la oracion, y si viviendo en el estado en que estais pudiera yo haceros entrar en el cielo, nada dexaria por hacer para procuraros esta fortuna: os empujaria y os haria entrar: tal es el amor y el deseo que tengo de veros felices, pero no es posible. Es menester orar: es preciso ser bautizados, para entrar en el lugar de las delicias. Acabado este preambulo, les expliqué por menor los principales artículos de la fe, y prosegui de esta manera: las palabras que acabo de explicaros, no son palabras humanas, son palabras del gran Genio:

no están escritas, como las palabras de los hombres, sobre un collar de wampum, al qual dan la significacion que quieren; pero están escritas en el libro del gran Genio, en el qual no puede tener entrada la mentira. Para entender bien esta expresion de los salvages, se debe notar, que acostumbran estos pueblos, quando escriben á alguna nacion, embiarles un collar ó un cingulo ancho, sobre el qual hacen diferentes figuras con cuentas de porcelana de diferentes colores. Instruyen al portador del collar, diciéndole: esto dice el collar á tal nacion, ó á tal persona, y le despachan. Tendrian dificultad los salvages de comprender lo que se les dice, y estarian poco atentos, si no nos conformaramos con su modo de pensar y explicarse. Proseguí, pues, así: buen ánimo, hijos mios, oid la voz del gran Genio, que os habla por mi boca: os ama, y es tan grande su amor, que ha dado su vida, para procuraros una vida eterna. Haced reflexîon, que no sois inmortales. Llegará el dia en que tambien se enjugarán las lágrimas por vuestra muerte: ¿qué os servirá el haber sido en esta vida grandes capitanes, si en la muerte sois echados en las llamas eternas? Aquel que llorais con nosotros, se ha alegrado mil veces de haber oido la voz del gran Genio, y de haber sido fiel á la oracion. Orad como él, y vivireis eternamente. Buen ánimo, hijos

mios, no nos separemos: no vayan unos por un lado, y otros por otro. Vamos todos al cielo: es nuestra patria: nos llama allá el único arbitro y dueño de la vida. Soy su Interprete: pensad muy de veras en lo que os acabo de decir."

Concluido este discurso, trataron entre sí por algun tiempo, y luego me respondió en su nombre su orador de esta manera: Padre mio, me alegro de oirte: ha penetrado tu voz mi corazon; pero mi corazon está todavia cerrado, y no puedo abrirlo por ahora, para decirte lo que hay en él, y de qué lado se volverá: me es preciso esperar muchos capitanes, y otras personas distinguidas de la nacion, y llegarán en el otoño que viene. Entonces te abriré mi corazon: y esto es, amado padre mio, lo que te puedo decir por ahora. Mi corazon está contento, les dixe yo: me alegro que os haya dado gusto mi palabra, y que pidais tiempo para pensar en ello. Entretanto, no cesaré de pedir al gran Genio, que os mire con ojos de misericordia, y que fortifique vuestros pensamientos, para que se vuelvan al lado de la oracion. Luego salí de la junta, y ellos se volvieron á su lugar.

Fin del Quaderno LXXIV.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO SETENTA Y CINCO.

CARTA CCCCLXXVIII.

Continuacion del mismo asunto.

Llegado el otoño, tuve noticia que uno de los salvages habia de ir á buscar trigo al pueblo de los Amalinganos, para sembrar sus tierras: le llamé, y le encargué les dixese de mi parte que estaba impaciente por ver otra vez á mis hijos: que los tenia siempre presentes en la memoria, y que les rogaba se acordasen de la palabra que me habian dado. El mensagero cumplió fielmente con su comision, y le dieron la respuesta siguiente: »tenemos mucha obligacion á nuestro padre, porque piensa siempre en nosotros. Nosotros tambien hemos pensado en lo que nos dixo. No podemos olvidar sus palabras, mientras nos dure el corazon, porque están en él tan profundamente gravadas que nada es capaz de borrarlas. Estamos persuadidos que nos ama: queremos oirle y

obedecerle en lo que desea de nosotros. Nos parece bien la oracion que nos propone ; nada vemos en ella que no sea bueno y loable: estamos resueltos á abrazarla , y ya hubieramos ido al lugar de nuestro padre , si hubiera allí viveres suficientes para nuestra subsistencia por el tiempo que quisiere emplear en nuestra instruccion : ¿pero cómo se podrán hallar allí? Sabemos que reyna la hambre en la cabaña de nuestro padre , y nos causa sensible pena , que nuestro padre padezca hambre , y que no podamos ir á ser instruidos. Si quisiese nuestro padre venir por algun tiempo á nuestro pueblo , viviria y nos instruiria. Esto dirás á nuestro padre."

La respuesta de los Amalinganos me fue entregada en circunstancias favorables. Se habia ido la mayor parte de mis salvages por algunos dias á buscar de qué vivir hasta la cosecha del maiz : su ausencia me dió lugar de pasar al pueblo de los Amalinganos, y el dia siguiente tomé una canoa para ir á verlos : estaba como una legua de su lugar quando me vieron , y al punto me saludaron con descargas continuas de sus fusiles , hasta que tomé tierra. La honra que me hacian, me daba buenas esperanzas de su presente disposicion. No perdí tiempo , y luego que llegué planté una cruz , y los que me acompañaban fabricaron una capilla de cortezas de arboles, en todo semejante á sus cabañas , y pusieron

en ella un altar. Entretanto visité á todos los vecinos, para prepararlos á las pláticas que tenia que hacerles, y á todas ellas fueron siempre muy asistentes. Los juntaba tres veces al dia en la capilla, por la mañana despues de misa, á mediodia, y por la noche despues de la oracion. Lo mas del dia los visitaba en sus casas, y les hacia instrucciones particulares.

Despues de muchos dias de un trabajo continuo, me parecieron bastantemente instruidos, y señalé el dia en que serian bautizados. Los primeros que vinieron á la capilla fueron el capitan, el orador, y tres de los mas principales de la nacion, con dos mugeres. Poco despues vinieron otras dos tropas, cada una de veinte salvages; y en fin, continuaron los demas aquel dia y el siguiente, y recibieron todos la gracia del bautismo. Bien creereis que por grandes que sean las fatigas de un Misionero, está bien recompensado de sus penas con el dulce consuelo que siente de haber abierto á una nacion entera el camino del cielo. Me disponia para volver á mi residencia, quando llegó de su parte un diputado á decirme que estaban todos en un mismo parage, y me rogaban que pasase á la junta. Luego que parecí enmedio de ellos, me habló el orador en nombre de todos de esta manera: »Nuestro padre, no tenemos términos para manifestarte el inexplicable gozo que sentimos

de haber recibido el bautismo. Nos parece que tenemos ya otro corazon : lo que nos daba pena, se ha disipado enteramente : no son ya mudables nuestros pensamientos : nos fortifica interiormente el bautismo : estamos muy resueltos á honrarlo por todo el tiempo de nuestra vida : esto te decimos antes de tu partida." Les respondí con un corto discurso, exortándolos á perseverar en la gracia singular que acababan de recibir, y de no hacer cosa alguna indigna de la calidad de hijos de Dios, con que habian sido honrados por el santo bautismo. Como se disponian á partir por mar, añadí que á su vuelta determinariamos lo que seria mas conveniente, ó de ir á vivir con ellos, ó que ellos viniesen á formar un mismo pueblo con nosotros.

El lugar donde hago mi residencia se llama Nanzantsuack, y está en un continente entre la Acadia y la Nueva-Inglaterra. Está esta mision como ochenta leguas distante de Pentaguet, y de aquí á Puerto-Real se cuentan cien leguas. El rio de mi mision es el mayor de los que riegan las tierras de los salvages : está señalado en el mapa con el nombre de Kinibeki, y por esto los Franceses dieron el nombre de Kanibals á estos salvages. Se echa en el mar en Sankderank, que está á cinco ó seis leguas de Pemquit. Habiéndo subido por el rio desde su embocadura quarenta leguas, se llega á mi lugar, que es-

tá sobre una colina de una punta de tierra. Estamos á dos jornadas, á lo mas, de las colonias Inglesas, y á mas de quince de Quebec, y el viage es muy penoso é incomodo. Era natural que hiciesen su tratado con los Ingleses, que por todos caminos procuraron ganar su amistad; pero fueron inutiles todos sus esfuerzos, y nada ha sido capaz de desprenderlos de la alianza de los Franceses. La unica cosa que produxo tan estrecha union, es su firme constancia en la fe católica. Están convencidos que tomando partido con los Ingleses, se hallarian muy presto sin Misionero, sin Sacrificio, sin Sacramentos, y casi sin exercicio alguno de religion; y que poco á poco se verian sumergidos en su primera infidelidad. Ha sido expuesta á todo género de pruebas esta firmeza de los salvages por tan formidables vecinos; pero jamas pudieron lograr ventaja alguna sobre ellos.

Estando las Potencias de Europa en visperas de declararse la guerra, el Gobernador Inglés, recien llegado á Boston, pidió una conferencia á los salvages en una Isla que nombró. Convinieron en ello, y me rogaron que los acompañase, para que me consultasen sobre las proposiciones capciosas que les serian hechas, y para que sus respuestas no fuesen contrarias á la religion, ni al servicio del Rey. Los acompañé, y mi animo era quedarme en el quartel, para ayudarlos

con mis consejos, sin parecer delante del Gobernador: acercándonos á la isla en número de mas de doscientas canoas, nos saludaron con una descarga de toda la artilleria de su navio, y correspondieron los salvages con otra de todos sus fusiles. Luego que apareció el Gobernador en la isla, desembarcaron los salvages con precipitacion, y me hallé donde no quisiera estar, y donde no deseaba el Gobernador que estuviese. Luego que me vió se adelantó algunos pasos ácia mí, y despues de los cumplimientos ordinarios se volvió á los suyos, y yo á mis salvages. Les habló el Gobernador de esta manera.

„Por orden de nuestra Reyna vengo á veros: desea vivir en paz con vosotros. Si tuviese algun Inglés el atrevimiento de haceros daño, no penseis en vengaros; pero dadme vuestra queja, y haré pronta justicia. Si tuviesemos guerra con los Franceses, quedad neutrales, y no tomeis parte en nuestras diferencias. Son los Franceses tan fuertes como nosotros; dexadnos terminar nuestros pleytos. Proveeremos á vuestras necesidades, tomarémos vuestras pieles, y os darémos nuestras mercaderias á corto precio." Le impidió mi presencia decir todo lo que queria, porque no sin designio habia traido consigo un Ministro predicante. Habiendo acabado de hablar, se retiraron los salvages para deliberar sobre la respuesta; y entretanto, lla-

mandome á parte el Gobernador, me dixo: suplíco á Vmd. que no exôrte á los Indos á hacernos guerra. Le respondí que mi religion y mi caracter de Sacerdote me obligaban á no darles sino consejos de paz. Hablaba todavia, quando me vi de repente rodeado de unos veinte jóvenes guerreros, que temian quisiese el Gobernador llevarme prisionero. Entretanto se adelantaron los salvages, y uno de ellos respondió al Gobernador de esta manera.

„Gran capitan, tú nós dices que no nos juntemos con el Francés, en caso que le declares la guerra: has de saber que el Francés es mi hermano: que él y yo tenemos una misma oracion, y vivimos en una misma cabaña á dos fuegos: él tiene un fuego, y yo tengo otro. Si te veo entrar en la cabaña por la parte del fuego donde está sentado mi hermano el Francés, te observo desde mi estera, donde estoy sentado al otro fuego: si observandote, veo que llevas una hacha, me vendra al pensamiento, ¿qué pretende hacer el Inglés con su hacha? Me levanto de éncima de la estera, para ver lo que hace. Si levanta la hacha para dar sobre mi hermano el Francés, tomo la mia, y corro á dar un golpe al Inglés. Podria yo ver herir á mi hermano en mi cabaña, y quedarme sosegado sobre mi estera? No, no: quiero mucho á mi hermano, para no defenderle. Por tanto, gran capitan,

te digo, que nada hagas á mi hermano, y nada te haré. Quedate quieto sobre tu estera, y yo quedaré descansado sobre la mia."

Asi acabó esta conferencia. Poco despues llegaron algunos salvages de Quebee, y publicaron que habia arribado allí un navio Francés, y traido la noticia de la guerra declarada entre Inglaterra y Francia. Tuvieron al punto los salvages su consejo: mandaron á los jóvenes que matasen los perros para hacer el banquete de guerra, y tomasen conocimiento de los que querian alistarse. Se hizo el banquete, se levantó la caldera, se danzó, y se ofrecieron doscientos y cincuenta guerreros. Despues de la comida, señalaron un dia para venir á confesarse. Los exôrté á que fuesen tan firmes en la oracion como si estuvieran en el lugar, á observar bien las leyes de la guerra, á no cometer crueldad alguna, á no matar á nadie sino en el mismo calor del combate, á tratar con humanidad á los que se rindiesen prisioneros, &c. El modo con que estos pueblos hacen la guerra, hace á un puñado de sus guerreros mas formidable, que á un cuerpo de dos ó tres mil soldados de Europa. Luego que entran en pais enemigo, se dividen en diferentes partidas, una de treinta, otra de quarenta hombres, y así de las demas. Se dicen unos á otros: á vosotros se da este cortijo para comer, así se explican, á estos tal lugar, &c.

Luego se hace señal, para que todos á un mismo tiempo den sobre los enemigos en sus diferentes quarteles. Los doscientos y cincuenta guerreros se derramaron por mas de veinte leguas del pais, donde habia muchos lugares, cortijos y casas; y en el dia señalado muy de mañana dieron contra el enemigo. En un solo dia derrotaron los Ingleses que encontraron: mataron mas de doscientos, y cogieron ciento y cincuenta prisioneros, no habiendo tenido de su parte sino unos pocos guerreros ligeramente heridos. Se volvieron á su lugar con sus canoas cargadas de los despojos que habian tomado.

Mientras duró la guerra, llevaron consigo la desolacion á las tierras de los Ingleses, saquearon sus lugares, sus fuertes, sus prados, se llevaron infinito ganado, é hicieron mas de seiscientos prisioneros. Persuadidos, pues, los Ingleses, y con razon, que manteniéndolos yo constantes en la fe católica, creceria mas y mas su union con los Franceses, no omitieron astucia ni artificio para enagañarlos de mí. Ofertas, promesas, y quanto podian, les fue ofrecido con condicion, que me entregasen en su poder, ó por lo menos me enviasen á Quebec, y tomasen en mi lugar á uno de sus predicantes. Muchas tentativas hicieron los Ingleses para sorprenderme, y llevarme prisionero: ofrecieron hasta mil libras esterlinas al que les llevase

mi cabeza. Pero creedme, que estas amenazas no fueron capaces de intimidarme, ni de entibiar mi zelo: dichoso yo, si llego á ser victima de ellos, y si me juzga Dios digno de ser cargado de cadenas, y derramar mi sangre por la salvacion de mis amados salvages!
Luego que llegaron las primeras noticias de la paz hecha en Europa, avisó el Gobernador de Boston á los salvages, que si querian juntarse en un lugar que les señalaba, entraria en conferencia con ellos sobre la situacion presente de los negocios. Pasaron al lugar señalado los salvages, y les habló de esta manera el Gobernador.

»A tí, hombre Nanranhus, te hago saber, que se ha hecho la paz entre el Rey de Francia y nuestra Reyna; y que por el tratado cede el Rey de Francia á nuestra Reyna Plasencia y Portrall con todas sus tierras. Si quieres, tú y yo viviremos en paz: viviamos pacificamente en otro tiempo, pero te la han hecho romper las sugestiones de los Franceses, y para darles gusto vinisteis á matarnos. Olvidemonos de lo pasado, echemoslo en el mar, para que no parezca mas, y seamos buenos amigos. Está bien, respondió el orador, en nombre de los salvages, que los Reyes estén en paz: me alegro de ello, y no tengo dificultad en hacerla contigo. En estos doce años no te hecho mal: el Francés se ha servido de mi brazo para dar

sobre tí. Es verdad que estabamos en paz: habia echado mi hacha no sé donde, y estando descansando sobre mi estera, no pensando en nada, vinieron algunos jóvenes con un recado que me enviaba el Gobernador de Canadá, que decia así: hijo mio, el Inglés me ha hecho mal, ayudame á vengarme, toma tu hacha, y da contra el Inglés. Yo, que siempre he tenido atencion á lo que dice el Gobernador Francés, busco mi hacha, la hallo toda mohosa, la compongo, la cuelgo de la cintura para venir contra tí. Ahora me dice el Francés que la dexe: la echo muy lejos de mí, para que no se vea la sangre con que está manchada. Así, vivamos en paz: convengo en ello. Pero tú dices que te ha dado el Francés Plasencia y Portrall, que están en mi vecindad, con todas sus tierras; él te dará lo que quisiese. Yo tengo mi tierra: me la ha dado el gran Genio, para que viva en ella: mientras hubiere un solo descendiente de mi nacion, peleará para conservarla. Así se concluyó todo amigablemente. Dió el Gobernador una buena comida á los salvages, y todos se retiraron.

Las felices circunstancias de la paz, y la quietud de que empezabamos á gozar, inspiraron á los salvages el deseo de reedificar nuestra Iglesia que habia sido arruinada en una repentina irrupcion de los Ingleses, estando ellos ausentes. Como estamos muy dis-

tantes de Quebec, y mucho mas cerca de Boston, diputaron algunos principales de la nacion á pedir artifices á los Ingleses, dando palabra de pagarles liberalmente su trabajo. Los recibió el Gobernador con muchas muestras de amistad y cariño, y les dixo: »Yo mismo quiero reedificar vuestra Iglesia, y me portaré con vosotros mejor que el Gobernador Francés, á quien llamais padre. A él tocaba reedificarla, porque en alguna manera él la arruinó, exôrtandoos á dar contra mí, porque yo me defiendo como puedo; y él, habiéndose servido de vosotros para su defensa, os abandona. Yo me portaré mucho mejor con vosotros: os daré no solamente artifices, mas tambien los pagaré y costearé toda la fábrica que quisieseis hacer. Pero no es razon que yo, siendo Inglés haga construir una iglesia sin poner en ella un Predicante Inglés para guardarla y para enseñaros la oracion. Os daré uno, con el qual estareis contentos. Arrojad, pues, á ese Ministro Francés á Quebec.

»Estraño mucho tu palabra, replicó el diputado de los salvages: admiro la proposicion que me haces. Quando tú viniste á este pais, me viste mucho antes que me viesen los Gobernadores Franceses: ni los que te precedieron, ni tus Predicantes, me hablaron ni una vez sola de oracion, ni del gran Genio. Vieron mis pieles de castor y

tasugo: las buscaban con ansia: no podia abastecerles el número que me pedian: si les llevaba muchas pieles, me tenian por grande amigo: en esto solo pensaron, y á esto se reduxo todo. Al contrario, perdí una vez el rumbo navegando en mi canoa: erré mucho tiempo, sin saber adónde iba, hasta que en fin arribé cerca de Quebec á un lugar grande de los Algonkinos, á quienes enseñaban los *Ropas Negras* (así llaman á los Jesuitas.) Luego que llegué me visitó un *Ropa Negra*: iba yo cargado de pieles, y no se dignó de mirarlas. Me habló desde luego del gran Genio, de la felicidad eterna, del infierno y de la oracion, que es el unico camino para el cielo. Le oí con mucho agrado, gusté de su conversacion, me quedé mucho tiempo en el lugar para oirle, y en fin, me pareció bien la oracion: le rogué que me instruyese: pedí el bautismo, lo recibí: volví á mi pais, y conté lo que me habia sucedido: todos me tienen envidia: quieren ser participes de la misma fortuna: parten á verse con el *Ropa Negra*, y pedir el bautismo. Así me trató el Francés; y tú quando me viste, no me hablaste de oracion, y hubiera sido desgracia mia orar contigo, porque no era yo capaz de distinguir si tu oracion era buena; y así te digo que soy de la oracion del Francés, que me gusta, y que la conservaré hasta que se queme y se acabe el mundo. Quedate, pues, con

tus artifices, tu dinero y tu Predicante: no los tomo mas en boca. Diré al Gobernador Francés, mi padre, que me los envie.

En efecto, luego que tuvo el Gobernador noticia que habia sido arruinada nuestra iglesia, envió arquitectos á reedificarla. Es tan hermosa, que seria estimada en Europa, y nada he perdonado para adornarla. Ya dixe en mi carta anterior, que enmedio de estos bosques y de estas naciones salvages se hace el servicio Divino con mucha decencia y dignidad. Cuido mucho que se haga así, no solamente quando viven los salvages en el lugar, sino tambien quando se ven precisados á habitar la ribera del mar, adonde van dos veces cada año á buscar de qué vivir. Nuestros salvages han despoblado de tal manera su pais de animales de caza, que de diez años á esta parte no se hallan en él tasugos, ni cabras monteses, y los castores y osos han llegado á ser muy escasos. Viven solamente de maiz, de habas y calabazas. Machacan el maiz entre dos piedras para reducirlo á harina: luego lo cuecen, y tal vez lo guisan con grasa ó con pescado seco. Faltándoles maiz, buscan criadillas de tierra en los campos, ó bellotas en los arboles, y las estiman tanto como el maiz: habiéndolas secado, las cuecen en una caldera con ceniza para quitarles la amargura: yo las como secas, y me sirven en

lugar de pan. En cierto tiempo del año van los salvages á un rio poco distante, en el qual por tiempo de un mes suben los peces por el rio en tan grande abundancia, que sino faltaran manos, se pudieran llenar de ellos cincuenta mil barriles. Son una especie de arenques muy gustosos quando estan frescos: se amontonan los unos sobre los otros de manera que suelen tener un pie de espesura, y se sacan del rio, como se saca el agua. Los secan los salvages por ocho ó diez dias, y se alimentan de ellos todo el tiempo que dura la sementera. Siembran el maiz en la primavera, y hasta la fiesta del Corpus no lo limpian. Hecho esto, consultan entre sí ácia adónde irán, hasta que llegue el tiempo de la cosecha, que por lo comun suele ser á fines de Agosto. Habiendo tenido su consejo, me llaman á la junta, y luego me habla uno de ellos en nombre de todos de esta manera: »Nuestro padre, lo que yo te digo, te dicen todos los que estan aquí: tú nos conoces: sabes que nos faltan viveres: que apenas hemos podido dar la ultima mano á nuestros sembrados; y que hasta la cosecha no podemos vivir sino vamos á buscar alimento en la ribera del mar. Seria de mucha tristeza para nosotros estar privados de nuestra oracion; y así esperamos que nos querrás acom-

pañar, para que buscando de qué vivir, no interrumpamos la oracion. Cuidarán de tu embarco fulano y fulano; y lo que tengas que llevar se pondrá en las otras canoas. Esto tenia que decirte. Luego que les respondo que vengo en lo que me piden, todos me dan gracias, y al punto salimos del pueblo.

Llegando al parage donde hemos de pasar la noche, se plantan en tierra unas estacas de trecho en trecho para formar una capilla, y se cubren con una tienda grande de terliz, dexando solamente una puerta. Todo está executado en un quarto de hora. Llevo siempre conmigo una hermosa tabla de cedro, de largo de quatro pies, con su pedestal, y sirve de altar, al qual cubre un dosel muy decente. Adorno lo interior de la capilla con bellas piezas de seda: una estera de junco teñida y bien trabajada, ó una piel grande de oso sirve de alfombra. Todo lo dicho está prevenido, y no hay mas que ponerlo, estando formada la capilla. De noche duermo sobre un tapiz: duermen los salvages al ayre en campo raso quando hace buen tiempo: si llueve ó nieva se cubren con cortezas de arboles, de que llevan provision, y las doblan como si fueran de lienzo. Si el camino se hace en invierno, se limpia y se quita la nieve del terreno que ha de ocupar

la capilla. Cada dia se hace en ella la oracion de la mañana y de la noche, y ofrezco el Santo Sacrificio de la Misa.

Habiendo los salvages llegado á su término, su primera ocupacion es formar una iglesia con las cortezas de árboles. Llevo conmigo mi capilla, y todo lo necesario para adornar el coro, que hago entapizar con piezas de seda y bellas indianas. Se celebra el Divino Oficio como en el lugar; y en efecto, en menos de una hora forman un pueblo con sus cabañas hechas de cortezas. Despues de la Asumpcion dexan el mar, y vuelven al lugar á recoger los granos: allí pasan muy pobremente hasta Todos Santos, que vuelven segunda vez al mar. En esta temporada se regalan bien: ademas de los pescados grandes, de los testaceos y las frutas, hallan abutardas y todo género de caza con que se cubre el mar donde hacen rancho, y es un parage lleno de pequeñas islas. Los cazadores que salen por la mañana á caza de ánades y otras aves, suelen matar veinte de ellas de un solo tiro de fusil. Llegando la Purificacion, ó á mas tardar el miercoles de Ceniza, vuelven al lugar, y los cazadores se distribuyen por los montes á caza de osos, tasugos, cabras monteses y castores.

Muchas veces me ha dado esta buena gente pruebas del mas sincéro afecto, y prin-

cipalmente en dos ocasiones, en que hallándome con ellos en la ribera del mar, se asustaron vivamente por mi causa. Estaban un dia ocupados en su caza, y se esparció la voz que hábia una partida Inglesa hecho irrupcion en mi quartel y llevadome prisionero. En el instante mismo se juntaron, y la resulta de su consejo fue, que seguirian á los Ingleses hasta alcanzarlos, y me arrancarian de sus manos, aun á costa de sus vidas. Diputaron al mismo tiempo, muy entrada la noche, dos jóvenes salvages á mi quartel. Entraron en mi cabaña estando yo componiendo en la lengua del pais la vida de un Santo. Al verme, exclamaron: nuestro Padre, ¡quánto nos alegramos de verte! También me alegro, les respondí, de veros: ¿qué os trae por aquí en un tiempo tan malo? Venimos, me dixeron, porque nos habian dicho que te habian llevado prisionero los Ingleses. Veniamos á observar sus huellas, y no tardarán en llegar nuestros guerreros en su seguimiento, para dar un asalto al castillo, donde, si hubiera sido verdadera la noticia, te hubieran sin duda encerrado los Ingleses. Hijos mios, les respondí, ya veis que vuestro susto ha sido mal fundado; pero el cariño que me muestran mis hijos, me llena el corazon de alegria, porque es una prueba de su amor á la oracion. Mañana despues de oir Misa partiremos de aquí, para desen-

gañar á nuestros valientes guerreros, y sacarlos de toda inquietud.

Otro susto igualmente mal fundado me causó grande embarazo, y me expuso á perecer de hambre y miseria. Vinieron exâlados dos salvages á mi rancho á avisarme que habian visto á los Ingleses á media jornada de allí. Nuestro Padre, me dixeron, no hay que perder tiempo: es preciso que te retires: corres aquí demasiado riesgo: nosotros los esperarémos, y quizá les saldremos al encuentro. Parten ahora mismo los corredores á observarlos; pero es preciso que te vayas al lugar con esta gente que traemos para conducirte. Sabiendo que estás en lugar seguro, estarémos sosegados. Partí al amanecer con diez salvages que me servian de guias; pero á pocos dias de marcha nos hallamos sin provisiones. Mataron mis conductores un perro que les seguia, y lo comieron; comieron luego unos sacos de lobos marinos; pero no me fue posible probarlos. Yo me mantenia de una especie de madera, que cocida es tan tierna como los rabanos á medio cocer; con esta diferencia, que el corazon es muy duro, y se arroja: no tenia mal gusto, pero me costaba mucho tragarlo. Hallaba tambien pegadas á los arboles unas excrescencias de madera blancas como las mas grandes setas: las cociamos y reduciamos á una especie

de caldo, pero no por eso tenia su gusto. Otras veces haciamos secar á la lumbre cortezas de roble verde, las machacabamos despues, y haciamos de ellas una especie de olla, ó secabamos las hojas que brotan en las aberturas de las rocas, que llaman tripas de roca, las cociamos, y salia un caldo muy negro y desagradable. Comí de todo lo dicho, porque todo lo traga la buena hambre.

Con tales alimentos era preciso que las jornadas fuesen cortas. Llegamos á un lago que comenzaba á deshelarse, habiendo ya quatro dedos de agua sobre el hielo. Lo atravesamos con nuestros zapatos de raqueta, pero como son de agujetas de pieles, mojándose se hicieron tan pesados, que apenas pudimos dar paso. Marchaba uno delante para sondear el camino: no obstante de repente me hallé en el agua hasta las rodillas: otro que iba á mi lado, cayó hasta la cintura en el agua, y creyó que se moria. Acercándome yo para darle la mano, entré aun mas adentro en el agua; en fin, no sin gran trabajo salimos del peligro, porque nos embarazaba el calzado, y no podiamos soltarlo. No obstante, corrí menos peligro de ahogarme que de morir de frio en la laguna medio helada. Nos esperaban otros peligros para el dia siguiente en el paso de un rio que atravesamos sobre los hielos que nadaban sobre el agua. Salimos bien de este

paso, y llegamos al lugar. Al punto desenterré un poco de maiz que habia dexado en mi choza, y lo comí crudo como estaba, para amortiguar un poco la hambre; entretanto hacian los pobres salvages quanto podian para regalarme. En efecto, la comida que me dispusieron, aunque frugal y muy poco apetitosa, era en su idea un verdadero banquete. Me sirvieron un plato de cocido hecho de maiz, por segundo plato me dieron un pedacito de oso con bellotas, y una torta de maiz cocida debaxo de la ceniza. Los postres consistian en una mazorca de maiz tostada á la lumbre, con algunos granos de lo mismo, cocidos debaxo de la ceniza. Preguntándoles yo, por qué me regalaban tanto, me respondieron: nuestro Padre, nada has comido en dos dias: ¿podiamos hacer menos? Quiera Dios que te regalemos muchas veces de esta manera.

Entretanto que descansaba de mis fatigas, un salvage que tenia su rancho cerca del mar, y no sabia mi regreso al lugar, causó otro nuevo susto. Habiendo venido á mi quartel, y no hallando ni á mí ni á los otros aquartelados conmigo, tuvo por cierto que los Ingleses nos habian llevado prisioneros: siguió su camino á dar aviso á sus compañeros, y llegó á la orilla de un rio. Allí levantó la corteza de un arbol, y con carbon pintó los Ingleses al re-

dedor de mí, y uno de ellos que me cortaba la cabeza. Este es el modo de escribir de los salvages, y se entienden entre sí con estas figuras tan bien como nosotros con nuestras letras. Rodea la pintura al rededor de un palo, y lo pone derecho en la orilla del rio para instruir á los pasageros de lo que me habia sucedido. Poco despues pasaron por allí algunos salvages en seis canoas para venir al lugar. Vieron la corteza, y se dixeron: »vamos á ver lo que dice esa escritura: leyéndola, exclamaron: ay! los Ingleses han muerto á los del quartel de nuestro Padre, y á él le cortaron la cabeza." Se quitaron al instante la trenza de sus cabellos, dexándolos caer sobre los hombros, y se sentaron al rededor del palo sin hablarse palabra hasta el dia siguiente: es entre ellos esta ceremonia muestra de la mayor afliccion. Prosiguieron despues su camino hasta media legua del lugar, y enviaron delante dos salvages á ver si habian los Ingleses quemado el fuerte y las cabañas. Rezaba mi oficio paseándome á lo largo del castillo y del rio, quando llegó enfrente de mí el salvage al otro lado: luego que me vió, exclamó diciendo: Padre mio, ¡quánto me alegro de verte! se habia muerto mi corazon, y viéndote ha resucitado. Hemos visto la escritura que decia que te habian cortado la cabeza los Ingleses: ¡quán-

to me alegro que sea falso! Le ofrecí enviarle una canoa para que pasase el rio, y me respondió: basta que te haya visto: ya vuelvo al punto á llevar tan agradable noticia á los que me esperan: ya vendremos á verte; y en efecto, llegaron aquel mismo dia.

Pienso haber satisfecho á lo que me pediais, dandoos noticia de la naturaleza del pais, del caracter de los salvages, de mis ocupaciones, de mis trabajos, y peligros á que estoy expuesto: juzgareis sin duda, que tengo que temer á los Ingleses nuestros vecinos. Es cierto que mucho tiempo ha que han jurado mi muerte: pero ni su mala voluntad ni sus amenazas, podrán jamas separarme de mi amado rebaño."

Este zeloso Misionero fue al cabo asesinado al año siguiente por los Ingleses.

CARTA CCCCLXXIX.

Misiones del Misisipi.

Aunque ya he dado algunas noticias acerca de los salvages que habitan junto al Misisipi, añadiré aquí otras mas individuales extractadas de algunas cartas de los Misioneros que se emplearon en su conversion. Sea la primera la que el P. Marest escribió desde Cascakias el año de 1712.

Nada hay tan dificil, dice, como la conversion de los salvages: cada uno es un milagro de la misericordia divina. Se ha de comenzar por hacerlos hombres, antes que se trabaje para hacerlos Christianos. Como son dueños absolutos de sí mismos sin sujecion á ley alguna, la independencia en que viven los hace esclavos de sus mas brutales pasiones. Es verdad que tienen xefes, pero sin autoridad alguna. Si se valieran de amenazas, lejos de hacerse respetar, se verian presto abandonados de aquellos mismos que los habian elegido por superiores. Merecen éstos su estimacion y respeto, en quanto tienen (segun la frase del pais) con qué hacer caldera, esto es, festines y banquetes á los que les obedecen.

De esta independencia nacen todos los vicios que los dominan. Son cobardes, tray-

dores, ligeros, inconstantes, embusteros, ladrones por genio, de manera que se glorían de su destreza en hurtar: brutales, sin honra, sin palabra, capaces de executar qualquiera cosa quando experimentan la liberalidad agena, pero al mismo tiempo ingratos y sin reconocimiento. Hacerles bien gratuitamente, es fomentar su fiereza natural, y hacerlos mas insolentes. Me temen, dicen ellos, me buscan: y así, por mas deseo que se tenga de obligarlos, se hace preciso ponderarles los pequeños servicios que se les hacen.

La gula y la impureza son sus vicios dominantes. Se acostumbran á las acciones mas detestables, aun antes de estar en edad de conocer bien la vergüenza que naturalmente las acompaña: si se añade al retrato que acabo de hacer, la vida errante que tienen andando siempre en los bosques á caza de las bestias montaraces, se convendrá facilmente, que la razon ha de estar muy embrutecida en ellos, y que son poco aptos para sujetarse al yugo del Evangelio: pero quanto mas apartados estan del reyno de los Cielos, tanto mas debe animarse nuestro zelo para atraerlos, y hacerlos entrar en él.

Habitan los Ilineses un pais muy ameno: lo riegan algunos rios grandes; y sus inmensos y espesos bosques, sus risueños prados, sus colinas cargadas de frondosas

arboledas, forman una variedad que embelesa. Bien que este pies está mas al mediodia que Provenza, el invierno es allí mas largo; pero el frio es bastante templado. En el verano el calor es menos intenso, porque los bosques, rios, lagos y estanques refrescan el ayre.

Desagua el rio de los Ilineses en el Misisipi ácia treinta y nueve grados de latitud: corre hasta unas ciento y cincuenta leguas, y apenas es navegable sino en la primavera. Su curso es á Sud-Oeste, y viene del Nord-Este Oest-Nord-Este. Pacen grandes manadas de bisones, cabras monteses, ciervos, venados y otros animales silvestres en sus campos y prados. Las aves son en mayor abundancia, y mas que todas los cisnes, grullas, abutardas y anades. La avena loca que produce la naturaleza en los campos, los engorda de tal manera, que mueren á veces de crasitud y sufocacion. Tambien de pavos hay grande abundancia, y son tan buenos como en nuestras provincias.

Su rio no sirve de limite á su pais, que se extiende lo largo del rio Misisipi por uno y por otro lado, y tiene como doscientas leguas de largo, y mas de ciento de ancho. El Misisipi es uno de los mas celebres rios del mundo. Estos años pasados una chalupa lo subió por espacio de ochocientas leguas, y unas cataratas ó quebradas no la dexaron subir mas arriba.

Siete leguas mas abaxo de la embocadura del rio de los Ilineses se encuentra otro gran rio llamado Missuri, ó mas comunmente *Pekitanoa*, que quiere decir agua cenagosa, y se descarga en el Misisipi al Poniente. Es muy rápido y turba las cristalinas aguas del rio en que entra, y que corre desde allí hasta el mar. Nace al Nord-Oeste no lejos de las minas que tienen los Españoles en el reyno de México, y es de mucha conveniencia para los Franceses que andan por aquel pais.

Como ochenta leguas mas abaxo del lado del rio de los Ilineses, quiero decir, al Oriente, porque el Misisipi corre por la mayor parte de Norte á Mediodia, se descarga otro hermoso rio, llamado *Ouabache*, que nace al Este Nord-Este. Tiene tres brazos, el uno llega hasta el pais de los Iroqueses, el otro se extiende ácia la Virginia y la Carolina, y el tercero hasta los pueblos de los Miamis. Se pretende que allí se hallan minas de plata: lo cierto es que en este pais se hallan minas de plomo y estaño; y que si vinieran mineros de profesion á buscarlas, hallarian quizá minas de cobre y de otros metales.

Ademas de los grandes rios que riegan un pais tan dilatado, son muchos los riachuelos. Sobre uno de ellos está situado el lugar de nuestra residencia al Este entre el

rio Ouabache y Pekitanoa : estamos á los treinta y ocho grados. En la orilla del primero de estos rios pacen muchos bisones y osos : la carne de éstos quando tienen poco tiempo , es un manjar muy delicioso.

Las lagunas estan llenas de raices: algunas de ellas son excelentes, como son las criadillas de tierra y otras , cuyos nombres bárbaros no hay por qué referir aquí. Los arboles son muy altos y frondosos : á uno de ellos se ha dado el nombre *Cedro del Monte Lybano*: es un arbol muy derecho , que echa sus ramas por lo alto , y forman una especie de corona. El copal es otro arbol , del qual sale una goma ó aníme de tan agradable olor como el del incienso

Los arboles frutales no son aquí en gran número. Se hallan manzanos , ciruelos silvestres , que producirian quizá buena fruta si estuvieran ingertos: muchos morales, cuya fruta no es tan buena como en Francia, y diferentes especies de nogales. Los pacanes (así llaman la fruta de cierto nogal) son de mejor gusto que las nueces de Francia. Nos han traido alberchigos de Misisipi, que prueban muy bien ; pero entre todas las frutas del pais las que me parecen mejores , y que seguramente serán estimadas en Francia , son las *plakeminas y las raceminas*. Estas son casi dos veces tan largas como el dedo , y gruesas como el brazo de

un niño : aquellas se parecen á los nisperos; pero su corona es mas pequeña. Tenemos tambien ubas, pero no son siquiera medianamente buenas : se cogen en lo mas alto de las parras. Nos hemos visto alguna vez necesitados á hacer vino de ellas, por no tener otro para decir misa. No estan hechos los salvages á coger la fruta en el arbol, porque tienen por mas conveniencia derribar los arboles mismos : y así apenas se ve arbol frutal al rededor de las poblaciones.

Debiera, al parecer, un pais tan agradable y tan dilatado como éste, estar lleno de lugares muy poblados; sin embargo, solas tres aldeas hay, contando ésta en que vivimos. La una está mas de cien leguas de aquí, y tendrá de ochocientas á novecientas almas : y la otra está en la ribera del Misisipi á veinte y cinco leguas de nuestro lugar. Los hombres son por lo comun de buena estatura, ligeros, corren mucho, estando acostumbrados desde su tierna edad á correr en los bosques tras de los animales. Los hombres llevan solamente cubierta la cintura; lo demas del cuerpo está desnudo. Las mugeres se cubren tambien el seno con pieles de cabrito; pero los unos y los otros se visten con modestia quando vienen á la iglesia, rodeándose el cuerpo con una grande piel, ó vistiéndose una ropa larga, hecha de muchas pieles cosidas unas con otras.

Son mucho menos bárbaros los Ilineses, que los otros salvages, habiéndolos humanizado poco á poco el christianismo, y el trato con los Franceses: bien se conoce en el lugar donde vivimos que se compone casi enteramente de Christianos, y por esto se han establecido en él muchos Franceses, y tres de ellos se han casado poco há con mugeres Ilinesas. No falta capacidad á estos salvages: son naturalmente curiosos, y se chanzean de un modo muy ingenioso. La caza y la guerra son toda la ocupacion de los hombres: lo demas del trabajo se reparte entre las mugeres y muchachas. Ellas preparan la tierra que se ha de sembrar, hacen la cocina, muelen el maiz, construyen las chozas, y las llevan sobre sus hombros, quando se mudan. Fabrican sus cabañas con esteras hechas de juncos llanos, que con habilidad cosen unos con otros de modo que no los puede penetrar el agua quando son nuevos. Tambien se ocupan en trabajar la lana de los bisones, y hacen de ella ceñidores y sacos; este ganado bacuno se diferencia mucho del de Europa. Tiene este una corcoba grande sobre los hombros, y están cargados de una lana muy fina, que es tan util á nuestros salvages, como lo fuera la lana de carneros, si los hubiera en su pais.

Las mugeres así ocupadas, y humilladas con el trabajo, son por lo mismo mas dóci-

les á las verdades del Evangelio. No sucede lo mismo baxando el Misisipi, donde la ociosidad que reyna entre las mugeres, causa los mas detestables desordenes, y las aparta enteramente del camino de la salvacion.

Seria dificil determinar qué religion es la que siguen los salvages. Consiste precisamente en algunas supersticiones, con que se abusa de su credulidad. Como todo su conocimiento se limita á conocer las bestias, y proveer á las necesidades de la vida, tambien á estos dos objetos se reduce todo su culto. Unos charlatanes, mas sagazes que los otros, se hacen respetar por su habilidad en engañarlos. Persuaden á los otros que honran una especie de Genio, al qual llaman Manitú, y segun ellos gobierna este Genio todas las cosas, y es el árbitro de la vida y de la muerte. Un páxaro, un buey, un oso, ó por mejor decir, el plumage de las aves, y la piel de estos animales, es lo que llaman su Manitú: lo ponen en sus chozas, y le sacrifican perros y otros animales.

Los guerreros llevan sus Manitus en una estera, y los invocan sin cesar para alcanzar victoria sobre sus enemigos. Los charlatanes invocan tambien á sus Manitus, quando componen sus medicinas, ó las aplican á sus enfermos. Sus oraciones son acompañadas de canciones, danzas, y espantosas con-

torsiones, para dar á entender que están agitados de sus Manitùs; y al mismo tiempo agitan ellos de tal modo á sus enfermos, que freqüentemente les causan la muerte. En sus diferentes agitaciones, ya nombran un animal, ya otro: luego chupan la parte del cuerpo, en que siente dolor el enfermo; habiendola chupado por algun tiempo, se levantan de repente, le arrojan un diente de oso, ó de otro animal, que tenian escondido en la boca: al punto dan gritos diciéndole: amigo, ya estás bueno, aquello es lo que te mataba. Luego pidiendo aplausos, dice: quién puede resistir á mi Manitu? No es él árbitro de la vida? Si llega á morir el enfermo, tiene prevenida otra escusa, para echar la culpa á otra cosa sobrevenida desde que se apartó del enfermo; pero si recobran la salud, entonces le estiman, hacen caso de él, y le miran como si fuera un Manitu; y pagandole bien su trabajo, lo que hay de mejor en el lugar, es para su regalo.

La autoridad, que usurpan tales charlatanes, es de grande estorvo á la conversion de los salvages: abrazar el christianismo, y exponerse á sus insultos y violencias es una misma cosa. Habrá un mes que lo probó en sí una moza Christiana: pasaba con el rosario en la mano delante de la choza de uno de estos impostores; imaginándose éste que la vista de otro rosario semejante habia dado

la muerte á su padre, se enfureció, tomó su fusil, é iba ya á dispararlo contra ella, y lo hubiera hecho, á no haberlo impedido algunos salvages que se hallaban presentes.

Nada diré de los muchos malos tratamientos que he padecido de ellos, ni quantas veces hubiera muerto á sus golpes, si no me hubiera preservado de su furor una particular proteccion de Dios. Una vez, entre otras, uno de ellos me hubiera abierto la cabeza en dos partes con una hacha, si no me hubiera apartado un poco al tiempo que tenia el brazo levantado para descargar el golpe. Gracias á Dios que nuestro lugar está ya limpio de tales embaucadores. El cuidado que hemos tomado de los enfermos, los remedios que les aplicamos, y que por la mayor parte los sanan, han quitado el crédito y reputacion á los charlatanes, y los han obligado á establecerse en otra parte.

Sin embargo, algunos de ellos no son del todo tan brutales. Se puede alguna vez conversar con ellos, y emplear algunos medios, para desengañarlos de la loca confianza que tienen en sus Manitus, pero rara vez surte efecto. Una conversacion que tuvo uno de nuestros padres con un charlatan, dará á conocer hasta donde llega su obstinacion en este punto, y quál debe ser la condescendencia de un Misionero, para refutar las grandes extravagancias con que están prevenidos.

Habiendo venido los Franceses á construir un Fuerte sobre el rio Ouabache, pidieron un Misionero, y fue señalado el padre Mermet. Formó este padre la resolucion de trabajar en la conversion de los Mascutenes, que habian hecho un lugar en la ribera del mismo rio. Es nacion de salvages que entiende la lengua Ilinesa; pero por su extremada inclinacion á las supersticiones de los charlatanes, no estaba dispuesta á oir las pláticas del Misionero.

Tomó el padre Mermet el partido de confundir en presencia de ellos á un charlatan, cuyo Manitu era un buey, al qual adoraba. Habiéndole poco á poco hecho confesar, que no adoraba al buey sino á un Manitu de buey, que está debaxo de tierra, que da vida á todos los bueyes, y la salud á sus enfermos; le preguntó el padre, si los otros animales, v. gr. el oso, que adoraban sus compañeros, estaba tambien animado por un Manitu, que está debaxo de tierra? Sin duda, respondió el charlatan. Si eso es así, replicó el Misionero, tambien los hombres tendrán un Manitu que los anime. Es cierto, dixo el otro. Bastame eso, le dixo entonces el Misionero, para convencerte que tienes poca razon, porque si el hombre que está sobre la tierra, es el Señor de todos los animales, si los mata y los come, es preciso que el Manitu, que anima á los hombres, sea tambien

Señor de todos los demas Manitus. ¿Qué razon, pues, hay para no invocar al que es Señor de todos los otros? Este discurso desconcertó al charlatan, y fue todo el efecto que produxo, porque prosiguieron, como antes, dados enteramente á sus ridiculas supersticiones. En aquel mismo tiempo, una enfermedad contagiosa llenó el lugar de mortandad, y cada dia morian muchos salvages. No se libraban los charlatanes, y morian como los demas. Juzgó el Misionero que podia merece su confianza, tomando á su cuidado los enfermos, aunque muchos. Se aplicó sin descanso á su alivio; pero su zelo estuvo para costarle la vida. Los servicios que les hacia, se pagaban con ultrages: algunos dispararon flechas contra él, pero cayeron á sus pies, ó porque la mano que las tiraba era demasiadamente debil, ó porque Dios, que guardaba al Misionero para otros trabajos, le habia librado de su furor. No dexó el padre de administrar el Bautismo á algunos salvages, que lo pidieron con instancias, y murieron poco despues de haberlo recibido.

Entretanto se alejaron los charlatanes del Fuerte, para hacer un gran sacrificio á su Manitu. Le sacrificaron hasta quarenta perros, y los pusieron en la punta de unas varas, cantando, danzando, y haciendo mil gesticulaciones extravagantes. No cesaba la

mortandad por todos sus sacrificios. Le vino, pues, á la cabeza al xefe de los charlatanes, que su Manitu, mas debil que el de los Franceses, habia tenido que cederle su lugar. Con esta persuasion dió muchas vueltas alrededor del Fuerte, gritando con todas sus fuerzas: somos muertos; poco á poco, Manitu de los Franceses: hiere suavemente, no nos mates. Luego hablando con el Misionero, decia: detente, buen Manitu, haz que vivamos: tienes la vida y la muerte en tu cofre, dexa la muerte, danos la vida. Apaciguóle el Misionero, y le dió palabra de tomar aun mas cuidado de los enfermos; pero á pesar de su asistencia, murió mas de la mitad del lugar.

Volviendo ahora á nuestros Ilineses, se diferencian mucho de estos salvages, y de lo que ellos mismos fueron en otro tiempo. El christianismo, como ya tengo dicho, ha humanizado sus feroces costumbres, y se distinguen ahora por sus modales políticos y suaves, por lo qual se han casado algunos Franceses con sus hijas. Los hallamos dociles y fervorosos en el exercicio de las virtudes christianas. El orden y distribucion que guardamos cada dia, es el siguiente. Muy de mañana llamamos á los catecumenos á la Iglesia, donde hacen oracion, oyen una plática, y cantan algunas coplas espirituales. Habiéndose estos retirado, se dice la Misa, á la qual asisten todos los Christianos, los hombres á un

lado, y las mugeres al otro. Hacen tambien oracion, á la qual se sigue una plática; y acabada ésta va cada uno á su trabajo. Lo demas de la mañana gastamos en visitar á los enfermos, en darles los remedios necesarios, en instruirlos, y en consolar á los afligidos.

Por la tarde explicamos el catecismo, á que asisten todos, Christianos y Catecumenos, hombres y niños, jóvenes y viejos: y cada uno sin distincion de clase ni edad, responde á las preguntas que le hace el Misionero. Como no tienen libro alguno, y por naturaleza son muy dexados, presto se olvidarian de los principios de la religion, si con pláticas casi continuas no se les refrescara la memoria. Lo que queda del dia se gasta visitando sus chozas.

Al anocher se juntan todos otra vez en la Iglesia, para oir otra exôrtacion, encomendarse á Dios, y cantar algunos cánticos. Los Domingos y dias de fiesta añadimos á lo referido un sermon, que empieza acabadas las vísperas. Es admirable el fervor con que á todas estas horas viene esta buena gente á la Iglesia. Interrumpen su trabajo, y acuden de muy lejos, para no faltar al tiempo señalado. Por lo comun dan fin al dia con juntas particulares en sus casas, y separados los hombres de las mugeres, rezan allí el rosario á dos coros, y cantan cosas devotas hasta muy entrada la noche. Estos cánticos

son verdaderas exôrtaciones, y les quedan mas facilmente impresas en la memoria, por ser el tono que cantan usado entre ellos y de su gusto.

Freqüentan mucho los Sacramentos, y es costumbre entre ellos confesar y comulgar de quince en quince dias. Nos hemos visto precisados á fijarles el dia en que se podrian confesar, porque sin esta prevencion no nos dexarian lugar para los demas ministerios. Los Sabados y Domingos de cada semana los oimos de confesion, y en estos dias nos fatiga mucho el gran número de los penitentes. La asistencia á los enfermos nos gana toda su confianza, y principalmente en estas horas recogemos el fruto de nuestros sudoros. Es entonces entera su docilidad, y comunmente tenemos el consuelo de verlos morir con grande paz, y con vivas esperanzas de unirse presto con Dios en el cielo.

Hemos perdido poca gente en este año; pero echo menos á uno de nuestros instructores, cuya vida y muerte han sido muy edificativas. Llamamos aquí instructores á los que son llamados catequistas en las otras Misiones, porque instruyen á los Catecumenos, y recien convertidos, no en la Iglesia, sino en las chozas. Tambien tenemos instructoras para las mugeres y muchachas.

Como nuestros salvages viven solamente de la carne de los animales que matan en la

caza, y que secan al humo, en algunas temporadas dexan todos el lugar, y se esparcen por los bosques para cazar. Es este tiempo muy crítico, y en que mas que nunca necesitan de la presencia del Misionero, quien por esto mismo se ve precisado á acompañarlos en todas sus correrias.

Hay dos principales cazas, la del verano, á lo mas, dura tres semanas: la del invierno es de quatro á cinco meses. Siendo la del verano la mas corta, es no obstante la mas penosa. Costó la vida al padre Bineteau: seguia á los salvages en los grandes calores del mes de Julio. Unas veces se veia en peligro de ahogarse en medio de las hiervas, que aquí son muy altas. Otras veces padecia una sed rabiosa, no habiendo en los prados ya secos una sola gota de agua con que apagarla. Entre dia corria el sudor por todo su cuerpo, y de noche tenia que descansar sobre la tierra dura, expuesto al rocío, á la inclemencia del ayre, y á otras muchas miserias que dexo de referir. Le causaron todas estas fatigas una enfermedad fuerte y violenta que le quitó la vida, y espiró en mis brazos.

En el invierno se reparten los salvages en muchas tropas, y buscan los parages donde presumen que habrá mas abundante caza. En tales lances quisieramos estar en todas partes, para no perderlos de vista. Hacemos lo que podemos, recorriendo uno tras otro

sus diferentes campamentos, para matenerlos en la piedad, y administrarles los Sacramentos. Nuestra aldea es la única, en la qual pueden quedar algunos salvages en el tiempo de estas correrias. Muchos de ellos, siguiendo el exemplo de los Franceses establecidos en el lugar, crian pollos y cerdos; y por eso están dispensados, por la mayor parte, de tales cazas y batidas.

Estas correrias, precisas de quando en quando, ó para acompañar á los salvages, ó por otras razones importantes al bien de la Mision, son en extremo penosas: se hará juicio de ellas por la relacion que voy á dar de algunas que hice estos últimos años, y del modo con que viajamos en este pais.

Como la distancia de un lugar al otro es solamente de veinte y cinco leguas, se duerme una sola noche fuera de poblado, con tal que se ande bien. La comida que se toma en el camino, consiste en algunas mazorcas de maiz, y un pedazo de baca ahumada, que se lleva consigo. Apretando la hambre, se enciende lumbre cerca de algun riachuelo, para que no falte la bebida: se tuesta el maiz y la carne, y despues se acuesta uno cerca de la lumbre, volviéndose del un lado, y del otro para calentarse, segun pide la necesidad.

Quando llegué á mi lugar, ya se habian ido casi todos los salvages, y se habian repartido á lo largo del Misisipi: al punto me

puse en camino para alcanzarlos. Apenas habia andado seis leguas, quando hallé tres chozas, en una de las quales estaba un buen viejo muy enfermo: le confesé, le di algunos remedios, y palabra de volverle á ver haciendo juicio que le quedaban aun muchos dias de vida.

Cinco ó seis leguas mas allá vi un gran número de chozas, que formaban una especie de lugar. Aquí me detuve algunos dias, para exercer mis acostumbrados ministerios. En ausencia del Misionero nunca dexan los salvages de juntarse cada dia en una choza grande, donde hacen oracion, rezan el rosario, y cantan hymnos hasta muy entrada la noche, porque en el invierno, como las noches son largas, pasan una gran parte de ellas cantando alabanzas á Dios. Tenemos cuidado de señalar alguno de los mas fervorosos y respetados, para que presida á estas juntas.

Ya habia algunos dias que estaba con mis queridos neofitos, quando me dieron aviso que á diez y ocho leguas de distancia baxando el Misisipi habia algunos enfermos que necesitaban de mi asistencia. Me embarqué al punto en una piragua, que es una especie de barco hecho de un arbol grande y hueco, que tiene hasta quarenta pies de largo, y es muy mazizo: esto aumenta mucho la fatiga quando se remonta el rio.

Por fortuna teniamos que baxar por él, y como su rapidez iguala en este parage á la del Ródano, anduvimos las diez y ocho leguas en un dia solo.

Los enfermos no estaban tan malos como me habian informado, y en breve tiempo les di alivio con mis remedios. Como habia allí una iglesia y un gran número de chozas, me detuve con ellos algunos dias, para animar su fervor con frecuentes exôrtaciones, y con la participacion de los Sacramentos. Tienen nuestros salvages tanta confianza en el Misionero que los gobierna, que con admirable abertura de corazon le descubren quanto ha pasado en su ausencia: y así quando sucede algun desorden, ó que se ha dado alguna ocasion de escándalo, informado el Misionero, está en estado de remediarlo, y de prevenir las malas consecuencias que pudiera tener.

El conocimiento que tenemos de la inconstancia de los salvages, nos causó despues mucha inquietud por la mision de los Peuarias. Lo lejos de su lugar, que es el mas grande que hay en estos parages, nos estorvaba hacer allá frecuentes excursiones. Por otra parte los malos tratamientos que habian hecho al difunto Padre Graviér, obligaron á los Gobernadores de Canadá y de la Mobila á mandar á los Franceses que no comerciasen con ellos. A la verdad, los mas

Christianos del lugar habian venido á establecerse aquí con nosotros; pero quedaban allá otros muchos, que no estando animados con nuestras instrucciones, podian vacilar en la fe.

En fin, quando pensabamos menos en renovar esta mision, supimos por algunos Franceses que clandestinamente habian traficado con ellos, que estaban los salvages muy humillados por el abandono en que los habiamos dexado: que en muchos reencuentros habian sido vencidos por sus enemigos, por no haberlos proveido de polvora los Franceses: que parecian vivamente sentidos del modo indigno con que habian tratado al Padre Graviér, y que con instancias pedian un Misionero.

Estas noticias me hicieron juzgar que convenia aprovecharme de la favorable disposicion de los Peouarias para restablecer la mision sobre su pie antiguo. Partí, pues, el viernes de la semana de Pasqua, un dia solo tuve para prevenirme á tan largo viage, porque me instaban dos Peuarias que querian volverse, y me alegraba de ir en su compañia. Algunos otros salvages nos acompañaron hasta el lugar de los Tamaruas, adonde llegué el segundo dia de mi partida. Salí de allí el dia siguiente, no teniendo mas que el Crucifixo y brevario, acompañado de solos tres salvages, dos de los qua-

les no eran Christianos, y el tercero no era mas que Catecúmeno.

Confieso que me hallé embarazado al verme entregado á tres salvages, en quienes no podia tener confianza. Por un lado se me representaba la ligereza de estas gentes, que quizá al primer capricho me abandonarian: por otro lado me venia al pensamiento, y me hacia casi desmayar el horror de estas selvas, y estos paises inmensos desiertos y sin habitadores, adonde pereceria infaliblemente si me abandonaban.

Los viages que se hacen en este pais no se pueden cotejar con los que se hacen en Europa, adonde de trecho en trecho se encuentran lugares y poblaciones, buenas posadas, puentes ó barcas para pasar los rios, caminos reales que conducen al término, personas que muestran el camino, si acaso se ha extraviado; pero aquí nada hay de todo eso: caminamos doce dias sin encontrar una alma. Unas veces nos veiamos en unos prados que se perdian de vista, cortados con arroyos y rios, sin hallar senda alguna que nos guiase: otras veces teniamos que abrir paso por espesas selvas y matorrales, llenos de malezas y espinas: y no pocas veces teniamos que caminar por las lagunas cenagosas, entrando hasta medio cuerpo en el cieno.

Despues de tantas fatigas durante el dia, tomabamos de noche el descanso sobre la yer-

ba, ó sobre las hojas de algun arbol, expuestos al ayre, á la lluvia y á las inclemencias del tiempo, teniendo por mucha fortuna el estar cerca de algun riachuelo; porque sino, por mas sed que se tenga, se pasa la noche sin poderla apagar. Se enciende lumbre, y si se ha muerto alguna res en el camino, se asan algunos trozos, y se comen con mazorcas de maiz, si acaso se llevan de provision.

Sin contar todas los incomodidades comunes á los que hacen viages por estos desiertos, tuvimos la pena de ayunar bien en todo el camino; no porque no hubiese cabras monteses, venados, y sobre todo bisones en abundancia, sino porque los salvages no podian matar alguno. Habiendo oido la vispera de nuestra partida, que el pais estaba infestado de enemigos, no quisieron tomar sus fusiles por no ser descubiertos por los tiros que disparasen, ó embarazados de sus armas, si les era preciso valerse de sus pies: y así sus flechas eran las armas unicas que llevaban, y los bisones que flechaban, huian con el dardo que los habia herido, yendo á morir muy lejos de nosotros.

En lo demas esta pobre gente tuvo gran cuidado de mí: me llevaban sobre sus hombros quando habia que pasar algun arroyo, y quando encontrabamos algun rio profundo, ataban varias ramas de leña seca, y habiendome sentado encima como en una espe-

cie de barca, se echaban á nado, y me empujaban delante de sí hasta la otra orilla.

¡No sin razon temian el encuentro de alguna partida de guerreros; porque no habria quartel para ellos, ó les arrancarian la cabellera, ó los harian prisioneros, para quemarlos despues á fuego lento, ó para echarlos en la caldera. No hay cosa tan espantosa como la guerra de estos salvages: por lo comun son partidas de veinte, treinta ó quarenta hombres, y alguna vez de seis ó siete no mas, y éstos son los mas temibles, porque como toda su destreza consiste en sorprender al enemigo, el pequeño número facilita su emboscada, para dar mas seguramente el golpe que quieren. No se precian estos guerreros de acometer de frente al enemigo quando está sobre las armas, porque para eso, aun siendo diez contra uno, ninguno quisiera ser el primero en el abance. El método, pues, que guardan, es seguir el rastro de sus enemigos, y matar al que encuentran dormido, ó ponerse en emboscada en los contornos de los lugares, romper la cabeza al primero que sale, y quitarle el cabello para triunfar despues entre sus paysanos, del modo siguiente.

Quando un guerrero ha muerto á su enemigo, saca el cuchillo, le arranca la piel con el cabello, y lo lleva en triunfo á su pueblo. Cuelga por muchos dias el cabello encima de su choza, y los del lugar vienen

á felicitarle por su valor : le llevan regalos, en prueba de lo que se interesan en su victoria. Algunas veces se contentan con tomarlos prisioneros ; pero al punto les desatan las manos , y los hacen correr delante de sí á toda prisa por no ser alcanzados por los compañeros de los prisioneros que llevan. Triste y lastimosa suerte es la de estos desdichados : muchas veces los queman á fuego lento , otras veces los echan en la caldera para regalar á todos los guerreros con sus carnes.

Desde el primer dia de nuestra partida hallamos huellas de una partida de estos guerreros. Admiré la penetrante vista de nuestros salvages : me mostraron sobre la yerba los vestigios enemigos , distinguian dónde habian estado sentados , por dónde habian andado , y quántos eran ; pero yo por mas que miraba no percibia el menor rastro de ellos. Fue mucha fortuna para mí que no se hubiesen asustado , y abandonándome enmedio de las selvas ; pero poco despues yo mismo sin querer les dí un terrible susto. Por tener los pies hinchados caminaba poco á poco , y ellos se habian adelantado , sin que yo hiciese reparo : me ví solo de repente , ya se dexa conocer quál seria mi temor. Llamélos , y no me respondieron : dí mas gritos, y ellos juzgando que estaba en manos de algun trozo de guerreros , arrojaban ya sus

mochilas para escapar mas aprisa : volvia á gritar, y cada grito aumentaba su temor. Los dos salvages idolatras ya escapaban ; pero el Catecúmeno, teniendo vergüenza de abandonarme , se acercó un poco para averiguar lo que habia : conociendo que no habia que temer , hizo la señal á sus camaradas , y llegando á mí , me dixo con voz trémula : *Mucho susto nos has dado : mis compañeros ya se iban , pero yo estaba resuelto á morir contigo , y no abandonarte.* Escarmenté con este caso , para no apartarme de mis compañeros , y ellos tambien de su parte estuvieron en adelante mas cuidadosos de no alejarse de mí.

Entretanto crecia la hinchazon de los pies : desde el primer paso del viage me habia hecho ampollas , sin hacer caso de ellas, creyendo que á fuerza de andar se endurecerian con la fatiga. Como el temor de encontrar partidas enemigos nos hacia andar largas tiradas sin parar , pasar la noche entre matorrales y zarzas para que el enemigo no pudiese sorpendernos sin ser apercibido , y por otra parte no nos atreviamos á encender lumbre por no ser descubiertos, me pusieron todas estas fatigas juntas en una triste situacion ; marchaba sobre mis llagas , y se compadecieron tanto de mí los compañeros , que resolvieron alternar para llevarme sobre sus ombros. Lo hicieron dos

dias seguidos; pero habiendo abanzado hasta el rio de los Ilineses, y estando á veinte y cinco leguas de los Peuarias, dixe á uno de los salvages que tomase la delantera, y avisase á los Franceses de mi llegada, y del mal estado en que me hallaba. No dexé entretanto de andar algo, arrastrándome como podia, y llevado de trecho en trecho sobre los hombros de los dos salvages que se habian quedado conmigo.

Al tercer dia vi llegar ácia Mediodia muchos Franceses que me traian una canoa con viveres. Se espantaron al verme tan lánguido: era efecto de la larga abstinencia, que habia guardado, y de los grandes dolores que sentia quando andaba. Como no tenia otra indisposicion, el descanso y el buen trato que me dieron, restablecieron muy en breve mis fuerzas; pero por mas de diez dias no pude mantenerme en pie.

Por otra parte me consolaron mucho las muestras y buena disposicion de los Peuarias. Todos los xefes del lugar vinieron á hacerme la reverencia, mostrando el gozo que tenian de verme otra vez, y suplicándome que me olvidase de sus culpas pasadas, y que fuese á vivir con ellos. Correspondí á estas pruebas de amistad con mucha ternura; y les dí palabra de fixar mi habitacion enmedio de ellos, luego, que conclu-

yese los negocios que me llamaban á Michilimakinac.

Habiendo quedado quince dias en este lugar, y recobrado mis fuerzas con la buena asistencia, pensé en continuar mi viage. Esperaba que los Franceses, que se habian de volver por aquel tiempo, me conducirian hasta el término adonde iba; pero como no habia llovido, no les fue posible salir del rio, por lo qual tomé el partido de ir al rio de San Joseph en la mision de los Putotamis. En nueve dias anduve este camino, que es de setenta leguas, parte por el rio, que tiene muchas corrientes, y parte atravesando por tierra. Me conservó Dios en este parage de un modo muy particular. Una partida de guerreros, enemigos de los Ilineses, vino á dar sobre unos cazadores, á un tiro de fusil del camino que yo llevaba: mataron á uno de ellos, y se llevaron á otro á su lugar, donde le echaron en la caldera, é hicieron un banquete de guerra de su cuerpo.

Habiendo descansado ocho dias en la mision de San Joseph, me embarqué en una canoa para ir á Michilimakinac.

Mas de cien leguas hay desde la mision de S. Joseph á Michilimakinac: se camina á lo largo de la laguna de *Michigan*, que en los mapas se llama, sin fundamento, *el lago de los Ilineses*, porque no vive un solo Ilinés en sus

contornos. El mal tiempo nos hizo gastar diez y siete dias en este viage, que algunas veces se hace en menos de ocho.

Michilimakinac está situado entre dos grandes lagos, en los quales se descargan otros, y no pocos rios; por lo qual el lugar es la feria comun de los Franceses, Salvages, y de casi todos los que trafican en pieles. El terreno no es tan bueno como el de los Ilineses. Allí por la mayor parte del año se alimentan de pescado. Las aguas, que son su mayor embeleso en el verano, lo hacen una morada muy triste y melancolica durante el invierno. La tierra está cubierta de nieve desde todos Santos, hasta el mes de Mayo.

El genio de estos salvages sabe al clima en que viven, siendo aspero é indocil. La religion no echa allí tan profundas raices como deseamos, y son pocas las almas que se dan de quando en quando verdaderamente á Dios, y que sirven de consuelo en sus penas al Misionero. Yo admiraba la paciencia con que el Misionero sufria sus defectos: su blandura á prueba de sus caprichos y rudeza, su continua asistencia en visitarlos, instruirlos, animar su tibieza en los exercicios de la religion, su zelo y caridad capaces de abrasar sus corazones, si fueran menos duros, y mas tratables. Me decia á mí mismo que el fruto no es siempre recompensa de los trabajos apostólicos, ni la medida de su mérito.

Habiéndome despedido del Misionero, subimos el rio de San Joseph para ir á hacer carga á treinta leguas de su embocadura. Las canoas de que nos servimos en este pais para navegar, siendo de corteza de arbol, son muy ligeras, bien que de tanto porte como una chalupa. Habiéndonos llevado la canoa por largo tiempo sobre el agua, la llevamos tambien nosotros sobre la tierra para llegar á otro rio; así lo hicimos en este viage. Empezamos transportando lo que habia en la canoa ácia el origen del rio de los Ilineses, que se llaman *Huakiki*: luego tomamos acuestas la canoa, y habiéndola vuelto á cargar, nos embarcamos, y continuamos nuestro viage. Dos dias solamente gastamos en este transporte, habiendo legua y media de paso. Cayeron con abundancia las lluvias en este tiempo, hincharonse nuestros pequeños rios, y nos libraron de las corrientes que temiamos. En fin, avistamos nuestro agradable pais: los bisones y manadas de ciervos se paseaban orilla del rio, y desde la canoa disparabamos de quando en quando contra ellos, y algunos nos sirvieron de comida.

A algunas leguas del lugar de los Peuarias vinieron muchos salvages á mi encuentro para servirme de escolta, y defenderme contra las partidas guerreras que corren los montes; y estando ya cerca del lugar, despacharon un propio para dar aviso de mi

llegada. Los mas subieron al castillo situado sobre una roca en la orilla del rio ; y quando entré en el lugar hicieron una descarga general de sus mosquetes en señal de regocijo. Rebosaba su alegria en sus semblantes , y cada qual á porfia la mostraba. Fui convidado con los Franceses y Xefes de los Ilineses á un banquete que nos dieron los mas distinguidos de los Peouarias. En él , uno de sus principales xefes hablándome en nombre de toda la nacion , declaró el vivo pesar que sentian de haber tratado tan indignamente al Padre Graviér , y me pidió que lo olvidase , tuviese lastima de ellos y de sus hijos , y que les abriese la puerta del cielo que habian cerrado á sí mismos.

Yo daba gracias á Dios con todo mi corazon , al ver el cumplimiento de lo que deseaba con mas ansias. Les respondí en pocas palabras , que me hacia fuerza su arrepentimiento , que los miraba como hijos mios , y que dando una vuelta á mi mision , volveria á establecer mi morada entre ellos , para ayudarlos con mis exôrtaciones á volver al camino de la salvacion , del qual se habian apartado. A estas palabras se levantó un gran murmullo de gozo y alegria , y cada uno queria asegurarme de su reconocimiento. En los dias que estuve en el lugar , dixe Misa publicamente , y exercité los ministerios de un Misionero.

A fines de Agosto me embarqué, para volver á mi Mision de los Cascaskias, distante ciento y cincuenta leguas del lugar de los Peouarias. El primer dia de nuestra partida encontramos una canoa de los Scioux, abierta en algunos parages, y que iba á pique; y descubrimos un àcampamento de guerreros, que á lo que podiamos juzgar por la vista, era de cien personas. Con razon nos asustamos, y estabamos ya para volver al lugar de donde habiamos salido, estando solamente á diez leguas de distancia.

Estos Scioux son los mas crueles de todos los salvages. Eramos perdidos si hubieramos caido en sus manos: son grandes guerreros, pero sobre todo, en el agua son formidables. Tienen pequeñas canoas de corteza de arbol, hechas á manera de góndolas, y no mas anchas que el cuerpo de un hombre: pueden contener dos, ó á lo mas tres personas. Reman de rodillas, manejando el remo ya de un lado, ya de otro: quiero decir, dando tres ó quatro golpes de remo al lado derecho, y otros tantos al lado izquierdo, pero con tanta destreza y celeridad, que parece que vuelan sus canoas en el agua. Habiendo exâminado con atencion todas las circunstancias, hicimos juicio que estos salvages se retiraban habiendo hecho su presa: no obstante estuvimos en vela y sobre las armas, caminando mas lentamente, para no

encontrarnos con ellos ; pero una vez que llegamos al Misisipi, hicimos fuerza de remo. En fin llegué á diez de Septiembre á mi amada mision en perfecta salud, despues de cinco meses de ausencia.

No diré el gozo que tuvimos de volvernos á ver : bastante se concibe qual seria de una parte y de otra. Pero quando ya pensaba en cumplir mi palabra de ir á vivir con los Peouarias, se opusieron á ello los Franceses y los Salvages, sin duda porque estando acostumbrados á mi genio y modales, no querian mudanzas. Fue, pues, enviado el padre de Ville en mi lugar. Este padre, que habia estado poco tiempo con nosotros, da pruebas ahora con su zelo, y singular talento que tiene para ganar á los salvages, y con lo mucho que adelanta entre ellos la obra de Dios, que el Señor le tenia destinado á esta mision, no teniéndome á mi por digno de tal empresa.

Estando de vuelta en mi mision, di gracias á Dios por los favores que derramó sobre ella durante mi ausencia. Aquel año hubo una gran cosecha de granos y maiz. Sin hablar de la hermosura de este lugar, tenemos tambien salinas en la vecindad, que nos son muy utiles. Ahora acaban de traernos vacas, que nos servirán para la labranza, como sirven en Francia los bueyes. Se ha procurado amansar los bisones sin haber podido jamas

salir con ello. Las minas de plomo y estaño no están lejos de aquí; y por ventura se hallarian otras mas apreciables, si alguna persona inteligente quisiera emplearse en su descubrimiento. Estamos á treinta leguas del rio Misuri: es un rio caudaloso que desagua en el Misisipi, y se pretende que trae sus aguas de mas lejos. Acia el origen de este rio están las minas de los Españoles. En fin, no estamos lejos del rio Ouabache, que tambien entra en el Misisipi, mas abaxo de este lugar. Por este rio se puede facilmente comerciar con los Miamis, y con otras muchas naciones mas apartadas, porque llega el rio hasta el pais de los Iroqueses.

Todas las razones que pudiera oponer el Misionero á la impresion del mal exemplo, no harian fuerza á un pueblo que apenas se gobierna sino por los sentidos. Por tanto, padre mio, ayudenos V. R. á alcanzar del Señor, que nuestros temores sean vanos, y que sin cesar derrame sus bendiciones sobre mis pobres trabajos.

Concluiré esta carta con las noticias que me han comunicado acerca de los Esquimales, nacion bárbara y feroz de Indios de la América Septentrional que habita en la parte mas oriental de ella á la otra vanda del rio de San Lorenzo, y se extiende al Levante y al N. en aquel dilatado pais que se llama tierra del Labrador, enfrente de Terranova, desde cin-

cuenta hasta sesenta y quatro grados de latitud septentrional, y desde cincuenta y nueve hasta ochenta de longitud occidental. Fueron descubiertos estos Indios por los Dinamarqueses á principios del siglo pasado, pero los hallaron tan brutales y malvados, y el pais tan salvage y esteril que no creyeron sacar ventaja alguna en hacer establecimiento en él, ni en comerciar con ellos. El nombre suponen que era *Esquimantsic*, que en dialecto Albenaqui significa comedores de carne cruda, por ser los únicos que en aquella parte la comen así, pues los demas acostumbran cocerla ó secarla al sol. Por su aspecto, costumbres y lengua parecen distintos de todos los Indios de la América, y probablemente se puede creer que son descendientes de los Groenlandios; pero tienen una indole tan feroz y brutal que no hay nacion Europea que quiera tener trato con ellos, y los pocos que hacen el de las pieles, que es la única mercancia que traen en cambio de quincalla, se ven precisados á estar distantes, y no permitirles que se acerquen muchos juntos, porque quando sucede esto no tienen reparo en asesinar á los compradores. Aborrecen á los Europeos, y siempre están dispuestos á hacerles daño, y muchas veces vienen á la costa á cortar por la noche los cables á las embarcaciones con la esperanza de verlos naufragar. Son por lo comun altos, robustos y ágiles,

de color tan blanco como los Europeos, porque siempre están cubiertos aun en lo mas cálido de la estacion: tienen la barba roxa, siendo los únicos Americanos que tienen barba y la dexan crecer, lo qual les da un aspecto fiero; los ojos son pequeños, los dientes grandes y separados, y el cabello comunmente negro ó castaño y muy encrespado, y sus costumbres y modales corresponden á tan horrible figura. Son feroces, bárbaros, inquietos, desconfiados, y siempre dispuestos á hacer daño, por cuya razon y la del poco tráfico que hay con ellos no se saben sus particulares disposiciones. Para vestirse hacen camisas de las vexigas, vientre y pieles de pescados acomodándolas muy bien; pero no pasan de medio cuerpo en los hombres, y de las rodillas en las mugeres; sobre ellas llevan una casaquilla corta de piel de oso, ó de otra fiera como perro ó vaca marina con una capucha unida por detras con que cubren la cabeza quando hace mal tiempo, de modo que apenas se les puede ver la cara. Tambien usan calzones y botines de las mismas pieles adornados exteriormente con otras mas finas como de martas, armiños, &c. Las casacas de los hombres solo les llegan á la mitad del muslo, y las de las mugeres hasta la pantorrilla, y unos y otros las atan con un ceñidor del qual llevan pendiente alguna joyuela de oso, de pescado ó de otro animal, ó alguna

quincalla de las que reciben de los Europeos. En el verano viven en cabañas descubiertas al ayre, y en invierno en cavernas subterraneas. Los Franceses han hecho en diferentes ocasiones algunos fuertes en sus fronteras, como son Chartier, San Nicolas, Chichequedec, Puerto Nuevo, Portobelo, &c. con esperanza de civilizarlos y establecer comercio con ellos, y para defender los Misioneros destinados á predicarles y convertirlos; pero la fiereza é indocilidad que han encontrado siempre, ha hecho que vayan en decadencia en vez de aumento. Se computa que llegan á treinta mil los que hay capaces de tomar armas; pero tan cobardes que quinientos Clistinos de la bahia de Hudson baten comunmente á cinco ó seis mil Esquimales. Son tan temibles en mar como en tierra, pues con sus canoas de que hay algunas capaces de treinta y de quarenta hombres, impiden la pesca del bacalao, de modo que los Maluinos del N. y los Españoles del Puerto Chova se ven precisados á armar algunas barcas para proteger á sus pescadores. No hacen mas que cruzar en Terranova y en el estrecho de Bellisle, pero rara vez se arriesgan mas allá por temor de encontrar otros bárbaros mas temibles que ellos. Los viageros que han estado en este pais, dicen que hay en él una raza particular de pigmeos que no pasan de tres pies, y son sumamente

gruesos, y sus mugeres aun mas pequeñas; pero que no hay nacion en el mundo que sea mas miserable. Los Esquimales de quienes son esclavos, los tratan con mucho rigor, y solo por una gracia particular les permiten beber agua dulce, muy escasa allí, donde no hay otra que la de la nieve derretida, porque el sumo frio cierra de tal modo las venas de la tierra, que no permite paso al agua sino á mucha profundidad; conjetura probada por algunos marineros del N. que han hallado en las orillas del mar pedazos de hielo enormes que destilaban una agua muy buena. Estos Indios estan acostumbrados á beber agua salobre de muchas lagunas que hay en lo interior del pais: los Dinamarqueses que el año de 1605 navegaron hasta mayor latitud que nadie en la bahia de Hudson, dicen que hallaron una raza de hombres muy pequeños que tenian la cabeza quadrada, el color obscuro y los labios gruesos, que comian la carne y el pescado crudos, y no los pudieron hacer comer pan, carne cocida, ni beber vino, en cuyo lugar bebian aceyte de ballena. Las canoas de estos pigmeos tenian diez ó doce pies de largo hechas de pedazos de huesos de ballena del grueso de un dedo, cubiertas por ambas partes de pieles de vaca marina cosidas con nervios de animales; otras dos forman la

cubierta de la canoa, dexando solamente una abertura enmedio para el que rema, que se le ata á la cintura, de modo que no entra una gota de agua aunque le pase por encima. La fuerza de esta embarcacion consiste en sus dos extremos, en que está bien unido el hueso de la ballena, y tan fuertemente cosida, que resiste en la tempestad mas violenta; cada una la maneja un solo hombre que va sentado sobre sus piernas, las mangas de la casaca estrechamente unidas á las muñecas, la cabeza cubierta con la capucha que está cosida á la casaca, y así no le puede entrar agua. Tiene con ambas manos un remo muy ancho de cinco á seis pies de largo, que les sirve al mismo tiempo de remo, de timon y de contrapeso, y son diestrisimos en manejar estas embarcaciones con mucha agilidad. Los Esquimales tienen ademas de éstas, otras embarcaciones mas grandes, semejantes á las chalupas de Europa, cuyo interior es de maderas cubiertas tambien con pieles como aquellas, en que van ciento y cincuenta personas al remo y á la vela. Estan en guerra continua con los Europeos que habitan cerca del golfo de San Lorenzo, que muchas veces han cogido esclavos á algunos, y con la servidumbre y distancia de su pais han suavizado algo sus costumbres barbaras y feroces, sin leyes, principios, ni vida

civil, que apenas se diferencian de las bestias mas que por la figura humana, haciéndose mansos y racionales luego que estan entre gentes que usan de esta noble facultad, que distingue al hombre de un modo superior entre todo el resto de las criaturas. Los Esquimales son los unicos que vienen á la costa de Terranova del continente del Labrador, á pescar y comerciar con los Europeos, y nadie creeria que sobre los espantosos escollos de hielo que algunos son tan grandes como las islas de la bahia de Hudson, se encontrasen hombres venidos por la posta; pero es cierto que se han visto muchas veces vagar errantes por aquellos escollos sobre las aguas, llevados al arbitrio de los vientos, causando asombro á los que los ven quando ellos no tienen el menor temor, porque así como llevan sus canoas á todas partes nunca estan en riesgo por qualquiera cosa que les suceda; y si estos escollos de hielo se tropiezan, saltan del uno al otro sin dificultad; si estan distantes, van en sus canoas hasta subir sobre ellos, haciendo lo mismo quando la canoa se rompe contra alguno, de modo que les sirve de asilo en el naufragio aquello mismo en que miraban su ruina. Los Micmakes que habitan en la Acadia han hecho mucho tiempo guerra á los Esquimales, y para atacarlos en sus cavernas no se han detenido en andar treinta ó quarenta leguas

por mar en sus canoas hechas de corteza de arboles. Finalmente los Esquimales no tienen semejanza alguna con los otros habitantes del Canada ni demas Indios en lengua, costumbres, modo de vivir y color de sus cuerpos y cabellos; y al contrario tienen tanto de los pueblos Septentrionales del Asia, que parece probable que descienden de éstos, como el que un pais tan poco habitable como éste tenga menos antigüedad su poblacion que los demas de la América. Los Ingleses conduxeron á Londres y presentaron al Rey una muger de estos Esquimales el año de 1773. Este pais fue cedido á la Gran Bretaña por la paz de Utrech el año de 1713; pero a excepcion de tal qual establecimiento en el fondo de la bahia de Hudson, no hay otro alguno: los Indios y los Franceses del Canada van á caza por la utilidad de las pieles.

CARTA CCCCLXXX.

Misiones de los Natches.

Las noticias que en otra carta os di acerca de los Natches, se confirman é ilustran mucho con la siguiente carta de un Misionero, cuyo extracto me ha parecido os seria agradable: dice así.

„No ha podido ignorar V. R. el triste suceso que ha afligido esta parte de la colonia Francesa establecida entre los Natches, sobre la orilla derecha del rio Misisipi, á ciento y veinte leguas de su entrada en el mar. Dos de nuestros Misioneros, ocupados en la conversion de los salvages, han sido comprendidos en la mortandad casi general que ha hecho esta nacion bárbara de los Franceses en el tiempo mismo en que se tenia menos razon de desconfiar de su perfidia. Tan grande pérdida padecida en esta nueva mision, será por largos años el objeto de nuestros mas vivos sentimientos.

Como no ha podido saber V. R. las consecuencias de tan fea traycion sino de un modo confuso, le explicaré aquí todas las circunstancias; pero antes será aproposito darle á conocer el caracter de estos pérfidos salvages, llamados Natches, y habiéndole hecho la descripcion de sus costumbres, usan-

zas y religion, pasaré á referir el trágico suceso, y contaré todas sus particularidades con extension.

Habita esta nacion uno de los mas bellos y mas fértiles climas del mundo: es la unica que en materia de religion parece tener en este continente un culto reglado: en ciertos puntos se asemeja su religion á la de los antiguos Romanos. Tienen un templo lleno de idolos de diferentes figuras de hombres y animales, y les tienen una profunda veneracion. La forma de su templo es como un horno que tuviera cien pies de circunferencia. Se entra en él por una puerta pequeña de quatro pies de alto, y tres de ancho, sin que se encuentre ventana alguna. La bóveda del edificio está cubierta de tres ordenes de esteras, puestas las unas sobre las otras para que las lluvias no desmoronen las paredes. En lo alto, y por afuera se ven tres figuras de aguilas de madera, pintadas de roxo, amarillo y blanco. Delante de la puerta hay una especie de cobertizo con puerta, donde vive el guardian del templo: al rededor del edificio hay un recinto ó palizada, en la qual estan expuestos los cascos de todas las cabezas que ganaron sus guerreros en las batallas contra sus enemigos.

En lo interior del templo sobre unas tablas colocadas á cierta distancia las unas de las otras, tienen colocadas cestas ovaladas de

cañas, en las quales estan encerrados los huesos de sus antiguos xefes, y á un lado las víctimas que se hacen matar para seguir á sus señores al otro mundo. Otra tabla separada sostiene muchas cestillas bien pintadas, en las quales se guardan los idolos: son figuras de hombres y mugeres hechas de piedra y adobes, de cabezas y colas extraordinarias de serpientes, de buhos llenos de paja, y de quijadas de grandes peces: habia el año de 1699 una botella y un pie de vidrio, y las guardaban como cosas preciosas. Conservan siempre en el templo un fuego perpetuo, y con gran cuidado impiden que haga llama: no queman sino nogal seco ó roble. Tienen obligacion los viejos de llevar por su turno una raja de leña dentro de la empalizada. Los guardias del templo sirven por turno, y su número es determinado. El que está en exercicio sirve como de centinela, y desde su cobertizo registra si está la lumbre en peligro de apagarse: echa en ella dos ó tres leños gruesos, que no arden sino por los cabos, y nunca ponen uno sobre otro para que no levanten llama.

Ninguna muger, sino las hermanas del xefe principal, tiene licencia para entrar en el templo: su entrada está tambien prohibida á los del baxo pueblo, aun quando llevan de comer á los Genios ó espiritus de sus parientes, cuyos huesos allí descansan.

Se entregan los manjares al guardian, quien los pone al lado de la cestilla en que estan guardados los huesos del muerto: dura la ceremonia el espacio de una luna solamente. Se sacan luego los platos, se ponen sobre las estacas, y se abandonan á las aves y á las bestias. El sol es el principal objeto de la veneracion de estos pueblos: como nada conciben de superior á este astro, nada les parece mas digno de sus adoraciones; y por la misma razon, no conociendo el xefe de la nacion hombre en la tierra superior á sí mismo, toma el título de hermano del sol, y la credulidad de los pueblos le mantiene en la autoridad despótica que se atribuye á sí mismo. Para contenerlos mejor en ella, se construye su cabaña sobre un terraplen, que se forma y tiene la misma anchura que el templo, y la puerta está al Oriente. Todas las mañanas honra este primer xefe con su presencia la salida de su hermano mayor el Sol, y le saluda con muchos alharidos y voces, luego que se muestra sobre el orizonte: manda al punto que se encienda su grande pipa, y le hace ofrenda de las tres primeras bocanadas, y levantando las manos sobre la cabeza, y volviéndose de Oriente á Occidente, le muestra el rumbo que ha de tener en su carrera.

En la cabaña se hallan muchas camas á la mano derecha como se entra; pero á la

izquierda está sola la cama del primer xefe, adornada con diferentes figuras pintadas: se reduce á un xergon muy duro de cañas y juncos, con un leño quadrado que sirve de cabecera: enmedio de la cabaña hay una pequeña señal, que sirve de limite, y nadie puede acercarse sin haber andado al rededor. Los que entran saludan con un grito, y abanzan hasta el fondo de la cabaña, sin mirar al lado derecho donde está el xefe: luego vuelven á saludar, levantando las manos sobre la cabeza, y dando tres alharidos. Si es persona que merece atencion, le responde el xefe con un pequeño suspiro, y le hace señal que se siente: vuelve con otro alharido á dar gracias al xefe por su cortesia y urbanidad, y á cada pregunta que le hace, da un grito antes de darle la respuesta: quando se despide el que entró, da un grito prolongado hasta estar fuera de su presencia.

Quando muere el xefe, se derriba la cabaña, y sobre otra altura hecha de tierra, se construye una nueva para su sucesor en la dignidad, porque nunca se hospeda en la casa de su antecesor. Enseñan los ancianos sus leyes al pueblo, y una de las principales es á tener un soberano respeto al primer xefe, siendo hermano del Sol, y Señor del templo. Creen el alma inmortal, y saliendo de este mundo, dicen, que van á

vivir en otro para ser premiados ó castigados: las recompensas que se prometen, consisten principalmente en comer y beber bien, y el castigo en la privacion de todo gusto. Creen que los que han sido fieles observadores de sus leyes, serán llevados á una region de delicias, donde hallarán las comidas mas exquisitas en la mayor abundancia: que pasarán sus dias agradable y pacificamente entre festines, danzas y mugeres: en fin, que gozarán de todos los placeres imaginables. Al contrario, creen que los infractores de sus leyes serán echados á unas tierras ingratas, cubiertas de agua, sin especie alguna de granos: que allí desnudos estarán expuestos á las picaduras de los mosquitos: que todas las naciones les harán la guerra, y no comerán otra carne sino la de los caimanes, malos pescados, y peces testaceos.

Obedecen los pueblos ciegamente á la menor voluntad de su primer xefe: le miran como á dueño absoluto de sus bienes y de su vida, y ninguno se atreve á negarle su cabeza quando se la pide. Por mas que los haga trabajar, es delito pretender algun salario. Los Franceses necesitan frecuentemente de cazadores ó remeros para los viages largos: acuden al primer xefe, y éste los provee de los hombres que piden, y recibe su sueldo sin dar parte á los

desdichados, que ni siquiera tienen la licencia de quejarse. Uno de los principales artículos de su religion, sobre todo por lo que mira á los criados del xefe, es honrar sus funerales muriendo con él para servirle en el otro mundo: se sujetan estos miserables de buena gana á esta ley, en la loca persuasion de que acompañando á su xefe, van á gozar de la mas completa felicidad.

Para formarse una idea de esta sangrienta ceremonia, conviene saber, que luego que le nace al xefe un heredero presuntivo, cada familia en que se está criando un niño al pecho, debe ofrecerlo al xefe. Se escoge entre todos un cierto número, que se destina al servicio del Príncipe; y llegando á una edad competente, se les da un empleo proporcionado á sus talentos: los unos pasan la vida cazando ó pescando; los otros se ocupan en cultivar los campos, y algunos no sirven sino para hacerle corte: si llega á morir, se sacrifican todos sus criados para seguir á su dueño al otro mundo. Su primer cuidado es vestirse de gala, y caminar á la plazuela que está delante del templo, donde se junta todo el pueblo: habiendo allí danzado y cantado largo rato, se atan al cuello una soga de crines con un nudo corredizo, y al punto se disponen los ministros señalados á ahogarle, despues de haberle encomendado encarecidamente que se vaya á juntar con su Señor, y

á servirle en empleos mucho mas honrosos que los que aquí habian poseido.

Habiendo sido muertos los principales domesticos del xefe de la manera que acabamos de decir, se descarnan sus huesos, principalmente los de los brazos y muslos: se secan por el espacio de dos meses en una especie de túmulo, luego se sacan de allí para ponerlos en las cestillas, y colocarlos en el templo al lado de los huesos de su amo. Los otros criados son llevados por sus parientes á sus casas, y enterrados con sus armas y vestidos. Se observa la misma ceremonia en la muerte de los hermanos y hermanas del xefe. Las mugeres, si no están criando, nunca dexan de hacerse matar para seguir á sus señores; pero si tienen algun niño al pecho, prosiguen viviendo: muchas, no obstante, buscan amas, ó con sus manos ahogan á sus hijos, para no perder el derecho de immolarse en la plaza con las ceremonias ordinarias, y segun el tenor de la ley.

El gobierno es hereditario; pero no succede el hijo del xefe reynante á su padre, sino el hijo de sù hermana, ó de la primera Princesa de la sangre. Se funda esta política sobre el conocimiento que tienen de la incontinencia de sus mugeres: dicen que no están ciertos, que los hijos de sus mugeres son de la sangre real; pero que están seguros, que el hijo de la hermana de su xefe lo es por

lo menos de parte de su madre. Nunca se casan las Princesas de la Sangre sino con hombres de una familia obscura : no tienen mas de un marido , pero le pueden despedir quando se les antoja , y elegir otro de la misma nacion , con tal que no tenga relacion ó parentesco con el primero. Si el marido no guarda fidelidad, al punto manda la Princesa que le rompan la cabeza ; pero ella no está sujeta á la misma ley, porque puede tener los amantes que quisiere , sin que él marido pueda quejarse. Está siempre el marido en presencia de su muger con el mayor respeto: no come con ella , y la saluda como los demas criados dando grandes voces. El único privilegio que goza , es estar exênto de trabajo , y tener autoridad sobre los que sirven á la Princesa.

En otro tiempo fue considerable la nacion de los Natches : contaba sesenta poblaciones, y ochocientos Soles ó Príncipes : ahora está reducida á seis pequeños lugares , y á once Soles. En cada lugar hay un templo, en el qual se conserva siempre el fuego , como en el templo del gran xefe, á quien todos los otros xefes obedecen. Nombra el gran xefe para los cargos mas considerables del estado, como son los dos generales del exército, los dos maestros de ceremonias, para el culto que se hace en el templo , y los dos oficiales que presiden á las ceremonias que se guardan , quando vienen los

estrangeros á tratar de paz : son del mismo número, el que tiene la inspeccion de las obras, los quatro que arreglan los festines que se dán á la nacion, y los estrangeros que la vienen á visitar. Executan estos ministros las ordenes del gran xefe, y son obedecidos y respetados como su misma persona.

Se junta cada año el pueblo para sembrar en un terreno muy espacioso maiz, habas, calabazas y melones. Se junta tambien para recoger la mies, y se destina una cabaña grande situada en un bello prado, para conservar los frutos de la cosecha. Cada año al fin de Julio es llamado el pueblo por el xefe á un gran banquete : dura la fiesta tres dias con sus noches, y cada uno contribuye segun su posibilidad, los unos traen caza, los otros pescado, &c. Las danzas apenas se interrumpen : el gran xefe y su hermana se ponen en una cabaña alta, cubierta de ramos y hojas, de donde contemplan la alegria de sus vasallos: los principes, princesas, y otros de clase distiguida, están bastante cerca del xefe, y le rinden sus respetos y sumisiones con infinitas ceremonias.

El gran xefe y su hermana hacen su entrada en la junta sobre unas andas, llevadas por ocho hombres de la mejor estatura : lleva el xefe en la mano un cetro grande, adornado de plumas pintadas, y danza y canta el pueblo al rededor de él, en prueba de su go-

zo. Llama cerca de sí en el último dia de la fiesta á todos sus vasallos, y les hace una arenga muy larga, exôrtandolos á cumplir bien las obligaciones de la religion, y principalmente á tener en grande veneracion los espíritus que residen en el templo, y á instruir bien á sus hijos. Si se señaló alguno por alguna accion de zelo, hace públicamente su elogio: así sucedió en el año de 1702. Cayó un rayo sobre el templo, y habiéndolo reducido á cenizas, siete ú ocho mugeres echaron sus hijos en las llamas, para apaciguar la ira del cielo. Llamó el gran xefe á las heroynas, y alabó grandiosamente su valor de haber sacrificado lo que mas amaban en este mundo: concluyó su panegirico, animando á las otras mugeres á imitar tan bello exemplo en semejantes lances.

No dexan los padres de familia de llevar al templo las primicias de los frutos, granos, legumbres, y de los regalos que se hacen á la nacion: los ponen á la puerta del templo, y el Sacerdote, despues de haberlos extendido y presentado á los espíritus, los lleva en casa del gran xefe, quien los distribuye á su voluntad, sin que nadie se atreva á mostrarse descontento. No se siembra tierra alguna, sin haber antes presentado en el templo, con las ceremonias acostumbradas, los granos que se han de sembrar. Quando se acercan estos Indios al templo, levantan por respeto

los brazos, dan gritos, estregan las manos en la tierra, se levantan tres veces, y otras tantas repiten sus alharidos. Quando pasan por delante del templo se paran, lo saludan con los ojos baxos, y los brazos levantados. Si ve un padre ó una madre, que falta un hijo suyo á esta ceremonia, al punto le castiga dandole algunos palos.

Tales son las ceremonias de los salvages Natches, por lo que mira á la religion: las que pertenecen á sus casamientos, son muy sencillas. Quando se quiere casar un joven acude al padre de la muchacha, ó si está huerfana, á su hermano mayor: convienen en el precio, y se paga en pieles, ó en otros géneros. No hace dificultad de tomarla por esposa, aunque haya sido de mala vida, por poco que puedan esperar que mudará de conducta estando casada. Tampoco atiende de qué familia es: le basta que la novia sea de su gusto. El único cuidado de los parientes de la muchacha es, que sea buen cazador, guerrero ó labrador, el que la pide: la compra de la novia es mas ó menos barata, á proporcion de los talentos del pretendiente.

Estando las partes de acuerdo, va el novio á caza con sus amigos, y habiendo muerto lo bastante, ó cogido bastante pescado para regalar las dos familias, que contraen alianza, se juntan todos en casa de los padres de la novia, y comen en un mismo plato los

dos novios. Acabada la mesa da el novio á fumar á los padres de su muger, y luego á los suyos: y hecho esto se retiran los combidados. El dia siguiente lleva el marido á su muger en casa de su suegro, y allí viven hasta que se les construya una cabaña: entretanto pasa el novio todo el dia en cazar, para dar de comer á los que trabajan en el edificio. Permiten las leyes, que tengan las mugeres que quieren: no obstante los plebeyos rara vez tienen mas de una ó dos: los xefes tienen muchas mas, porque teniendo el privilegio de hacer cultivar sus campos por los plebeyos sin pagarles salario, no les es gravoso el número de sus mugeres.

El casamiento de los xefes se hace con menos ceremonias: envian á llamar al padre de la que quieren tomar por muger, y le declaran que la cuentan en el número de sus mugeres. Con eso solo está concluido el casamiento; pero no dexan de regalar al padre y madre de la novia. Guardan en su cabaña una ó dos mugeres solamente: las otras quedan con sus padres, y los xefes las visitan quando quieren. En ciertos tiempos de la luna no cohabitan los salvages con sus mugeres, y son tan poco zelosos que sin dificultad las prestan á sus amigos. Esta indiferencia en la union conyugal nace de la libertad, que tienen de mudar mugeres quando quieren, si no tienen hijos de ellas; porque si

despues de casados tienen algun hijo, la muerte solamente puede separarlos.

Quando hace la nacion un destacamento de soldados, planta el xefe dos arbóles dados de color roxo desde el pie hásta la cima, adornados de plumas coloradas, flechas y garrotes roxos: están picados por la parte que mira al lugar donde han de hacer guerra. Los que quieren sentar plaza, se adornan y pintan la cara con diferentes colores, y luego van á cumplimentar al general. Hace cada uno su arenga, uno despues de otro, casi por el espacio de media hora: se reduce á mil protestaciones de servicio, á persuadirle que nada desean tanto como morir con él: que se tienen por felices de aprender debaxo del mando de tan gran guerrero el arte de arrancar las cabelleras de sus enemigos, y que no se asustan, ni de la hambre, ni de las fatigas que van á padecer.

Habiéndose juntado un número suficiente de guerreros, manda el Comandante prevenir una bebida, que llaman ellos la medicina militar: es un vomitivo, compuesto de una raiz que se cuece en unas calderas grandes llenas de agua. Habiéndose los guerreros sentado al rededor de la vasija, y suelen ser tal vez trescientos hombres, á cada uno se dan como dos quartillos: el primor es tragarlos de un solo trago, y vomitarlos con arcadas tan violentas, que se oygan de muy lejos. Aca-

bada esta ceremonia, señala el Comandante el dia de la partida, para que prevenga cada uno los víveres precisos para la campaña. Entretanto cada dia, mañana y tarde, se juntan los guerreros en la plaza, donde despues de haber danzado y contado las grandes acciones en que resplandeció su valor, cantan sus canciones de muerte.

Al ver sus transportes de gozo quando se ponen en camino, se pensaria que ya cantaban la victoria; pero muy poco basta para desconcertar sus proyectos. Son tan supersticiosos en materia de sueños, que uno solo de mal agüero detiene la execucion de su empresa, y los obliga á volver atras, estando en plena marcha. Despues de todas las ceremonias, de que acabo de hablar, por haber oido ladrar un perro de un modo extraordinario, se trueca todo su ardor en un terror pánico, y se vuelven á sus casas. Marchan siempre en filas en sus viages militares: quatro ó cinco de los mas ligeros toman la delantera, y se alejan como un quarto de legua del exército, para espiar lo que pasa, y dar cuenta sin tardanza. Acampan todas las tardes una hora antes de ponerse el sol, y se echan al rededor de una grande hoguera, guardando cada uno sus armas cerca de sí. Antes de plantar su rancho, envian unos veinte guerreros á media legua al rededor del campo, para evitar toda sorpresa. No estilan

poner centinelas, y habiéndo cenado apagan todas las hogueras. Les encarga entonces el Comandante que no se entreguen á un sueño profundo, y que tengan dispuestas sus armas: les señala un parage donde se deben juntar, si durante la noche son acometidos y derrotados. Como los Comandantes llevan siempre consigo sus idolos, ó lo que ellos llaman sus espíritus, bien envueltos en pieles, los cuelgan por la noche de una vara colorada, que ponen atravesada de manera que esté inclinada ácia los enemigos. Los guerreros, antes de acostarse, con la macana en la mano pasan unos despues de otros danzando delante de los pretendidos espíritus, y esgrimiendo contra sus enemigos. Quando el destacamento es considerable, y entra en las tierras enemigas, marcha en cinco ó seis columnas. Se sirven mucho de espias; pero si entienden que su marcha es conocida, toman comunmente el partido de volver atras, y envian solamente algun trozo de diez ó de veinte hombres, para sorprender los cazadores que se alejan de sus aldeas. Celebran á su vuelta las cabelleras que han traido, y si han hecho algunos esclavos, los hacen cantar y danzar por algunos dias delante del templo; y luego los regalan á los parientes de los que han sido muertos. Estos se deshacen en lágrimas durante la ceremonia, y las enjugan con los cabellos que se han ganado: luego

contribuyen todos los parientes para premiar los guerreros que hicieron los esclavos, y queman despues á estos miserables.

Los Natches, como las otras naciones de la Luisiana, distinguen con nombres particulares los que han muerto mas ó menos enemigos: los antiguos Comandantes reparten los títulos á proporcion del mérito. Para merecer el renombre de grande matador de hombres, es preciso haber hecho diez esclavos, ó cortado las cabelleras de veinte cabezas. Quien entiende su lengua, sabe las hazañas de cada guerrero. Los que por la primera vez han arrancado la cabellera de alguno, ó hecho un esclavo, no pueden á su vuelta cohabitar con sus mugeres, ni comer carne: se alimentan de peces y caldo: dura esta abstinencia por seis meses; y si dexáran de guardarla, creerian que el alma del muerto los mataria con algun hechizo, que no vencerian otra vez á sus enemigos, y que las mas ligeras heridas les serian mortales.

Tienen gran cuidado, que el primer xefe no exponga su vida quando hace la campaña. Si se dexára llevar de su valor, y llegára á ser muerto, los xefes subalternos y los principales guerreros serian á su vuelta condenados á muerte; pero tales execuciones apenas tienen exemplar por la grande precaucion que toman de prevenir la desgracia. Tiene esta nacion, como las otras, sus Médicos, y

por lo comun son unos viejos que sin estudio y sin ciencia se meten á curanderos : no se sirven ni de simples ni de drogas : se reduce su habilidad á varios juegos : danzan , cantan dia y noche al rededor del enfermo , y fuman sin cesar tragándose el humo del tabaco. No comen estos charlatanes en todo el tiempo que asisten á sus enfermos ; pero sus canciones y danzas están acompañadas de tan violentas contorsiones , que aun padeciendo mucho frio, porque están desnudos, están siempre echando espuma por la boca. Llevan una cestilla en que guardan sus espíritus : quiero decir , unas pequeñas raices de diferentes especies , cabezas de buhos , paquetes de pelo de animales montaraces , dientes de bestias , piedrecitas , y otras tales menudencias.

Parece que para sanar sus enfermos , invocan sin cesar lo que contienen sus cestillas. Algunos llevan una raiz , la qual adormece y aturde las serpientes con su olor : habiéndose estregado bien las manos y el cuerpo con ella , cogen los animales ponzoñosos, sin temer sus picaduras. Otros abren con una piedra de fusil la parte enferma , chupan la sangre que pueden sacar de la herida , echandola en un plato , y al mismo tiempo escupen un poco de madera , paja ó pellejo que ocultaban debaxo de la lengua , diciendo á los parientes del enfermo , que ese tropiezo era la causa de su enfermedad. Se hacen pa-

gar estos médicos de antemano : si sana el enfermo , su ganancia es considerable : pero si muere , están seguros que los parientes ó amigos del difunto les romperán la cabeza: nunca dexan de hacerlo, y los mismos parientes de los médicos , ni toman su defensa , ni muestran sentimiento.

Otros charlatanes prometen lluvias ó serenidad : suelen ser unos viejos enemigos del trabajo , que para exîmirse de la fatiga de la caza, pesca y cultivo de los campos, mantienen sus familias exerciendo tan peligroso oficio. Contribuye toda la nacion en la primavera para comprar de estos charlatanes un tiempo favorable á los frutos de la tierra. Si la cosecha es buena , su ganancia es grande , pero si es mala , le rompen la cabeza : y así los que siguen esta profesion , arriesgan el todo. Su vida es muy ociosa : nada mas hacen que danzar y cantar con una zampoña en la boca llena de agua , y con muchos agujeros que soplan , mirando á las nubes mas espesas : en una mano tienen una especie de sonajas , y en la otra los espíritus , que presentan al nublado , dando terribles alaridos , y convidando á la nube á que descargue sobre sus campos.

Si piden serenidad , no se sirven de zampoñas ; pero suben sobre los techos de sus cabañas , y con el brazo hacen señal á la nube, para que no se detenga en su terreno , y pase

adelante, y soplan con toda su fuerza. Si se disipa la nube, danzan y cantan al rededor de sus espíritus, que colocan con aseo sobre una especie de almohada: aumentan sus ayunos, y habiendo pasado adelante el nublado, tragan el humo del tabaco, y presentan sus pipas al cielo.

Aunque no se perdona á los charlatanes quando no alcanzan lo que piden, no obstante el provecho que sacan, quando les sale bien lo que desean, es tan grande; que no temen muchos salvages exponerse á los riesgos del oficio. El que emprende dar lluvia en tiempo oportuno, nunca se empeña en dar serenidad: toca esto á otra especie de charlatanes, y si se les pregunta la razon; responden claramente, que no pueden sus espíritus dar sino el uno ó el otro beneficio. Quando muere algun salvage, van sus parientes á llorar por un dia entero sobre su cuerpo: luego le visten con sus mejores vestidos: quiero decir, le pintan la cara y los cabellos, le ponen su plumage, y despues le llevan al hoyo que le está prevenido, poniendo á su lado sus armas, una caldera y viveres. Por el espacio de un mes van sus parientes al amanecer y al anochecer á llorar por media hora sobre su sepulcro. Cada uno nombra su grado de parentesco: si muere un padre de familia, exclama su muger: ay! marido mio, lo

que siento tu muerte! los hijos dicen, padre mio, otros tio mio, primo mio, &c.

Los que son parientes en primer grado, continuan la ceremonia por tres meses, se cortan los cabellos, no se pintan el cuerpo, y no se hallan en los regocijos y fiestas. Quando va alguna nacion estraña á tratar de paz con estos salvages, envia primero algunos emisarios á dar aviso del dia y hora en que harán su entrada. Manda el gran xefe á los maestros de ceremonias, que prevengan las cosas, para tan grande solemnidad. Nombran desde luego los que han de dar de comer cada dia á los estrangeros, porque nunca hace el gasto el xefe, sino los vasallos. Limpian despues los caminos, las cabañas, y en una sala grande que está al lado de la cabaña del primer xefe, ponen en orden los bancos: la silla del xefe está un poco mas elevada, pintada y hermoseada, y el suelo cubierto de esteras. El dia que hacen los Embaxadores su entrada, se junta toda la nacion. Arreglan los maestros de ceremonias los lugares que deben ocupar los príncipes, los señores de las poblaciones, y los antiguos xefes de familia: los coloca cerca del gran xefe, sobre unos bancos particulares. Acercándose los embaxadores como á quinientos pasos del gran xefe, se paran, y cantan la paz. Se compone por lo comun la embaxada

de treinta hombres y seis mugeres. Seis de los mas bien dispuestos, y que tienen mejor voz, marchan al frente: siguen los otros, y cantan tambien reglando la cadencia con su sicicuet: hacen el tiple las seis mugeres. Se adelantan quando les avisa el gran xefe: los que tienen zampoñas, cantan y danzan con mucha ligereza, volviéndose al rededor de los unos y de los otros, presentándose ya de cara, ya de espaldas, pero siempre con movimientos violentos, y agitaciones extraordinarias. Al llegar al círculo, danzan al rededor de la silla en que está sentado el xefe: le estregan con sus zampoñas desde los pies hasta la cabeza, y luego andando ácia atras se juntan con los immediatos. Cargan entonces de tabaco sus pipas, y llevando lumbre en la mano, abanzan todos juntos ácia el xefe, y le dan á fumar, echan la primera bocanada ácia el cielo, la segunda ácia la tierra, y las otras al rededor del orizonte: despues sin mas ceremonia presentan la pipa á los principes y á los otros xefes.

Acabada la ceremonia, los embaxadores en señal de alianza, van á estregar sus manos sobre el estómago del xefe, y ellos mismos se estregan todo el cuerpo, y luego ponen sus pipas en la presencia del xefe sobre unas horquillas: el embaxador, encargado particularmente de las ordenes de su nacion, hace una arenga que dura una buena hora. Lue-

go se hace señal á los estrangeros, para que se sienten sobre unos bancos puestos cerca del gran xefe, quien les responde con otro discurso tan largo como el suyo. Enciende despues el maestro de ceremonias una pipa grande de paz, y da á fumar á los forasteros, los quales tienen que tragarse todo el humo del tabaco. Les pregunta el gran xefe si han venido: con esta expresion entienden si están buenos: los que están cerca al xefe, van uno despues de otro á hacer al xefe la misma pregunta: y hecho esto, son conducidos los embaxadores á la cabaña destinada para el banquete.

Al ponerse el sol, los embaxadores con la pipa en la mano, pasan cantando á tomar al gran xefe, y cargandole sobre sus hombros, le llevan al parage donde tienen su cabaña: tienden una piel grande, y allí le sientan: uno de ellos se pone á sus espaldas, y colocando las manos sobre sus hombros, agita todo su cuerpo, entretanto que los sentados en tierra al rededor le cantan sus propias hazañas. Se repite esta ceremonia por quatro dias mañana y tarde, y vuelve el gran xefe á su cabaña. Quando hace la última visita á los embaxadores, plantan estos una estaca, y se sientan al pie de ella: los guerreros de la nacion, habiéndose adornado lo mejor que pueden, danzan dando golpes sobre la estaca, y refieren sus grandes hazañas en la

guerra : luego se hacen á los embaxadores los regalos ordinarios, que consisten en calderas, hachas, fusiles, pólvora, balas, &c.

El dia despues de esta última ceremonia, pueden los embaxadores pasearse por todo el lugar, lo que hasta entonces no les es permitido : todas las noches se les festeja con algunas diversiones: se juntan los hombres y las mugeres con sus mas bellos atavios en la plaza, y danzan hasta muy tarde. Estando ya para volverse, los maestros de ceremonias los proveen de viveres necesarios para el viage. Habiendo dado una ligera idea del genio y costumbres de los salvages Natches, referiré, como lo tengo ofrecido, su perfidia y su traicion.

El dia 2 de Diciembre de 1729 llegó á nuestra noticia que habian sorprendido á los Franceses, y degollado á casi todos ellos. Fuenos dada esta triste nueva por uno de los habitantes que se habia escapado de su furor: nos fue confirmada los dias siguientes por algunos Franceses fugitivos : y en fin, unas mugeres Francesas, hechas esclavas por los salvages, y puestas en libertad por fuerza, nos refirieron las particularidades. Al primer rumor de un suceso tan tragico fue general el susto y la consternacion en la nueva Orleans : habiendo sucedido mas de cien leguas de dicha ciudad, se hubiera creido que habia acontecido en la entrada de sus puertas : llo-

raba cada uno la muerte de su pariente, su amigo, la pérdida de sus bienes, y todos temian por su propia vida, porque habia lugar de temer que la conspiracion era general.

Comenzó la no prevista carniceria en Lunes 28 de Octubre, ácia las nueve de la mañana. Algun motivo de queja, que creyeron tener los Natches contra el Comandante, y la llegada de muchas y ricas cargas para la guarnicion y los vecinos, determinaron á los salvages á anticipar su empresa, y á dar el golpe mucho antes de lo que habian convenido con las otras naciones conjuradas. (En otra carta referiré el verdadero motivo de esta anticipacion.) Executaron, pues, su proyecto de la manera siguiente: se repartieron los salvages, y entraron en el fuerte, en el lugar, y en los dos quarteles de los Franceses, tantos salvages, como habia de los nuestros en cada uno de los parages referidos: luego fingiendo partir para una caza grande, trataron con los Franceses de fusiles, pólvora y balas, ofreciendo pagarlas de contado, y á mayor precio de lo acostumbrado. En efecto, como no habia motivo para recelarse de su fidelidad, en un instante convinieron en el cambio, que se habia de hacer de sus gallinas, y maiz con las armas y municiones: algunos, á la verdad, manifiestaron alguna desconfianza, pero los demas la tuvieron por tan poco fundada, que los trataron de hombres

medrosos que se espantaban de su sombra. Desconfiaban de los Tchactas, pero de los Natches no tenian la menor sospecha, y estaban estos tan persuadidos de ello, que se hicieron mas atrevidos. Habiéndose, pues, apostado en diferentes casas con nuestras armas, acometió á un mismo tiempo cada salvage á un Francés, y en menos de dos horas mataron mas de doscientos. Los mas conocidos fueron el Señor Chepar, Comandante del fuerte, el Señor Codere, Comandante de los Yazus, los Señores Ursins Kolli, padre é hijo, Longrais, Boiers y Mailly &c.

Venia el Padre Poison de celebrar las exêquias de su compañero el Hermano Cruci, que habia muerto casi de repente por el mucho sol que habia cogido: habia emprendido un viage para consultar con el Señor Perrier, y tomar con él las medidas para hacer que baxasen los Akanzas á la ribera del Misisipi, por la comodidad de los viageros. Llegó al pais de los Natches el dia 26 de Noviembre, dos dias antes de la mortandad: el dia siguiente, primer domingo de Adviento, dixo la Misa de parroquia, y predicó por ausencia del Cura. Habia de volver por la tarde á la mision de los Akanzas, pero se detuvo para administrar los Sacramentos á algunos enfermos. El lunes acababa de decir la Misa, y de llevar el Viático á un enfermo, que habia confesado la tarde

antes, quando empezó la funcion. El xefe llamado Pierna Gorda le agarró por el cuerpo, le echó en tierra, y con muchos golpes de hacha le cortó la cabeza. No pronunció mas palabra que esta: ay Dios mio! Iba á sacar la espada el Señor Codere para defenderle, quando cayó muerto de un balazo que le tiró un salvage sin ser visto.

No perdonaron los bárbaros sino á dos Franceses, el uno sastre y el otro carpintero, porque podian necesitar de su trabajo: no maltrataron á los esclavos Negros ni á los salvages que se rindieron; pero abrieron el vientre á todas las mugeres preñadas, y degollaron casi todas las que estaban criando, porque los importunaban con sus lloros y gritos: no mataron á las otras, pero las hicieron esclavas, y en los dos ó tres meses que lo fueron, las trataron del modo mas indigno. Las menos infelices eran las que sabian coser, porque las ocupaban en hacer camisas, vestidos &c. Tenian las otras que cortar y acarrear la leña para la caldera, y machacar el maiz para una especie de torta que hacen. Dos cosas principalmente aumentaban la vergüenza y el rigor de su esclavitud: tener por amos á los mismos que habian derramado la sangre de sus maridos, y oir continuamente decir á los salvages, que en todos los demas puestos habian sido los Franceses tratados de la misma manera, y que

no habia quedado uno de ellos en el pais.

Durante la mortandad, el Sol ó el gran xefe de los Natches estaba con mucha serenidad sentado en el almacen de tabaco de la Compañia. Pusieron los guerreros á sus pies la cabeza del Comandante, y al rededor colocaron las de los principales Franceses; dexaron sus cadaveres á los perros y aves de rapiña. Luego que se certificaron que no habia quedado Francés con vida, saquearon las casas, el almacen de la Compañia de Indias y todas las cargas que habian quedado en la orilla del rio. Emplearon los Negros en el transporte de las mercaderias, las quales repartieron entre sí, pero destinaron una cabaña particular para la seguridad de las municiones de guerra: hallaron buena provision de aguardiente, y el tiempo que duró pasaron los dias y noches en beber, cantar, danzar é insultar de la manera mas inhumana á los cadaveres, y á la memoria de los Franceses. Los Tchactas y los otros salvages, aun habiendo sido de la conspiracion, estaban quietos y sin recelo de que se quisiese vengar su crueldad y perfidia. Una noche que estaban tomados del vino y del sueño, intentó la Señora Noyers valerse de los Negros para vengar la muerte de su marido y de los Franceses; pero fue descubierta por el mismo á quien confió el secreto, y estuvieron ya para quemarla viva.

Se libraron algunos Franceses del furor de los salvages refugiándose á los bosques, donde padecieron quanto es imaginable de la hambre y de las inclemencias del tiempo. Habiendo aportado uno de ellos á este lugar, calmó un poco la inquietud en que estabamos sobre el puesto que tenemos en el pais de los *Yazus*, distante por agua entre quarenta y cincuenta leguas de los Natches, y quince ó veinte solamente por tierra. No pudiendo el Francés resistir al rigor del frio, salió por la noche del bosque para ir á calentarse en una casa Francesa: llegando cerca, oyó la voz de los salvages, y dudó si convenia entrar: se determinó en fin, queriendo mas morir á manos de los bárbaros, que perecer de hambre y frio. Estrañó mucho ver muy serviciales los salvages, darle pruebas de amistad, lastimarse de su estado, consolarle, proveerle de víveres, vestidos, y de una piragua para que se salvase en la Nueva Orleans. Eran unos Yazus que volvian de tratar de paz con los *Oumas*: su xefe encargó al Francés que dixese al Señor Perrier que no tenia que temer de los Yazus, porque no se volverian locos, quedarian siempre fieles á los Franceses, y que iba al punto con su tropa á dar aviso á las piraguas Francesas, que baxaban por el rio, que estuviesen alerta contra los Natches.

Pensabamos por mucho tiempo que la palabra del xefe era sincéra, y nada recelabamos de la perfidia Indiana, por lo que mira al puesto de los Yazus; pero vease por este rasgo el genio de los salvages, y si se puede fiar de sus palabras, aun quando las acompañan con las mayores muestras de amistad. Apenas volvieron á su lugar, quando regalados de los Natches siguieron su exemplo, imitaron su traycion, y conviniendo con los *Corrois* decretaron la muerte de los Franceses: comenzaron por el Padre Souel, su Misionero comun, que vivia enmedio de ellos. Estaban entonces en la caza los *Ofogulas*, y no se dexó vencer su fidelidad: componen ahora un mismo lugar con los *Tonikas*. Volviendo el dia 11 de Diciembre el padre Souel de la casa del xefe del lugar, y hallándose en una quebrada, recibió muchos balazos, y cayó muerto: corrieron los salvages á saquear su cabaña. Un Negro, que era su unico compañero, tomó una cuchilla de viñador para impedir el pillage, é hirió á uno de los salvages, pero esta accion le costó la vida: por fortuna habia recibido el bautismo pocos meses antes, y su vida era muy christiana.

Los salvages, que hasta entonces habian parecido sensibles al afecto que les tenia su Misionero, le improperaron su muerte, luego que se hicieron capaces de reflexîon;

pero prevaleciendo su natural ferocidad, se resolvieron á echar el resto á su maldad, derribando el puesto Francés. Decian que ya que habian muerto al xefe Negro (así llamaban al Misionero) nada añadian á su delito, no perdonando á Francés alguno. Executaron el dia siguiente su bárbaro proyecto : muy temprano se fueron al fuerte, distante como una legua : creyó la guarnicion que venian á saludar al Caballero Rochds, que mandaba en ausencia del Señor Codere. Los diez y siete hombres que habia en el castillo no formaron sospecha alguna contra los salvages, y fueron degollados, sin que se escapase uno del furor de los bárbaros : concedieron sin embargo la vida á quatro mugeres y cinco niños, haciéndolos esclavos.

Uno de los Yazus despojó al Misionero, y poniéndose sus vestidos, anunció á los Natches que habia su nacion cumplido su palabra, matando los Franceses que habia en su tierra. Confirmó la noticia lo que acababa de pasar con el Padre Doutreleau. Habia este Misionero tomado el tiempo en que los salvages entran en quarteles de invierno, para venir á vernos y arreglar algunos negocios de su mision. Habia partido el dia primero de 1730, y haciendo juicio que no podia llegar á la cabaña del Padre Souel, cuya suerte ignoraba, á tiempo para decir Misa, se resolvió á celebrarla cerca de la

embocadura del rio de los Yazus, donde habia hecho rancho. Estándose preparando para una accion tan santa, llegó una piragua de salvages, se les preguntó de qué nacion eran, y respondieron que eran Yazus, amigos de los Franceses, y mostrando mucho cariño á los compañeros del Misionero, les ofrecieron víveres. Entretanto que se componia el altar, pasó una tropa de abutardas, y los dos compañeros del Misionero descargaron contra ellas sus dos fusiles, sin pensar en cargarlos otra vez, porque se iba á decir Misa. Lo notaron los salvages, se pusieron detras de los caminantes, como que querian oir Misa, aun no siendo Christianos.

Al decir el Padre *Kyrie eleyson*, hicieron los salvages su descarga. Sintiéndose el Padre herido en el brazo derecho, viendo muerto á sus pies uno de sus compañeros, y que los otros quatro se habian huido, se puso de rodillas para recibir el ultimo golpe. En esta postura sufrió dos ó tres descargas, y tirándole los bárbaros á quema ropa, no le hicieron otras heridas. Viéndose, pues, como milgrosamente libre de tantos fusilazos, se huyó vestido con sus ornamentos sacerdotales, sin mas defensa que su grande confianza en Dios, cuya particular proteccion acababa de experimentar. Se echó al agua, y á poco trecho se agarró de la piragua en que

se escapaban dos de sus compañeros, que le tenian por muerto, habiendo oido los muchos balazos que habian tirado contra él. Entrando en la piragua, al volver la cabeza para ver si le seguian de cerca, recibió en la boca un tiro de perdigones grandes: se aplastaron los mas contra sus dientes, algunos se entraron en las encias, y quedaron allí por largo tiempo: dos de ellos he visto con mis ojos. Aunque tan herido gobernó la piragua, y remaron sus dos compañeros: á uno de ellos quebró el muslo un fusilazo.

No pensaron en subir rio arriba: baxaron el Misisipi con la mayor diligencia, y perdieron en fin de vista la piragua de sus enemigos, que los persiguió por mas de una hora, haciéndoles un fuego tan continuo, que se gloriaron en su lugar de haberlos muerto. Intentaron muchas veces los remeros rendirse; pero animados por el Misionero, hicieron tambien cara á los salvages, presentándoles de quando en quando una arma vieja, que ni estaba cargada, ni podia serlo; y haciendo que muchas veces se echasen en el fondo de su piragua, los obligaron en fin á retirarse. Luego que se vieron libres de sus enemigos, curaron sus heridas lo mejor que pudieron, y echando al rio lo que tenian en sus piraguas, para alejarse mas facilmente de una tan cruel ori-

lla, se quedaron solamente con algunos pedazos de tocino crudo para su alimento. Su animo era descansar un poco entre los Natches; pero habiendo echado de ver las casas Francesas ó derribadas ó quemadas, no tuvieron por conveniente dar oidos á los cumplimientos de los salvages, que desde la orilla los convidaban á echar pie á tierra: se apartaron, pues, de la ribera, y evitaron las balas que tiraron contra ellos. Desconfiando, pues, de todos los salvages, tomaron el partido de no desembarcar hasta llegar á Orleans: en caso que los bárbaros se hubiesen apoderado de la plaza, de ir rio abaxo hasta Baliza, donde esperaban encontrar algun navio Francés que pudiese recoger los tristes despojos de la colonia. Pasando delante de los Tonikas, se alejaron lo posible de su ribera; pero fueron descubiertos, y partió una piragua para reconocerlos. No tardó mucho en alcanzarlos, y se renovó su susto y su desconfianza: oyeron hablar en la piragua buen Francés, y se detuvieron: cobraron animo, y les sirvió de mucho consuelo el poder ir á tierra: hallaron en el pequeño exercito Francés, que allí se formaba, mucha compasion, y humanidad en los oficiales, un cirujano y refrescos: en poco tiempo convalecieron de tantos peligros y miserias, y el dia siguiente partieron en una piragua bien equipada para la Nueva Orleans.

Luego que tuvo aviso el Comandante de Orleans de la no esperada irrupcion de los Natches, despachó un expreso á todos los puestos, y hasta los Ilineses, no por el camino ordinario del rio, que estaba impedido, sino por el pais de los Natchitoches, y de los Akanzas: y por otra parte por medio de los Tchicachas convidó á nuestros aliados, y particularmente á los Tchactas, á vengar esta perfidia: puso armas y municiones en todas las casas de la ciudad y de las plantaciones, equipó dos navios, y los envió ácia los Tonikas. Servian los navios como de dos fortalezas contra los insultos de los salvages, y en caso de ataque, de asilo seguro para las mugeres y los niños: mandó abrir un foso al rededor de la ciudad, y en sus quatro esquinas puso un cuerpo de guardia: formó para su defensa muchas compañias de milicias, que montaban la guardia todas las noches. Como hay mas que temer por las plantaciones y casas exteriores, que por la ciudad, las fortificó con mayor cuidado. Tenemos buenos castillos en varios parages.

Movido el Comandante de su valor estuvo resuelto á ponerse á la frente de las tropas; pero se le representó, que su presencia era muy necesaria en la Nueva Orleans, y que no debia salir de allí: que era de temer que los Tchactas atacasen la ciudad si la

veian desguarnecida de tropas, y que se juntasen con ellos los Negros para librarse de la esclavitud, como lo habian hecho algunos con los Natches. Por otra parte, podia fiarse del valor de las tropas, y de la mucha experiencia del Caballero de Loubois que las mandaba.

Entretanto que marchaba nuestro pequeño exercito ácia los Tonikas, setecientos Tchactas conducidos por el Señor Sueurse encaminaban ácia los Natches. Se tuvo aviso por una partida de nuestra gente, que no hacian guardia los salvages, y que pasaban las noches danzando: los sorprendieron los Tchactas, dieron sobre ellos el dia 27 de Enero al amanecer, y en menos de tres horas pusieron en libertad cincuenta y nueve personas entre mugeres y niños, al sastre y al carpintero, y ciento y seis Negros y Negras con sus hijos: hicieron esclavos diez y ocho Natches, arrancaron las cabelleras á sesenta, y hubieran cogido mucho mas, sino se hubieran aplicado á librar los esclavos, como se les habia encargado. De nuestra parte murieron dos hombres y siete ú ocho fueron heridos. Acamparon con su presa en la tierra de Santa Catalina en un parque rodeado de estacas. Hubiera sido completa la victoria, si hubieran los aliados esperado las tropas Francesas, así como lo habian pactado. Viéndose los Natches acometidos por los formidables

Tchactas, tuvieron por cierta su derrota; se retiraron á dos fuertes, y pasaron las noches siguientes danzando su danza de muerte. En sus arengas se les oia improperar á los Tchactas la perfidia de haberse declarado por los Franceses contra la palabra que les habian dado de concurrir á su total ruina. Tres dias antes de esta accion llegó á los Natches el Señor Mesplex con otros cinco Franceses: se habian ofrecido al Comandante para ir á tratar de paz con ellos con el fin de conocer sus fuerzas y su presente situacion. Al desembarcar, dieron con un destacamento de Natches, los quales sin darles lugar para hablar, les mataron tres hombres, y los otros tres hicieron prisioneros. El dia siguiente despacharon uno de los prisioneros con una carta, pidiendo en rehenes al Señor Broutin, que en otro tiempo habia sido Comandante en su pais, y al xefe de los Tonikas; pedian por el rescate de las mugeres, niños y esclavas, doscientos fusiles, doscientos barriles de polvora, doscientos de balas, dos mil piedras de fusil, doscientos cuchillos, doscientas hachas, doscientas tenazas, veinte quartillas de aguardiente, veinte barriles de vino, veinte de bermellon, doscientas camisas, veinte piezas de lienzo, veinte de tela, veinte vestidos galoneados en las costuras, veinte sombreros con galon y plumage, y cien vestidos mas llanos. Habian formado el designio de dego-

llar los Franceses, que viniesen con los referidos géneros, y en el mismo dia quemaron con la mayor crueldad al Señor Mesplex y á su compañero. El dia 8 de Febrero, los Franceses con los Tonikas y algunas naciones cortas que estan mas abaxo, llegaron á los Natches; y se apoderaron de su templo dedicado al sol.

La impaciencia y la indocilidad de los Tchactas, que como los otros salvages no son capaces sino de un golpe repentino, y luego se retiran, el corto número de soldados Franceses, demasiadamente fatigados, la falta de víveres, que hurtaban los salvages á los nuestros, la poca cantidad de municiones, de que no se saciaban los Tchactas, gastando mucha parte de ellas inutilmente, y guardando con abundancia para la caza, la resistencia de los Natches, que se habian fortificado bien, y peleaban con desesperacion, todo lo dicho determinó á dar oidos á las proposiciones que hicieron los sitiados despues de siete dias de trinchera abierta. Nos amenazaban, si continuabamos el sitio, de quemar los Franceses que tenian en su poder; y se ofrecieron á entregarlos, si retirabamos las siete piezas de campaña, que en la realidad por falta de buen artillero servian solamente para causarles miedo.

Se aceptaron y se cumplieron los articulos

de una y otra parte. Entregaron fielmente los sitiados el dia 25 de Febrero lo que habian prometido, y se retiraron los sitiadores con su artilleria al fuerte, que se construyó á toda prisa cerca del rio, para inquietar á los Natches, y asegurar el paso á los viageros. Conociendo el Señor Perrier la intrepidez con que durante el sitio se exponia á los mas grandes peligros, sin temor de la muerte, el Señor Dartaguette, le dió el mando de la tal qual fortaleza.

Antes que se resolviesen los Tchactas á dar sobre los Natches, habian ido á llevarles la pipa, lo que en su lengua significa *tratar de paz*. Fueron recibidos de un modo singular: los hallaron á ellos y á sus caballos cubiertos con casullas y frontales de altar: llevaban muchos patenas al cuello, bebian y daban de beber su aguardiente en cálices y copones: los mismos Tchactas, despues de haber saqueado á los enemigos, renovaron tan sacrílega profanacion, haciendo en sus danzas y juegos el mismo uso de los paramentos y vasos sagrados. No hemos podido sacar de ellos sino una pequeña parte. Casi todos sus xefes han venido á que se les paguen las trenzas de cabellos que han cortado, y el rescate de los Franceses ó Negros que pusieron en libertad. Nos vendieron muy caros sus pocos servicios, y no tenemos deseo de tomarlos otra vez á nuestro

sueldo, principalmente porque nos parecieron menos valientes que las pequeñas naciones, á las quales son formidables por su gran número. Va cada año á menos esta nacion con las enfermedades, y actualmente está reducida á tres ó quatro mil guerreros. Desde que han dado á conocer su mal genio, son insufribles: su caracter es ser insolentes, feroces, asquerosos, importunos é insaciables. Todos admiran, y se lastiman al mismo tiempo de nuestros Misioneros, que se privan de toda sociedad para tratar y convertir á estos bárbaros.

He renovado mi conocimiento con Paatlako, uno de sus xefes, y con muchos otros Tchactas. Me han hecho muchas visitas interesadas, y repetido siempre el mismo cumplimiento, que me hicieron un año há quando salí de su tierra. Me cumplimentaron entonces de esta manera: „Lloran nuestros corazones y los de nuestros hijos desde que no te vemos: comenzabas á tener el mismo genio que nosotros: nos entendias, y te entendiamos: nos amas, y te amamos; por qué nos dexaste? Por qué no vuelves? Ea, vente con nosotros." No estaba en mi arbitrio; y así les dixe que iria quando pudiese, y que en fin estaba ausente de ellos solamente con el cuerpo, que mi corazon estaba en su tierra. Bueno es eso, replicó uno de ellos: nada nos dice tu corazon, y nada

nos da. En esto vienen siempre á parar: nos quieren y nos tienen por entendidos á proporcion de lo que los regalamos.

Es cierto que el mencionado xefe ha peleado con valor contra los Natches, y recibió un balazo en los riñones: para consolarle de la herida, le recibimos con mas estimacion y respeto que á los otros. Apenas se vió en su lugar, lleno de presuncion por estas ligeras muestras, dixo al Misionero, que toda la Nueva Orleans estaba estrañamente consternada por su enfermedad, y que habia el Señor Perrier informado al Rey de su intrepidez y de los grandes servicios que habia hecho en esta ultima expedicion. Por estos pocos rasgos se conoce el genio de la nacion, y seguramente domina en ella la presuncion y la vanidad.

Fueron entregados á los Tchactas los tres Negros reboltosos que mas se declararon por los Natches: los quemaron vivos con una crueldad que ha inspirado á los Negros un nuevo horror contra los salvages, y servirá de mayor seguridad á la colonia. Los Tonikas y demas naciones han alcanzado nuevas ventajas contra los Natches, y hecho muchos prisioneros: han quemado tres de sus mugeres, y quatro hombres, quitándoles antes los cabellos. Parece que comienza el pueblo á acostumbrarse á tan bárbaro espectáculo. No pudimos menos de enternecernos,

quando llegaron á esta ciudad las mugeres Francesas que habian sido esclavas de los Natches : estaban las desdichas y miserias retratadas en sus semblantes : sin embargo, muchas de ellas se olvidaron presto de los males , y se dieron prisa á casarse otra vez: me dicen que se han hecho grandes regocijos en sus casamientos.

Las niñas que ninguno de los vecinos ha querido adoptar , han aumentado el rebaño precioso de las huerfanas que se crian en el Convento de las Religiosas Ursolinas. Su caridad y cuidado ha crecido á proporcion de su número : se han puesto las niñas en una escuela separada , y tienen señaladas maestras particulares. No hay una en toda la Comunidad , que no se alegre de haber pasado los mares , aunque no hiciera mas bien que el de conservar estas niñas en la inocencia , y dar una educacion christiana á las doncellas Francesas , que corren riesgo de no ser educadas mejor que las esclavas.

Los Tchicachas , nacion valiente , pero pérfida , y poco conocida de los Franceses, procuraron que desertase de nosotros la nacion Ilinesa : llegaron á sondear á algunos particulares , para ver si podian atraerlos al partido de algunos salvages enemigos nuestros: les respondieron los Ilineses que casi todos ellos eran de la oracion : expresion con que significan que son christianos , y que están

inviolablemente unidos con los Franceses, por los muchos matrimonios contraidos entre las dos naciones : »nos pondrémos siempre , añadió uno de los Ilineses , delante de los enemigos de los Franceses , haciéndoles frente , y para hacer á los Franceses una ligera herida , han de pasar sobre nosotros , y herirnos en el corazon.”

Se han mantenido siempre firmes , y sus obras no han desmentido sus palabras : á la primera noticia que tuvieron de la guerra de los Natches , vinieron á llorar á los Ropas-Negras, así llaman á los Misioneros , y á los Franceses , y ofrecieron los servicios de su nacion al señor Perrier. Me hallaba en casa del Gobernador quando llegaron, y me agradaron las harengas que hicieron : Chikagu, que estuvo en París , venia al frente de los Mitchigamis y Mamantuesa á la de los Kaskakias. Habló primero Chikagu : tendió en la sala una piel de cierva , bordada toda de puercoespin: sobre la piel puso dos pipas, adornadas con varias preseas usadas en el país , y las acompañó con algunos presentes, como es costumbre.

»Esas dos pipas que ves , dixo , son dos palabras que te traigo , la una de religion, la otra de paz ó de guerra ; será lo que tú quieras. Oimos con respeto tus ordenes, porque nos declaran la voluntad del Rey nuestro Padre , y mas aun las palabras de los

Ropas-Negras, porque nos anuncian la palabra de Dios mismo, Rey de los Reyes. Hemos venido de muy lejos á llorar contigo la muerte de los Franceses, y ofrecerte nuestros guerreros contra las naciones enemigas, que quisieres señalarnos : habla serás obedecido. Quando pasé á Francia, me prometió el Rey su proteccion para la oracion, y me encargó que nunca la abandonase : me acordaré de ello para siempre : dame tu proteccion para nosotros en nuestras Ropas-Negras. Se explayó despues sobre los sentimientos piadosos de religion de que estaba penetrado, y los traduxo en muy mal francés nuestro interprete.

Habló despues Mamantuesa : su discurso fue mas lacónico, y de un estilo muy diferente del que acostumbran los salvages, que repiten cien veces una misma cosa en sus harengas. Hablando, pues, con el señor Perrier, dixo : „aquí tienes dos jóvenes esclavos Padukas, algunas pieles y otras menudencias: te hago este pequeño regalo, pero no con el animo de empeñarte en hacerme otro mas grande : no te pido sino tu corazon, y tu proteccion : mas lo quiero que todas las mercaderias del mundo, y te lo pido unicamente para la oracion. Mi dictamen sobre la guerra es el mismo que lo que acabas de oir de Chikagu ; seria inutil repetirlo."

Levantóse tambien otro xefe viejo que

parecia un patriarca antiguo : dixo solamente que queria morir , como siempre habia vivido, en la oracion. La última palabra, añadió, que nos han dicho nuestros padres , estando para morir , ha sido que fuesemos fieles á la oracion, y que no hay otro medio para ser felices en esta vida , y mucho mas en la otra. El señor Perrier tiene gran fondo de religion: oyó con gran gusto las harengas de los salvages , y en sus respuestas siguió los movimientos de su corazon , sin valerse de rodeos ni de términos obscuros qus hartas veces son precisos para tratar con los salvages. Dió á cada uno de sus discursos una respuesta, qual la podian desear : les agradeció sus ofertas para la guerra , porque se hallaba con bastantes fuerzas contra los enemigos que viven rio abaxo ; pero los avisó que estuviesen prevenidos , y nos defendiesen de los que habitan rio arriba.

Desconfiamos siempre de los salvages llamados Zorras , aunque no se atreven á emprender nada contra nosotros , desde que el Padre Guiñas desprendió de su partido las naciones de los Kikapux y de los Maskutinas. Estando dicho Padre en Canadá , tuvo el valor de penetrar hasta el pais de los Sioux, salvages vagamundos , ácia el origen del Misisipi , á ochocientas leguas mas ó ménos de la Nueva Orleans , y seiscientas de Quebec. Precisado á abandonar esta nueva Mision por

el mal suceso que tuvo la empresa contra los Zorras, baxó por el rio para ir al pais de los Ilineses. El dia 15 de Octubre de 1728 fue preso en la mitad del camino por los Kikapux y los Maskutinos: por cinco meses fue su esclavo, tuvo mucho que sufrir y que temer por su barbaridad: estuvo cerca de ser quemado vivo, y se preparaba á padecer tan horrible suplicio: le adoptó un viejo, cuya familia le salvó la vida, y le puso en libertad. Luego que fueron los Misioneros informados de su triste situacion, le procuraron los alivios que pudieron: lo que le enviaron lo empleó para ganar los salvages: salió con su intento, y los empeñó á que le acompañasen hasta el pais de los Ilineses, y á hacer paz con los Franceses y los Salvages sus aliados. Siete ú ocho meses despues de haberse concluido la paz, volvieron á la tierra de los Ilineses los salvages que le habian tenido en esclavitud y se llevaron al Padre á su pais, para que pasase allí el invierno: segun toda apariencia volverá el Padre desde allí á Canadá. Sus grandes fatigas le han envejecido mucho; pero le da nuevas fuerzas su zelo lleno de fuego y de actividad.

No tuvieron los Ilineses otra casa sino la nuestra en las tres semanas que estuvieron en esta ciudad: su vida nos fue de mucha edificacion: todas las noches rezaban el rosario á dos coros, y todas las mañanas oian

Misa : en ella , principalmente los Domingos y fiestas , cantaban varias oraciones , conformes al oficio del dia, y al fin de la Misa nunca dexaban de cantar con fervor la oracion por el Rey. Cantaban las Religiosas el primer verso latino al tono Gregoriano , y proseguian los Ilineses las otras coplas en su lengua al mismo tono. El espectáculo era nuevo , atraia mucha gente á la Iglesia , y les inspiraba una tierna devocion. Durante el dia , y despues de cenar , cantaban ó todos juntos , ó uno solo diferentes oraciones de la Iglesia , como son : *Dies iræ* , *Vexilla Regis* , *Stabat Mater* , *&c.* Seguramente cantaban con mas gusto estos santos cánticos que suelen los Salvages y aun los Franceses cantar sus canciones ridículas y disolutas.

Estrañaria qualquiera, como yo lo estrañé , ver que muchos Franceses no están tan bien instruidos en la religion , como lo están estos Neófitos : no ignoran historia alguna del Viejo y Nuevo Testamento , están proveidos de excelentes métodos para oir Misa, y recibir los Sacramentos : su catecismo, que traduxo literalmente el padre Boulenger, es un modelo perfecto para las nuevas misiones : en él se aprenden todos nuestros Misterios y obligaciones , y se les expone de un modo tan instructivo , como sólido , lo esencial , y el fondo de la religion.

El primer pensamiento que se ofrece á

qualquiera que conoce los Salvages, es quanto costaria á los Misioneros instruirlos de esta manera en el christianísmo ; pero está abundantemente recompensada la aplicacion y paciencia de los Padres con las bendiciones que ha derramado Dios sobre sus trabajos. Me avisa el padre Boulenger que ha tenido que ensanchar dos veces su Iglesia, por los muchos Salvages que reciben cada año el Bautismo.

El primer dia que vinieron los Ilineses á las Religiosas, viendo Mamantuesa cerca de ellas una tropa de niñas, las dixo : bien veo que no de valde, y sin motivo sois Religiosas ; queria decir, que no trabajaban solamente en su propia perfeccion : sois, añadió, como nuestros Padres Ropas-Negras, y trabajais para otros. Si tuvieramos allá en nuestra tierra dos ó tres de vosotras, serian mas entendidas y mejores christianas nuestras mugeres y nuestras hijas. Escoge, pues, le respondió la Madre superiora las que quieras. No me toca á mí, respondió el Salvage, tú las conoces mejor, y deben ser escogidas las que mejor sirven y aman á Dios.

Guarda preciosamente Chikagu en una bolsa una caxa que le regaló en Versalles la difunta Duquesa de Orleans. Por mas que le han ofrecido por ella, nunca ha querido darla : es atencion muy notable en un Salvage, cuyo caracter es disgustarse presto de lo que

tiene, y desear con vehemencia lo que ve y lo que no tiene.

Lo que refirió Chikagu, á su vuelta de Francia, ha parecido increible á sus paisanos: te han pagado, le decian, para persuadirnos esas fábulas. Sus parientes y los que conocian su sinceridad, le decian: queremos creer lo que nos dices, que has visto, lo que cuentas; pero sin duda alguna te han hechizado los ojos, porque no puede ser la Francia como la pintas. Quando decia que en Francia habia cinco cabañas, las unas sobre las otras, que son tan altas como los mas grandes arboles: que hay tanta gente en las calles de París como yervas en los prados, y mosquitos en los bosques: que se pasean allí, y aun hacen largos viages en cabañas de cuero ambulantes, le daban tan poco crédito, como quando añadia que habia visto unas largas cabañas llenas de enfermos, y Cirujanos muy diestros hacer las mas estrañas curas. Escucha, decia: te falta un brazo, una pierna, un ojo, un diente, un pecho; si estuvieras en Francia, se te pondrian todos esos miembros sin que se conociesen. Quando vió navios Mamantuesa, su grande dificultad era, cómo construyéndolos en la tierra, podian echarlos al agua, y donde podria haber bastante fuerza para echar y levar anclas tan pesadas: se le explicó la una y la otra dificultad, y se pasmó del genio de los

Franceses, capaces de tan bellas invenciones.

Partieron de aquí los Ilineses el dia último de Junio: podrán unirse con los Akanzas, para hacer guerra á los Yazus y Corrois. Habiéndose estos puesto en camino para retirarse á los Tchikachas, adonde llevaban los cabellos que cortaron á los Franceses, fueron sorprendidos en el camino por los Tchatchumas, y por algunos Tchactas que les quitaron los cabellos, y pusieron en libertad las mugeres Francesas y sus hijos. Poco despues fuéron acometidos por una partida de Akanzas que les quitaron tambien los cabellos de quatro Franceses, haciendo prisioneras muchas mugeres. Encontraron á su vuelta estos buenos salvages dos piraguas de cazadores Franceses, y segun su costumbre los besaron desde la cabeza hasta los pies, llorando la muerte de los Franceses y la de su padre en Christo. Juraron que mientras hubiese un solo Akanza en el mundo, no faltarian enemigos á los Natches y á los Yazus. Mostraron una campanilla y algunos libros destinados, segun decian, para el primer Ropa negra que viniese á su lugar. Era todo el omenage que se habia hallado en la cabaña del difunto Padre Souel.

Los fieles Akanzas lloran cada dia en su lugar la muerte del Padre Poison: piden con

las mayores instancias otro Misionero, y no se puede negar esta gracia á una nacion tan amable, de un pudor que ignoran los otros salvages, y en todo tiempo tan afecta á los Franceses: el único estorvo que tienen para el christianísmo es su extremada inclinacion al juego.

En tan justo dolor han procurado consolarnos, dandonos la enhorabuena de no haber sido mayor nuestra pérdida. En efecto, los dos Misioneros que murieron, no nos parecian tan expuestos á la crueldad de los salvages, como muchos otros, principalmente el Padre Guienne, y mas aún el Padre Bauduin. Está este Padre sin defensa alguna en medio de la grande nacion de los Tchktas: hemos siempre desconfiado de ellos, aun quando hacian por nosotros la guerra á los Nactches. Se han hecho tan insolentes por su pretendida victoria, que mas necesitamos de tropas para reprimir su insolencia, y contenerlos en su deber, que para exterminar nuestros enemigos declarados.

El Padre Guienne, despues de haber padecido muchas contradiciones de los salvages vecinos de la Carolina, habia construido dos cabañas en dos diferentes lugares para estar mas á mano á instruirlos y aprender su lengua: ambas acaban de ser destruidas, y se verá precisado á limitar su zelo al fuerte Francés

de los Alibamones, ó á buscar una mies mas abundante en las orillas del Misisipi. No me queda qué decir, informando á V. R. de la situacion de nuestros enemigos: se han reunido cerca del rio de los *Ovachitas*, sobre el qual tenemos tres castillejos: creemos que los Natches tienen todavia quinientos guerreros, sin contar sus mugeres y niños: antes de la guerra tenian solamente setecientos: entre los Yazus y los Gorrois, no hay mas de quarenta guerreros: han sembrado maiz entre dos riachuelos que corren cerca de sus fuertes; si se pudiera cortar, perecerian de hambre en el invierno; pero si hemos de creer á las pequeñas naciones que los molestan sin cesar, la execucion no es facil. El pais está cortado de bayukas, lleno de cañaverales, y tan grande el número de los terribles mosquitos, que no se puede estar allí mucho tiempo en emboscada.

Los Natches què se habian acantonado en sus fuertes despues de la ultima expedicion, comienzan á parecer en campaña: irritados, que un destacamento de Oumas y Bayagulas les hubiese quitado una piragua, en que habia siete hombres, una muger y dos niños, se arrimaron á un pequeño castillo, y sorprendieron diez Franceses y veinte Negros; un solo soldado con dos Negros se pudo poner en salvo: se habia tambien es-

capado de la carniceria que hicieron los Natches, ocultándose en un horno, y ahora se libró metiéndose en el tronco de un arbol.

Estas relaciones de los Jesuitas dan idea de los grandes progresos que habia hecho la Religion Católica entre las naciones bárbaras de esta América; pero desde que el Canadá fue cedido á los Ingleses, no se han cuidado éstos de propagar ni aun su errada secta: jamas hablan á los salvages de religion, sin embargo de que una constante experiencia tiene acreditado, que la verdadera Religion es el único medio para civilizarlos. De aquí proviene el estado de barbarie en que hemos visto sumergidos á estos salvages en el último viage de que os he dado cuenta. Pudieramos fundar muy buenas esperanzas en las noticias últimas que hemos tenido de aquellos paises en este año de 1799. Se asegura que muchos emigrados Franceses habiéndose refugiado en Canadá, han empezado á convertir y civilizar á los salvages; de estos felices principios se pudiera esperar, que así como las emigraciones de Europeos en los siglos 16 y 17 civilizaron y poblaron las grandes provincias que ahora forman la República de los Estados-Unidos, así tambien esta emigracion acabase de conquistar para la Religion y vida civil aquellos inmensos paises. Pero el espíri-

tu de codicia de la Inglaterra no permitirá que se verifique tan importante objeto : las mismas noticias aseguran, que el gobierno Inglés mira con mucho ceño estos progresos, y que trata de impedirlos, lo qual es muy creible. Al Inglés le importa muy poco que los hombres sean felices en esta vida y en la otra ; lo que no puede mirar con indiferencia es que se disminuya su tráfico de peletería, el qual descaeceria mucho ó se acabaria con el tiempo si aquellos salvages civilizados abandonasen la caza por la agricultura.

Fin del Quaderno LXXV.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS.

EN ESTE TOMO XXV.

QUADERNO SETENTA Y TRES.

CARTA CCCCLXV.

Viage á lo interior del Canadá.

CARTA CCCCLXVI.

Continuacion del viage.

CARTA CCCCLXVII.

Continuacion del mismo asunto.

CARTA CCCCLXVIII.

Viage al lago Superior.

CARTA CCCCLXIX.

Continuacion del mismo asunto.

CARTA CCCCLXX.

Continuacion del mismo asunto.

CARTA CCCCLXXI.

Continuacion del mismo asunto

CARTA CCCCLXXII.

Expedicion segunda á lo interior del pais.

Fin del Quaderno LXXIII.

QUADERNO SETENTA Y QUATRO.

CARTA CCCCLXXII.

Segundo viage á lo interior del Canadá.

CARTA CCCCLXXIII.

Continuacion del mismo asunto.

CARTA CCCCLXXIV.

De otros salvages del Canadá.

CARTA CCCCLXXV.

Otras costumbres de estos salvages.

CARTA CCCCLXXVI.

Misiones de estos paises.

CARTA CCCCLXXVII.

Continuacion del mismo asunto.

Fin del Quaderno LXXIV.

QUADERNO SETENTA Y CINCO.

CARTA CCCCLXXVIII.

Continuacion del mismo asunto.

CARTA CCCCLXXIX.

Misiones del Misisipi.

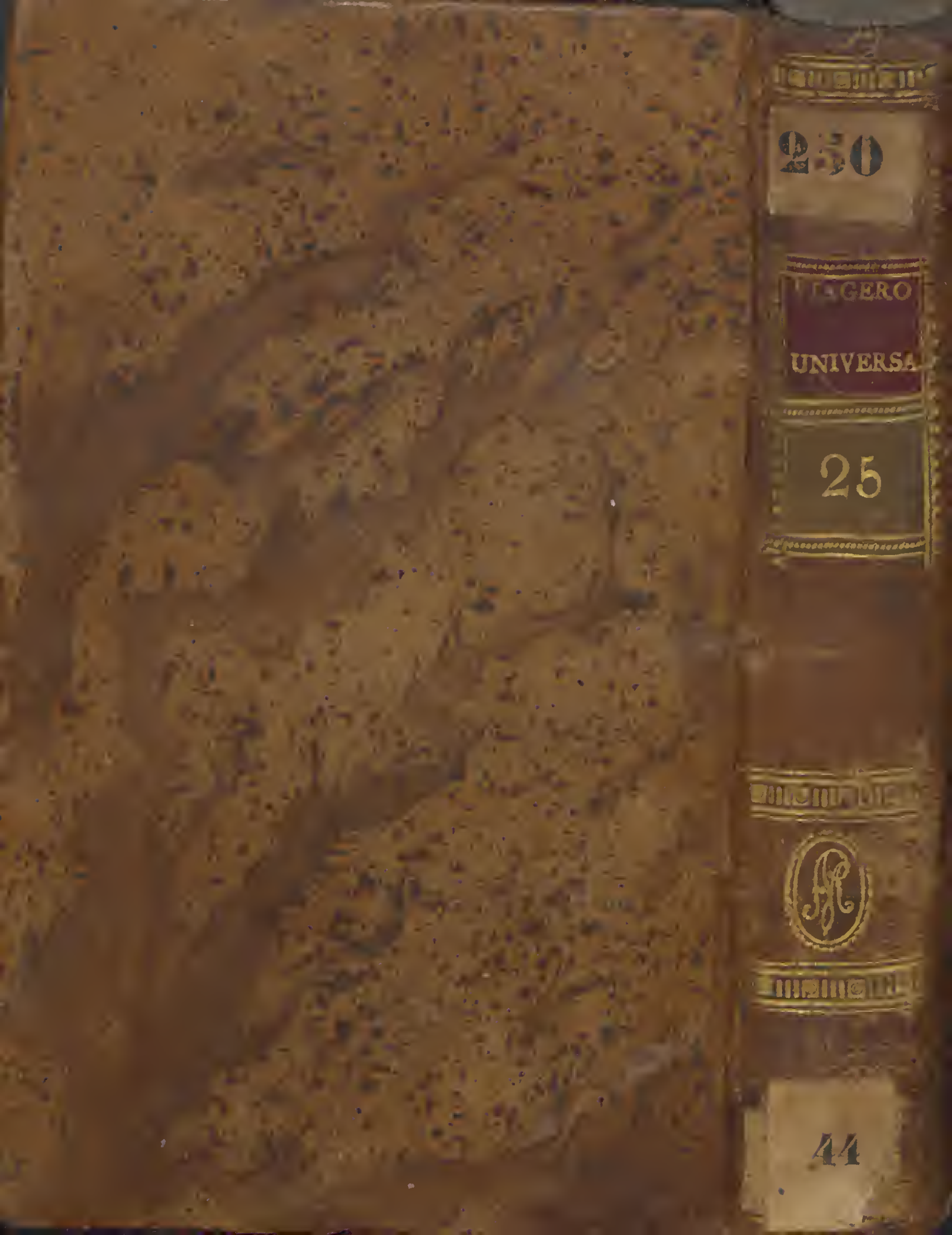
CARTA CCCCLXXX.

Misiones de los Natches.

FIN.




UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600987869


250
UNIVERSA
25
44